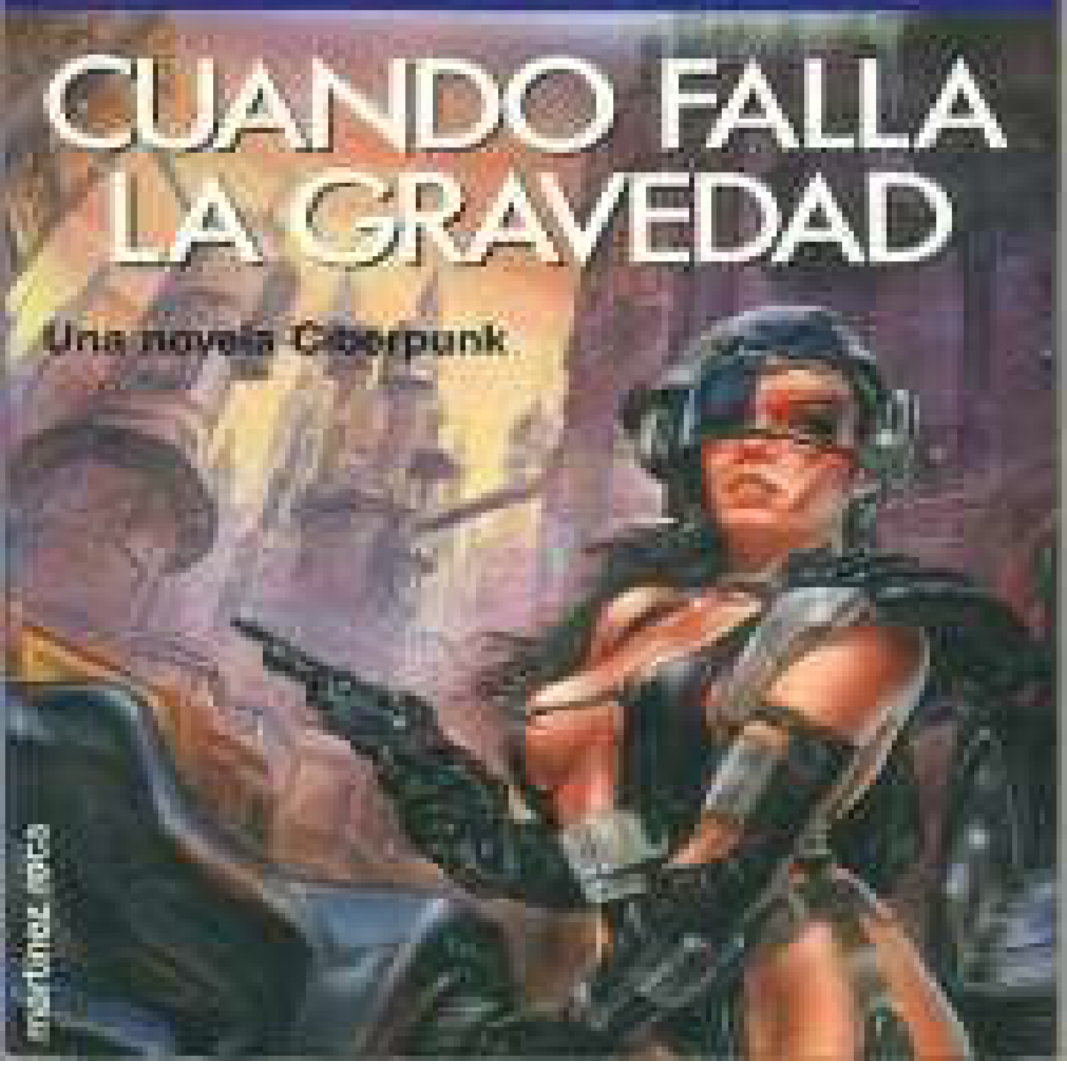
GRAN SUPER FICCION

GEORGE ALEC

EFFINGER

CUANDO FALLA LA GRAVEDAD

Una novela Ciberpunk



minotauro ciencia

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

El Budayén, los bajos fondos de una ciudad árabe anónima, está construido al lado del cementerio, y quien se interna en sus callejones lo hace consciente del peligro que corre: ni sus habitantes —prostitutas, proxenetas y traficantes de drogas— ni la policía se preocupan demasiado si un desconocido aparece acuchillado y tirado en la esquina.

Tal es el ambiente en el que se ha criado Marîd Audran, un hombretón que nunca ha necesitado llevar armas y que es respetado en su independencia.

Pero nadie podría haber imaginado la pesadilla en la que se convertiría su vida después de que un extraño muriera asesinado por alguien conectado a un módulo de James Bond…

Una novela vertiginosa, en la que se dan cita los logros de la informática, la novela negra y la ciencia ficción.

- George Alec Effinger
  -
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
  -

George Alec Effinger
Cuando falla la gravedad

…Debe ser el mejor hombre de su mundo, y lo bastante bueno para cualquier mundo…

Se trata de un hombre solitario y su orgullo es que le trates como a un hombre orgulloso o te arrepientas de haberle conocido. Habla como los hombres de su tiempo, es decir, con tosco ingenio, agudo sentido de lo grotesco, aversión a la impostura y desprecio por lo mezquino.

The Simple Art of Murder (El sencillo arte del crimen)

RAYMOND CHANDLER

Cuando estás en Juárez, perdido en la lluvia y es Pascua
Y tu gravedad falla y la negatividad no te salva
No te des aires de grandeza al pasear vencido por la Rué Morgue Avenue
Allí tienen unas mujeres hambrientas que te dejarán hecho una porquería.

Just Like Tom Thumb's Blues (Como el Blues de Tom Thumb)

BOB DYLAN

En memoria de Amber.
«Y existen quienes nadie conmemora.»

1

El cabaret de Chiriga se hallaba justo en el centro del Budayén, a ocho manzanas de la puerta Este y a otras ocho del cementerio. Resultaba muy útil tenerlo tan a mano. El Budayén era un lugar peligroso y todo el mundo lo sabía. Por eso, una muralla rodeaba tres de sus lados. A los viajeros se les advertía que no se acercasen al Budayén, pero iban a pesar de ello. Toda su vida habían oído hablar de él, y no se perdonarían regresar a casa sin haberlo visto por sí mismos. Algunos entraban por la puerta Este y recorrían la «Calle», presas de curiosidad; al cabo de dos o tres manzanas, empezaban a ponerse nerviosos, y tenían que buscar un lugar donde sentarse y beber algo, o tomarse una o dos píldoras. Después, se apresuraban a regresar por donde habían venido y se consideraban afortunados de poder volver al hotel. Otros no tenían tanta suerte, y se quedaban en el cementerio. Como he dicho, era un cementerio muy bien situado, y les ahorraba un montón de tiempo y de problemas a todos.

Entré en el club de Chiri, satisfecho por abandonar el bochornoso calor de la noche. A la mesa más cercana a la puerta se sentaban dos mujeres, turistas de mediana edad, con bolsas llenas de recuerdos y regalos para sus amigos. Una de ellas llevaba una cámara fotográfica y sacaba instantáneas holográficas de las personas que había en el cabaret. Los asiduos no estaban muy conformes con ello, pero solían ignorar a esa clase de turistas. Un hombre no hubiera podido sacar esas fotos sin pagarlas. Todos hacían caso omiso de las dos mujeres, excepto un hombre alto, muy delgado, que llevaba un oscuro traje de corte europeo y corbata; se trataba del traje más extravagante que yo había visto esa noche. Me pregunté qué se llevaría entre manos, y me quedé en la entrada un momento, para escuchar con disimulo.

—Me llamo Bond —decía el tipo —. James Bond.

Por si había alguna duda.

Las dos mujeres parecían asustadas.

— ¡Oh, Dios mío! —suspiró una de ellas.

Aquí, entro yo en escena. Me acerqué al moddy por detrás y le agarré de una muñeca. Deslicé mi pulgar sobre la uña del suyo y se lo apreté hasta la palma de la mano. Él lanzó un grito de dolor.

—Vamos, viejo cero cero siete —murmuré junto a su oído—, ve a dar la paliza a otro lado.

Le acompañé hasta la puerta y le propiné un fuerte empellón hacia la sofocante y húmeda oscuridad.

Las dos mujeres me miraron como si yo fuera el Mesías que volvía con su salvación personal en sobres separados.

—Gracias —dijo la de la cámara. Hablaba en francés—. No sé qué

más decir aparte de gracias.

—No ha sido nada —contesté—. No me agrada ver a esa gente, con sus módulos de personalidad conectados, que molestan a todos menos a otro moddy.

La segunda mujer parecía perpleja.

—¿Un moddy, joven?

Como si no los hubiera en dondequiera que ella viviese.

—Sí. Lleva un módulo de *James Bond, y* se cree él. Estará toda la noche con la misma canción, hasta que alguien le sacuda y le haga saltar el módulo de la cabeza. Es lo que se merece. También debe llevar Alá sabe qué tipo de daddies. —De nuevo, vi aquella expresión de perplejidad, así que proseguí—: Daddy es lo que llamamos un potenciador. Un daddy proporciona conocimiento temporal. Digamos que te enchufas un daddy de sueco y, hasta que te lo quitas, entiendes el sueco. Los tenderos, abogados y otros «chorizos» usan daddies.

Las dos mujeres me miraron con expresión de sorpresa, como si estuvieran decidiendo si todo eso podía ser cierto.

—¿Se lo conectan en el cerebro directamente? —preguntó la segunda mujer—. ¡Qué horror!

—¿De dónde son ustedes? —inquirí. Se miraron entre sí.

—De la República Popular de Lorena —respondió la primera.

Eso lo explicaba todo: era probable que nunca hubieran visto a un loco con un moddy activado.

—Señoras, si no les molesta un pequeño consejo —dije —, creo que se han equivocado de barrio. De hecho, no se encuentran en el local adecuado.

—Gracias, señor —repuso la segunda mujer.

Con gran revuelo, recogieron sus paquetes y sus bolsas, dejaron sus bebidas sin terminar y salieron a toda velocidad. Espero que abandonaran el Budayén sanas y salvas.

Esa noche, Chiri trabajaba sola detrás de la barra. Me gustaba, éramos amigos desde hacía tiempo. Era una mujer alta y magnífica; su negra piel estaba tatuada con dibujos geométricos de escarificaciones que sus lejanos antepasados llevaban. Cuando sonreía, gesto que no prodigaba en exceso, sus dientes brillaban con un blanco turbador, y producían esa sensación porque, al hacerlo, mostraba unos afilados caninos, tradicionales de los caníbales, ya me entienden. Cuando un extraño entraba en el club, sus ojos se volvían inquisitivos y sombríos, tan carentes de interés como dos agujeros de bala en la pared. Al verme, me dirigió esa amplia sonrisa de bienvenida.

—*¡Jambo!* —gritó.

Me apoyé sobre la estrecha barra y le di un beso fugaz en la decorada mejilla.

—¿Qué pasa, Chiri? —pregunté.

—*Njema* —dijo en suajili, en un intento de ser amable. Luego sacudió la cabeza—. Nada, nada, el mismo maldito y aburrido trabajo.

Yo asentí. No hay cambios en la «Calle», sólo los rostros. En el club había doce clientes y seis chicas. Yo conocía a cuatro de ellas, las otras dos eran nuevas. Debían llevar años en la «Calle», igual que Chiri, o, de lo contrario, ya se habrían largado.

—¿Quién es ésa? —pregunté, señalando a la chica nueva del escenario.

—Quiere que la llamen Pualani. ¿Te gusta? Dice que significa «Flor celestial». No sé de dónde es. Pero se trata de una tía auténtica.

Enarqué las cejas.

—Ahora tendrás con quien charlar —dije.

Chiri me dedicó la más dudosa de sus expresiones.

—Oh, sí. Intenta hablar un rato con ella, ya verás.

—¿Tan mal?

—Ya verás. No serás capaz de evitarlo. Qué, ¿has venido a hacerme perder el tiempo o tomarás algo?

Miré el reloj digital que destellaba sobre la caja registradora, detrás de la barra.

—Tengo una cita dentro de media hora.

Chiri arqueó las cejas.

—¿Negocios? Trabajamos de nuevo, ¿no?

—Demonios, Chiri, éste es mi segundo trabajo de este mes.

—Entonces, compra algo.

Yo intentaba pasar de drogas cuando sabía que debía reunirme con un cliente, así que pedí lo de siempre, una parte de ginebra y otra de bingara sobre hielo con lima. Me quedé en la barra, aunque el cliente estaba a punto de llegar, porque si me sentaba a una mesa, las dos chicas nuevas intentarían ligar conmigo. Lo harían a pesar de que Chiri las ahuyentase. Ya habría tiempo de sentarse cuando ese tal Bogatyrev apareciera.

Apuré mi bebida y observé a la chica del escenario. Era guapa, pero todas los son, el trabajo lo exige. Su cuerpo, perfecto, pequeño y ágil, era tan dulce que casi te morías de ganas de poner la mano sobre aquella maravillosa piel, brillante de sudor. Te morías de ganas, ésa es la verdad. Para eso estaban las chicas allí, para eso estabas tú, para eso estaba Chiri y su caja registradora. Comprabas bebidas a las chicas, contemplabas sus cuerpos perfectos, y pretendías gustarles. Y también ellas trataban de gustarte. En el momento en que dejabas de gastar dinero, se levantaban e intentaban agradar a otro.

No podía recordar cuál había dicho Chiri que era el nombre de aquella chica. Desde luego, tenía mucho camino andado: sus mejillas habían sido pronunciadas con silicona, su nariz enderezada y reducida, y su cuadrada mandíbula favorecida con un atractivo

hoyuelo; injertos de senos de gran tamaño, silicona para redondear el culo… ; todo ello dejaba rastros reveladores. Ningún cliente lo notaría, pero, en los últimos diez años, he visto un montón de mujeres en un montón de escenarios. Todas parecen la misma.

Chiri volvió de servir a unos clientes lejos de la barra. Nos miramos.

—¿Busca dinero para que le hagan un trabajo en el cerebro? —pregunté.

—Sólo quiere daddies, creo —dijo Chiri—. Eso es todo.

—Se ha gastado mucho dinero en ese cuerpo, ¿crees que ha dado muchas vueltas?

—Es más joven de lo que aparenta, cielo. Vuelve dentro de seis meses y tendrá su moddy conectado. Dale tiempo y te mostrará la personalidad que más te guste; de putón, de trágica palomita deshonrada, o de algo intermedio.

Chiri tenía razón. Era toda una novedad que alguien trabajase en aquel club utilizando su propio cerebro. Me preguntaba si la nueva tendría aguante para seguir allí, o si el empleo la devolvería al lugar de donde había venido, satisfecha con su cuerpo transformado y con su, en parte, modificada mente. Una barra de moddies y daddies era un sitio duro para hacer dinero. Podías tener el cuerpo más despampanante del mundo, pero si los clientes estaban colgados y ponían más atención en su propia diversión intracraneal, lo mejor que podías hacer era volver a casa.

Una voz tranquila e imperturbable me habló al oído:

—¿Marîd Audran?

Me volví despacio y miré a aquel hombre. Supuse que se trataba de Bogatyrev. Un tipo pequeño, calvo, con un audífono y sin modificación alguna. Al menos, ninguna visible. Eso no significaba que no estuviera cargado con un módulo y potenciadores que yo no podía ver. Me he topado con unos pocos así a lo largo de los años. Son los más peligrosos.

—Sí —respondí—. ¿El señor Bogatyrev?

—Encantado de conocerle.

—Lo mismo digo. Tendrá que pagar una consumición o la chica de la barra empezará a calentar su gran olla de hierro.

Chiri nos ofreció aquella mirada caníbal.

—Lo siento —se excusó Bogatyrev—, no bebo alcohol.

—Está bien —respondí, y me dirigí a Chiri—: Ponle uno de éstos —pedí, levantando mi copa.

—Pero… —se quejó Bogatyrev.

—De acuerdo —dije —. Es para mí, yo la pagaré. Era cortesía por mi parte. Me la beberé también.

Bogatyrev asintió, sin expresión. Inescrutable, ¿saben? Se supone

que los orientales se llevan la palma, aunque estos tipos de la Rusia Reconstruida tampoco lo hacen mal. Lo practican. Chiri preparó la bebida y se la pagué. Entonces, seguí al hombrecillo hasta una mesa del fondo. Bogatyrev no miraba ni a izquierda ni a derecha, ni prestó un instante de su atención a las mujeres semidesnudas. He conocido a varios como éste.

A Chiri le gustaba tener el club en penumbra. Las chicas tienden a mejorar con la oscuridad. Parecen menos voraces, menos depredadoras. Las sombras suaves las visten de misterio. Al menos, eso es lo que un turista debía pensar. Chiri apagaba las luces cualesquiera que fuesen las transacciones que tuvieran lugar en las garitas o en las mesas. Las potentes luces del escenario apenas atravesaban la penumbra. Se podía ver los rostros de los clientes de la barra, mientras observaban, soñaban o alucinaban. El resto del club permanecía en la oscuridad, e indiferencia-do. Me gustaba ese estilo.

Terminé mi primera bebida y retiré el vaso a un lado. Rodeé el segundo con la mano.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Bogatyrev?—¿Por qué me ha pedido que nos encontremos aquí? Me encogí de hombros.

—Este mes no tengo oficina —dije—, y estas personas son mis amigos. Yo velo por ellos y ellos velan por mí. Es un esfuerzo recíproco.

—¿Cree que necesita esa protección?

Estaba poniéndome a prueba, y he de decir que todavía no la había superado. No del todo. Se mostraba muy educado. También lo practican.

—No, no es eso.

—¿No tiene un arma? Sonreí.

—Yo no llevo armas, señor Bogatyrev. Por lo general, no. Nunca me he encontrado en situación de necesitarlas. Si el otro tipo tiene una, hago lo que me dice; si no la tiene, le obligo a hacer lo que yo digo.

—Pero, tal vez, si tuviera un arma y la mostrase primero, evitaría riesgos innecesarios.

—Y ahorraría un tiempo valioso. Mire, tengo mucho tiempo, señor Bogatyrev, y es «mi» pellejo lo que arriesgo. Todos necesitamos una descarga de adrenalina de vez en cuando. Aquí, en el Budayén, nos regimos por una especie de código de honor. Ellos saben que voy desarmado, yo sé que también ellos. Nadie que rompa las reglas vuelve a repetirlo. Somos como una gran familia feliz.

No sabía cuánto se estaba tragando Bogatyrev, tampoco me importaba. Yo exageraba un poco, y, mientras, trataba de hacerme una idea del carácter del tipo.

Su expresión se volvió un poco amarga. Creo que comenzaba a

pensar en olvidar el asunto. Hay muchos guardaespaldas privados en las listas de los mensajes comerciales por cable. Tipos grandes y fuertes, armados hasta los dientes, para tranquilizar a personas como Bogatyrev. Agentes con brillantes armas bajo sus chaquetas, lujosos y cómodos trajes en vecindarios más atractivos, secretarias y terminales de ordenador conectados a todas las bases de datos del mundo conocido y fotografías enmarcadas de ellos estrechando la mano de gente que crees reconocer. Ése no era yo. Lo siento.

Evité a Bogatyrev la molestia de continuar con su prueba.

—Se estará preguntando por qué el teniente Okking me ha recomendado a mí, en lugar de a alguien de los gremios de la ciudad.

Bogatyrev ni siquiera parpadeó.

—Sí —admitió.

—El teniente Okking es parte de la familia —dije—. Él hace los negocios a mi manera y yo los hago a la suya. Mire, si acude a uno de esos agentes cromados, le harán lo que usted necesita, pero su tarifa le costará cinco veces más que la mía; le llevará más tiempo, se lo garantizo, y esos tipos rápidos tienen tendencia a formar gran estruendo con su equipo caro y armas que llaman la atención. Yo realizo el trabajo con mucho más silencio. Es menos probable que sus intereses, sean los que fueren, terminen decorados con fuego de láser.

—Ya veo. Ahora que el tema del pago ha sido mencionado, ¿puedo preguntarle cuál es su tarifa?

—Depende de lo que me encargue. Yo no hago cierto tipo de trabajos. Llámelo excusa. Pero aunque no acepte el caso, puedo indicarle a alguien competente que lo haga. ¿Por qué no empieza desde el principio?

—Quiero que encuentre a mi hijo.

Aguardé, pero Bogatyrev parecía no tener nada más que decir.

—Muy bien —dije.

—Necesitará una foto suya —afirmó más que preguntó.

—Por supuesto. Y toda la información que pueda ofrecerme: cuánto hace que desapareció, cuándo le vio por última vez, qué se dijeron, cree que se escapó o que fue obligado… Ésta es una gran ciudad, señor Bogatyrev, y resulta sumamente fácil hacer un agujero y ocultarse en él si se quiere. He de saber dónde empezar a buscar.

—¿Su tarifa?

—¿Quiere regatear?

Empezaba a fastidiarme.

Siempre he tenido problemas con estos nuevos rusos. Nací en el año 1550, el 2172 del calendario infiel. Unos treinta o cuarenta años antes de mi nacimiento, el comunismo y la democracia murieron en su lecho de agotamiento de recursos, de hambre y pobreza feroces. La Unión Soviética y los Estados Unidos de América se fraccionaron en

docenas de pequeñas monarquías y Estados policiales. El resto de los países del mundo pronto siguieron su ejemplo. Moravia era ahora independiente, como Toscana, y la Commonwealth de la Reserva de Occidente: todos aislados y aterrorizados. No sabía de qué Estado de la Rusia Reconstruida procedía Bogatyrev. Aunque era probable que diese lo mismo.

Me observó hasta que me di cuenta de que no diría nada más si no fijaba un precio.

—Quiero mil kiam al día más gastos —dije —. Págueme tres días por adelantado. Le daré una factura detallada cuando encuentre a su hijo, *inshallah*.

O sea, si es la voluntad de Alá. Había dicho una cifra diez veces superior a mi tarifa habitual. Supuse que regatearía.

—Me parece bien. —Abrió un maletín de plástico y sacó un paquete pequeño —. Aquí tiene unas cintas holográficas y un informe detallado de mi hijo: sus aficiones, vicios, aptitudes; es decir, su perfil psicológico completo, todo lo que usted pueda necesitar.

Le lancé una mirada furtiva a través de la mesa. Era extraño que tuviera ese paquete para mí. Las cintas del ruso hubieran bastado, lo que me dejaba atónito era el resto, el perfil psicológico. A menos que Bogatyrev fuera obsesivamente metódico, y un paranoico además, no entendía el porqué de reunir todo aquel material para mí. Entonces, tuve un presentimiento.

—¿Cuánto tiempo hace que desapareció su hijo? —pregunté.

—Tres años.

Le miré, sorprendido. No pensaba preguntarle por qué había esperado tanto. Era seguro que ya había visitado a los profesionales de la ciudad, sin que hubiera recibido ayuda de ellos.

Cogí el paquete.

—Tres años hacen que un rastro se enfríe un poco, señor Bogatyrev —dije.

—Le agradecería mucho que le dedicase toda su atención al asunto. Soy consciente de las dificultades y estoy dispuesto a pagarle hasta que usted lo consiga, o decida que no hay esperanzas de éxito.

Sonreí.

—Siempre hay esperanza, señor Bogatyrev.

—A veces no. Déjeme decirle uno de sus proverbios árabes: «La suerte está una hora contigo, y diez contra ti».

Sacó un grueso fajo de billetes de su bolsillo y separó tres de ellos. Se guardó el dinero antes de que los tiburones del club de Chiri pudieran olerlo, y me ofreció los tres billetes.

—Sus tres días por adelantado.

Alguien gritó.

Cogí el dinero y me volví para ver qué sucedía. Dos de las chicas

de Chiri se habían arrojado al suelo. Me levanté de la silla. Vi a *James Bond* con una vieja pistola en la mano. Intenté distinguir si se trataba de una verdadera Beretta antigua o una Walther PPK. Hubo un solo disparo, pero, en el pequeño cabaret, resonó con tanta fuerza como la detonación de un mortero de artillería. Corrí por el estrecho pasillo que separaba las garitas de las mesas, aunque, al cabo de unos pocos pasos, me di cuenta de que nunca le alcanzaría. *James Bond* había abandonado el club. Detrás de él, las chicas y los clientes chillaban y se empujaban tratando de ponerse a salvo. No conseguí pasar a través del pánico. Esa noche, el maldito moddy había llevado su fantasía al límite al disparar una pistola en una sala abarrotada. Era probable que reviviera esa escena en su memoria durante años. Podía sentirse satisfecho con eso, porque si se dejaba ver de nuevo por la «Calle», le darían tal paliza que deberían modificarle y ajustarle otra vez hasta que volviese a parecer un ser humano.

El club recobró la normalidad poco a poco. Se hablaría mucho de esa noche. Las chicas necesitaron beber bastante para calmar sus nervios, y mucho consuelo. Lloraron en los hombros de los mamones, y los mamones les compraron cantidad de bebidas.

Chiri llamó mi atención.

—*Bwana* Marîd —dijo con suavidad—, guarda el dinero en tu bolsillo y vuelve a la mesa.

Me di cuenta de que estaba haciendo ondear los tres mil kiam por allí como un puñado de pequeñas banderas. Metí los billetes en un bolsillo de mis pantalones téjanos y regresé con Bogatyrev. No se había movido ni un ápice durante el alboroto. Hacía falta algo más que un loco con una pistola cargada para alterar a esos tipos con nervios de acero. Volví a sentarme.

—Siento la interrupción —dije.

Cogí mi vaso y miré a Bogatyrev. No me respondió. Una mancha oscura se extendía con lentitud por su camisa de seda blanca de campesino ruso. Le estuve observando largo rato mientras apuraba mi copa. Supe que los siguientes días iban a ser una pesadilla. Por último, me levanté y me dirigí a la barra. Chiri ya estaba junto a mí, con el teléfono en la mano. Se lo cogí sin decirle una palabra y murmuré el código del teniente Okking.

2

A la mañana siguiente, muy temprano, el teléfono empezó a sonar. Me desperté legañoso y con el estómago revuelto. Oí el timbre del teléfono con la esperanza de que cesara. Pero no lo hizo. Me di la vuelta y traté de ignorarlo. Pero sonó, y sonó… diez, veinte, treinta veces. Me levanté despacio, pasé por encima del cuerpo durmiente de Yasmin, y busqué el aparato entre el montón de ropa.

—¿Sí? —gruñí, cuando al fin lo encontré. No me sentía demasiado amigable.

—Yo me levanto aún más pronto que tú, Audran —dijo el teniente Okking—. Ya estoy en mi despacho.

—Todos dormimos mejor cuando sabemos que te encuentras en el trabajo —dije.

Todavía estaba irritado por lo que me había hecho la noche anterior. Después del interrogatorio de rutina, tuve que devolver el paquete que el ruso me había entregado antes de morir… , sin haber tenido ocasión de inspeccionarlo.

—Recuérdame que me ría dos veces la próxima vez, ahora tengo demasiado trabajo —dijo Okking—. Oye, estoy en deuda contigo por tu cooperación.

Con una mano sostuve el teléfono en mi oreja y con la otra busqué la caja de píldoras. La abrí como pude y saqué un par de pequeños triángulos azules que me despertaban al instante. Los tragué en seco y esperé a oír el resto de la información que Okking dejaba en suspenso.

—¿Y bien? —dije.

—Tu amigo Bogatyrev debió acudir a nosotros. No nos ha costado mucho cotejar sus cintas con nuestros archivos. Su desaparecido hijo murió en un accidente hace casi tres años. Nunca identificamos el cadáver.

Transcurrieron unos segundos de silencio mientras yo pensaba en ello.

—De haberlo hecho, el pobre bastardo no se hubiera reunido conmigo anoche y no habría terminado con ese agujero rojo y el desgarrón en su camisa.

—La vida es así, ¿no resulta gracioso?

—Sí. Recuerda que me ría dos veces la próxima vez. Dime lo que sabéis de él.

¿De quién? ¿De Bogatyrev o de su hijo?

Me da igual, de cualquiera. Todo lo que sé es que un hombrecillo quería que yo le hiciese un trabajo: que encontrara a su hijo. Me despierto esta mañana, y resulta que tanto él como el chico están

muertos.

Debió acudir a nosotros —repitió Okking.

—En su tierra tienen la manía de no ir a la policía. Por su propia voluntad, quiero decir.

Okking lo meditó, mientras decidía si le parecía bien o no. Al final, lo soltó.

—Ahí va tu paga —dijo, haciéndose el simpático—: Bogatyrev era una especie de intermediario político del rey Vyacheslav de Bielorrusia y el de Ucrania. El hijo de Bogatyrev se había convertido en un estorbo para la legación bielorrusa. Todas las pequeñas Rusias se matan a trabajar para ganar credibilidad y el muchacho Bogatyrev salía de un escándalo para meterse en otro. Su padre debió dejarle en casa y los dos estarían vivos aún.

—Es posible. ¿Cómo murió el chico?

Okking hizo una pausa. Es probable que hubiera llamado al archivo por su pantalla para asegurarse.

—Todo lo que dice es que murió en un accidente de tráfico. Giró en lugar prohibido y fue embestido por un camión. El otro conductor no fue acusado. El chico no llevaba identificación. Conducía un vehículo robado. Su cuerpo estuvo en el depósito de cadáveres durante un año, pero nadie le reclamó. Después…

—Después, fue vendido como desperdicios.

—Supongo que te sientes implicado en este caso, Marîd, pero no lo estás. Encontrar a ese maníaco de James Bond es competencia de la policía.

—Sí, lo sé.

Hice una mueca; sentí gusto a sarro en la boca. —Te mantendré al corriente —dijo Okking—. Quizá tenga algún trabajo para ti.

Si agarro primero al moddy, le empaqueto y te lo envío a tu oficina.

Seguro, chaval.

Cuando Okking colgó el teléfono, se oyó un agudo clic.

Somos una gran familia feliz.

«Sí, tienes razón», dije para mí.

Recosté la cabeza en la almohada, aunque sabía que no volvería a coger el sueño. Miraba la pintura resquebrajada del techo, con la esperanza de que otra semana transcurriera sin que se desplomara sobre mí.

—¿Quién era? ¿Okking? —murmuró Yasmin.

Todavía estaba de espaldas, acurrucada y con las manos entre sus rodillas.

—¡Ea, ea! Vuelve a dormirte.

Al instante se había quedado roque. Permanecí embobado un buen rato en espera de que los trifets me hicieran efecto antes de

rendirme y ponerme enfermo. Rodé por el colchón y me levanté. Al hacerlo, sentí un martilleo en las sienes. Después del golpe amistoso de Okking la noche anterior, fui a la «Calle» de copas, de un club a otro. En algún momento del recorrido, debí tropezar con Yasmin, porque la tenía a mi lado. Era la prueba irrefutable.

Me arrastré al baño y estuve bajo la ducha hasta que el agua caliente se terminó. Las drogas no me habían subido todavía. Me sequé con la toalla y, mientras, dudaba si tomar otro triángulo azul o pasar de todo y volver a la cama. Me miré al espejo. Estaba horrible, pero siempre me veo así ante el espejo. Me consolé pensando que mi auténtico rostro es más bien parecido. Me lavé los dientes para acabar con el espantoso gusto de la boca. Empecé a peinarme, pero suponía demasiado esfuerzo, así que volví a la otra habitación y saqué una camisa limpia y los téjanos.

Tardé diez minutos en encontrar las botas. Por alguna extraña razón, las encontré debajo de las ropas de Yasmin. Por fin estaba vestido. Si las malditas «píldoras» hicieran su parte, podría enfrentarme al mundo. Ni me hables de comer. Ya comí hace dos días.

Dejé una nota a Yasmin con el encargo de que cerrara la puerta al salir. Ella era una de las pocas personas a las que yo podía dejar sola en mi apartamento. Siempre lo hemos pasado bien juntos y creo que, en cierta frágil e inefable manera, cuidamos el uno del otro. Temíamos exigirnos demasiado, ponernos a prueba, pero los dos sabíamos que algo existía. Creo que era porque Yasmin no había nacido mujer. Tal vez, pasar parte de tu vida de un sexo y el resto de otro afecte tus percepciones. Por supuesto, yo conocía a muchos que habían cambiado de sexo y a quienes no soportaba. No se puede generalizar. Ni siquiera por amabilidad.

Yasmin había sido modificada por completo interior y exteriormente, cuerpo y mente. Tenía uno de esos cuerpos perfectos, de los que se eligen en un catálogo. Te sientas con el tío de la clínica y te muestra el libro. Le dices: «¿Cuánto estas tetas?», y él te da el precio, y tú le preguntas: «¿Y esta cintura?», y él te presenta un presupuesto por romper tus huesos pélvicos y recomponerlos; además, hace desaparecer tu nuez y realza tus rasgos faciales, tu culo y tus piernas. A veces, incluso puedes elegir un nuevo color de ojos. Te arreglan el vello y la barba; se trata de una cuestión de drogas y de un mágico proceso clínico. Acabas con una personalidad reconstruida, igual que un viejo coche de gasolina restaurado.

Miré a Yasmin al otro lado de la habitación. Creo que su más preciado bien era el largo y lacio cabello negro, y había nacido con él. Lo tenía desde el principio. No había mucho más que perteneciera al equipo original —incluso su personalidad, cuando estaba conectada—; pero, en conjunto, era bonita y se lo hacía muy bien. Creo que siempre

hay algo que delata un cambio de sexo. Las manos y los pies, por ejemplo, las clínicas no quieren tocarlos, hay demasiados huesos de por medio. Los transexuales femeninos siempre tienen grandes los pies; son pies de hombre. Y, por algún motivo, su voz es algo nasal. Yo lo noto en seguida, aunque nada lo revele.

Creo que soy un experto en entender a la gente. Pero ¿qué digo? Por eso estaba siempre en la cuerda floja y daba el golpe de gracia a quien se sentía derrotado.

Ya en el recibidor, los trifets florecieron por fin. Fue como si, de repente, el mundo entero diese un profundo respiro, y se expandiera como un globo. Me agarré al pasamanos para mantener el equilibrio y bajé la escalera. No sabía, con exactitud, lo que iba a hacer, pero empezaba a ser hora de conseguir algún dinero. El alquiler se me echaba encima y no quería acudir al «Hombre» para pedirle un préstamo. Metí las manos en los bolsillos y noté los billetes. Claro. El ruso me había dado tres de los grandes la noche anterior. Saqué el dinero y lo conté. Me quedaban unos dos mil ochocientos kiam. Yasmin y yo debimos de darnos una fiesta salvaje con los otros doscientos. Me hubiera gustado recordarla.

Cuando salí a la acera, el sol casi me cegó. No funciono muy bien durante el día. Hice visera con mi mano y miré a uno y a otro lado de la calle. Nadie. El Budayén se oculta de la luz del día. Me dirigí hacia la «Calle» con la vaga idea de hacer algunos recados. Ahora que tenía dinero, podía permitírmelos. Sonreí; las drogas me reanimaron y los dos mil ochocientos kiam lograron el resto. Con ellos tenía pagados el alquiler y todos mis gastos durante los tres meses siguientes. Era el momento de reponer existencias: rellenar la caja de píldoras, darme el lujo de unas cuantas cápsulas y tabletas, pagar un par de deudas y comprar un poco de comida. El resto iría al banco. Tengo tendencia a patearme el dinero si lo llevo demasiado tiempo en el bolsillo. Ahorrarlo es mejor, convertirlo en crédito electrónico. No me permito el uso de una tarjeta de crédito por si me arruino cualquier noche en la que esté demasiado cargado para saber lo que hago. Pago en metálico o no compro. Así no desperdicias *bytes,* no, sin una tarjeta.

Al llegar a la «Calle», me encaminé hacia la puerta Este. A medida que me aproximaba a la muralla, veía más y más gente: vecinos que paseaban por la ciudad como yo, turistas que entraban en el Budayén en la hora de descanso. Los forasteros no sabían lo que hacían. También a pleno día podían meterse en terribles líos.

Una pequeña barricada se levantaba en la esquina de la calle Cuarta, allí donde estaba en obras. Me apoyé contra los postes para oír las conversaciones de una pareja de busconas esforzándose en el comercio temprano, o quizá todavía era la noche pasada para ellas si no habían hecho suficiente dinero como para irse a casa. Había oído

esos asuntos miles de veces, pero *James Bond* me hizo meditar sobre los moddies, de modo que esas negociaciones cobraban un nuevo significado.

—Hola —dijo el tío bajito y delgado.

Vestía un traje de corte europeo y hablaba el árabe como quien ha estudiado el idioma tres meses en una escuela donde nadie, profesor o alumno, ha estado jamás ni a ocho mil kilómetros de una palmera.

La tía le sacaba casi medio metro, aunque algo lo debía a unas botas negras de tacón de aguja. Tal vez no fuera una mujer de verdad, sino un transexual o un travestido preoperado, pero el hombrecillo no lo sabía, o no le importaba. Ella era impresionante. Las busconas del Budayén necesitan ser impresionantes, sólo para hacerse notar. No tenemos demasiadas mujercitas de su casa, sencillas y dóciles, que vivían en la «Calle». Llevaba una especie de vestido negro, con volantes en la corta falda, sin espalda ni mangas, lo que permitía gran visibilidad por delante, ceñido a la cintura mediante una gruesa cadena de plata con un rosario católico colgando de ella. Iba muy maquillada, de púrpura y rosa, y lucía una hermosa cabellera rojiza, arteramente dispuesta para que enmarcase su rostro, que desafiaba a todas las leyes conocidas de las ciencias naturales.

—¿Quieres alucinar? —preguntó.

Cuando abrió la boca, percibí la voz de quien tiene todavía un buen montón de cromosomas masculinos en cada una de las células de su restaurado cuerpo, fuera lo que fuese que hubiera debajo de aquella falda.

—Quizá —dijo el tipo, cauteloso.

—¿Buscas algo en especial?

El hombre se humedeció los labios con nerviosismo.

—Esperaba encontrar a Ashla.

—Oh, nene, lo siento. Labios, caderas o huellas dactilares. Yo no tengo el de Ashla. —Aguardó un instante y escupió—. Habla con aquella chica, creo que tiene a Ashla.

Había señalado a una nueva que conocía. El pavo dio las gracias y cruzó la calle. Por casualidad, vi los primeros ojos de puta.

—Jodido tío —dijo entre risas, y volvió a mirar la calle en busca de dinero para la comida.

Dos minutos más tarde, otro hombre llegó y mantuvieron la misma conversación.

—¿Buscas a alguien en especial?

El tipo era algo más alto que el primero y bastante más fuerte.

—¿Brigitte? —dijo, como si se disculpara.

Ella hurgó en su bolso de vinilo negro y sacó una ristra de moddies de plástico. Un moddy es mucho más grande que un daddy,

que suele ir conectado precisamente a un enchufe al lado del moddy que empleas, o en el enchufe central del cráneo si no estás preparado para los moddies, o si te gusta ser tú mismo. La chica cogió un moddy de plástico rosa y guardó el resto en su bolso.

—Aquí está, la mujer de tu vida. Brigitte, es muy popular, tiene mucha clase. Te costará más.

—Lo sé —repuso el pavo—. ¿Cuánto?

—Dímelo tú —contestó ella, con el pensamiento de que podía ser un policía que fuera de tanteo.

Estas cosas sucedían por allí todavía, donde las autoridades religiosas se quedaban sin infieles a los que perseguir.

—¿Cuánto quieres gastar?

—¿Cincuenta?

—¿Por Brigitte, tío?

—¿Cien?

—Y quince por la habitación. Ven conmigo, cielo.

Se alejaron por la calle Cuarta. ¿No es magnífico el amor?

Yo sabía quién era Ashla y quién Brigitte, pero me preguntaba quiénes serían el resto de los moddies de la serie. Creo que no merecía la pena desperdiciar cien kiam por saberlo. Más quince por la habitación. De modo que esa buscona de cabello castaño se iría con su corazoncito, se autoconectaría Brigitte y se convertiría en Brigitte. Eso era todo lo que el tipo recordaría de su ser, y así ocurriría siempre, fuera quien fuese la persona que usara el moddy Brigitte, mujer, travesti o transexual.

Atravesé la puerta Este. Me hallaba a medio camino del banco cuando, de repente, me detuve ante una joyería. Algo rondaba por mi mente. Una idea trataba de aflorar a mi consciencia. Era un sentimiento incómodo y molesto, y parecía no haber modo de evitarlo. Quizá sólo se trataba de los trifets que había tomado. Cuando estoy tan eufórico, puedo preocuparme por pensamientos sin importancia. Pero no, era más que un simple efecto de las drogas. Había algo acerca del asesinato de Bogatyrev o la conversación telefónica que yo había mantenido con Okking. Algo andaba mal.

Medité sobre todo lo que podía recordar del asunto. Nada raro destacaba en mi memoria. Noté que el consejo de Okking había sido un poco brusco, pero esa rudeza era habitual en un policía: «Mira, esto es competencia de la policía, no necesitamos que metas las narices, anoche tenías un trabajo pero se desintegró ante tu rostro, así que muchas gracias». Había oído lo mismo de Okking cientos de veces. ¿Por qué hoy me sentía tan inseguro?

Sacudí la cabeza. Si había algo, ya saldría. Lo archivé en el fondo de mi mente, allí se cocería hasta evaporarse o materializarse en un hecho frío y sólido que podría utilizar. Entretanto, no quería

preocuparme. Deseaba disfrutar de la calidez, la fuerza y la confianza que las drogas me proporcionaban. Había pagado por ellas cuando estaba hecho polvo, por eso quería sacarle partido a mi dinero.

Diez minutos más tarde, mientras me dirigía al cajero automático del banco, mi teléfono volvió a sonar. Lo descolgué de mi cinturón.

—¿Sí? —dije.

—¿Marîd? Soy Nikki.

Nikki era una loca transexual que trabajaba como puta para uno de los chacales de Friedlander Bey. Un año antes fuimos amigos, pero era todo un problema. Cuando estabas con ella, tenías que llevar su ritmo de pastillas y bebidas; una copa de más, y Nikki se volvía agresiva e incoherente. Cada salida acababa en bronca. Antes de sus modificaciones, Nikki había sido un hombre alto y musculoso, más fuerte que yo, creo. Incluso después del cambio de sexo, resultaba imposible de dominar en una pelea. El intento de separarla de quien ella imaginaba que le había insultado era algo terrible. Calmarla y llevarla a casa, sana y salva, te dejaba agotado. Finalmente, decidí que me gustaba cuando era ella misma, pero que el resto no valía la pena. La veía de vez en cuando, nos saludábamos y nos hacíamos confidencias, pero no quería exponerme a ninguna de sus borracheras, llantos y problemas sin sentido.

—Dime, Nikki, ¿estás ocupada?

—Marîd, cariño, ¿puedo verte hoy? Necesito que me hagas un favor.

«Ya está liada», pensé.

—Sí, creo que sí. ¿Qué ocurre?

Hubo un corto silencio mientras pensaba cómo decírmelo.

—Ya no quiero trabajar para Abdulay.

Así se llamaba el ayudante de Friedlander. Abdulay tenía una docena de chicas y chicos conectados por todo el Budayén.

—Eso es fácil —dije.

Había hecho ese tipo de trabajo muchas veces, y me había sacado algunos kiam adicionales de aquí y allá. Yo tenía buenas relaciones con Friedlander Bey, en privado le llamaba «Papa». Era dueño de casi todo el Budayén y tenía el resto de la ciudad en su bolsillo. Yo siempre mantengo mi palabra, lo cual suponía una valiosa recomendación para alguien como Bey. «Papa» era un anciano. Se rumoreaba que debía contar unos doscientos años de edad, y, ahora como entonces, me lo creo. Tenía una noción anticuada del honor, los negocios y la lealtad. Dispensaba favores y castigos con una arcana idea de Dios. Poseía muchos de los clubs, prostíbulos y restaurantes del Budayén, pero no desalentaba a la competencia. Todo iba bien si algún independiente quería trabajar en el mismo lado de la calle. «Papa» actuaba a sabiendas de que no te molestaría si tú no le molestabas. Sin embargo,

ofrecía toda clase de atractivos alicientes. Después de todo, un puñado de agentes autónomos acabaron trabajando para él porque por ellos mismos no conseguían esos pingües beneficios. No es que tuviera contactos, él era el contacto.

En el Budayén había un lema: «Los negocios son los negocios». Nada de lo que perjudicaba a los agentes autónomos podía perjudicar a Friedlander Bey. Había suficiente para todos. Otra cosa hubiera ocurrido de ser «Papa» un tipo avaricioso. Un día me contó que en una época fue así; pero después de ciento cincuenta o ciento sesenta años, ya no tienes necesidades. Fue lo más triste que me habían dicho en mi vida.

Oí la profunda respiración de Nikki.

—Gracias. Marîd. ¿Sabes dónde estoy? Ya no prestaba mucha atención a sus idas y venidas. —No, ¿dónde?

—Pasando una temporada con Tamiko.

«Estupendo —pensé—, sencillamente estupendo.» Tamiko era una de las «hermanas Viudas Negras».

—¿En la calle Trece?

—Si.

—Ya sé, ¿qué te parece si me paso, digamos… , a las dos? Nikki titubeó.

—¿Puedes pasarte a la una? Necesito hacer unas cosas.

Fue una imposición, pero me sentía generoso; debían ser los triángulos azules.

—Muy bien —dije por los viejos tiempos—, estaré allí sobre la una, *inshallah.*

—Eres un cielo, Marîd. Nos vemos. *Salam.* Y cortó la comunicación.

Colgué el auricular en mi cinturón. En ese momento me sentía como si no tuviera nada en la cabeza. Siempre te sientes así hasta que te baja.

3

A la una menos cuarto encontré el edificio del apartamento en la calle Trece. Era una vieja casa de dos plantas dividido en distintos pisos. Eché un vistazo al balcón de Tamiko, que daba a la calle. Un cinturón de hierro lo ceñía y en las esquinas se alzaban decorativas columnas de hierro por las que la enredadera trepaba hasta el saliente del tejado. Podía oír su maldita música de koto procedente de una ventana abierta. Música de koto electrónica, de sintetizador. La aguda y estridente voz que la acompañaba me daba escalofríos. Debía ser una voz sintética, tal vez Tami. ¿Os había dicho que Nikki estaba un poco loca? Bien, pues al lado de Tami, Nikki era un amoroso conejito blanco. Tamiko había sustituido una de sus glándulas salivares por una bol—Sita de plástico llena de una toxina de efecto rápido. Un conducto de plástico expulsaba el veneno a través de un diente artificial. La toxina resultaba dolo rosa si era ingerida; pero un suplicio horrible y letal si se diluía en la sangre. Tamiko podía destapar el diente siempre que lo necesitara o que lo deseara. Por eso, ella y sus amigas eran llamadas las «Viudas Negras».

Apreté el botón que tenía el nombre de Tami, pero nadie respondió. Golpeé el pequeño panel de plexiglás de la puerta. Al final, opté por gritar desde la calle. Vi la cabeza de Nikki que asomaba por la ventana.

—En seguida bajo —gritó.

Ella no podía oír nada con aquella música de koto. No he conocido a nadie más que soporte el koto. Tamiko estaba loca de remate. La puerta se abrió un poco y apareció Nikki.

—Oye —dijo preocupada—. Tami se encuentra de muy mal humor. Está un poco cargada. No hagas ni digas nada que pueda molestarla.

Me pregunté si de verdad quería seguir con todo eso. En realidad, no necesitaba esos cien kiam de Nikki. Pero le había dado mi palabra, de modo que asentí y subí la escalera tras ella hasta el apartamento.

Tami se hallaba tendida sobre un montón de almohadones de dibujos vivaces, con la cabeza apoyada en uno de los altavoces de su equipo holo. La música se oía desde la calle; pero, en ese momento comprendí lo que significaba «alta». Debía de retumbar en el cráneo de Tami como la peor migraña del mundo, aunque no parecía importarle, al compás de quién sabe qué droga que hubiera tomado. Tenía los ojos entreabiertos y movía la cabeza con lentitud. Su rostro estaba pintado de blanco, como el de una geisha; sin embargo, los labios y párpados aparecían de color negro. Era como el espectro vengador de un personaje asesino de Kabuki.

—Nikki —dije. No me oyó. Tuve que acercarme hasta ella y gritaren su oído —: ¿Por qué no salimos de aquí? ¿Dónde podemos hablar?

Tamiko había quemado una especie de incienso y el aire estaba cargado de un empalagoso olor dulzón. Yo necesitaba un poco de aire fresco.

Nikki sacudió su cabeza y señaló a Tami.

—Ella no me dejará salir.

—¿Porqué no?

—Cree que me protege.

—¿De que?

Nikki se encogió de hombros.

—Pregúntaselo.

Mientras la observaba, Tami canturreó de forma alarmante y se desplomó en un lento movimiento hasta que su mejilla pintada de blanco chocó con el desnudo suelo de madera.

—Es buena cosa poder cuidarse uno mismo, Nikki. Se rió débilmente.

—Sí, eso creo. Gracias por venir, Marîd.

—No tiene importancia —dije.

Me senté en un sillón y la miré. Nikki era una exótica en una ciudad de exóticos: su largo y rubio cabello le caía hasta la cintura. Su rostro tenía el color del marfil joven, casi tan blanco como la pintura de Tami. Sus ojos, extrañamente azules, reflejaban un destello de locura. La delicadeza de sus rasgos faciales contrastaban de forma desconcertante con el tamaño y la firmeza de su contorno. Era un error bastante corriente: la gente elegía modificaciones quirúrgicas que admiraban en otros, sin darse cuenta de que los cambios parecerían fuera de lugar en el conjunto de su propio cuerpo. Observé la forma inerte de Tami. Resaltaba el emblema de las «Viudas Negras»: unos inmensos e increíbles injertos de senos. Era probable que el busto de Tami midiera casi metro y medio. Resultaba divertido sorprender la expresión de asombro en el rostro de un turista cuando, por casualidad, se topaba con una de las «Viudas Negras». Era divertido hasta que imaginabas lo que posiblemente iba a suceder.

—Ya no quiero trabajar para Abdulay —dijo Nikki, mientras miraba cómo sus dedos rizaban sus cabellos color champán.

—Lo comprendo. Llamaré y concertaré una cita con Hassan. ¿Conoces a Hassan el chiíta? Es el brazo derecho de «Papa». Hemos de tratar con él.

Nikki sacudió la cabeza. El brillo de su mirada resplandeció en la habitación. Estaba preocupada.

—¿Será peligroso? —preguntó. Sonreí.

—Pierde cuidado —dije —. Habrá una mesa preparada, yo me

sentaré a un lado junto a ti, y Abdulay en el otro. Hassan se sentará en medio. Yo presentaré tu versión, Abdulay, la suya. Entonces, Hassan lo meditará. Luego emitirá su veredicto. Lo normal es que tengas que pagar a Abdulay. Hassan fijará la cantidad. Tendrás que untar antes a Hassan, y debemos hacerle algún regalo a «Papa». Eso ayuda.

Nikki no parecía muy convencida. Se levantó y se metió la camiseta negra por dentro de sus ceñidos téjanos negros.

—No conoces a Abdulay.

—Apuesta el culo a que lo consigo.

Tal vez le conocía mejor que ella. Me levanté y atravesé la habitación hasta el holo Telefunken de Tami. Silencié la música de koto con la yema del dedo. Se hizo la paz, el mundo me lo agradeció. Tamiko se quejó en sueños.

—¿Y si no mantiene su parte del acuerdo? ¿Y si me persigue y me obliga a volver a trabajar para él? Le gusta golpear a las mujeres, Marîd. Le gusta mucho.

—Le conozco. Pero respeta la influencia de Friedlander Bey igual que todos. No se atreverá a contradecir la decisión de Hassan. Y es mejor que tú tampoco. Si te escapas sin pagar, «Papa» enviará a sus matones detrás de ti. Entonces sí volverías a trabajar en serio, cuando sanases.

Nikki se estremeció.

—¿Alguien te ha engañado alguna vez?

Fruncí el entrecejo. Una vez, la recordaba muy bien. Fue la última que he estado enamorado.

—Si —dije.

—¿Qué hicieron «Papa» y Hassan?

Era un recuerdo triste y no quería reavivarlo.

—Bueno, como había sido su representante, fui responsable del pago. Tuve que volver con tres mil doscientos kiam. Estaba hecho añicos, pero, créeme, conseguí el dinero. Tuve que pasar un montón de locuras y peligros para obtenerlo, mas se lo debía a «Papa» por esa mujer. A «Papa» le gusta que le paguen rápido. En estos casos, «Papa» no tiene mucha paciencia.

—Lo sé —dijo Nikki —. ¿Y qué le ocurrió a la chica?

Me costó unos segundos pronunciar esas palabras.

—La encontraron en su escondite. No les fue difícil dar con ella. La trajeron con las dos piernas rotas por tres lugares distintos y el rostro destrozado. La pusieron a trabajar en uno de los burdeles más inmundos. Sólo ganaba uno o dos kiam a la semana en un lugar como ése y le dejaban quedarse diez o quince. Todavía está ahorrando para reconstruir sus facciones.

Nikki no pudo decir nada durante un buen rato. Dejé que reflexionara sobre lo que le había dicho. Le vendría bien.

—¿Puedes llamar ahora para concertar la cita? —preguntó por fin.

—Sí —dije —. El lunes, ¿es demasiado pronto?

Sus ojos se abrieron.

—¿No podemos quedar para esta noche? Necesito zanjarlo esta noche.

—¿Por qué tanta prisa, Nikki? ¿Vas a alguna parte?

Me dirigió una mirada penetrante. Su boca se abrió y se volvió a cerrar.

—No —respondió con voz temblorosa.

—No se puede concertar una cita con Hassan cuando a uno le viene engaña.

—Inténtalo, Marîd. ¿Puedes llamar e intentarlo? Hice un pequeño gesto de rendición.

—Llamaré y preguntaré, pero Hassan dispondrá la cita a su conveniencia.

Nikki asintió.

—Sí —dijo.

Desenganché mi teléfono y lo abrí. No necesité pedir el código de Hassan a información. El teléfono sonó una vez, y uno de los secuaces de Hassan contestó. Le dije quién era y lo que deseaba, me respondió que esperase; ellos siempre te dicen que esperes y tú lo haces. Me senté, miraba a Nikki jugar con su cabello y escuchaba el suave ronquido de Tamiko en el suelo, con una respiración tranquila, envuelta en un ligero kimono de algodón negro mate. Nunca llevaba joyas o adornos. Con su kimono, su negro cabello artísticamente dispuesto, sus párpados modificados quirúrgicamente y su rostro pintado parecía una geisha asesina, que es lo que en realidad era. Para alguien no oriental de nacimiento, Tamiko resultaba muy convincente, arrugas epicánticas incluidas.

Después de un cuarto de hora, en el que Nikki paseó nerviosa por el apartamento, el esbirro me habló. Teníamos una entrevista por la noche, justo después de las plegarias del crepúsculo. No me molesté en darle las gracias. A pesar de todo, tengo mucho orgullo. Colgué el teléfono en mi cinturón.

—Pasaré a recogerte sobre las siete y media —dije a Nikki. Otra vez tenía ese tic nervioso en el ojo.

—¿Podemos encontrarnos allí?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? ¿Sabes dónde?

—¿En la tienda de Hassan?

—Pasa la cortina. Detrás, hay un almacén. Cruza el almacén y sal por la puerta trasera al callejón. En la pared opuesta verás una puerta de hierro. La encontrarás cerrada, aunque estarán esperándote. No

necesitarás llamar. Sé puntual, Nikki.

—Lo seré. Gracias, Marîd.

—Y una mierda gracias. Quiero mis cien kiam ahora.

Pareció sorprendida. Quizá fui demasiado brusco, demasiado maleducado.

—¿Puedo dártelos después…?

—Ahora, Nikki.

Sacó algún dinero del bolsillo de su pantalón y contó cien.

—Toma.

De nuevo hubo frialdad entre nosotros.

—Dame otros veinte para el regalito de «Papa». También has de hacerte cargo del *bakshish* de Hassan. Te veré esta noche.

Y salí de aquel lugar antes que la locura desenfrenada empezara a filtrarse en mi cerebro.

Fui a casa. Había dormido poco, tenía un dolor de cabeza insoportable y el efecto de los trifets se había desvanecido en algún momento de la tarde de verano. Yasmin dormía todavía y me metí en la cama junto a ella. Las drogas no me dejarían conciliar el sueño, pero deseaba relajarme un poco y descansar con los ojos cerrados. Debí darme cuenta de que, en cuanto me relajara, los trifets empezarían a zumbar en mi cabeza más fuerte que nunca. A través de mis párpados cerrados, la oscuridad rojiza empezó a destellar como una luz estroboscópica. Me sentí aturdido. Imaginé dibujos azules y verde oscuros, que se agitaban como criaturas microscópicas en una gota de agua. Abrí los ojos y traté de librarme de los destellos. Sentía calambres involuntarios en los músculos de las pantorrillas, en las manos y en la mejilla. Estaba más tenso de lo que yo creía. No hay descanso para los miserables.

Me levanté y escribí una nota para Yasmin.

—Creí que querías salir hoy —dijo medio dormida.

Me volví.

—Lo hice. Hace horas.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres.

¡Yaa salam! ¡Se supone que a las tres he de estar en el trabajo! Suspiré. Yasmin era famosa en todo el Budayén por llegar siempre tarde. Frenchy Benoit, el propietario del club donde trabajaba, le descontaba cincuenta kiam si llegaba aunque fuera un minuto tarde. Eso no hacía que Yasmin moviera su precioso culito; se lo tomaba con calma, pagaba a Frenchy los cincuenta kiam casi cada día y lo recuperaba la primera hora en bebidas y propinas. Nunca he visto a nadie que separase a un mamón de su dinero con tanta facilidad como ella. Trabajaba mucho, y no era nada perezosa. Simplemente, le gustaba dormir. Tendría que haber nacido un gran lagarto, para tomar

el sol sobre una roca caliente.

Tardó cinco minutos en saltar de la cama y vestirse. Me dio un beso abstracto, que no acertó en el blanco, mientras salía por la puerta, al tiempo que buscaba en su bolso el módulo que empleaba en el trabajo. Dijo algo por encima de su hombro en su pésimo acento levantino.

Me quedé solo. Me gustaba el giro que mi suerte había dado. Hacía meses que no sentía tal abundancia. Mientras me preguntaba si deseaba algo que mi repentina riqueza pudiera proporcionarme, la imagen de la blusa empapada en sangre de Bogatyrev se sobreimprimió en los escasos y miserables muebles de mi apartamento. ¿Me sentía culpable? ¿Yo? El hombre que caminaba por el mundo sin afectarle su corrupción y sus vulgares tentaciones. Yo era el hombre sin deseos, el hombre sin miedo; un catalizador, un agente humano del cambio. Los catalizadores activan el cambio, pero sin alterarse. Prestaba mi ayuda a quienes la necesitaban y no tenía otros amigos. Participaba en la acción, pero nunca resultaba tocado. Observaba, mas guardaba mis secretos. Así me veía a mí mismo. Así me preparaba para ser herido.

En el Budayén —y, ¡qué demonios!, tal vez en todo el mundo—, sólo hay dos tipos de personas: espabilados y primos. O eres de una clase o eres de la otra. No puedes ser agradable y sonreír y decirle a todo el mundo que vas a quedarte sentado sin participar. Espabilado o primo o, a veces, un poco de cada. Cuando entras por la puerta Este, antes de dar diez pasos «Calle» arriba, te encasillas para siempre en uno u otro. Espabilado o primo. No había tercera opción, y yo iba a tener que aprender ese difícil camino. Como siempre.

No sentía hambre, pero me obligué a comer unos huevos revueltos. Debía cuidar mi dieta algo más, lo sabía, mas era demasiado trabajo. A veces, las únicas vitaminas que probaba eran las de las rodajas de lima de mi bebida. Iba a ser una noche larga y penosa, y necesitaría todos mis recursos. Los tres triángulos azules se habrían agotado antes de mi cita con Hassan y Abdulay, de hecho, era de suponer que aparecería en mi peor faceta: deprimido, agotado, sin facultades para representar a Nikki. La respuesta era obvia: «más» triángulos azules. Me reanimarían; me harían actuar a velocidad sobrehumana, con la precisión de un ordenador y un conocimiento previo del orden de las cosas. Sincronización, tío. Proyectado en el momento, el ahora, la convergencia del tiempo y el espacio, la vida y el jodido y sagrado curso de los humanos. Al menos, así lo veía yo, y frente a Abdulay, al otro lado de la mesa, daría la cara con todo lo bueno y auténtico de mi ser. Con la mente alerta y la moral despierta, ese hijo de puta de Abdulay se enteraría de que yo no había ido allí para que me dieran una patada en el culo. Me ofrecía estos

persuasivos argumentos mientras cruzaba mi pobre habitación para buscar la caja de píldoras.

¿Dos trifets más? ¿Tres, para estar a salvo? ¿O me dejarían muy tenso? No quería estrellarme contra la pared como cuando se rompe una cuerda de guitarra. Tomé dos y me guardé la tercera en el bolsillo, por si acaso.

Tío, el día siguiente iba a ser funesto y despreciable. Mejor vivir a través de la química, no importaba que obtuviera la energía adicional de golpe, en forma de pequeño pastel de píldoras, aunque, por usar una de las frases favoritas de Chiriga, las resacas son unas putas. Si me las arreglaba para sobrevivir al asombroso encontronazo que se iba a producir, sería ocasión de regocijo general alrededor del trono de Alá.

Recuperé el ritmo en media hora. Me duché; me lavé la cabeza; me recorté la barba, pasándome la maquinilla por los escasos lugares de mis mejillas y mi cuello donde no quería barba; me lavé los dientes; limpié el lavabo y la bañera, y caminé desnudo por el apartamento en busca de otras cosas para limpiar o arreglar; después, me calmé.

—Tranquilo, chico —murmuré.

Me vino bien tomar dos bangers tan pronto; antes de que llegara la hora de irme me había serenado.

El tiempo transcurría despacio. Se me ocurrió llamar a Nikki para recordarle la cita, pero no tenía sentido. Pensé en llamar a Yasmin o Chiri, mas estaban en sus trabajos respectivos. Me recosté contra la pared y empecé a temblar, casi llorando: Jesús, la verdad era que no tenía amigos. Me hubiera gustado disponer de un sistema holo como el de Tamiko, para matar el tiempo. Hubiera visto algunos holoporno, que convertirían la realidad en algo fétido y enfermizo.

A las siete y media me vestí: una camisa vieja y gastada, los téjanos y las botas. No hubiese podido tener buen aspecto ante Hassan aunque hubiera querido. Mientras salía del edificio, oí el crujido de la estática y amplificada voz del muecín al gritar: *«Laa'illaha'illallahu»,* un hermoso sonido aliterativo para llamar a la oración, conmovedor incluso para un perro blasfemo y no creyente como yo. Me apresuré por las calles vacías; las busconas cesaron su búsqueda para orar, los macarras cortaron sus enredos para orar. Mis pasos resonaban sobre los viejos adoquines de piedra como acusaciones. Cuando llegué a la tienda de Hassan, todo había vuelto a la normalidad. Tras la última llamada de la tarde a la oración, las busconas y los macarras volvieron a sus trapicheos de comercio y explotación mutua.

A esa hora, un muchacho americano, joven y flaco, al que todos llamaban Abdul-Hassan, vigilaba la tienda de Hassan. Abdul significa «esclavo de», y suele acompañarse de uno de los noventa y nueve nombres de Dios. En este caso, la ironía estribaba en que el muchacho

americano era de Hassan, en todas las acepciones que podáis imaginar, excepto, quizá, en el aspecto genético. En la «Calle» se rumoreaba que Abdul-Hassan no era hombre de nacimiento, como Yasmin no era mujer de nacimiento, pero yo no conocía a nadie que tuviera el tiempo, o la intención, de emprender una investigación seria.

Abdul-Hassan me preguntó algo en inglés. Para el cazador ocasional de gangas, era un misterio lo que se vendía en la tienda de Hassan. Sobre todo, porque aparecía casi vacía. En la tienda de Hassan se vendía de todo; por lo tanto, no había razón alguna para exhibir nada. Yo no entendía inglés, así que me limité a señalar con el pulgar hacia la cortina estampada y sucia. El chico asintió y volvió a su ensueño.

Atravesé la cortina, el almacén y el callejón. Cuando llegué hasta la puerta de hierro, se abrió casi en silencio.

—Ábrete, sésamo —susurré.

Entré en una habitación débilmente iluminada y eché un vistazo a mi alrededor. Las drogas me hacían olvidar el temor. También me llevaban a olvidar la prudencia; pero mi instinto era mi vida, y está siempre alerta, día y noche, con drogas o sin ellas. Hassan fumaba en un narguile, reclinado sobre un montón de cojines. Olí el aroma del hachís; el único ruido en la habitación era el burbujeo de la pipa de agua de Hassan. Nikki, con visible cortedad, se sentó, erguida, en el extremo de una alfombra, con una taza de té frente a sus piernas cruzadas. Abdulay descansaba sobre unos cuantos cojines, y susurraba algo al oído de Hassan. Éste tenía una expresión tan ausente como un puñado de viento. Era su hora del té. Me quedé de pie y esperé a que él hablara.

—*Ahlan wa sahlan* —dijo, con una rápida sonrisa.

Era un saludo formal, que significaba algo así como «Estás con tu gente y en tu casa». Pretendía establecer el tono de la conversación. Di la respuesta apropiada y fui invitado a sentarme. Lo hice junto a Nikki, y pude observar que llevaba un potenciador sencillo entre su cabello rubio claro. Debía ser un daddy de árabe, porque yo sabía que ella no entendería ni una palabra sin él. Acepté una tacita de café, aderezada con cardamomo. La levanté hacia Hassan y dije:

—Que tu mesa dure eternamente.

Hassan movió una mano en el aire.

—Que Alá te conserve la vida.

Después me dieron otra taza de café. Propiné un codazo a Nikki porque no había bebido su té.

No esperes que los negocios empiecen en seguida, no hasta que te hayas bebido tres tazas de café como mínimo. Si declinas la invitación demasiado pronto, te arriesgas a insultar a tu huésped.

Todo el tiempo que duró la degustación de té y café, Hassan y yo nos preguntamos mutuamente sobre la salud del resto de la familia y amigos, y pedimos las bendiciones de Alá para unos y otros, y protección para nosotros y todo el mundo musulmán contra las depredaciones del infiel.

Murmuré entre dientes a Nikki que siguiera tomando el té de sabor singular. Su presencia le resultaba desagradable a Hassan por dos razones: se trataba de una prostituta, y no era una mujer de verdad. Los musulmanes nunca se han hecho a la idea. Trataban a las mujeres como ciudadanos de segunda, pero no sabían qué hacer con los hombres que se transformaban en mujeres. El Corán no prevé esas cosas. Sin duda, el hecho de que yo no fuera un devoto del Libro no mejoraba las cosas. Así que Hassan y yo seguimos bebiendo, asintiendo, sonriendo y alabando a Alá, e intercambiando cumplidos como en una partida de tenis. La expresión más frecuente del mundo musulmán es *Inshallah,* si Dios quiere. Lo cual le libra a uno de toda culpa, recayendo sobre Alá. Si el oasis se ha secado y desaparecido, era la voluntad de Alá. Si te sorprenden en la cama con la mujer de tu hermano es voluntad de Alá. Si te cortan la mano, o la polla o la cabeza en represalia, también es la voluntad de Alá. En el Budayén no se hace nada sin discutir cómo va a sentarle a Alá.

Así pasó una hora, y creo que Nikki y Abdulay empezaban a inquietarse. Yo lo estaba haciendo bien. Hassan me brindaba una amplia sonrisa a cada minuto, mientras inhalaba hachís en grandes cantidades.

Por último, Abdulay no pudo soportarlo más. Quería hablar sobre el dinero. En concreto, cuánto debería pagarle a Nikki por su libertad.

A Hassan no le gustó su impaciencia. Levantó sus manos y miró hacia el cielo con expresión de cansancio, al tiempo que recitaba un proverbio árabe que dice: «La codicia reduce lo cosechado». Proviniendo de Hassan, era una afirmación lúdica. Miró a Abdulay.

—¿Tú has sido el protector de esta joven mujer? —preguntó.

Existen muchas formas de decir «joven mujer» en tan antiguo lenguaje; cada una posee un matiz sutil y diferente significado. La cuidadosa elección de Hassan fue *almahroosa,* tu hija. El significado literal de *almahroosa* es «la protegida», y se ceñía por completo a la situación. Así era como Hassan se había convertido en el notable brazo derecho de «Papa», abriéndose paso, sin errores, entre las exigencias de la cultura y las necesidades del momento.

—Sí, oh, sapientísimo —respondió Abdulay—, durante más de dos años.

—¿Y te ha disgustado? Abdulay frunció el ceño.

—No, oh, sapientísimo.

—¿Y no te ha perjudicado en modo alguno?

—No.

Hassan se volvió hacia mí. Nikki estaba bajo su consideración.

—¿Desea la protegida vivir en paz? ¿No tramará ninguna maldad contra Abdulay Abu-Zayd?

—Lo prometo —dijo.

Los ojos de Hassan se abrieron.

—Tus promesas no significan nada aquí, infiel. Debemos salvaguardar el honor de los hombres y hacer un contrato de palabras y dinero.

—Que quienes te escuchen, vivan —dije.

Hassan asintió, complacido sólo por mis modales, y por ninguna otra cosa de mí o de Nikki.

—En nombre de Alá. el benefactor, el misericordioso —declaró Hassan, mientras levantaba las manos con las palmas hacia arriba—. Emito ahora mi dictamen. Que todos los presentes lo oigan y lo obedezcan. La protegida devolverá todas las joyas y adornos que Abdulay le haya dado. Devolverá todos los regalos de valor. Devolverá toda la ropa cara, y se guardará sólo la ropa apropiada para el vestido diario. Por su parte, Abdulay Abu-Zayd debe prometer que permitirá a la protegida dedicarse a sus asuntos sin trabas. Si surge alguna disputa, yo decidiré.

Miró a ambos, y dejó bien claro que no habría disputas. Abdulay asintió, Nikki parecía triste.

—Además, la protegida deberá pagar la suma de tres mil kiam a Abdulay Abu-Zayd antes de la oración del mediodía de mañana. Ésta es mi palabra, Alá es el más grande.

Abdulay esbozó una sonrisa.

—¡Que tengas salud y felicidad! —gritó. Hassan suspiró.

—*Inshallah* —murmuró, colocándose la boquilla del narguile entre los dientes.

También yo estaba obligado por la costumbre a dar las gracias a Hassan, aunque había tratado con algo de desprecio a Nikki.

—Estoy en deuda contigo —dije. Entonces, levanté a Nikki y la arrojé a sus pies.

Hassan movió su mano, como si espantase una mosca. Mientras atravesábamos la puerta de hierro, Nikki se volvió, escupió y gritó los peores insultos que su potenciador pudo proporcionarle:

—*Himmar oo ibnhimmar! Ibn wushka! Yil'an abok!*

La cogí de la mano con fuerza y corrimos. Dejamos atrás las risas de Abdulay y Hassan. Se habían repartido su ración de la noche y se sintieron generosos al permitir que Nikki escapase sin castigo por sus obscenidades.

Cuando volvimos a la «Calle», aflojé el paso, casi sin respiración.

—Necesito una copa —dije, llevándola a la Palmera de Plata.

—Bastardos —exclamó Nikki.

—¿No dispones de los tres mil?

—Desde luego que sí. Pero no quiero dárselos, eso es todo. Tenía otros planes para ellos.

Me encogí de hombros.

—Si lo que buscas es salir malparada con Abdulay… —Sí, ya lo sé.

A pesar de eso, no parecía muy contenta.

—Todo irá bien —dije, mientras la conducía hasta la oscura y fría barra.

Los ojos de Nikki se abrieron, al tiempo que levantaba las manos.

—Todo saldrá bien —dijo, con una risita—. *Inshallah.*

Su burla de Hassan sonó falsa. Se había desconectado el daddy de árabe.

Eso es lo último que recuerdo de aquella noche.

Ya sabéis lo que es una resaca. Conocéis el pesado dolor de cabeza, las vagas y persistentes náuseas en el estómago, la sensación de que sería mejor perder la consciencia por completo hasta que la resaca terminase. Pero ¿sabéis a qué se parece la resaca de una poderosa droga hipnótica? Te da la sensación de estar metido en el sueño de otro, no te sientes real. Te dices: «Esto no me está ocurriendo de verdad, me ha sucedido hace muchos años y sólo lo estoy recordando». A los pocos segundos, te das cuenta de que lo estás viviendo, que te encuentras aquí y ahora, y el desconcierto inicia un círculo de angustia y un sentimiento de irrealidad cada vez mayor. Algunas veces no estás seguro de dónde tienes los brazos y las piernas. Te sientes como si alguien te hubiera esculpido en un trozo de madera por la noche, y que si te portas bien, un día llegarás a ser un muchacho de verdad. «Pensamiento» y «movimiento» son conceptos desconocidos porque son atributos de los vivos. Para colmo, si a todo eso le añades una resaca de alcohol, te hundes en una depresión abismal, una fatiga que te quiebra los huesos, además de producirte náuseas, ansiedad, temblores y calambres debidos a todos los trifets tomados. Así era como me sentía cuando me desperté al amanecer. La muerte lo recalienta todo, ¡ja!, no me había recalentado en absoluto.

Todavía el amanecer. Los golpetazos en mi puerta empezaron antes de que el muecín gritase:

—«¡Venid a la oración, venid a la oración! Orar es mejor que dormir. ¡Alá es el más grande!»

De haber podido hacerlo, me hubiera reído de la parte «Orar es mejor que dormir». Me di la vuelta y miré la agrietada pared verde. En seguida me arrepentí de esa simple acción, que me hizo sentir como en una película a cámara lenta de la que se hubieran perdido el resto de fotogramas. El universo empezó a tambalearse a mi alrededor.

Los golpes en la puerta no cesaron. Después de unos minutos, me di cuenta de que varios puños trataban de derribarla para entrar.

—Sí, un momento —dije.

Salí con cuidado de la cama, tratando de no mover ninguna parte de mi cuerpo que todavía pudiera estar viva. Caí al suelo y me levanté muy despacio. Me puse en pie, un poco inseguro, esperando sentirme real. Al no lograrlo, decidí ir hacia la puerta como fuese. A medio camino, caí en la cuenta de que estaba desnudo. Me detuve. Tomar todas esas decisiones comenzaba a alterarme los nervios. ¿Debía volver a la cama y ponerme algo encima? Furiosos gritos se unieron a los puñetazos. «¡Al infierno con la ropa!», pensé.

Abrí la puerta y tuve la visión más espantosa desde que no sé qué héroe se enfrentó con la Medusa y las otras dos Gorgonas. Los tres monstruos que tenía frente a mí eran las «Viudas Negras»: Tamiko, Devi y Selima. Sus turgentes senos rellenaban sus finos suéteres negros, llevaban ceñidas faldas de cuero negro y zapatos negros de tacón: sus uniformes de trabajo. Mi perezosa mente se preguntó por qué se habían vestido así tan temprano. Amanecía. Nunca veo el amanecer, excepto si lo hago al revés y me voy a dormir después de la salida del sol. Supuse que las «hermanas» todavía no se habían acostado.

Devi, la refugiada de Calcuta, me empujó hacia dentro de la habitación. Las otras dos nos siguieron y cerraron la puerta. Selima, «paz» en árabe, se volvió, levantó el brazo derecho y, con un grito, me golpeó en el estómago con el codo, justo debajo del esternón. Expulsé todo el aire de mis pulmones y caí de rodillas, sin aliento. El pie de alguna de ellas me pateó violentamente la mandíbula y caí de espaldas. Una de ellas me levantó y las otras dos me sacudieron, despacio y a conciencia, sin olvidar ni uno solo de mis puntos débiles e indefensos. Al principio me sentí aturdido; después de unos cuantos golpes, diestros y severos, perdí la noción de lo que sucedía. Me dejé caer en los brazos de una, agradecido de que aquello no estuviera sucediéndome a mí en realidad, de que sólo estuviese recordando una terrible pesadilla, a salvo, en el futuro.

No sé durante cuánto tiempo me golpearon. Cuando recobré el conocimiento, eran las once. Yacía en el suelo y respiraba; pero debía tener algunas costillas rotas porque cada inhalación me provocaba una auténtica agonía. Intenté ordenar mis ideas, al menos la resaca de las drogas había cedido un poco. Mi caja de píldoras. Necesitaba mi maldita caja de píldoras. ¿Por qué nunca puedo encontrarla? Me arrastré muy despacio hacia la cama. Las «Viudas Negras» habían hecho un buen trabajo, me daba cuenta de ello cada vez que me movía. Estaba magullado por todas partes, pero no habían vertido ni una sola gota de mi sangre. Se me ocurrió que si hubieran querido

matarme, con sólo un travieso mordisco lo hubiesen logrado. Se suponía que todo eso significaba algo. Se lo preguntaría la próxima vez que las viera.

Me arrastré hasta la cama y pasé por encima del colchón hacia donde se hallaba mi ropa. La caja de píldoras estaba en los téjanos, donde yo solía guardarla. La abrí a sabiendas de que tenía unos calmantes de acción rápida en ella. Vi que todo mi almacén de bellezas — butacuálido HC1— había desaparecido. Eran ilegales como el demonio en todas partes, y por eso abundaban. Yo tenía ocho al menos. Debí haberme tomado un puñado para poder dormir con los delirantes trifets. Nikki cogió el resto. Ahora no me preocupaban. Quería opiáceos, cualquier opiáceo, rápido. Tenía siete tabletas de soneína. Cuando las tragara, sería como si el sol saliera entre nubes sombrías. Me calentaría en un susurrante y cálido sosiego, una sensación de bienestar fluiría por todas las partes heridas y lastimadas de mi cuerpo. La idea de ir al cuarto de baño a buscar un vaso de agua me pareció demasiado ridícula para tenerla en cuenta. Uní saliva y coraje y me tragué las soneínas una a una. Tardaron veinte minutos en hacerme efecto, pero el anticipo fue suficiente para aliviar un poco el acuciante tormento.

Antes de que las soneínas empezaran a arder, alguien llamó a mi puerta. Di un pequeño e involuntario grito de alarma. No me moví. El golpe, educado pero firme, se repitió.

— *Yaa shabb* —respondió la voz.

Era Hassan. Cerré los ojos y deseé creer lo suficiente en algo como para rezar.

—Un minuto —dije. No podía gritar—. Deja que me vista.

Hassan empleó un saludo más o menos amistoso, pero eso no significaba nada. Fui hacia la puerta lo más de prisa que pude, llevando sólo mis téjanos. Abrí la puerta y vi que Abdulay se encontraba allí con Hassan. Malas noticias. Les invité a entrar.

—*Bismillah* —dije, invitándoles a entrar en nombre de Dios.

Era sólo una formalidad y Hassan la ignoró.

—A Abdulay Abu-Zayd se le deben tres mil kiam —dijo con toda sencillez, al tiempo que abría los brazos.

—Es Nikki quien se los debe. Id a molestarla a ella. No estoy de humor para vuestras pringosas gilipolleces.

Ese fue mi error. El rostro de Hassan se ensombreció como el cielo del oeste durante un simún.

—La protegida ha huido —me informó—. Tú eres su representante. Tú te hiciste responsable de la deuda.

¿Nikki? No podía creer que Nikki me hubiera hecho eso.

—Todavía no es mediodía —dije.

Se trataba de una burda maniobra, pero fue lo único que pude

imaginar en ese momento.

Hassan asintió.

—Nos pondremos cómodos.

Se sentaron en el borde de la cama y me miraron con ojos fieros y una expresión voraz que no me gustó nada. ¿Qué podía yo hacer? Se me ocurrió que debería llamar a Nikki, mas eso no tenía sentido. Seguramente, Hassan y Abdulay ya habían visitado el edificio de la calle Trece. Entonces fui consciente de que la desaparición de Nikki y la paliza que las «Viudas Negras» me habían propinado guardaban una cierta relación. Nikki era su mascota. Aquello tendría algún sentido, pero no para mí, todavía no, al menos. «De acuerdo —pensé —, tendré que pagar el dinero de Abdulay y sacárselo a Nikki cuando la agarre».

—Escucha, Hassan. —Me humedecí los labios, hinchados y partidos—. Puedo darte dos mil quinientos, todo lo que tengo en el banco por el momento. Mañana te pagaré los otros quinientos. Es lo mejor que puedo hacer.

Hassan y Abdulay intercambiaron una mirada.

—Pagarás los dos mil quinientos hoy —dijo Abdulay—, y los otros mil mañana.

Otro intercambio de miradas.

—Rectifico, otros mil quinientos mañana.

Me lo gané. Quinientos para pagar a Abdulay, quinientos para resarcirle y quinientos para resarcir a Hassan.

Asentí de mala gana. No había elección posible. De repente, todo mi dolor y mi furia se concentraron en Nikki. Tenía ganas de encontrarla. No me importaba que estuviera frente a la mezquita de Shimaal, iba a hacerle pagar cada fíq de cobre por el infierno que me había causado, con las «Viudas Negras» y esos dos bastardos gordos.

—Pareces algo incómodo —dijo Hassan, afable —. Te acompañaremos al banco. Iremos en mi coche.

Le observé durante bastante rato, deseando que existiera un modo de borrar de su rostro aquella sonrisa condescendiente.

—No tengo palabras para expresar mi agradecimiento —dije al fin.

Hassan me respondió con un descuidado ademán de su mano.

—No se dan las gracias cuando uno cumple con su obligación. Alá es el más grande.

—Alabado sea Alá —dijo Abdulay.

—Sí, tienes razón —respondí.

Al abandonar mi apartamento, Hassan se pegó a mi hombro izquierdo y Abdulay a mi derecho.

Abdulay se sentó delante, junto al chófer de Hassan. Yo lo hice detrás, al lado de Hassan, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la tapicería de piel auténtica. Nunca en mi vida había subido en un

coche como aquél y no me hubiera importado uno peor en ese momento. El dolor aumentaba y se hacía más agudo. Sentía gotitas de sudor que resbalaban despacio por mi frente. Debí quejarme.

—Cuando terminemos nuestra transacción —murmuró Hassan—, nos ocuparemos de tu salud.

Realicé el resto del trayecto al banco sin una palabra, sin un pensamiento. A medio camino, las soneínas me hicieron efecto y, de repente, pude respirar con toda placidez y aligerar un poco mi carga. El flujo persistió, incluso creí que iba a desmayarme, y se convirtió en una maravillosa y radiante aura de esperanza. Casi no oí a Hassan cuando llegamos al cajero automático. Utilicé la tarjeta, confirmé mi saldo y extraje dos mil quinientos cincuenta kiam. Eso me dejó con un total de seis kiam en mi cuenta. Le di veinticinco de los grandes a Abdulay.

—Mil quinientos mañana —dijo. —*Inshallah* —contesté con sorna.

Abdulay levantó la mano para golpearme, pero Hassan se la cogió y le detuvo; luego, le murmuró unas palabras que no entendí. Guardé los cincuenta restantes en mi bolsillo y entonces me di cuenta de que no llevaba más dinero. Debería tener algo, el dinero del día anterior más los cien de Nikki, descontando los que me hubiese gastado la noche anterior. Quizá Nikki los había cogido, o una de las «Viudas Negras». No tenía mucha importancia. Hassan y Abdulay se consultaban en voz baja. Por último, Abdulay tocó su frente, sus labios y su pecho y se marchó. Hassan me cogió por el hombro y me llevó hasta su lujoso y brillante automóvil negro. Intenté hablar, me costó un poco.

—¿Dónde…? —pregunté.

Mi voz sonó extraña, ronca, como si hiciera décadas que no la empleaba.

—Te llevaré al hospital —dijo Hassan —. Si me perdonas, te dejo aquí. Tengo obligaciones urgentes. Los negocios son los negocios.

—La acción es la acción —repuse.

Hassan sonrió. No creo que sintiera una animosidad especial contra mí.

—*Salamtak* —dijo.

Me deseaba paz.

—*Allah yisallimak* —contesté.

Bajé del coche en el hospital para indigentes y fui a urgencias. Tuve que mostrar mis documentos de identificación y esperar hasta que sacasen mis datos de la memoria de su ordenador. Me senté en una silla plegable de acero gris, con una copia impresa de mis datos sobre el regazo y esperé a que me avisaran… durante once horas. Las soneínas se habían evaporado a los noventa minutos. El resto del tiempo fue un infierno delirante. Me senté en una habitación enorme,

llena de enfermos y heridos, todos pobres, que sufrían. Los lamentos de dolor y los alaridos de los niños eran incesantes. El aire estaba viciado por el humo del tabaco, la peste de los cuerpos, de la sangre, de los vómitos y de la orina. Por fin, me atendió un doctor hostil, que murmuraba para sí mientras me examinaba, sin preguntarme nada en absoluto, vendaba mis costillas, extendía una receta y me echaba de allí.

Era muy tarde para que me vendieran lo recetado en una farmacia; pero sabía que podía conseguir algunas drogas caras en la «Calle». Eran las dos de la madrugada, estaría animada. Tendría que volver al Budayén, pero la rabia contra Nikki me dio fuerzas. Tenía una deuda pendiente con Tami y sus amigas.

Cuando llegué al club de Chiriga, lo vi medio vacío y extrañamente tranquilo. Las chicas y las travestís estaban sentadas, indiferentes, los clientes contemplaban sus cervezas. La música sonaba más fuerte de lo habitual, claro que la voz de Chiri superaba aquel volumen con su estridente acento suahili. Pero las risas desaparecieron en las conversaciones de doble filo. No había actividad. La barra olía a sudor seco, cerveza derramada, whisky y hachís.

—Marîd —dijo Chiri al verme.

Parecía cansada. Era evidente que había sido una noche larga, floja y en la que todos habían hecho poco dinero.

—Deja que te invite a una copa —dije —. Tienes aspecto de necesitarla.

Esbozó una sonrisa cansina.

—¿Cuándo te he dicho que no?

—Nunca, que yo recuerde —repuse.

—Ni lo haré jamás.

Se volvió y se sirvió una copa de una botella especial que guardaba debajo de la barra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Tende. Una especialidad de África oriental.

Titubeé.

—Ponme una.

La expresión de Chiri fue de burla seria.

—El tende no es bueno para el *bwana* blanco. Afecta al *mgongo* de *bwana* blanco.

—Ha sido un día muy largo y fatal también para mí, Chiri —dije, dándole un billete de diez kiam.

Pareció compadecerse. Me sirvió un poco de tende y levantó su vaso.

—*Kwa siha yako* —brindó en suahili. Levanté mi bebida.

—*Sahtayn* —dije en árabe.

Probé el tende. Mis cejas se levantaron. Tenía un sabor fuerte y

desagradable. Aunque sabía que si insistía, llegaría a gustarme. Vacié el vaso.

Chiri movió la cabeza.

—Esta negra teme por *bwana* blanco. Espera que *bwana* blanco vomite sobre su bonita y limpia barra.

—Otra, Chiri. Venga.

—¿Tan malo ha sido el día? Querido, acércate a la luz.

Di la vuelta a la barra donde pudiera verme mejor. Debía tener una cara espantosa. Extendió la mano para acariciar los golpes de mi frente, alrededor de mis ojos, mis labios y mi nariz enrojecidos y partidos.

—Sólo deseo emborracharme con rapidez. Chiri —dije —, y estoy sin blanca.

—Le sacaste tres mil a aquel ruso, ¿no es lo que me dijiste? ¿O me lo ha contado alguien? Yasmin, tal vez. ¿Sabes?, después de que el ruso se tragara la bala, mis dos nuevas se largaron, y también Jámila.

Me sirvió más tende.

—Jámila no es una gran pérdida.

Era un travesti, un transexual que nunca intentó operarse. Empecé mi segunda copa. Cortesía de la casa.

—Para ti es fácil decirlo. Mira a los seductores turistas sin esas tetas desnudas moviéndose en el escenario. ¿Quieres decirme qué te ha pasado?

Agité el hielo del licor con cuidado.

—Otro día.

—¿Buscas a alguien en particular?

—A Nikki.

Chiri me dedicó una risita.

—Eso lo explica un poco, aunque Nikki no pudo pegarte de ese modo.

—Las «hermanas».

—¿Las tres?

Hice un a mueca.

—A nivel individual y en comandita.

Chiri miró hacia arriba.

—¿Por qué? ¿Qué les has hecho?

Solté un soplido.

—Todavía no lo sé.

Chiri irguió la cabeza y me observó de soslayo durante un instante.

—¿Sabes?, hoy he visto a Nikki. Ha venido a mi casa esta mañana, sobre las diez, para decirme que te diera las gracias. No me contó por qué, pero supuse que lo entenderías. Luego, fue a buscar a Yasmin.

Otra vez, la sangre me hirvió de rabia.

—¿Dijo adonde iba?

—No.

Me relajé de nuevo. Si alguien en el Budayén sabía dónde se encontraba Nikki, ésa era Tamiko. No me gustó la idea de enfrentarme a aquella puta loca, pero por todos los demonios que lo haría.

—¿Sabes dónde puedo comprar provisiones?

—¿Qué necesitas?

—Media docena de soneínas, media de trifets y media de butacuálidos.

—¿Y dices que estás sin blanca? —Alargó el brazo bajo la barra y cogió su bolso. Revolvió en él y sacó un tubo de plástico negro—. Llévate esto al lavabo de hombres y coge lo que necesites. Ya me lo devolverás. Lo arreglaremos, puede que te lleve a mi casa esta noche.

Era una idea excitante pero me amilanaba. He sido intimidado por pocas mujeres, transexuales, travestís u hombres. Quiero decir, que no soy una máquina de sexo sobrehumana, pero me las arreglo bien. La de Chiri, creo, era una proposición terrible. Esos maléficos dibujos de las cicatrices y sus afilados dientes…

—Ahora vuelvo —murmuré, mientras acariciaba el tubo con las pastillas.

—Precisamente tengo el nuevo moddy de Dulce Pilar —dijo Chiri a mi espalda—. Me muero por probarlo. ¿Nunca has deseado follar con Dulce Pilar?

Era una sugerencia muy tentadora, pero tenía asuntos pendientes para las próximas horas. Después… , con el módulo de personalidad de Dulce Pilar conectado, Chiri se convertiría en Dulce Pilar. Y lo haría como la Dulce Pilar hacía cuando el módulo fue registrado. Cierras los ojos y estás en la cama con la mujer más deseada del mundo, y tú eres el único hombre que quiere, que desea…

Cogí algunas tabletas y cápsulas del tubo de Chiri y volví al club. Por casualidad, Chiri miraba bajo la barra mientras yo colocaba el tubo negro en su mano.

—Nadie va a ganar pasta esta noche —dijo, con expresión aburrida—. ¿Otra copa?

—Tengo que irme. La acción es la acción.

—Los negocios son los negocios —repuso ella—. Así es. Lo sería si estos cabrones baratos gastasen un poco de dinero. Recuerda lo que te he dicho sobre mi nuevo moddy, Marîd.

—Escucha, Chiri, cuando termine, si todavía estás aquí, lo probaremos juntos. *Inshallah.*

Me sonrió de esa manera que tanto me gusta.

—*Kwa herí,* Marîd. —*Assalam alaykum.*

Me interné en la cálida y lluviosa noche, aspirando una profunda

bocanada de la dulce fragancia de algún árbol en flor.

El tende me había levantado el ánimo y me había tragado un trifet y una soneína. Estaría bien cuando pusiera mis pies en el nido de ratas de esa falsa geisha de Tamiko. Ya había recorrido todo el camino desde la «Calle» hasta la Trece cuando descubrí que no iba a llegar. Suelo andar mucho más que eso. Decidí que no era la edad lo que me retrasaba, sino los malos tratos que mi cuerpo había recibido esa mañana. Sí, seguro que era eso.

Las dos y veinte, las tres de la madrugada y de la ventana de Tamiko salía música de koto. Llamé a su puerta hasta que la mano empezó a dolerme.

Por el sonido de la música o por su estado de drogadicción no podía oírme. Traté de forzar la puerta y comprobé que estaba abierta. Subí la escalera despacio y con sigilo. Casi todos los que me rodean en el Budayén tienen alguna modificación, módulos de personalidad y potenciadores conectados en el interior de sus cerebros, que les proporcionan habilidades, talento y entradas de información, o, como en el caso del moddy de Dulce Pilar, una personalidad nueva por completo. Sólo yo me movía entre ellos sin alteración, confiando en el valor, la cautela y el sentido común. Superaba a los buscavidas, enfrentándome con mi ingenio natural a su consciencia reforzada por ordenador.

En ese mismo momento, mi ingenio natural me avisaba de que algo iba mal. Tami no se habría dejado la puerta abierta, a no ser que Nikki hubiera olvidado su llave…

Al final de la escalera, la vi en la misma postura, más o menos, en que la había visto el día anterior. El rostro de Tamiko estaba pintado con el mismo blanco austero y los mismos horribles trazos negros. Desnuda, la palidez de su cuerpo artificial, mejorado por la cirugía, resaltaba sobre el suelo de madera. Su piel tenía una lánguida, enfermiza blancura, excepto en las marcas oscuras de quemaduras y moretones alrededor de sus muñecas y su garganta. Un gran corte, de oreja a oreja, había formado un enorme charco de sangre, en el que su maquillaje blanco se había corrido un poco. Esta «Viuda Negra» nunca más picaría a nadie.

Me senté a su lado sobre los almohadones y la observé mientras intentaba entender lo ocurrido. Puede que Tami se hubiera ligado al tipo equivocado y éste hubiese sacado su arma antes de que ella destapase la suya. Las marcas de quemaduras y los moretones indicaban tortura… , una larga, lenta y dolorosa tortura. Tami había pagado con creces lo que me había hecho a mí. *Qadaa oo qadar*. un juicio de Dios y del destino.

Estaba a punto de llamar a la oficina del teniente Okking cuando el teléfono de mi cinturón sonó. Estaba tan absorto en mis

pensamientos, contemplando el cadáver de Tami, que el timbre me sobresaltó. Sentarse en una habitación con el cadáver de una mujer contemplándote es bastante aterrador. Contesté al teléfono.

—¿Sí? —dije.

—¿Marîd? Tienes que…

Luego oí colgar el teléfono. No estaba seguro de a quién pertenecía la voz, pero me pareció reconocerla. Parecía la de Nikki.

Me quedé sentado un poco más, preguntándome si Nikki trataba de pedirme algo o alertarme. Me quedé petrificado, incapaz de cualquier movimiento. Las drogas me hacían efecto, pero esa vez apenas las notaba. Respiré a fondo dos veces y dije el código de Okking por teléfono. Esa noche no habría Dulce Pilar.

4

Había aprendido algo interesante.

Eso no me compensó la mierda de día que había pasado, pero era un hecho para archivar en mi estimado cerebro: a los tenientes de policía rara vez les entusiasman los homicidios sobre los que les informas menos de media hora antes de que su servicio acabe.

—Tu segundo cadáver en menos de una semana —observó Okking cuando apareció en el apartamento de la calle Trece—. No vamos a pagarte comisión, si es lo que andas buscando. En general, tratamos de disuadir a la gente de este tipo de acciones, si podemos.

Miré el rostro con expresión de cansancio y enrojecido de Okking y supuse que en mitad de la noche eso pasaba por una irónica broma de policía. No sabía de dónde procedía Okking, tal vez de algún país europeo, arruinado y en bancarrota, o de una de las federaciones del Norte de América; pero tenía un verdadero don para congeniar con las innumerables facciones belicosas que residían en su jurisdicción. Su árabe era el peor que yo había oído jamás —solíamos mantener conversaciones exacerbadas en francés—; sin embargo, era capaz de manejar a las diversas sectas musulmanas, a los religiosos devotos y a los no practicantes, a los árabes y a los no árabes, a los ricos y a los pobres, a los honrados y a los no tan honrados, con el mismo toque elegante de humanidad e imparcialidad. Creedme, odio a los policías. Mucha gente en el Budayén les odia o desconfía de ellos o, simplemente, no les gustan. Yo les odio. Cuando yo era muy joven, mi madre se vio obligada a prostituirse para alimentarnos y criarnos. Recuerdo con dolorosa nitidez los juegos a los que los policías la sometían. Eso ocurrió en Argelia, hace mucho tiempo; pero, para mí, un policía es un policía. Excepto el teniente Okking.

La expresión del forense, estoica por lo general, reveló un ligero gesto de asco al ver a Tamiko. Hacía unas cuatro horas que había muerto, informó. Dio una descripción general del asesino a partir de las huellas dactilares del cuello de Tami y otras pistas. El asesino tenía dedos gruesos y cortos; los míos son largos y delgados, además de que disponía de una coartada: la prescripción del hospital con la hora de mi visita estampada y la receta escrita.

—Bien, amigo —dijo Okking, jovial a su manera cáustica—, creo que no es peligroso devolverte a las calles.

—¿Qué opina? —le pregunté, señalando el cadáver.

Okking se encogió de hombros.

—Parece obra de un maníaco. Ya sabes que las putas suelen acabar como ésta. Forma parte de sus gastos generales, como el maquillaje y la tetraciclina. Las otras putas lo dan por perdido e

intentan no pensar en ello. Harían mejor en meditar sobre ello, porque quien lo haya hecho puede repetirlo, ésa es mi experiencia. Tendremos dos o tres o cinco o diez muertos antes de que le echemos el guante. Cuéntales a tus amigas lo que has visto. Cuéntaselo tú, a ti te escucharán. Corre la voz. Diles a los seis u ocho sexos que tenemos entre estas murallas que no acepten citas con hombres de metro setenta, corpulentos, con dedos cortos y gruesos, y propensión al sadismo máximo mientras se acuesta con ellas.

Ah, sí, el forense descubrió que el asesino había dado la vuelta al mundo mientras golpeaba a Tami, marcaba su cuerpo desnudo con un hierro y la estrangulaba. Había encontrado rastros de semen en sus tres orificios.

Hice lo que pude para correr la voz. Todos compartían mi secreta opinión: sería mejor que quien hubiera matado a Tami vigilase su propio culo. Quien jode a las «Viudas Negras» suele salir jodido y hecho una mierda. Devi y Selima buscarían a todo aquel que se ajustara a la descripción general, con la esperanza de encontrar al tipo adecuado. Yo tenía la sensación de que no le inocularían la toxina a la primera oportunidad. Había aprendido en mí mismo cuánto les divertía lo que ellas consideraban un estímulo erótico.

El día siguiente Yasmin libraba; la llamé sobre las dos de la tarde. No había estado en casa en toda la noche; aunque aquello no era de mi incumbencia, me sentía molesto y me sorprendió descubrir que me sentía algo celoso. Quedamos para comer a las cinco en nuestro café favorito. Puedes sentarte en una mesa de la terraza y mirar el tráfico de la «Calle». A sólo dos manzanas de la puerta, la «Calle» no parece tan lúgubre. El restaurante era un buen lugar para descansar. Por teléfono, no le comenté a Yasmin los problemas del día anterior. Me habría tenido hablando toda la tarde, y ella necesitaba tres horas para llegar puntual a la cita.

Y así fue, tomé dos copas mientras la esperaba. Llegó a las seis menos cuarto. Cuarenta y cinco minutos tarde era casi un récord para ella; de hecho, yo no la esperaba hasta la seis. Deseaba llevarle dos bebidas de ventaja. Sólo había dormido cuatro horas, con horribles pesadillas todo ese tiempo. Quería tomar algún licor, una buena comida y que Yasmin me cogiese de la mano mientras le contaba mis aventuras.

—*¡Marhaba!* —gritó, alegre, mientras se aproximaba entre las mesas y las sillas de hierro.

Hice una seña a Ahmed, nuestro camarero, que tomó nota de la bebida de Yasmin y nos dejó el menú. La miré mientras estudiaba la carta. Llevaba un veraniego vestido de algodón fino, de estilo europeo, amarillo con mariposas blancas. Su negro cabello estaba cepillado, suave y lustroso. Una media luna de plata colgaba de una cadena

alrededor de su moreno cuello. Estaba adorable. Yo odiaba molestarla con mis noticias. Decidí retrasarlas tanto como pudiera.

—¿Cómo te ha ido? —dijo, mirándome con una sonrisa.

—Tamiko está muerta —solté.

Yo estaba loco. Debía de existir otra forma de empezar la historia con un golpe menos horrible.

Me miró, aturdida. Murmuró una supersticiosa frase en árabe para ahuyentar al mal.

Aspiré una bocanada de aire. Empecé por el amanecer, la mañana del día anterior y el ardiente despertar de las «hermanas». Seguí por el día y acabé con la despedida de Okking y mi cansado y solitario regreso a casa.

Vi que una lágrima se deslizaba despacio por una de sus mejillas, delicadamente sonrojadas. Durante varios segundos fue incapaz de hablar. No supuse que pudiera afectarle tanto. Me reprendí por mi estupidez.

—Me hubiese gustado estar contigo anoche —dijo por último, sin darse cuenta de lo fuerte que me apretaba la mano—. Tenía una cita, Marîd, un tipo del club. Lleva viniendo a verme algunas semanas y anoche, por fin, me ofreció doscientos kiam por irme con él. Es un buen tipo, supongo, pero…

Levanté la mano. No necesitaba oírlo. No era asunto mío cómo pagaba el alquiler. A mí también me hubiera gustado contar con ella la noche anterior, que estuviera conmigo cuando las pesadillas.

—Ya ha pasado todo, espero —dije —. Déjame gastar el resto de mis cincuenta kiam en esta comida y luego vayamos a dar un largo paseo.

—¿De verdad crees que ya ha pasado todo? Me mordí el labio.

—Excepto para Nikki. Creo que yo sabía lo que la llamada significaba. No podía comprender que me hubiera dejado plantado de ese modo, haciéndome pagar los tres mil de Abdulay. En el Budayén nunca estás seguro de la lealtad de tus amigos, pero yo había sacado a Nikki de dos o tres líos. Creí que se podía contar con ella.

Los ojos de Yasmin se abrieron aún más, y sonrió. Yo no entendía por qué estaba de tan buen humor. Yo tenía todavía el rostro partido y lleno de hematomas, y las costillas me dolían como mil demonios. El día anterior no había sido nada gracioso.

—Nikki fue a verme ayer por la mañana —dijo Yasmin.

—¿Cómo?

Entonces recordé que Chiriga había visto a Nikki sobre las diez y que ésta se había ido para reunirse con Yasmin. Yo no había relacionado esa visita a Chiri con la posterior desaparición de Nikki.

—Parecía muy nerviosa —continuó Yasmin—. Me dijo que dejaba el trabajo y se mudaba al apartamento de Tami. No me explicó la

razón. También me dijo que había intentado ponerse en comunicación contigo una y otra vez, pero sin conseguirlo.

—Claro que no, cuando Nikki intentaba hablarme por teléfono, me encontraba inconsciente en el suelo.

—Me dio este sobre, y me dijo que me asegurase de que lo recibías —prosiguió Yasmin.

—¿Por qué no se lo dejó a Chiri?

Eso me habría ahorrado mucho sufrimiento físico y mental.

—¿No te acuerdas? Hace un año, o quizá más, Nikki trabajó en el club de Chiri. Ésta se dio cuenta de que estafaba a los clientes y que robaba de los frascos de propinas de las otras chicas.

Asentí, acababa de recordar que Nikki y Chiri no se llevaban demasiado bien.

—¿Así que Nikki fue a ver a Chiri con el único propósito de conseguir tu dirección?

—Le hice muchas preguntas, pero no las respondió. Sólo decía: «Asegúrate de que Marîd reciba esto», una y otra vez.

Deseé que fuera una carta, una disculpa, con una dirección donde yo pudiera encontrarla. Quería que me devolviese mi dinero. Yasmin me dio el sobre y lo abrí. Dentro estaban mis tres mil kiam y una nota escrita en francés. Nikki decía:

> Querido Marîd:
>
> Me hubiera gustado darte el dinero personalmente. Te he telefoneado muchas veces, sin obtener respuesta. Le dejo esta carta a Yasmin, pero si nunca llega a tus manos ¿cómo lo sabrás? Entonces, me odiarás siempre. Cuando nos encontremos de nuevo, no lo entenderé. Mis sentimientos son tan confusos…
>
> Voy a vivir con un viejo amigo de mi familia. Es un rico hombre de negocios alemán, que siempre me regalaba algo cuando nos visitaba. Eso ocurría cuando yo era un muchachito tímido e introvertido. Ahora que soy… bueno, que soy lo que soy, el hombre de negocios alemán ha descubierto que tiene más inclinación aún a hacerme regalos. Siempre he sentido afecto por él, Marîd. aunque no pueda amarle. Pero estar con él será mucho más agradable que quedarme con Tamiko.
>
> El nombre del caballero es Herr Lutz Seipolt. Vive en una casa magnífica, al otro lado de la ciudad, tendrás que decirle al conductor que te lleve (lo he copiado para ti) a Bayt el—Simsaar el-Almaani Seipolt. Eso te llevará hasta la villa.

Recuerdos a Yasmin y a todos. Visitaré el Budayén cuando pueda, pero creo que disfrutaré haciendo el papel de señora de una hacienda como ésa, durante un tiempo al menos. Estoy segura de que tú, sobre todo, Marîd, lo entenderás: los negocios son los negocios, *mush hayk* (¡Apuesto a que pensabas que nunca aprendería una sola palabra de árabe!) Con mucho amor,

Nikki

Cuando acabé de leer la carta, suspiré y se la di a Yasmin. Había olvidado que ella no entendía ni una palabra de francés, de modo que se la traduje.

—Espero que sea feliz —comentó mientras yo doblaba la carta.

—¿Custodiada por un viejo *bratwurst* alemán? ¿Nikki? La conoces. Necesita acción tanto como yo. o como tú. Volverá. Creo que ahora toca la hora del querido papá en el espectáculo de la princesa Nikki.

Yasmin sonrió.

—Volverá, estoy de acuerdo, pero a su tiempo. Y le hará pagar a ese viejo *bratwurst* cada minuto.

Los dos sonreímos. El camarero llegó con la bebida de Yasmin y pedimos la comida.

Una vez que hubimos acabado, nos tomamos una última copa de champán.

—Vaya día el de ayer —murmuré, pensativo—; ahora, todo vuelve a ser normal. Tengo mi dinero, excepto los mil kiam de intereses. Cuando salgamos de aquí, quiero encontrar a Abdulay y pagarle.

—Pero aun así —dijo ella—, no todo ha vuelto a la normalidad. Tami sigue muerta.

Mostré mi desagrado.

—Es problema de Okking. Si quiere mi consejo de experto, ya sabe dónde encontrarme.

—¿De verdad vas a volver a hablar con Devi y Selima para saber porqué te golpearon?

—Puedes apostarte tus lindas tetas de plástico a que sí. Y será mejor que las «hermanas» tuvieran un maldito buen motivo.

—Debe de tener algo que ver con Nikki.

Yo estaba de acuerdo con ella, aunque no podía imaginarme qué ocurría.

—Ah —dije —, pasemos por el club de Chiriga. Le debo las provisiones que me prestó anoche.

Yasmin me echó una mirada por encima de su copa de champán.

—Me parece que iremos tarde a casa —exclamó con dulzura.

—Y cuando lleguemos a casa, tendremos suerte sí encontramos la cama.

Yasmin hizo un gesto de borracho.

—Joder con la cama —dijo.

—No —contesté —, tengo mejores propósitos.

Yasmin lanzó una tímida risa, como si nuestra relación estuviera comenzando aún desde la primera noche que pasamos juntos.

—¿Qué moddy quieres que use esta noche? —me preguntó.

Suspiré, cautivado por su adorable, sereno y natural encanto. Era como si la viera de nuevo por primera vez.

—No quiero que utilices ningún moddy —repuse tranquilamente —, deseo hacer el amor «contigo».

—Oh, Marîd —dijo.

Apretó mi mano y así nos quedamos, mirándonos a los ojos mientras aspirábamos el perfume del dulce olivo y escuchábamos el canto de los petirrojos y los ruiseñores. El momento fue casi eterno… y, entonces… , recordé que Abdulay me esperaba. Era mejor no olvidarle. Un proverbio árabe dice que el error de un hombre listo es igual que los errores de mil locos.

Sin embargo, antes de salir del café, Yasmin quiso consultar el libro. Le dije que el Corán no me reconfortaba demasiado.

—No me refiero al Libro, la mención sabia de Dios —dijo—. Hablo del «libro».

Sacó un aparato del tamaño de un paquete de cigarrillos. Era su 7 *Ching* electrónico.

—Aquí —dijo, y me lo ofreció—, enciéndelo y pulsa la H.

Tampoco tengo mucha fe en el I *Ching,* pero a Yasmin le fascina el destino, la palabra oculta, el momento y todo eso. Hice lo que me indicaba. Cuando presioné la pequeña tecla cuadrada y blanca de la H, el pequeño ordenador emitió una melodía aguda y tintineante y una indeleble voz de mujer dijo: «Hexagrama dieciocho. Ku. El trabajo en lo que ha sido echado a perder. Cambios en la quinta y sexta líneas».

—Ahora, pulsa la D, de Dictamen —me indicó Yasmin.

Lo hice. El ordenador repitió su maldita cancioncilla una y otra vez, y dijo: «Dictamen:

El esfuerzo en lo echado a perder proporciona grandes éxitos. Es provechoso atravesar las grandes aguas. Prestar atención tres días antes del comienzo. Prestar atención tres días antes de la terminación.

»Lo que ha sido echado a perder puede ser subsanado mediante el esfuerzo. No temas el peligro… al cruzar las grandes aguas. El éxito depende de la reflexión; sé precavido antes del comienzo. El retorno a la ruina debe ser evitado; sé precavido antes de terminarlo.

»El noble arrastra a la gente, de quien fortalece el espíritu».

Miré a Yasmin.

—Espero que deduzcas algo de todo esto —dije—, porque no significa nada para mí.

—Oh, sí —repuso ella con voz susurrante—. Ahora, sigue. Pulsa la l de líneas.

Así lo hice. La espantosa máquina continuó: «Un seis en el quinto puesto significa:

Rectificar lo que el padre ha echado a perder. Uno cosecha elogios.

»Un nueve arriba significa:

No está al servicio de reyes y príncipes. Se propone metas más elevadas».

—¿De quién me hablas, Yasmin? —pregunté.

—De ti, querido, ¿de quién si no?

—Y ahora, ¿qué hago?

—Verás que las líneas cambiantes convierten el hexagrama en otro. Pulsa la c de cambio.

«Hexagrama cuarenta y siete. Kun. Opresión.»

Pulsé la D.

«Dictamen:

Opresión. Éxito. Perseverancia.
El gran hombre obra ventura.
Ningún defecto.
Cuando uno tiene algo que decir, no es escuchado.

»El gran hombre permanece sereno ante la adversidad, y esta serenidad fundamenta éxitos posteriores. Es la constancia, más fuerte que el destino. Debe aceptar que, durante un tiempo, él no será garantía de poder, y su consejo se ignorará. En épocas de adversidad, es importante mantener la serenidad y hablar lo menos posible.

»Si uno es débil en la adversidad, permanece junto a un árbol sin frutos, y cae más profundamente en la desesperación. Es una decepción interna que debe superar a cualquier precio. » Que así sea, el oráculo había hablado.

—¿Podemos irnos ahora? —pregunté, quejumbroso. Yasmin parecía en un ensueño, en otra dimensión china. —Estás destinado a grandes cosas, Marîd —murmuró.

—De acuerdo, pero lo importante es si esta caja parlante puede adivinar mi peso. ¿Qué ves de bueno?

Yo nunca he tenido el buen juicio para saber cuándo estaba

siendo aconsejado por un libro.

—Debes encontrar algo en lo que creer —dijo con seriedad.

—Mira, Yasmin, lo intento. De verdad, lo hago. ¿Era algún tipo de predicción? ¿Estaba interpretando mi futuro?

Su ceño se frunció.

—No es una predicción verdadera, Marîd. Se trata de una especie de eco del «momento» del que formamos parte. Debido a quién eres, qué piensas, qué sientes, qué has hecho y qué planeas hacer, sólo podía salirte el hexagrama dieciocho, con los cambios en esas dos líneas precisamente. Si lo haces de nuevo, justo en este mismo segundo, obtendrás una lectura diferente, un hexagrama diferente, porque el primero ha cambiado el «momento» y el modelo es diferente.

—Sincronismo, ¿no? —dije.

Parecía turbada.

—Algo así.

Despedí a Ahmed con la nota y un montón de kiam. Era una tarde calurosa, lujosa y seca, y se convertiría en una hermosa noche. Me levanté y me desperecé.

—Busquemos a Abdulay —dije—. Los negocios son los negocios, maldición.

—¿Y después? —sonrió ella.

—La acción es la acción.

La agarré de la mano y empezamos a andar por la «Calle», hacia la tienda de Hassan.

El guapo muchacho americano seguía sentado en su taburete, todavía mirando a las musarañas. Me pregunté si en verdad tendría pensamientos o si era algún tipo de personaje con un circuito electrónico que sólo cobraba vida cuando alguien se aproximaba o escuchaba el sonido de unos cuantos kiam. Nos miró, sonrió y volvió a hacernos una pregunta en inglés. Quizá muchos de los clientes de Hassan hablaban inglés, aunque lo dudo. No era lugar para turistas, no se trataba de esa clase de tienda de recuerdos. El chaval debía de ser tonto, incapaz de hablar árabe y sin un daddy de idiomas. Debía de estar desvalido; es decir, dependiente, de Hassan, para muchas cosas.

Yo sabía un poco de inglés elemental; si me hablaban despacio, entendía unas pocas palabras. Podía decir: «¿Dónde está el lavabo?» y «Una “Big Mac” con patatas fritas» y «Jódete», pero ése era todo mi vocabulario. Miré al chico y él me miró a mí. Esbozó una tranquila sonrisa. Creo que yo le gustaba.

— ¿Dónde está Abdulay? —le pregunté en inglés.

El chico pestañeó y farfulló una respuesta indescifrable. Moví la cabeza para darle a entender que no había comprendido ni una palabra. Se encogió de hombros. Lo intentó en otro idioma, español,

creo. Negué con la cabeza de nuevo.

—¿Dónde está el *sahib* Hassan? —le pregunté.

El muchacho sonrió y farfulló otra retahíla de palabras de sonido áspero, pero señaló a la cortina. Fantástico, estábamos comunicándonos.

—*Shukran* —dije, conduciendo a Yasmin hacia la trastienda.

—De nada —repuso el chico en inglés.

Eso me chocó. El sabía que le había dicho «gracias» en árabe, pero no sabía cómo responder «De nada» en el mismo idioma. ¡Qué muchacho tan estúpido! El teniente Okking le encontraría cualquier noche en un callejón. O le encontraría yo, con la suerte que tengo.

Hassan estaba en el almacén e inspeccionaba el embalaje de unas mercancías. Las cajas estaban dirigidas a él en escritura árabe, pero había otras palabras estarcidas en algún idioma europeo. Las cajas podían contener cualquier cosa, desde pistolas automáticas hasta cabezas reducidas. A Hassan le daba igual lo que compraba y vendía, con tal de conseguir algún beneficio. Era el ideal platónico del mercader hábil.

A través de la cortina, oyó que nos acercábamos, y me saludó como a un hijo pródigo. Me abrazó y me preguntó:

—¿Te sientes mejor hoy?

—Gracias a Alá —contesté.

Su mirada paseaba de mí a Yasmin y de Yasmin a mí. Creo que le sonaba de la «Calle», aunque supongo que no la conocía personalmente. No vi necesidad de presentársela. Era un acto contrario a la etiqueta, pero tolerado en ciertas ocasiones. Y determiné que ésa era una de tales ocasiones. Hassan alargó una mano.

—¡Venid, tomad un café conmigo!

—Que tu mesa sea eterna, Hassan; pero acabamos de comer y tengo prisa por encontrar a Abdulay. Estoy en deuda con él, ¿recuerdas?

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien. —Hassan frunció el ceño—. Mi querido e inteligente Marîd, hace horas que no veo a Abdulay. Creo que estará divirtiéndose en algún sitio.

El tono de Hassan implicaba que la diversión de Abdulay consistía en alguno de sus vicios.

—Sin embargo, ahora tengo el dinero y quiero cumplir mi palabra.

Hassan reflexionó un instante sobre el problema.

—Por supuesto, ya sabes que una parte de ese dinero me será pagada, indirectamente a mí.

—Sí, oh, sapientísimo.

—Pues déjame todo el dinero a mí, y yo le daré su parte a Abdulay en cuanto le vea.

—Excelente idea, pero preferiría que Abdulay me extendiera un recibo. Tu integridad está fuera de toda duda, pero Abdulay y yo no nos apreciamos de la misma manera que tú y yo.

A Hassan no le sentó demasiado bien, pero no podía ponerme objeción alguna.

—Creo que hallarás a Abdulay detrás de la puerta de hierro.

Nos volvió la espalda con rudeza y continuó con su trabajo.

—Tu acompañante debe quedarse aquí —dijo sin volver el rostro hacia nosotros.

Miré a Yasmin, que se encogió de hombros. Atravesé el almacén rápidamente, entré en el callejón y llamé a la puerta de hierro. Esperé unos segundos mientras alguien me identificaba desde algún lugar. La puerta se abrió. Apareció un viejo con barba, alto y cadavérico, llamado Karim.

—¿Qué desea? —me preguntó, rudo.

—Paz, oh, caíd, he venido a pagar mi deuda con Abdulay Abu-Zayd. La puerta se cerró. Un momento después, Abdulay la abría. —Dámelo. Lo necesito ahora.

Por encima de su hombro pude ver a varios hombres entregados a un animado juego.

—Aquí está todo, Abdulay —dije—, pero has de extenderme un recibo. No quiero que vayas por ahí diciendo que no te he pagado.

Parecía enfadado.

—¿Crees que yo haría tal cosa?

Le devolví una mirada feroz.

—El recibo. Después, te daré tu dinero.

Me llamó un par de asquerosos insultos y se metió en la habitación. Garabateó el recibo y me lo enseñó.

—Dame los mil quinientos kiam —dijo refunfuñando.

—Primero quiero el recibo.

—¡Dame el maldito dinero, macarra!

Durante unos segundos pensé en darle un buen golpe en la nariz con el dorso de la mano y partírsela. Fue una imagen deliciosa.

—¡Mierda, Abdulay! Trae aquí a Karim. ¡Karim! —grité. Cuando el viejo de barbas blancas volvió, le dije:

—Voy a darte un dinero, Karim, y Abdulay te dará ese pedazo de papel que tiene en la mano. Tú le entregarás el dinero a él y el papel a mí.

Karim titubeó, como si la transacción fuera demasiado complicada para él. Después, aceptó. El intercambio se realizó en silencio. Me di la vuelta y regresé por el callejón.

—¡Hijo de puta! —gritó Abdulay.

Sonreí. Ése es un insulto gravísimo en el mundo musulmán, pero como era cierto, nunca me ofendía demasiado. Tal vez fuera por

Yasmin y nuestros planes para esa noche, pero dejé que Abdulay abusara más allá de mis límites habituales. Me prometí que pronto ajustaríamos cuentas. En el Budayén no es conveniente que te crean alguien que se somete con mansedumbre a la insolencia y la intimidación.

—Ya puedes pedirle tu parte a Abdulay, Hassan —dije mientras pasaba por el almacén y me dirigía hacia Yasmin—. Es mejor que te des prisa, creo que está perdiendo mucho.

Hassan asintió, pero no me respondió.

—Me alegro de que todo esté solucionado —dijo Yasmin.

—No más que yo.

Doblé el recibo y me lo guardé en el bolsillo del pantalón.

Fuimos al club de Chiri y esperamos a que terminase de servir a tres jóvenes, con uniformes de la Marina calabresa.

—Chiri —dije—, no podemos quedarnos mucho rato, pero quería darte esto.

Conté setenta y cinco kiam y los dejé sobre la barra. Chiri no hizo el más mínimo movimiento hacia el dinero.

—Yasmin, estás preciosa, cielo. Marîd, ¿qué es esto? ¿Las provisiones de anoche?

Asentí.

—Ya sé que te importa mantener tu palabra, pagar tus deudas y toda esa historia del honor. Pero no voy a cobrarte los precios de la «Calle». Guárdate algo. Sonreí.

—Chiri, te arriesgas a ofender a un musulmán. Ella rió.

—Musulmán, mi culo negro. Pues os invito a una copa. Esta noche hay mucho movimiento, un montón de dinero fácil. Las chicas están de buen humor y yo también.

—Tenemos una celebración, Chiri —dijo Yasmin.

Intercambiaron una especie de señal secreta, quizá ese tipo de velada transferencia de conocimiento acompaña a la operación de cambio de sexo. Fuera como fuese, Chiri lo entendió. Tomamos las copas que nos ofreció y nos levantamos para irnos.

—Que paséis una buena noche —nos deseó.

Los setenta y cinco kiam habían desaparecido hacía ya tiempo. No recuerdo haber visto lo que les sucedió.

—*Kwa herí* —dije cuando nos íbamos.

—*Kwa heríniya kuonana* —repuso ella, y luego—: Muy bien, ¿cuál de vosotras, perezosas putas de culo gordo, se supone que debe estar bailando en el escenario? ¿Kandy? Bien, quítate la jodida ropa y ¡a trabajar!

Chiri parecía contenta. Todo iba bien en el mundo.

—Podemos pasar por casa de Jo-Mama —dijo Yasmin—. Hace semanas que no la veo.

Jo-Mama era una mujer enorme, de casi dos metros, entre ciento cincuenta y doscientos kilos, cuyo cabello cambiaba según cierto ciclo esotérico: rubio, pelirrojo, moreno, negro; después, el marrón oscuro empezaba a crecer y cuando ya lo tenía lo bastante largo, se transformaba en rubio otra vez, como por arte de magia. Era una mujer gruesa y fuerte y nadie ocasionaba problemas en su barra, que se abastecía de marinos mercantes griegos. Jo-Mama no tenía ningún reparo en emplear su pistola o su perforador Solingen y crear una paz general, aunque hubiera de mancharlo todo de sangre. Estoy seguro de que Jo-Mama podría enfrentarse a dos Chirigas a la vez y. al mismo tiempo, preparar tranquilamente un Bloody Mary para un cliente. A Jo-Mama, o le gustabas mucho, o te odiaba a muerte. De hecho, deseabas gustarle. Nos detuvimos, nos saludó a gritos con su característica manera de hablar, rápida y distraída.

—¡Marîd! ¡Yasmin!

Nos dijo algo en griego, olvidando que ninguno de nosotros lo entendía. Hablo menos griego que inglés. Todo lo que sé lo he aprendido fijándome en el club de Jo-Mama: sé pedir ouzo y retsina (unas bebidas), decir *kalimera* (hola) y puedo llamarle a alguien *malaka,* que parece ser su insulto favorito (por lo que sé, significa «masturbarse»).

Como pude, le di un abrazo a Jo-Mama. Está tan llena que, probablemente, Yasmin y yo, juntos, no podríamos rodear su cintura. Nos incluyó en la historia que contaba a otro cliente en ese momento.

—… así que Fuad regresa corriendo y me dice: «¡Esa negra puta me la ha jugado!». Ahora, ambos sabemos que nada da tanto miedo a Fuad como ser esquilmado por una negra puta.

Jo-Mama me miró, con expresión interrogadora, y yo asentí. Fuad era ese chico increíblemente flaco que sentía fascinación por las negras putas, cuanto más malas y peligrosas fueran, mejor. Fuad no gustaba a nadie, pero él solía salir a la caza de alguna, y estaba tan desesperado por agradar que salía durante toda la noche, hasta que encontraba a la chica de la que resultaba estar enamorado esa semana.

—Así que le pregunté cómo se las había arreglado esta vez para dejarse engañar, porque pensé que, a esas alturas, él conocía ya todos los trucos. Quiero decir, Dios, ni siquiera Fuad es tan estúpido como Fuad, ya sabéis a lo que me refiero. Dijo: «Es una camarera del Big AFs Old Chicago. Pedí una bebida y cuando me trajo el cambio, había humedecido la bandeja con una esponja y la sostenía en alto, donde yo podía verla. Tuve que alargar el brazo para coger el cambio, y el último billete se quedó pegado a la parte húmeda de la bandeja». Así que le tiré de las orejas. «Fuad, Fuad —le dije —, ése es el truco más viejo del libro. Debes haberlo visto un millón de veces. Recuerdo cuando Zainab te lo hizo el año pasado. » Y el estúpido esqueleto

asiente con la cabeza, y el gran bulto de su nuez sube y baja, sube y baja, y me contesta: «Sí, pero las otras veces eran billetes de un kiam. ¡Nadie me lo había hecho con uno de diez!». ¡Como si eso lo cambiara todo!

Jo-Mama empezó a reír, del mismo modo que un volcán comienza a rugir antes de estallar; y cuando rió de veras, la barra se movió y los vasos y las botellas tintinearon mientras nosotros notamos las vibraciones en nuestros taburetes a través de la barra. La risa de Jo-Mama podía ocasionar más daños que alguien lanzando sillas.

—¿Qué deseáis, Marîd? ¿Ouzo y retsina para la joven dama? ¿O una cerveza? Estrujaos el cerebro, no dispongo de toda la noche, tengo un puñado de griegos de Skorpios. Su barco transporta cajas llenas de potentes explosivos para la revolución de Holanda. Les queda un buen trecho de navegación, y se muestran tan nerviosos como una carpa en una convención de gatos; están dejándome seca de bebida. ¿Qué demonios queréis tomar? ¡Maldición! Sacaros una respuesta es como sacarle una propina a un chino.

Se detuvo el tiempo suficiente para que yo pudiera decir unas pocas palabras. Pedí un gin con bingara y lima y Yasmin un Jack Daniels con Coca-cola. Jo-Mama empezó otra historia, yo la observaba como un halcón porque algunas veces empieza historias que cautivan y hacen que te olvides del cambio. A mí nunca me ocurre eso.

—Dame el cambio en billetes de uno, Mama —dije, interrumpiendo su historia y recordándoselo, por si mi cambio se le había ido de la memoria.

Me lanzó una mirada divertida, me devolvió el cambio y le di todo un kiam de propina. Se lo metió en el sostén. Tenía espacio en él para todo el dinero que había visto en mi vida. Terminamos nuestras bebidas después de dos o tres historias más, le dimos un beso de despedida y vagamos «Calle» arriba. Nos paramos en Frenchy y en algunos otros lugares y, cuando llegó la hora de irse a casa, ya estábamos convenientemente colocados.

No intercambiamos ni una palabra, ni siquiera nos detuvimos a encender la luz o ir al baño. Nos desnudamos y nos acostamos muy juntos. Deslicé mis dedos sobre el dorso de sus muslos, le encanta. Ella me rascaba la espalda y el pecho, que es lo que a mí me gusta. Yo tocaba ligeramente su piel con las yemas de los dedos, apenas rozándola, desde su axila, por su brazo, hasta su mano, y luego le acariciaba la palma y los dedos. Recorrí otra vez su brazo hacia abajo, por su costado, y pasé por sus excitantes nalgas. Empecé a rozar sus pliegues más íntimos de igual modo. Oí que emitía suaves sonidos, no se dio cuenta de que sus manos habían quedado debajo de su cuerpo, ella se tocó los senos. Alargué los brazos y la agarré por las muñecas, inmovilizando sus brazos sobre la cama. Abrió los ojos, sorprendida.

Emití un suave gruñido, coloqué su pierna derecha alrededor de mi cuerpo, con un poco de rudeza, y le separé la izquierda con la mía. Ella se estremeció con un gemido. Trataba de tocarme pero yo no le soltaba las muñecas, la tenía inmovilizada. Sentí un fuerte, casi cruel sentimiento de control, aunque manifestado del modo más cuidadoso y tierno. Parece una contradicción. Si no habéis sentido lo mismo alguna vez, no puedo explicároslo. Yasmin se entregaba a mí sin palabras, por completo, cuando la tomaba, y con el deseo de que lo hiciera. Le gustaba un poco de violencia de vez en cuando. La fuerza moderada que me permitía, sólo la excitaba más. Entonces entré en ella, y exhalamos juntos un suspiro de placer. Nos movimos despacio, levantó las piernas, abiertas, puso sus rodillas en mis caderas y se apretó contra mí, tanto como pudo, mientras yo la penetraba, tan íntimamente como me era posible. Nos estrechamos así, despacio, y prolongamos cada dulce caricia, cada choque sorpresa de fuerza durante un buen rato. Yasmin y yo nos abrazamos mientras los latidos de nuestros corazones y nuestra respiración se aceleraban. Nos unirnos hasta que nuestros cuerpos se calmaron, y permanecimos abrazados, satisfechos, vivificados por esa nueva declaración de necesidad mutua, de confianza mutua y, sobre todo, de amor mutuo. Supongo que nos separamos y dormimos algún rato, pero a la mañana siguiente, cuando me desperté, nuestras piernas seguían entrelazadas, y la cabeza de Yasmin reposaba sobre mi hombro.

Todo estaba arreglado, vuelto a la normalidad. Tenía el amor de Yasmin, dinero en el bolsillo para unos cuantos meses y acción siempre que la desease. Sonreí con dulzura y, poco a poco, me sumergí en sueños tranquilos.

5

Era uno de esos raros momentos de felicidad compartida, de satisfacción total. Esperábamos que lo ya maravilloso no hiciera más que mejorar con el paso del tiempo. Esos momentos son los más raros y frágiles del mundo. Debes apresar el día; no olvidar todas las vilezas y porquerías que has soportado para conseguir esta paz. Debes acordarte de disfrutar cada minuto, cada hora, porque, aunque creas que va a durar siempre, el mundo tiene otros planes. Quieres agradecer cada segundo precioso, pero, simplemente, no puedes hacerlo. Vivir la vida al máximo no es propio de la naturaleza humana. ¿No habéis notado que cantidades de dolor y alegría iguales parecen tener la misma duración? El dolor se prolonga hasta que te preguntas si la vida volverá a ser soportable de nuevo. Sin embargo, el placer, una vez alcanza su culminación, se agosta con más rapidez que una gardenia pisoteada, y tu memoria busca la dulce fragancia en vano.

Yasmin y yo hicimos el amor al despertarnos, esta vez de costado, con su espalda vuelta hacia mí. Al terminar, nos estrechamos en un abrazo; pero sólo por breves instantes porque Yasmin quería vivir la vida al máximo otra vez. Le recordé que tampoco eso es propio de la naturaleza humana, al menos por lo que a mí respecta. Yo quería disfrutar un poco más la fragancia de la gardenia, todavía fresca en mi mente. Yasmin deseaba otra gardenia. Le pedí que esperara un par de minutos.

—Sí — dijo—, mañana, con los albaricoques.

Era el equivalente levantino a «Cuando las gallinas críen pelo».

Me hubiera gustado abrazarla hasta que pidiera compasión, pero mi carne estaba débil todavía.

—Ésta es la parte que llaman el crepúsculo —dije—. La gente sensual y voluptuosa como yo la valora tanto como el propio abrazo.

—Jódete, tío —exclamó—, estás envejeciendo.

Sabía que no lo decía en serio, sólo se burlaba de mí, o lo intentaba, al menos. En realidad, mi débil carne empezaba a revitalizarse de nuevo y ya estaba casi a punto de proclamar mi duradera juventud cuando llamaron a la puerta.

—Oh, oh, aquí está tu sorpresa —dije.

Para ser un solitario, estaba teniendo un montón de visitas últimamente.

—Me pregunto quién será. Ya no debes dinero a nadie. Me enfundé los téjanos.

—Entonces, es alguien que viene a pedir dinero prestado —dije. Y me dirigí hacia la mirilla de la puerta.

—¿A ti? Tú no darías un fíq de cobre a un mendigo que conociera el secreto del universo.

Mientras iba hacia la puerta, miré a Yasmin.

—El universo no tiene secretos —repuse, cínico—, sólo mentiras y engaños.

Mi indulgente humor se desvaneció en décimas de segundo cuando di una ojeada a través de la mirilla.

¡Hija de puta! —exclamé entre dientes. Volví a la cama —. Yasmin —dije con dulzura—, dame tu bolso.

—¿Por qué? ¿Quién es?

Buscó su bolso y me lo pasó. Sabía que siempre llevaba una pistola como protección. Yo nunca voy armado. Me paseaba solo y sin armas entre los criminales del Budayén, porque yo era especial, libre, orgulloso y estúpido. Me hacía esas ilusiones, y vivía en una especie de falacia romántica. No era más excéntrico que la mayoría de los locos de atar. Así el arma y regresé junto a la puerta. Yasmin me observaba, nerviosa y en silencio.

Abrí la puerta. Era Selima. Le apoyé el cañón del arma entre los dos ojos…

—Qué alegría verte —dije —, entra. Hay algo que deseaba preguntarte.

—No vas a necesitar el arma. Marîd —aseguró Selima.

No hice caso. Pareció molesta al ver a Yasmin y, en vano, buscó algún lugar donde sentarse. Observé que estaba terriblemente incómoda y muy preocupada por algo.

—De modo que querías dar los últimos coletazos antes de que alguien os liquide como a Tami —dije, cruel.

Selima se enfureció, se volvió y me abofeteó. Me lo había ganado.

—Siéntate en la cama, Selima. Yasmin te hará sitio. En cuanto al arma, debí tenerla a mano cuando tú y tus amigas irrumpisteis aquí esa mañana con semejante estruendo. ¿O es que ya se te ha olvidado?

—Marîd —dijo, humedeciéndose sus brillantes labios rojos—, siento lo que pasó. Fue un error.

—Ah, bueno, eso lo arregla todo.

Miré a Yasmin taparse con la sábana y apartarse de Selima tan lejos como pudo, apoyando la espalda en el rincón, con las rodillas dobladas. Los inmensos senos de Selima eran el distintivo de las «hermanas Viudas Negras»; por lo demás, apenas tenía modificaciones. Resultaba más bonita que la mayoría de los transexuales. Tamiko se había convertido en una caricatura de la modesta y recatada geisha. Devi había acentuado su herencia del este de la India, y completado con una marca de casta en su frente, a la que no tenía derecho, y cuando no trabajaba, vestía un sari de seda de vivos colores, bordado en oro. Por el contrario, Selima llevaba el velo y la capa con capucha,

una sutil fragancia y tenía los modales de una mujer musulmana de clase media de la ciudad. No estoy seguro, pero creo que era religiosa. No puedo imaginar cómo compaginaba sus robos y su violencia habitual con las enseñanzas del Profeta, quizá las oraciones y la paz la ayudasen. No soy el único loco iluso del Budayén.

—Por favor, Marîd, deja que te explique…

Nunca había visto a Selima, ni a ninguna de sus «hermanas», en un estado tan próximo al pánico.

—¿Sabes que Nikki se ha ido de casa de Tami?

Asentí.

—No creo que se fuera por su gusto. Pienso que alguien la obligó.

—Eso no es lo que tengo entendido. Me escribió una carta en la que se refería a un tipo alemán, y me hablaba de lo maravillosa que iba a ser su vida, el pez había mordido el anzuelo e iba a pasárselo bien con él, y con todo lo que tenía.

—Todos hemos recibido la misma carta. Marîd, ¿no has notado nada sospechoso en ella? Es posible que no conozcas la caligrafía de Nikki tan bien como yo. Puede que no prestaras atención a las palabras que emplea en ella. Algunos indicios en la carta nos hacen pensar que trataba de decir algo entre líneas. Creo que alguien hizo que escribiera esas cartas para que nadie se extrañara de su desaparición. Nikki es diestra y las cartas están escritas con la mano izquierda. La letra era desastrosa, nada parecida a la suya habitual. Escribió nuestras notas en francés, aunque sabe perfectamente que ninguna de nosotras entiende ese idioma. Ella habla inglés, y tanto Devi como Tami lo leen, es el idioma que hablaban entre ellas. Nunca nos mencionó a ese viejo alemán amigo de su familia. Ese hombre pudo haber existido cuando era más joven, pero el modo en que se llamaba a sí misma «joven e introvertido muchachito»… , bueno, eso no hace más que acentuar el mal palpito que la carta nos ha causado. Nikki contaba muchas historias de su vida antes de someterse al cambio. Era reservada en algunos aspectos —de dónde era en realidad, y detalles por el estilo—; pero siempre se reía de lo terrible que había sido. Quería parecerse a nosotras y por eso sacaba esos relatos biográficos de sus travesuras a relucir. No era ni tímida ni introvertida. Marîd, esa carta apesta desde el comienzo hasta el final.

Dejé caer mi mano con la pistola. Lo que Selima acababa de explicar tenía sentido, ahora que lo pensaba.

—Por eso estás tan preocupada —murmuré, pensativo—. Crees que Nikki se encuentra en algún apuro.

—Sí, lo creo —dijo Selima—; pero no estoy tan asustada por eso. Marîd, Devi está muerta. Asesinada.

Cerré los ojos y lancé un gemido. Yasmin emitió un sonoro resuello y pronunció otra fórmula supersticiosa —«Lejos de ti»— para

protegernos del mal que acababa de ser mencionado. Me sentí cansado, como si una sobredosis de noticias escalofriantes me impidiera reaccionar del modo adecuado.

—No me lo digas, deja que lo adivine, igual que Tami. Marcas de quemaduras, señales en las muñecas, jodida por todas partes, estrangulada y degollada. Y crees que alguien va detrás de vosotras tres, y que tú eres la próxima.

Me quedé atónito ante su respuesta.

—No, te equivocas. La encontré en su cama, como si durmiera plácidamente. Le habían disparado, Marîd, con un arma antigua, de las que usaban balas de metal. El agujero de la bala estaba centrado exactamente en su marca de casta, sin signos de lucha o de otras cosas. El apartamento no aparecía revuelto. Sólo Devi. Una parte de su rostro estaba desfigurada y había manchas de sangre en las sábanas y las paredes. Me largué. Nunca había visto nada parecido. Esas viejas armas son tan sangrientas y brutales…

Y lo decía una mujer que había partido tantas caras.

—Apuesto a que a nadie le han disparado una bala desde hace cincuenta años.

Era obvio que Selima no sabía nada de mi ruso… , como quiera que se llamara. Los cadáveres no arman mucho escándalo ni revuelo en el Budayén. No resultan raros allí. Son más bien un inconveniente. Limpiar grandes manchas de sangre de las sedas o del casimir es un trabajo aburrido.

—¿Has llamado a Okking? —pregunté.

Selima asintió.

—No estaba de servicio. El sargento Hajjar vino y me interrogó. Me hubiera gustado que fuese Okking.

Sabía a lo que se refería. Hajjar era el tipo de policía que pasa por mi mente cuando pienso «policía». Se pasea como si llevara un corcho en el culo, busca a los pequeños camorristas y olvida a los peces gordos. Se porta con particular dureza con los árabes que desatienden sus deberes espirituales, personas como yo, y casi todos en el Budayén.

Guardé el arma en el bolso de Yasmin. Mi humor había cambiado por completo. De repente, por primera vez, sentí simpatía por Selima. Yasmin le puso la mano en el hombro en un gesto de consuelo.

—Haré café —dije. Miré a la última de las «Viudas Negras»—. ¿Prefieres un té?

Estaba agradecida por nuestra amabilidad y creo que también por nuestra compañía.

—Té, gracias —dijo, mientras iba tranquilizándose.

Puse la tetera a hervir.

—Dime sólo una cosa: ¿por qué me disteis esa paliza el otro día?

—Que Alá se apiade de mí —murmuró Selima.

Sacó un trozo de papel doblado de su bolso y me lo dio.

—Ésta es la caligrafía de Nikki, aunque resulta evidente que tenía mucha prisa.

Estaba escrita en inglés, garabateada rápidamente en el dorso de un sobre.

—¿Qué dice? —pregunté.

Selima me echó un rápido vistazo y, en seguida, volvió a mirar el papel.

—Dice: «Socorro. Daos prisa. Marîd». Por eso hicimos aquello. Lo entendimos mal. Creímos que eras el responsable del lío en el que ella se había metido. Ahora sé que le habías hecho el favor de negociar su liberación de ese cerdo de Abdulay y que te debía dinero. Quería que te hiciéramos saber que necesitaba ayuda, pero no le dio tiempo a escribir nada más. Probablemente tuvo suerte al poder escribir esto.

Pensé en la paliza que me habían dado, en mis horas de inconsciencia, en el dolor que había sufrido, y aún sufría, en la larga espera de pesadilla en el hospital, en lo enfurecido que estaba con Nikki, en los mil kiam que me había costado… Lo junté todo y traté de olvidarlo. No pude. Todavía sentía una rabia desacostumbrada en mí, pero ahora no tenía a nadie en quien descargarla. Miré a Selima.

—Olvídalo —dije.

No se movió. Pensé que cada uno de los dos pondría algo de su parte; pero entonces recordé con quién estaba tratando.

—Algo no marcha. Y tú lo sabes bien —me recordó—. Todavía estoy preocupada por Nikki.

—Después de todo, la carta que escribió puede ser verdadera —dije, mientras servía té en las tres tazas—. Tus sospechas pueden tener una inocente explicación.

No me creía ni una palabra de las que dije. Sólo lo hice para que Selima se sintiera mejor.

Cogió una taza de té.

—No sé qué hacer ahora —dijo.

—Puede que haya un loco detrás de vosotras tres —sugirió Yasmin—. Tal vez sería mejor que te escondieras durante un tiempo.

—Ya he pensado en ello —dijo Selima.

La teoría de Yasmin no me parecía verosímil. Tamiko y Devi habían sido asesinadas de formas muy distintas. Claro que no descartaba la posibilidad de un asesino con imaginación. Pese a todas esas perogrulladas de los policías sobre el *modus operandi* de un criminal, no existía razón alguna por la que un asesino no fuese capaz de usar dos técnicas inusitadas. Aunque guardé silencio al respecto.

—Puedes ir a mi apartamento —dijo Yasmin—. Yo me quedaré aquí con Marîd.

Tanto a Selima como a mí nos sorprendió el ofrecimiento de Yasmin.

—Es muy gentil por tu parte —respondió Selima—. Lo pensaré, querida, pero quiero intentar un par de cosas. Ya te diré algo.

—Si mantienes los ojos bien abiertos, no te ocurrirá nada —dije —. No hagas ningún negocio en dos días y no te mezcles con extraños.

Selima asintió. Me dio su té, que ni siquiera había probado.

—He de irme —dijo—. Espero que ahora todo esté arreglado entre nosotros.

—Tienes cosas más importantes de las que preocuparte, Selima. Nunca habíamos estado muy unidos antes. Por alguna morbosa razón, puede que esto nos convierta en mejores amigos.

—El precio ha sido demasiado alto —me respondió.

Era muy cierto. Selima había empezado a decir algo, pero se arrepintió. Dio media vuelta y fue hacia la puerta, salió y la cerró tras ella con cuidado.

Yo estaba de pie en la cocina, con las tres tazas de té.

¿Quieres una? —pregunté.

No —dijo Yasmin. —Yo tampoco.

Tiré el té por el fregadero.

—Hay un gran bastardo retorcido suelto, que anda por ahí matando gente —musitó Yasmin—, o lo que es peor, dos cabrones distintos que trabajan en la misma acera de la calle. Casi me da miedo ir a trabajar.

Me senté junto a ella y acaricié su perfumado cabello.

—En el trabajo estarás bien. Haz caso de lo que le he dicho a Selima: No te ligues a ningún tío que no conozcas. Quédate conmigo en lugar de ir a casa sola.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—No puedo traerme a ningún tío aquí, a tu apartamento —dijo.

—Tienes una jodida franqueza. Olvídate de enrollarte a ningún tipo hasta que este asunto esté resuelto y hayan cogido al asesino. Tengo dinero suficiente para mantenernos los dos una temporada.

Puso los brazos alrededor de mi cintura y recostó la cabeza en mi hombro.

—Estás muy bien —dijo.

—Tú también, cuando no roncas como un demonio.

Como represalia, me rascó fuerte la espalda con sus largas uñas, pintadas de color claro. Nos abrazamos sobre la cama y nos divertimos durante media hora.

Desperté a Yasmin a las dos y media, le preparé algo de comer mientras se duchaba y se arreglaba y la insté a que se fuera a trabajar sin que la multasen por llegar tarde. Cincuenta kiam son cincuenta kiam, siempre se lo recordaba. Su respuesta era: «Entonces, ¿por qué

preocuparse? Un billete de cincuenta kiam es igual que los otros. Si no me llevo a casa uno, me llevaré otro». No podía hacerle comprender que si se daba un poco más de prisa, podía llevarse los dos a casa.

Me preguntó qué iba a hacer esa tarde. Estaba un poco celosa porque sabía que yo dispondría de dinero las próximas semanas. Me sentaría todo el día en algún café; fanfarronearía y chismorrearía con los amigos de otras bailarinas y con los profesionales. Le dije que tenía que hacer unos recados y que estaría ocupado.

—Voy a ver qué pasa con Nikki —dije.

—¿No crees a Selima? —preguntó Yasmin.

Conozco a Selima desde hace tiempo. Sé que le gusta exagerar estas situaciones. Apuesto a que Nikki está sana y salva con ese tal Seipolt. Selima tenía que inventar alguna historia para dar exotismo y riesgo a su vida.

Yasmin me dirigió una mirada de duda.

—Selima no tiene por qué inventar historias. Su vida es exótica y arriesgada. ¿Cómo se puede exagerar un agujero de bala en la frente? Un muerto es un muerto, Marîd.

Tenía razón en eso; pero no me sentía como para felicitarla en voz alta.

—Ve a trabajar.

La besé y acaricié, y la eché de mi apartamento.

Al fin solo. «Solo» significaba estar mucho más tranquilo que nunca. Creo que hubiese preferido un poco de ruido y gente y excitación a mi alrededor. Mala señal para un solitario. Y todavía peor para un agente solitario, para un tipo duro que vive de la acción y el peligro, la clase de tipo valiente y competente que me gustaba creer que era. Cuando el silencio te produce *delirium tremens* es cuando descubres que no eres un héroe. Oh. sí, yo conocía a un montón de gente peligrosa de verdad, y había hecho un montón de cosas peligrosas. Estaba metido en el ajo, era uno de los tiburones, y no uno de los peces pequeños, y gozaba del respeto de los otros tiburones. El problema estribaba en que estar todo el día con Yasmin empezaba a ser agradable, pero no se ajustaba al perfil de lobo solitario.

Me dije todo esto mientras me afeitaba el cuello, delante del espejo del cuarto de baño. Intentaba convencerme de algo, pero me costaba. Cuando lo logré, mi conclusión no me satisfizo en absoluto. Yo no había tenido mucho éxito esos últimos días con tres personas muertas a mi alrededor, personas que conocía, personas que no conocía. Si seguía con esa racha, podía poner a Yasmin en peligro.

¡Demonios, y a mí mismo!

Yo había dicho que quizá Selima estaba nerviosa sin motivo. Era una mentira. Mientras Selima me contaba su historia, recordé la breve, y desesperada llamada telefónica: «¿Marîd? Tienes que… ». No

había podido asegurar si era Nikki; ahora, sí y me sentía culpable por no haber actuado en consecuencia. Si Nikki resultaba herida del modo que fuese, viviría con esa culpa el resto de mis días.

Me puse una *galabiyya* de algodón blanco, cubrí mi cabeza con el familiar tocado árabe, la *kefiyya* blanca que sujeté con una cuerda *akal*. Me puse unas sandalias. Ahora parecía cualquier pobre, despreciable árabe de la ciudad, un *fellahin,* es decir, un campesino. Dudo que me haya vestido así más de diez veces en todos los años que he vivido en el Budayén. Siempre me ha gustado la ropa europea, ya en mi juventud en Argelia y después, cuando me marché hacia el este. Ahora no parecía un argelino, quería que me tomasen por *un fellah* del lugar. Sólo mi barba rojiza desentonaba, pero el alemán no se daría cuenta. Al salir de mi apartamento y caminar por la «Calle» hacia la puerta, no oí mi nombre ni una sola vez, ni sorprendí una mirada de reconocimiento. Pasé entre mis amigos, pero no sabían que era yo porque, habitualmente, no vestía de esa manera. Me sentía invisible, y la invisibilidad me confería cierto poder. Mi incertidumbre de unos momentos antes se había evaporado, reemplazada por mi antigua serenidad. Volvía a ser un tipo peligroso.

Justo al otro lado de la puerta Este se abría el amplio bulevar el-Jamed, enmarcado por una hilera de palmeras a ambos lados. Un espacioso paseo, lleno de distintas variedades de arbustos, separaba el tráfico rodado de una y otra dirección. Cada mes del año había alguna variedad en flor, que llenaban el aire del bulevar de fragantes esencias y distraían la mirada de quienes paseaban con los sorprendentes colores de sus flores: sensuales rosados, ardientes carmesíes, ricos púrpuras, azafranados amarillos, prístinos blancos, azules tan diversos como el mar e incluso más. En los árboles, por encima de la calle, y alojada en los aleros de los tejados, una multitud de pájaros cantores, alondras y tórtolas lanzaba sus trinos al aire. La combinación de tales bellezas incitaba a dar gracias a Alá por aquellos generosos dones. Me detuve un momento en el paseo. Yo salía del Budayén vestido como lo que en realidad era: un árabe con pocos kiam, sin muchos conocimientos y con unas perspectivas bastante limitadas. Me sorprendió la excitación que despertó en mí. Me sentía emparentado con los escurridizos *fellahin* que me rodeaban, un parentesco que se limitaba, por el momento, a la parte religiosa de la vida cotidiana que había descuidado durante tanto tiempo. Me prometí que muy pronto atendería esas obligaciones, tan pronto como tuviera ocasión; primero debía encontrar a Nikki.

Dos manzanas al norte de la puerta Este del Budayén, en dirección a la mezquita Shimaal, encontré a Bill. Sabía que estaría cerca del barrio amurallado, tras el volante de su taxi, mirando con indolencia, amor, curiosidad y frialdad a la gente que pasaba por la

acera. Bill era casi de mi talla, aunque más musculoso. Tenía los brazos llenos de tatuajes verdeazulados, tan viejos que se habían semiborrado y estaban confusos. Nunca supe lo que una vez representaron. Hacía años que no se cortaba el cabello o la barba color arena, muchos años. Parecía un patriarca hebreo. La parte de su piel expuesta al sol mientras conducía por la ciudad se veía quemada, de un rojo intenso, como un cangrejo olvidado en un frasco. En su rostro rojizo, los azules ojos brillaban con una intensidad enfermiza que siempre me obligaba a apartar la mirada. Bill estaba loco, de una locura que él había elegido con tanto cuidado como Yasmin sus marcados y excitantes pómulos.

Conocí a Bill poco después de mi llegada a la ciudad. Hacía años que él había aprendido a convivir con los parias, los miserables y los bribones del Budayén, y me ayudó a integrarme en esa discutible sociedad. Bill había nacido en los Estados Unidos de América —tan viejo era—, en la parte que ahora llamamos Sovereign Desert. Cuando la unión estadounidense se fraccionó en varias recelosas naciones balcanizadas, Bill dio la espalda a su lugar de nacimiento para siempre. No sé cómo se ganó la vida hasta que aprendió lo que ahora hace. Tampoco él lo recuerda. De cualquier modo, consiguió la pasta suficiente para pagarse una única modificación quirúrgica. En lugar de llenar su cerebro de alambres, como hacen muchas almas perdidas del Budayén, Bill prefirió una modificación más sutil, más alarmante. Le extirparon uno de sus pulmones y se lo reemplazaron por una enorme glándula artificial que segrega, a perpetuidad, cierta cantidad de una droga psicodélica de la cuarta generación en su flujo sanguíneo. Bill no recordaba qué droga había pedido; pero, a juzgar por lo abstracto de su lenguaje y la naturaleza de sus alucinaciones, creo que era la ribopropilmetionina, RPM, o acetilato de neocorticina.

La RPM o el acetilato de neocorticina puede comprarse en la calle. No hay mucho mercado de estas drogas. Ambas tienen efectos idénticos a largo plazo. Después de repetidas dosis de estas drogas, comienza una degeneración del sistema nervioso del individuo. Afectan a los centros aglutinantes del cerebro humano que utilizan la acetilcolina, un neuro-transmisor. Estas nuevas drogas psicodélicas atacan y ocupan esos centros de la misma forma que un ejército victorioso se adueña de una ciudad conquistada. No pueden ser eliminadas, ni por las propias defensas naturales del cuerpo, ni por terapia médica alguna. Las experiencias alucinatorias no tienen paralelismo en la historia farmacológica; pero el precio que se paga por ellas resulta exorbitante, desde el punto de vista de la lesión. A la persona que los emplea, se le seca el cerebro, en el sentido literal de la palabra, sinapsis a sinapsis. La condición resultante tiene unos síntomas indiferenciables de un Parkinson o un mal de Alzheimer

avanzados. Cuando las drogas empiezan a obstaculizar el sistema nervioso autónomo, su uso continuado es probable que resulte fatal.

Bill no había alcanzado todavía ese estado. Vivía una existencia de ensueño que duraba día y noche. Algunas veces recuerdo como es, cuando tomo una droga psicodélica menos peligrosa y me invade el temor a «no bajar jamás», una ilusión común que empleas para torturarte a ti mismo. Te sientes como si esta vez en especial, esta particular experiencia de una droga, al contrario que las placenteras sensaciones pasadas, te quedes colgado y algo se rompa en tu cabeza. Tiemblas, aterrorizado, mientras te prometes a ti mismo que nunca volverás a tomar otra píldora de ésas, y te enfrentas a las embestidas de tus sueños más negros. Sin embargo, por fin, te recuperas, el efecto de la droga desaparece y, más tarde o más temprano, olvidas lo horrible que fue. Y vuelves a repetirlo. Quizá en esta ocasión tengas más suerte, quizá no.

6

No había ningún «quizá» para Bill. El nunca «bajaría». Cuando esos momentos de horror absoluto empezaban, no había forma de remediar la ansiedad. Uno no podía decirse que si se colgaba demasiado, volvería a la normalidad por la mañana. Bill jamás volvería a la normalidad. Eso era lo que él quería. Y en cuanto a la muerte, célula a célula, de su sistema nervioso, Bill se encogía de hombros.

—Algún día han de morir, ¿no?

—Sí —respondí, al tiempo que me agarraba, nervioso, al asiento de su taxi mientras éste se precipitaba por estrechas y tortuosas callejas.

Y si se mueren todas al unísono, los demás darán una fiesta en tu funeral. No tendrás nada. Te enterrarán. En cambio, de esta manera, yo podré despedirme de las células de mi cerebro. Han hecho mucho por mí. Adiós, adiós, buen viaje, me alegro de haberos conocido. Me despediré de todas ellas, pequeñas malditas jodidas. Si te mueres como una persona normal, ¡bam! estás muerto, detención violenta de cada maldita parte de ti, azúcar en el depósito, agua en el carburador, parada forzosa… , dispones de un segundo, tal vez dos, para avisar a Dios de tu llegada. Horrible modo de terminar. Vives una existencia violenta que acaban con una muerte violenta. Yo sólo suelto una neurona cada vez. Una noche llegará mi hora, me iré dulcemente. Y a la mierda quien diga que no. Ese mamón de muerto, tío, ¿qué sabe él? Ni siquiera tiene coraje para poner en práctica sus convicciones. Quizá cuando me haya muerto, los demonios no sepan que estoy allí si mantengo la boca cerrada. Tal vez me dejen tranquilo. No quiero que me jodan después de muerto, tío. ¿Cómo puedes protegerte después de muerto? Piénsalo, tío. Me gustaría ponerle las manos encima al tipo que inventó los demonios, tío. ¡Y ellos me llaman loco… !

Yo no tenía ganas de discutir.

Bill me llevó hasta la casa de Seipolt. Siempre iba en el taxi de Bill cuando salía de la ciudad por cualquier motivo. Su locura me distraía de la persistente normalidad de mi entorno, la carencia de caos impuesta en todas partes. Viajar con Bill era como llevar un poco del Budayén conmigo, por seguridad. Como llevarse una botella de oxígeno al profundo y oscuro abismo.

La casa de Seipolt se hallaba lejos de! centro de la ciudad, en el extremo sudeste. Estaba a un paso del reino de las arenas perpetuas, donde las dunas esperaban que nos relajáramos un poco para cubrirnos como cenizas, como polvo. La arena acabaría con todos los conflictos, todos los esfuerzos, todas las esperanzas. Se abalanzaría

como un ejército victorioso sobre una ciudad conquistada, y descansaríamos para siempre bajo la arena, en las oscuras profundidades del abismo. La noche señalada llegaría, pero no ahora. No, aquí no, todavía no.

Seipolt velaba por mantener el orden y detener el desierto. Las palmeras se encorvaban en torno a la villa y los jardines florecían porque el agua era obligada a fluir hasta ese inhóspito paraje. Las buganvillas estaban en flor y la brisa perfumaba el aire con seductores aromas. Las puertas de hierro se conservaban en buen estado, pintadas y engrasadas, los largos y sinuosos caminos limpios y rastrillados, las paredes encaladas. Era una magnífica residencia, el hogar de un hombre rico. Un refugio contra la arena al acecho, contra la noche al acecho, que aguardaban con toda paciencia.

Me senté en el asiento posterior del taxi de Bill. Su ingenio se desperdiciaba groseramente y él murmuraba y reía para sí. Me sentí pequeño y necio: la mansión de Seipolt me imponía respeto. ¿Qué iba a decirle a Seipolt? El hombre tenía poder. Yo no podría detener ni siquiera un puñado de arena, aunque lo intentase con toda mi voluntad y rezase a Alá al mismo tiempo.

Le pedí a Bill que esperase y le observé hasta comprobar que, en algún recóndito lugar de su mente, me había comprendido. Salí del taxi, crucé la puerta de hierro, y anduve por el camino de gravilla blanca hasta la entrada principal de la villa. Sabía que Nikki estaba loca. Sabía que Bill estaba loco. Y, en esos momentos, caí en la cuenta de que tampoco yo estaba bien del todo.

Mientras oía el crujido de mis pies contra las piedrecillas, me pregunté por qué no regresábamos al lugar de donde procedíamos. Ése era el verdadero tesoro, el mayor don: hallarse en el lugar que te corresponde en realidad. Si tenía suerte, algún día encontraría ese lugar. *Inshallah.* Si es la voluntad de Alá.

La puerta principal era de madera rubia maciza, con grandes goznes y una rejilla de hierro. Se abrió cuando yo levantaba la mano para asir la aldaba de bronce. Un europeo alto, delgado y rubio me amedrentó con la mirada. Tenía ojos azules (al contrario que los del Bill, los de ese hombre eran de aquellos que siempre se describen como «penetrantes» y, por las barbas del Profeta, me sentí atravesado), nariz recta con grandes agujeros, mandíbula cuadrada y una boca de labios tensos que parecía detenida en una expresión permanente de leve repugnancia. Se dirigió a mí en alemán. Negué con la cabeza.

—*Anaa la afham* —dije, con la sonrisa del estúpido campesino por el que me había tomado.

El hombre rubio parecía impaciente. Lo intentó en inglés. Sacudí la cabeza de nuevo, sonreí, me disculpé y le llené los oídos de árabe.

Era obvio que no encontraba sentido alguno a mis palabras y que no iba a esforzarse en buscar otro idioma que yo comprendiera. Cuando estaba a punto de cerrarme la pesada puerta en las narices, vio el taxi de Bill. Eso le dio que pensar. Yo parecía un árabe; para aquel hombre, todos los árabes eran más o menos iguales y una de sus características comunes era la pobreza. Sin embargo, yo había tomado un taxi para que me condujera a la residencia de un hombre rico e influyente. Le costaba entenderlo, pero ya no parecía tan dispuesto a echarme con cajas destempladas. Me señaló y murmuró algo. Supongo que era «Espera aquí». Sonreí, toqué mi corazón y mi frente y alabé a Alá tres o cuatro veces.

Un minuto después, el rubio volvió con un viejo, un árabe empleado en la casa. Los dos hombres hablaron brevemente. El viejo *fellah* se volvió hacia mí y me sonrió.

—¡La paz sea contigo! — dijo.

—Y contigo —respondí—. Compadre, ¿es este hombre el honorable y excelente Lutz Seipolt Pasha?

El viejo se rió un poco.

—Te equivocas. No es sino el portero, un sirviente como yo.

Dudé que fueran iguales. Resultaba evidente que el rubio formaba parte de la comitiva que Seipolt se había traído de Alemania.

—¡Por mi honor, soy un estúpido! —dije—. He venido a hacerle una importante pregunta a su excelencia.

Los términos árabes de cortesía suelen emplear con frecuencia esa esmerada adulación. Seipolt era alguna especie de hombre de negocios. Ya estaba dispuesto a llamarle *pashá* (título obsoleto empleado en la ciudad para congraciarse) y excelencia (como si fuera una especie de embajador). El viejo y curtido árabe comprendió perfectamente lo que yo hacía. Se dirigió al alemán y le tradujo la conversación.

El alemán pareció menos complacido aún, y respondió con una simple y lacónica frase.

—Reinhardt, el portero —me dijo el árabe—, desea oír la pregunta.

Sonreí ante los duros ojos de Reinhardt.

—Busco a mi hermana, a Nikki.

El árabe se encogió de hombros y transmitió la pregunta. Reinhardt pestañeó e inició un gesto, pero se arrepintió. Le dijo algo al viejo *fellah.*

—Aquí no hay nadie con ese nombre —me tradujo el árabe—. No hay ninguna mujer en esta casa.

—Estoy seguro de que mi hermana se encuentra aquí. Es cuestión del honor de mi familia.

Sonó como una amenaza. Los ojos del árabe se abrieron.

Reinhardt dudó. No sabía si darme con la puerta en las narices o subir la escalera para transmitir el problema. Supuse que era un cobarde, y estaba en lo cierto. No quiso asumir la responsabilidad de la decisión, de modo que convino en trasladarme a algún lugar de la fresca y lujosa villa. Me alegró el poder escapar del ardiente sol. El viejo árabe desapareció, regresó a sus obligaciones. Reinhardt no se dignó mirarme ni dirigirme la palabra. Se internó en la casa y yo le seguí. Llegamos hasta otra pesada puerta de madera oscura con finas vetas. Reinhardt llamó. Respondió una voz ronca con la que Reinhardt habló. Hubo una corta pausa; luego, la voz ronca dio una orden. Reinhardt giró el picaporte, empujó la puerta un poco y entró. Le seguí con la necia expresión de campesino árabe en mi rostro. Junté las manos suplicante e incliné la cabeza unas cuantas veces como buena medida.

—¿Es usted Su Excelencia? —pregunté en árabe.

Me encontraba frente a un hombre de toscas facciones, calvo, corpulento, de unos sesenta años, con un moddy y dos o tres daddies conectados en su cráneo, brillante de sudor. Se sentaba tras un desordenado escritorio. Sostenía el teléfono con una mano y con la otra una pistola automática de azulado acero. Me sonrió.

—Por favor, hágame el honor de acercarse —dijo en un árabe sin acento, probablemente era el idioma de su daddy el que hablaba por él.

Me incliné otra vez. Intentaba pensar, pero mi mente estaba como un papel en blanco. A veces, las pistolas automáticas me lo provocan.

—Excelencia —dije—, le pido perdón por las molestias.

—Al infierno con toda esa mierda de excelencia. Di por qué estás aquí. Sabes quién soy. Sabes que no tengo tiempo que perder.

Saqué la carta de Nikki de la bolsa que llevaba colgada del hombro y se la entregué. Supuse que se haría una rápida idea.

La leyó y colgó el teléfono, pero no dejó el arma.

—Entonces, ¿tú eres Marîd? —dijo, dejando de sonreír.

—Tengo ese privilegio.

—No te hagas el listo conmigo. Siéntate en esa silla —ordenó Seipolt, indicándomela con la pistola—. He oído una o dos cosas acerca de ti.

—¿De Nikki?

Seipolt negó con la cabeza.

—Aquí y allí en la ciudad. Ya sabes cómo les gusta comentar a los árabes.

Sonreí.

—No sabía que tuviera esa reputación.

—No hay por qué alterarse, chico. ¿Qué te hace pensar que Nikki. quienquiera que sea, se encuentra aquí? ¿Esa carta?

—Esta casa parece un buen lugar para empezar a buscar. Si no se halla aquí, ¿por qué su nombre ocupa un lugar tan destacado en sus planes?

Seipolt parecía realmente desconcertado.

—No tengo ni idea, ésa es la verdad. Nunca había oído hablar de tu Nikki y no siento ningún interés en ella. Como mi personal te confirmará, hace años que no siento interés por ninguna mujer.

—Nikki no es cualquier mujer. Es una mujer en apariencia, reconstruida sobre un chasis de hombre. Quizá eso es lo que ha despertado su interés todos estos años.

En el semblante de Seipolt creció la impaciencia.

—Deja de molestarme, Audran. Yo ya no tengo el aparato para interesarme sexualmente por nadie ni por nada. Ya no siento el deseo de satisfacer ese requisito. He descubierto que prefiero los negocios. *Versteh?*

Asentí.

—Imagino que no me permitirá inspeccionar su adorable casa. No le molestaré mientras trabaja. No se preocupe por mí, estaré tan quieto como un jerbo.

—No, los árabes roban.

Su sonrisa creció lentamente hasta convertirse en algo maligno. No me altero con facilidad, así que me limité a ignorarle. —¿Sería tan amable de devolverme la carta? —pregunté. Seipolt se encogió de hombros. Me acerqué a su mesa, recogí la nota de Nikki y la metí en mi bolsa.

—¿Importación-exportación? —pregunté. Seipolt se sorprendió.

—Sí —dijo, bajando la vista hasta un montón de tarjetas de embarque.

—¿Algo en particular, o los excedentes acostumbrados?

—¿Qué demonios te importa lo que yo…?

Esperé a que pronunciara la mitad de su colérica respuesta para golpearle rápidamente en el brazo derecho con mi zurda, apartando el orificio del arma, y en su rollizo y blanco rostro con mi derecha. Le aferré su muñeca derecha con fuerza. Luchamos en silencio durante unos instantes. Estaba sentado y yo sobre él, forcejeábamos, con el ímpetu y la sorpresa de mi lado. Le retorcí la muñeca, forzando los pequeños huesos de su antebrazo. Lanzó un gemido y soltó el arma sobre el escritorio; con un movimiento de mi derecha, hice que la pistola se deslizara por toda la habitación. No intentó recuperarla.

—Tengo otras armas —dijo con serenidad—; y alarmas para avisar a Reinhardt y a los demás.

—No lo dudo —repuse, pero no relajé mi fuerza sobre su muñeca.

Noté que mi vena sádica empezaba a disfrutar con todo aquello.

—Háblame de Nikki.

—Nunca ha estado aquí, no sé una maldita cosa de ella —insistió Seipolt. Empezaba a sufrir—. Puedes apuntarme con el arma, luchar y forcejear conmigo por la habitación, pelear con mis hombres, inspeccionar la casa. ¡Maldición, no sé quién es tu Nikki! Si no me crees ahora, no hay una maldita cosa en el mundo que pueda decir para hacerte cambiar de opinión. Ahora, déjame ver lo listo que eres.

—Al menos cuatro personas recibieron la misma carta —dije, pensando en voz alta—. Dos de ellas han muerto. Quizá la policía pueda hallar alguna pista aquí, aunque yo no pueda.

—Suelta mi muñeca.

Su voz sonó glacial y autoritaria. Le solté. No tenía mucho sentido continuar sujetándosela.

—Ve y llama a la policía. Que busquen. Que ellos te convenzan. Cuando se vayan, haré que te arrepientas de haber puesto los pies en mi propiedad. Y si no sales de mi oficina ahora mismo, idiota incivilizado, no tendrás otra oportunidad. *Versteh?*

«Idiota incivilizado» era un insulto popular en el Budayén que no es fácil de traducir. Dudaba que el vocabulario del daddy de Seipolt lo incluyese. Me divertía que hubiera aprendido el idioma en los años que había pasado entre nosotros.

Eché un rápido vistazo a su automática, que descansaba sobre la alfombra a unos metros de mí. Me hubiera gustado llevármela, pero hubiera sido un acto de mala educación. Aunque tampoco iba a dársela a Seipolt. Que Reinhardt la recogiese.

—Gracias por todo —dije, con una sonrisa amistosa. Después cambié mi expresión por la del muy respetuoso y necio árabe —. Estoy en deuda con usted, excelencia. ¡Que pase un buen día! ¡Que mañana se despierte con buena salud!

Seipolt me lanzó una mirada de odio. Me volví hacia él, no por desconfianza, sino para exagerar la cortesía árabe con la que me burlaba. Atravesé la puerta del despacho y la cerré con cuidado. Me di de bruces con Reinhardt. Sonreí e hice una reverencia, él me mostró la salida. Me detuve ante la puerta principal para admirar unas estanterías repletas de diversas y raras obras de arte: piezas precolombinas, cristal de Tiffany, cristal Lauque, iconos religiosos rusos, fragmentos de esculturas egipcias y griegas. Entre la mezcolanza de períodos y estilos había un anillo, oscuro y poco llamativo, un simple aro de plata y lapislázuli. Había visto ese anillo antes, en uno de los dedos de Nikki, mientras ésta jugueteaba sin cesar dando vueltas a los rizos de su cabello. Reinhardt me vigilaba de cerca. Yo hubiera querido coger el anillo, pero no me fue posible.

En la puerta me volví para ofrecer algunas muestras de gratitud árabe a Reinhardt, pero no tuve oportunidad. Esa vez, con gran placer por su parte, el rubio bastardo ario cerró la puerta, casi me rompe la

nariz. Volví por el camino de gravilla, perdido en mis pensamientos. Me metí en el taxi de Bill.

—A casa —dije.

—Huh —gruñó Bill—. Juega duro, haz daño. Decirlo es fácil para él, maldito hijo de puta. Y he aquí la mejor línea defensiva de la historia en espera de que mueva mi rosado culo, en espera de que me corten la cabeza y me la entreguen. «Sacrificio. » Espero que griten un lindo pase y me dejen descansar, pero no, hoy no. El defensa era un demonio, de ser humano tenía sólo la apariencia. Le había calado. Cuando la tocaba, la pelota estaba siempre tan caliente como el carbón. Me hubiera gustado que algo hubiese sucedido, incluso al revés. Diablos de fuego. Un poco de azufre ardiendo y humo, y el arbitro no puede verles cuando te agarran el protector facial. Trucos de demonios. Los demonios quieren que sepas cómo será cuando estés muerto, cuando puedan hacerte todo lo que deseen. Les gusta jugar así con tu mente. Demonios. Siguieron gritando jugadas del placador toda la tarde. Caliente como el infierno.

—Vámonos a casa, Bill —dije con un tono más fuerte.

Se volvió para mirarme.

—Para ti es fácil decirlo —murmuró.

Puso su viejo taxi en marcha y lo condujo de vuelta por el camino de Seipolt.

Llamé al teniente Okking en el trayecto de regreso al Budayén. Le hablé sobre Seipolt y la nota de Nikki. No pareció muy interesado.

—Seipolt es un cualquiera —dijo Okking—. Sólo un rico don nadie de la Nueva Alemania reunificada.

—Nikki estaba asustada, Okking.

—Es probable que os mintiera en esas cartas. Por alguna razón, mintió acerca de su lugar de destino. No le salió como esperaba y trató de comunicarse contigo. El que se fue con ella no dejó que terminara.

Casi podía verle encogerse de hombros.

—Ella no actuó con inteligencia, Marîd. Tal vez ella resultase perjudicada, pero Seipolt no fue.

—Seipolt puede ser un don nadie —repuse con amargura—, pero miente muy bien bajo presión. ¿Tienes algo sobre el asesinato de Devi? ¿Está relacionado con el de Tamiko?

—Es probable que no guarden relación alguna, amigo, por mucho que tú y tus criminales colegas os empeñéis. Las «Viudas Negras» son el tipo de personas que piden que las maten, así de fácil. Lo buscan y lo consiguen. Es sólo una coincidencia que a dos de ellas se las pulieran en tan breve lapso de tiempo.

—¿Qué pistas encontraste en el de Devi? Hubo un breve silencio.

—Qué demonios, Audran, ¿de repente tengo un nuevo

compañero? ¿Quién cojones te crees que eres? ¿Quieres parar de interrogarme? Como si no supieras que no puedo hablar de asuntos de la policía contigo, aunque quisiera, lo cual no es cierto ni por un segundo. Déjame en paz, Marîd, me das mala suerte.

Y cortó la comunicación.

Guardé el teléfono en mi bolsa y cerré los ojos. Fue un largo, polvoriento y caluroso viaje de regreso al Budayén. Hubiera resultado tranquilo, de no ser por el constante monólogo de Bill, y cómodo, de no ser por el agonizante taxi de Bill. Pensé en Seipolt y en Reinhardt. en Nikki y en las «hermanas», en el asesino de Devi, y en el demente torturador de Tamiko, quienesquiera que fuesen. Nada tenía sentido alguno para mí.

Okking me había dicho esa verdad: parecía no tener sentido porque no lo tenía. No puedes encontrar un móvil en un asesinato sin móviles. Me acababa de dar cuenta de la violencia fortuita en la que había vivido durante años, en la que había participado e ignorado, creyéndome inmune a ella. Mi mente trataba de apresar los acontecimientos inconexos de los últimos días e integrarlos en un modelo, como se crean guerreros y animales míticos a partir de las estrellas dispersas en el cielo de la noche. Sin sentido, sin móvil, pero la mente humana busca explicaciones. Pide orden y sólo algo como el RPM o la soneína puede aplacar ese clamor o, al menos, distraer la mente en otra cosa.

Me pareció una gran idea. Saqué mi caja de píldoras y me tragué cuatro soneínas. No me molesté en ofrecer ninguna a Bill, él había pagado por adelantado y, de cualquier modo, tenía su propia proyección privada.

Hice que Bill me dejara en la puerta Este del Budayén. La tarifa era treinta kiam, le di cuarenta. Observó el dinero durante un buen rato hasta que se lo quité de las manos y se lo guardé en el bolsillo de su camisa. Me miró como si nunca me hubiera visto.

—Para ti es fácil decirlo —murmuró.

Necesitaba saber unas cuantas cosas, así que fui directamente a la tienda de moddies de la calle Cuatro. Estaba regentada por una nerviosa anciana que había sido objeto de uno de los primeros trabajos en el cerebro. Creo que los cirujanos olvidaron parte de lo que pretendían hacer, de otro modo Laila no te provocaría el deseo de huir lo antes posible cuando te hallabas en su presencia. Laila no podía hablar sin gimotear. Encorvaba la cabeza, y te miraba como si fuera una especie de molusco de jardín y estuvieras a punto de pisarla. A veces te planteabas hacerlo, pero era demasiado rápida. Tenía un largo y despeinado cabello gris, pobladas cejas grises, ojos amarillos, labios caídos y mandíbulas despobladas, piel negra, pelada y escamosa, y los mismos dedos curvos y engarfiados de una bruja.

Siempre tenía un moddy u otro conectado todo el día, pero su propia personalidad —y no era nada agradable— se traslucía a través de él como si el moddy no excitase las células adecuadas, o no las suficientes, o lo hiciera con demasiada energía. Laila tenía retazos de Janis Joplin, de la marquesa Josephine Rose Kennedy con el gimoteo nasal de Laila; pero se trataba de su tienda y su mercancía y si no querías soportarla, tenías que largarte a otro sitio.

Me dirigí a Laila porque, aunque yo no estaba preparado para conectarme moddies, ella me «prestaría» cualquier moddy o daddy que tuviera en surtido, conectándoselo ella misma. Cuando necesitaba realizar una pequeña investigación, acudía a Laila y esperaba que no distorsionase lo que yo había aprendido de un modo letal.

Esa tarde era ella misma, sólo llevaba conectados un potenciador de librero y otro de manejo de inventarios. Otra vez era esa época del año. Cómo vuelan los meses cuando tomas muchas drogas.

—Laila —dije.

Se parecía tanto a la vieja bruja de *Blancanieves* que no podían menos que decírselo. Laila era una persona con la que resultaba imposible charlar poco, no importaba lo que quisieras de ella.

Levantó la vista mientras sus labios murmuraban números, cifras, rebajas y ganancias. Asintió.

—¿Qué sabes de *James Bond?*

Apagó su micrograbadora y la apartó. Me miró unos segundos, abriendo mucho los ojos y luego entornándolos.

—Marîd —dijo.

Se las arregló para pronunciar mi nombre.

—¿Qué sabes de *James Bond?* —Vídeos, libros, fantasías de poder del siglo veinte. Espías, ese tipo de acción. Resultaba irresistible para las mujeres. ¿Quieres ser irresistible? —me susurró de modo sugestivo.

—Lo intento por mi cuenta, gracias. Sólo quiero saber si alguien te ha comprado un moddy *de James Bond* últimamente.

—No, estoy segura. Hace tiempo que no tengo ninguno en catálogo. *James Bond* es. en cierto modo, una historia antigua, Marîd. La gente busca rollos nuevos. Los rollos de espías son demasiado pintorescos, por decirlo de alguna manera.

Cuando cesó de hablar, sus labios formaban números, mientras sus daddies continuaban hablando a su cerebro.

Conocía a *James Bond* porque había leído libros… , reales, libros físicos hechos de papel. Había leído algunos, como mínimo cuatro o cinco. *Bond* era un mito euroamericano como *Jarían* o *Johnny Carson.* Habría querido que Laila tuviera un moddy de *James Bond.* Me habría ayudado a comprender lo que el asesino de Devi pensaba. Sacudí la cabeza , algo volvía a rondar por mi mente…

Le di la espalda a Laila y salí de la tienda. En la acera, miré el

anuncio holográfico del escaparate. Era Dulce Pilar. Parecía medir dos metros y medio, y estaba completamente desnuda. Cuando se es Dulce Pilar, sólo se puede ir desnuda. Recorrió su excitante cuerpo con sus lascivas manos. Se sacudió el cabello claro de los ojos y me observó. Deslizó la rosada punta de su lengua por sus labios artificialmente llenos y brillantes. Me quedé de pie mirando el holoporno, fascinado. Para eso era, y lo hacía muy bien. En el límite de mi consciencia me di cuenta de que varios hombres y mujeres se habían detenido a mirarla también. Entonces, Dulce habló. Su voz, pensada electrónicamente para producir escalofríos de deseo en mi cuerpo devorado por la lujuria, me recordaba deseos adolescentes en los que hacía años que no pensaba. Tenía la boca seca, mi corazón latía acelerado.

El holograma vendía el nuevo moddy de Dulce, el que Chiri ya tenía. Y si le comprase uno a Yasmin…

—Mi moddy descansa sobre el océano —dijo Dulce en una voz suave y susurrante, mientras sus manos se deslizaban despacio por las copiosas laderas de sus perfectos senos…

—Mi moddy descansa sobre el mar. —Se retorcía los pezones con las manos, que luego se abrieron paso por la deliciosa parte inferior de esos senos y continuaron hacia abajo… —. Ahora, alguien está jodiendo con mi moddy —confesó mientras tocaba ligeramente su vientre liso con sus fogosas uñas, todavía investigando, todavía buscando…

—¡Ahora sabe lo que es joderme!

Entornó los ojos en éxtasis. Su voz se convirtió en un prolongado gemido, en una súplica de la continuación del placer. Me suplicaba, mientras sus manos se deslizaban por fin fuera de la vista entre sus bronceados muslos.

Mientras el holograma se desvanecía la voz de otra mujer explicaba los detalles de fabricación y el precio.

—¿No ha probado usted ayudas modulares matrimoniales? ¿Todavía utiliza el holoporno? Mire, si usar un preservativo es como besar a su hermana, ¡el holoporno es como besar una foto de su hermana! ¿Por qué mirar un holoporno de Dulce Pilar si con su nuevo moddy puede joderla furiosamente una y otra vez, siempre que quiera? ¡Vamos! ¡Regale a su amiga o amigo el nuevo moddy de Dulce Pilar! Las ayudas modulares matrimoniales se venden sólo como artículos de novedad!

La voz se extinguió y me permitió recuperar el control de mi mente. Los otros espectadores, también liberados, se dirigieron a sus asuntos con algo de desasosiego. Me dirigí hacia la «Calle», pensando, primero, en Dulce Pilar; después, en el moddy que le daría a Yasmin como regalo de aniversario (lo más pronto posible, como aniversario de lo que fuera. ¡Demonios, no me importaba!) y, por último, en la

exasperante idea que me molestaba. Me había asaltado después de hablar con Okking del disparo en el cabaret de Chiriga, y otra vez en ese momento.

Alguien que sólo pretendiera divertirse un poco asesinando no emplearía un moddy de *James Bond.* No, un moddy de *James Bond* es demasiado particular y demasiado improductivo. *James Bond* no obtenía placer matando a la gente. Si algún psicótico quería utilizar un módulo de personalidad para matar con más satisfacción, hubiera elegido entre el de una docena de malhechores. También había moddies clandestinos. que no estaban a la venta en las tiendas de moddies respetables. Por un buen puñado de kiam podías conseguir el moddy de Jack «el Destripador». Existían moddies de personajes de ficción y de personajes reales, grabados directamente de sus cerebros o reconstruidos por inteligentes programadores. Me ponía enfermo pensar en los perversos que querían moddies ilegales y la industria del mercado negro que les surtían de módulos de Charles Manson, Nosferatu o Heinrich Himmler.

Estaba seguro de que quien empleó el módulo de *James Bond* lo había hecho por un motivo diferente, con la seguridad de que no le proporcionaría mucho placer. Porque el falso *James Bond* no buscaba eso. No tenía la excitación como meta, sino la ejecución.

La muerte de Devi —y, por supuesto, la del ruso— no era obra de un loco navajero de las heces de la sociedad. Los dos crímenes habían sido asesinatos. Asesinatos políticos.

Okking no escucharía nada de eso sin una prueba. Yo no tenía ninguna. Ni siquiera estaba seguro de lo que significaba. ¿Qué conexión había entre Bogatyrev. un pequeño funcionario de una delegación de un reino débil e indigente de Europa del Este, y Devi, una de las «Viudas Negras»? Sus mundos no tenían en común nada en absoluto.

Necesitaba más información; pero no sabía de dónde obtenerla. Me encontré andando con resolución hacia ninguna parte. Me preguntaba adonde ir. Al apartamento de Devi, por supuesto. Los hombres de Okking estarían peinándolo todavía en busca de pistas. Habría barreras y un cordón que advertiría ESCENA DEL CRIMEN. Habría…

Nada. Ni barreras, ni cordón, ni policía. Una luz en la ventana. Me dirigí hacia las persianas verdes que se empleaban para cubrir la puerta. Estaban abiertas de modo que la habitación principal de Devi era claramente visible desde la acera. Un árabe de mediana edad estaba arrodillado, pintando una pared. Nos saludamos, me preguntó si deseaba alquilarlo. Estaría arreglado en dos días. Eso fue todo lo que se conmemoró a Devi. Ése fue todo el esfuerzo que Okking había hecho para encontrar a su asesino. Devi, igual que Tami, no mereció

mucho tiempo de las autoridades. No habían sido buenas ciudadanas; no se habían ganado el derecho a la justicia.

Paseé la mirada de un lado a otro de la manzana. Todos los edificios de la acera de Devi eran iguales: casas bajas, encaladas, de tejado plano, con persianas verdes que cubrían puertas y ventanas. No vi sitio alguno donde *James Bond* hubiera podido esconderse para abordar a Devi. Sólo pudo hacerlo dentro del mismo apartamento y esperar a que ella regresara de trabajar, o aguardar en algún lugar cercano. Crucé la vieja calle empedrada. En la acera de enfrente algunas casas tenían porches bajos con barandillas de hierro. Me senté justo enfrente de la casa de Devi, en el peldaño más alto, y miré a mi alrededor. En el suelo, junto a mí, a la derecha de la escalera, vi unas cuantas colillas de cigarrillos. Alguien se había sentado en ese porche, fumando. Quizá la persona que vivía en esa casa, o quizá no. Me agaché y observé las colillas. En el filtro tenían tres bandas doradas.

En las novelas, *James Bond* fumaba cigarrillos hechos especialmente para él, de una mezcla de tabacos que se diferenciaba de las demás por las tres bandas doradas. El asesino se tomó el trabajo en serio. Empleó una pistola de pequeño calibre, tal vez una Walter PPK, igual que *James Bond.* Éste guardaba sus cigarrillos en una pitillera de acero con capacidad para cincuenta. Me preguntaba si también el asesino tendría una.

Guardé las colillas en mi bolsa. Okking quería una prueba, ya la tenía. Eso no significaba que él estuviera de acuerdo. Levanté la vista al cielo. Se hacía tarde, y esta noche no habría luna. El fino gajo de la luna nueva aparecería al día siguiente por la noche, portando consigo el inicio del mes santo del Ramadán.

El frenético Budayén se volvería más histérico aún cuando la noche siguiente cayera. Todo estaría mortalmente tranquilo durante el día. Mortalmente tranquilo. Esbocé una tímida sonrisa mientras me encaminaba hacia el bar de Frenchy Benoit. Ya había visto bastante muerte, la idea de paz y tranquilidad me pareció muy tentadora.

¡Qué loco estaba!

7

Bismillah ar-Rahman ar-Raheem. En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

En el mes del Ramadán, en el que fue revelado el Corán, una guía para la humanidad, pruebas claras de orientación y el criterio sobre el bien y el mal. Que quien esté presente ayune este mes, y que quien esté enfermo, o de viaje, ayune el mismo número de días. Alá deseó el reposo para vosotros. No deseó ninguna severidad y deseó que completaseis el período y que venerarais a Alá por haberos guiado y, si pudiera ser, que fueseis agradecidos.

Éste es el versículo ciento ochenta y uno de la azora Al-Baqarah, la Vaca, la segunda azora del noble Corán. El mensajero de Dios, que la bendición de Alá y la paz esté con él, dio las directrices para la observancia del mes santo del Ramadán, el noveno mes lunar del calendario musulmán. Esta observancia es considerada como uno de los cinco pilares del Islam. Durante este mes, los musulmanes tienen prohibido comer, beber y fumar desde que el sol sale hasta que se pone. La policía y los líderes religiosos velan para que quienes, como yo, son negligentes, en el mejor de los casos, con sus deberes espirituales, los cumplan. Los cabarets y los bares permanecen cerrados durante el día, y también los cafés y los restaurantes. Está prohibido tomar más de un vaso de agua, incluso después de una polvareda. Cuando la noche cae y es propicio servir la comida, los musulmanes de la ciudad se divierten. Incluso los que evitan el Budayén el resto del año, vienen y se relajan en un café.

En el mundo musulmán, durante este mes, la noche reemplaza al día por completo, de no ser por las cinco llamadas diarias a la oración. Éstas deben ser atendidas como es habitual, de modo que los musulmanes respetuosos se levantan al alba y rezan, pero no quebrantan su ayuno. Por la tarde, el patrón les permite irse a casa unas horas para dormir, para recuperar el sueño que pierden al levantarse a horas tan tempranas de la mañana, para alimentarse y disfrutar de lo que no pueden durante el día.

En muchos aspectos, el Islam es una fe hermosa y elegante, pero es propio de las religiones premiar la adecuada atención al rito en lugar de la propia conveniencia. El Ramadán puede presentar muchos inconvenientes a los pecadores y granujas del Budayén.

No obstante, al mismo tiempo, hace que las cosas sean más sencillas. Simplemente, retraso mis planes algunas horas, y no me molesto en absoluto. Los cabarets alteran su horario del mismo modo.

Podría ser peor si yo tuviera otros asuntos que atender durante el día, por ejemplo, encararme a La Meca y rezar cada poco rato.

El primer miércoles del Ramadán, después de acostumbrarme al cambio de horario, me senté en un pequeño café llamado Café Solace, en la calle Doce. Era casi medianoche, y jugaba a las cartas con otros tres jóvenes, bebía café fuerte sin azúcar y comía pedacitos de *baqlawah.* Eso era precisamente lo que Yasmin envidiaba. Ella estaba en el club de Frenchy, meneando su lindo trasero y encandilando a los extranjeros para que la invitaran a cócteles de champán. Yo comía pastas dulces y jugaba. No veía nada malo en relajarme cuando podía, aun cuando a Yasmin todavía le quedasen diez largas y agotadoras horas. Parecía ser el orden natural de las cosas.

Los otros tres de mi mesa formaban una fauna variada. Mahmud era un transexual, más bajo que yo, pero más ancho desde los hombros hasta las caderas. Fue mujer hasta cinco o seis años antes, incluso trabajó un tiempo para Jo-Mama, y ahora vivía con una mujer de verdad que trajinaba en el mismo bar. Fue una coincidencia interesante.

Jacques era un marroquí cristiano, heterosexual, que se sentía y actuaba como si tuviera privilegios especiales porque era tres cuartos europeo, con lo que me llevaba todo un abuelo de ventaja. Nadie hacía mucho caso a Jacques y, cuando se planeaban celebraciones y fiestas, se enteraba demasiado tarde. Sin embargo, se le admitía en los juegos de cartas porque alguien tenía que perder, y bien podía ser un quisquilloso cristiano.

Saied, el «Medio-Hajj», era alto, bien formado, rico y homosexual. Jamás se le veía en compañía de una mujer, ya fuese auténtica, renovada o reconvertida. Le llamaban «Medio-Hajj» porque era tan cabeza de chorlito que no podía acabar un proyecto sin que, a medias de él, se distrajese con otros dos o tres. Hajj es el título que uno recibe cuando realiza el santo peregrinaje a La Meca, que es uno de los otros pilares del Islam. Saied había emprendido el viaje varios años atrás, recorrió ochocientos kilómetros y se volvió porque tenía una idea magnífica para hacer dinero, idea que había olvidado cuando llegó a casa. Saied era algo mayor que yo, con su bigote cuidadosamente recortado, del que se sentía muy orgulloso. No sé por qué. Yo nunca había pensado en un bigote como algo meritorio, a no ser que la vida te lo hubiera concedido, como a Mahmud. Es decir, como a las mujeres. Todos mis compañeros tenían el cerebro lleno de alambres. Saied llevaba un moddy y dos daddies. El moddy era un módulo general de personalidad, no de una persona en particular, sino de una clase particular. Ese día actuaba con firmeza, en silencio y tenía mala suerte, ni siquiera los potenciadores podían echarle una mano jugando a cartas. Él y Jacques nos estaban haciendo más ricos aún a mí y a

Mahmud.

Esos tres patanes eran mis mejores amigos. Pasábamos muchas tardes juntos (o anocheceres, durante el Ramadán). Yo contaba con dos fuentes principales de información en el Budayén: ellos tres y las chicas de los clubs. La información que obtenía de una persona, a menudo, contradecía la versión que otra me ofrecía, así que hacía tiempo que me había acostumbrado a oír tantas historias como pudiese para luego cotejarlas todas. En alguna de ellas estaba la verdad, el problema era encontrarla.

Yo había ganado la mayor parte del dinero de la mesa, y Mahmud el resto. Jacques estaba a punto de arrojar sus cartas y abandonar el juego. Yo quería comer algo más y «Medio-Hajj», también. Los cuatro nos hallábamos a punto de salir del Solace y buscar un sitio para comer, cuando Fuad llegó corriendo. Era el flacucho y patilargo hijo de camello llamado (entre otras cosas) Fuad al-Manhus, o Fuad, el desafortunado crónico. Supe que no comería nada durante un buen rato. La mirada de al-Manhus me decía que estaba a punto de comenzar una pequeña aventura.

—Alabado sea Alá por haberos encontrado aquí —dijo, lanzándonos rápidas miradas.

—Que Alá te acompañe, hermano —repuso Jacques con acritud —. Creo haberle visto siguiendo ese camino, hacia la puerta Norte.

Fuad le ignoró.

—Necesito ayuda —dijo.

Parecía más desesperado de lo normal. De vez en cuando tenía pequeñas aventuras, pero esa vez parecía preocupado de verdad.

—¿Qué pasa, Fuad? —pregunté. Me miró agradecido, como un niño.

—Una negra puta me ha birlado treinta kiam —dijo, escupiendo en el suelo.

Miré a «Medio-Hajj», que pedía fuerzas al cielo. Observé a Mahmud. que se reía. Jacques parecía exasperado.

—Las putas te la juegan con bastante regularidad, ¿no, Fuad? —preguntó Mahmud.

—Eso es lo que tú crees —respondió aquél en su defensa. —¿Qué ha sucedido esta vez? —preguntó Jacques—. ¿Dónde? ¿Alguien que conozcamos? —Una nueva.

Siempre es una nueva —murmuré. —Trabaja en el Red Light.

Pensé que tenías prohibido entrar allí —dijo Mahmud.

—Lo tenía —trataba de explicar Fuad —, todavía no puedo gastar mi dinero allí. Fátima no me deja, pero trabajo para ella como portero, por eso estoy todo el rato allí. Ya no vivo en la tienda de Hassan; me dejaba dormir en su almacén, pero Fátima me deja dormir debajo de la barra.

—No te da una copa en su establecimiento —dijo Jacques—, pero te deja sacar la basura.

—Y barrer y limpiar los espejos.

Mahmud asintió convencido.

—Siempre he dicho que Fátima tiene un gran corazón —dijo—. Todos lo habéis oído.

—Y ¿qué pasó? —pregunté.

Odio escuchar a Fuad darle vueltas y vueltas al mismo tema durante media hora.

—Fue en el Red Light —dijo—. Fátima me había dicho que entrase otro par de botellas de Johnny Walker y había ido a decirle a Nassir que me diera las botellas para llevárselas a Fátima y que las pusiera debajo de la barra. Luego le pregunté: «¿Qué quieres que haga ahora?», y ella me dijo: «¿Por qué no te vas a beber lejía?», y yo le dije: «Me voy a sentar un rato», y ella me dijo: «Muy bien, siéntate en la barra y mira un rato», y la chica vino y se sentó junto a mí…

—Una negra —dijo Saied «Medio Hajj».

—¡Aja!

«Medio Hajj» me miró.

—Tengo una sensibilidad especial para estos casos —comentó entonces.

Yo me reí.

Fuad continuó:

—¡Aja! Esa negra era bonita de verdad. Nunca la había visto; me contó que había empezado a trabajar para Fátima esa noche; yo le dije que era un bar un poco bullicioso y que, a veces, hay que vigilar por la gente que va, y me contestó que me estaba muy agradecida por el consejo, y que la gente de la ciudad es muy fría y no se preocupa por nadie más que por ellos mismos, y que estaba bien encontrarse un tipo tan agradable como yo. Me dio un beso en la mejilla y me dejó que le pasara el brazo a su alrededor, y entonces empezó…

—A meterte mano —le interrumpió Jacques.

Fuad se ruborizó, furioso.

—Quería saber si le invitaba a una copa pero le dije que sólo tenía dinero para mi manutención de las dos semanas próximas. Me preguntó cuánto tenía, pero yo no estaba seguro. Dijo que apostaba a que tenía bastante dinero para invitarla a una copa. «Mira —contesté —, si tengo más de treinta, te invito; si tengo menos, no puedo. » Ella respondió que le parecía bien. Saqué mi dinero y ¿sabéis qué? Tenía treinta exactos, y no habíamos comentado nada de si tenía exactamente treinta. Ella me dijo que estaba bien, que no la invitase. Pensé que era muy gentil por su parte. Y siguió besándome y abrazándome y tocándome, y pensé que en verdad yo le gustaba mucho. Y ¿sabéis qué?

—Te sacó el dinero —exclamó Mahmud—. Quería que lo contases sólo para ver dónde lo guardabas.

—No me di cuenta hasta más tarde, cuando quise comer algo. Se lo había quedado todo, como si lo hubiera cogido de mi bolsillo.

—Ya te la han jugado antes —dije—. Sabías lo que iba a hacer. Creo que eso te gusta, que lo buscas.

—Eso no es cierto —replicó Fuad, obstinado—. De verdad, pensé que yo le gustaba mucho y a mí ella, y pensé que podría pedirle que saliéramos cuando acabase de trabajar. Entonces me di cuenta de que mi dinero había volado y supe que había sido ella. Sé cuánto suman dos y dos, no soy tan estúpido.

Todos asentimos sin pronunciar palabra.

—Se lo dije a Fátima pero ella no hizo nada, de modo que fui a Joie (así es como se hace llamar, aunque ella me dijo que ése no era su verdadero nombre), y se puso como una loca, diciendo que no había robado nada en su vida. Yo sabía que lo había hecho, y ella se enfureció más y más. Entonces sacó una navaja de su bolso, y Fátima le ordenó que la guardase, que yo no merecía la pena; pero Joie estaba como loca y se me acercó con la navaja; en ese momento salí de allí y os busqué por todas partes.

Jacques cerró los ojos, fatigado, y se los frotó.

—¿Quieres que recuperemos tus treinta kiam? ¿Por qué demonios íbamos a hacerlo? Eres un imbécil. ¿Nos pides que busquemos a una furcia loca, que esgrime una navaja, sólo porque tú no puedes atender tus propios asuntos?

—No trates de razonar con él, Jacques, es como hablarle a una pared —comentó Mahmud.

La frase original en árabe dice: «Tú hablas hacia el este, él responde hacia el oeste», lo cual es una descripción muy adecuada de lo que sucedía con Fuad al-Manhus.

«Medio-Hajj» llevaba el moddy que le convertía en un hombre de acción, así que se retorció el bigote y ofreció una ruda sonrisa a Fuad.

—Vamos — dijo —, enséñame a esa Joie.

—Gracias —exclamó el flaco Fuad, mientras hacía reverencias alrededor de Saied—, muchas gracias. No tengo ni un maldito fíq, se ha quedado con todo el dinero que había ahorrado para las próximas…

—Ahórrate las palabras —dijo Jacques.

Nos levantamos y seguimos a Saied y Fuad hasta el Red Light. Sacudí la cabeza. No quería verme mezclado en eso, pero debía seguir. Odio comer solo, así que me dije: «Ten paciencia; después, todos iremos al Café de la Feé Blanche a comer. Todos menos este maldito». Mientras tanto, tragué dos trifets, sólo para que me dieran suerte.

El Red Light era un tugurio peligroso; cuando entrabas allí, ya

sabías a lo que te exponías, de modo que o te enrollabas o te la jugaban; era difícil hallar a alguien que te brindase un poco de simpatía. En primer lugar, la policía pensaba que eras un loco por entrar y se reían en tus narices si les ibas con alguna queja. A Fátima y a Nassir sólo les importaba lo que podían obtener de cada botella de licor que vendían y cuántos cócteles de champán se sacaban sus chicas, y no se molestaban en seguir la pista a lo que ellas hacían por su cuenta. Practicaban la libre empresa, en su forma más pura y manifiesta.

Yo me mostraba reacio a poner el pie en el Red Light debido a que no quería encontrarme ni con Fátima ni con Nassir, por eso fui el último de nuestro pequeño grupo en sentarme. Lo hicimos en una mesa, lejos de la barra. Estaba tan oscuro como el local de Chiri. Había un olor fuerte y agrio a cerveza derramada. Una chica de rostro enjuto bailaba en el escenario. Tenía un cuerpo pequeño y hermoso, hasta que te fijabas en lo que había sobre su cuello. Lo que hacía en escena estaba pensado para que apartases la atención de sus defectos y la dirigieras hacia lo que ella vendía. Recordé su nombre, Fanya. La llamaban Fanya «espectáculo de suelo», porque su idea del baile era más horizontal que vertical, como era lo normal.

La noche era todavía joven, así que pedimos cervezas, pero el viril Saied «Medio-Hajj», haciendo caso de su moddy de macho, pidió un Wild Turkey para acompañar su cerveza. Nadie le preguntó al desnutrido Fuad si quería tomar algo.

—Es aquella de allí —dijo en un susurro, y nos señaló a una chica bajita y fea que trabajaba vestida con un traje de negocios a la europea.

—No es una chica, Fuad, es un travesti —le informó Mahmud.

—¿Crees que no sé diferenciar entre un hombre y una mujer? —respondió Fuad acalorado.

Nadie quiso emitir su opinión. Por lo que a mí respecta, estaba demasiado oscuro para asegurar nada. Lo sabría más tarde, cuando la viera mejor.

Saied ni siquiera esperó su bebida. Se levantó y trató de acercarse a Joie. Ya sabéis: «Nada puede alterarme porque, en lo más hondo, soy Atila el Huno y vosotros, maricas, es mejor que vigiléis vuestro culo». Entabló conversación con Joie. Yo no oía ni una palabra, y tampoco me interesaba. Fuad siguió a «Medio-Hajj» como una ovejita, cacareaba con su voz chillona, con enérgicos gestos de asentimiento a Saied y furiosas negativas a la nueva puta.

—No sé nada de los treinta kiam de éste, tronco —dijo ella.

—Ella los cogió, mira su bolso —chilló el desafortunado.

—Tengo más que eso, hijo de puta —gritó Joie —. ¿Cómo vas a probar que son tuyos?

Los ánimos se caldeaban. «Medio-Hajj» tuvo el buen sentido de enviar a Fuad a nuestra mesa, pero Joie siguió al larguirucho *fellah.* entre empujones e insultos. Fuad se hallaba al borde de las lágrimas. Saied intentó separar a Joie y ella se volvió hacia él.

—Cuando llegue mi gente, te van a dar por el culo —gritó ella.

«Medio-Hajj» le ofreció una de sus despreciativas y heroicas sonrisas.

—Lo veremos cuando lleguen —dijo con calma—. Mientras tanto, le devolveremos su dinero a mi amigo, y no quiero oír que vuelves a desplumarle, ni a él ni a ninguno de mis amigos, o recibirás tantos cortes en el rostro que tendrás que ligarte a los tíos con una bolsa en la cabeza.

En ese momento, mientras Saied sostenía a Joie por las muñecas y Fuad, de pie en e! otro lado, gritaba al oído, entró el macarra de Joie.

—Ya está armada —murmuré.

Joie le llamó y le contó lo que sucedía.

—¡Estos soplapollas intentan quedarse mi dinero! —gritó.

El macarra, un árabe tuerto llamado Tewfik, a quien todos llamaban Courvoisier Sonny, no necesitó oír ni una palabra de nadie. Abofeteó a Fuad casi sin mirarle. Agarró la muñeca derecha de Saied y le obligó a soltar a Joie. Luego golpeó en el hombro a «Medio-Hajj», que cayó hacia atrás, tambaleándose.

—Si molestas a mi chica puedes salir malparado, hermano —dijo con una voz falsamente suave.

Saied regresó a nuestra mesa.

—Es un travesti —dijo—. Un hombre con un vestido.

Él y Sonny estaban de pie un poco más arriba de donde me encontraba, y deseé que siguiesen sus negociaciones fuera. El altercado pareció no atraer la atención de Fátima ni de Nassir. Mientras tanto, Fanya había terminado su turno en escena y una transexual americana negra, alta y larguirucha, empezó a bailar.

—Tu horrible y ladrona puta sifilítica le ha quitado treinta kiam a mi amigo —dijo Saied con la misma voz fina que Sonny.

—¿Vas a dejar que me insulte, Sonny? —preguntó Joie—, ¿delante de todas estas putas?

—Alabado sea Alá —dijo Mahmud con tristeza—, se ha convertido en un asunto de honor. Era mucho más sencillo cuando se trataba de un simple latrocinio.

—No permito que nadie te insulte, nena —repuso Sonny, ahuecando un poco su fina voz, y dirigiéndose a Saied—: Cierra tu jodida boca.

—Oblígame —dijo Saied, sonriendo.

Mahmud, Jacques y yo cogimos nuestras cervezas y nos levantamos un poco de nuestros asientos. Demasiado tarde. Sonny

tenía un cuchillo en el cinto de su *galabiyya* y lo buscó. Saied fue más rápido en sacar el suyo. Oí el grito de Joie para avisar a Sonny. Vi los ojos de éste cerrarse mientras caía de espaldas. Saied golpeó la mandíbula de Sonny con el puño izquierdo, pero éste se amagó. Saied avanzó un paso, bloqueó el brazo derecho de Sonny, se inclinó un poco y le clavó el cuchillo en el costado.

Oí a Sonny emitir un débil sonido, un tranquilo, gorjeante, gemido de sorpresa. La sangre brotó en todas direcciones, más sangre de la que parece posible que tenga una persona. Sonny se tambaleó, dio un paso a su izquierda; luego, dos hacia adelante y acabó por desplomarse sobre la mesa. Gruñó, se convulsionó, se revolvió unas cuantas veces y resbalo de la mesa al suelo. Todos le mirábamos. Joie no hizo ningún otro ruido. Saied no se había movido, todavía seguía en la misma postura que cuando su cuchillo había atravesado el corazón de Sonny. Se irguió despacio, dejó caer la mano que sostenía el cuchillo a lo largo del cuerpo. Respiraba pesada y sonoramente. Se dio la vuelta y cogió su cerveza, los ojos vidriosos y sin expresión. Estaba empapado en sangre. Tenía el cabello, el rostro, la ropa, las manos y los brazos cubiertos de la sangre de Sonny. Había sangre sobre la mesa; sobre nosotros. Yo estaba casi bañado en ella. Me costó un rato, pero entonces me di cuenta de toda la sangre que me manchaba y me horroricé. Me levanté e intenté quitarme del cuerpo la empapada camisa. Joie empezó a gritar sin parar, hasta que la abofeteé unas cuantas veces y se calló. Por último, Fátima hizo salir a Nassir de la trastienda y él llamó a la policía. El resto nos sentamos en otra mesa. La música cesó, las chicas se fueron a los vestuarios, los clientes se escabulleron del bar antes de que la policía llegase. Mahmud pidió a Fátima una jarra de cerveza para nosotros.

El sargento Hajjar se tomó su tiempo. Cuando por fin llegó, me sorprendió comprobar que había acudido solo.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando el cadáver de Sonny con la punta de su bota.

—Un tío muerto —respondió Jacques.

—Muertos, todos son iguales —fue el comentario de Hajjar. Se dio cuenta de que todo estaba salpicado de sangre—. Un tipo grande, ¿eh?

—Sonny —le informó Mahmud.

—Ah, ese cabrón.

—Murió por treinta asquerosos kiam —dijo Saied, moviendo su cabeza sin acabar de creerlo.

Hajjar paseó su mirada por el bar, pensativo, luego me miró directamente.

—Audran —dijo, ahogando un bostezo—, ven conmigo.

Se dio la vuelta para salir del bar.

—¿Yo? —grité—. ¡No tengo nada que ver con esto!

— ¿Con qué? —preguntó Hajjar, sorprendido.

—Con el navajazo.

—Al infierno el navajazo. Vas a venir conmigo.

Me metió en el coche patrulla. No le importaba nada ese asesinato. Si hubiese sido alguna puta de turista rica, la policía se hubiera roto los cuernos en busca de huellas dactilares, midiendo ángulos e interrogando veinte o treinta veces a todos. Pero si alguien rajaba a ese gorila tuerto o a Tami o a Devi, los policías se aburrían tanto como un buey en una colina. Hajjar no iba a interrogar a nadie ni a sacar fotos de nada. Esa vez no merecía la pena. Para los oficiales, Sonny había recibido su merecido. Según la filosofía de Chiriga: «Las resacas son unas cabronas». A la policía no le importaba si todo el Budayén se diezmaba, un degenerado sin importancia menos cada vez.

Hajjar me encerró en el asiento posterior, y se colocó al volante.

—¿Esto es un arresto? —pregunté.

—Cállate, Audran.

—¿Me estás arrestando, hijo de puta?

—No.

Eso me contuvo un poco.

—Entonces, ¿por qué me has sacado del bar? Ya te he dicho que no tengo nada que ver con el asesinato.

Hajjar me miró por encima del hombro.

— ¿Quieres olvidar a ese tipo de una vez? Esto no tiene nada que ver.

—¿Adonde me llevas?

Hajjar se volvió para mirarme, y me sonrió con sadismo.

—«Papa» quiere hablar contigo.

Sentí frío.

—¿«Papa»?

Había visto a Friedlander Bey alguna vez. Lo sabía todo de él; pero nunca había sido conducido a su presencia.

—Y por lo que he oído, Audran, está que echa chispas. Te iría mejor si yo te detuviera por asesinato.

—¿Chispas? ¿A mí? ¿Por qué?

Hajjar se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé. Sólo me han dicho que vaya a buscarte. Que te lo explique el propio «Papa».

En ese preciso instante de creciente temor y peligro, los trifets decidieron actuar y aceleraron los latidos de mi corazón todavía más. Había empezado siendo una bonita noche: con algún dinero, la idea de una buena cena y con Yasmin, que iba a pasar otra noche conmigo. Sin embargo, estaba en el asiento posterior de un patrullero de la policía, con la camisa y los téjanos empapados de la sangre de Sonny,

mientras el rostro y los brazos empezaban a picarme por la sangre que se coagulaba en ellos, y me dirigía a una cita con Friedlander Bey, el dueño de todo y de todos. Yo estaba seguro de que había algún tipo de razón, pero no podía imaginarme cuál. Siempre he tenido mucho cuidado con no herir los sentimientos de «Papa». Hajjar no me diría más. Se limitaba a sonreír como un lobo y a decir que no le gustaría estar en mi pellejo. Tampoco a mí, pero allí era donde había estado últimamente.

—Es la voluntad de Alá —murmuré, nervioso.

«Señor, me acerco a Ti. »

8

Friedlander Bey vivía en una casa grande, blanca, guarnecida de torres, a la que casi podría dársele el nombre de palacio. Era una gran finca en medio de la ciudad, a sólo dos manzanas del barrio cristiano. No creo que intramuros nadie tuviera una propiedad tan extensa. La casa de «Papa» hacía que la de Seipolt pareciera una tienda badawi. Pero el sargento no me llevaba a casa de «Papa», íbamos en dirección contraria. Se lo dije al bastardo de Hajjar.

—Déjame conducir —repuso con voz hosca.

Me llamó «el-Magreb». Magreb puede significar puesta de sol. pero también hace referencia a la vasta y vaga franja que se extiende desde el norte de África hacia el oeste, lugar de origen de los idiotas incivilizados, argelinos, marroquíes y otras criaturas semihumanas. Muchos de mis amigos me llaman «el-Magreb» o «magrebí» como apodo o como epíteto. Hajjar lo empleaba como un claro insulto.

—La casa está a tres kilómetros en dirección contraria —dije.

—¿Crees que no lo sé? Jesús, cómo me gustaría tenerte esposado a un poste durante quince minutos.

—Por la bondad de Alá, ¿a qué verdes tierras me llevas?

Hajjar no iba a responder a más preguntas, así que me rendí y vi pasar la ciudad ante mí. Viajar con Hajjar era muy parecido a hacerlo con Bill, no te enteras de mucho y no estás seguro de adonde vas o cómo llegarás.

El policía se metió en un camino particular asfaltado, por detrás de un motel de ladrillo, en los suburbios orientales de la ciudad. El edificio estaba pintado de verde claro y tenía un letrero escrito a mano que decía: MOTEL. NO HAY HABITACIONES. Pensé que un motel con un letrero permanente de NO HAY HABITACIONES era algo poco frecuente. Hajjar salió del coche y abrió la portezuela trasera. Salí y me desperecé, los trifets me habían acelerado. La combinación de drogas y mi nerviosismo, unidos al dolor de cabeza, al estómago revuelto y a la inquietud, estaban a punto de provocarme un colapso nervioso.

Seguí a Hajjar a la habitación diecinueve del motel. Golpeó una especie de contraseña en la puerta. Un corpulento árabe, parecido a un gran bloque de granito, abrió. No esperaba que fuese capaz de pensar ni de hablar y cuando lo hizo, me dejó atónito. Saludó con la cabeza a Hajjar, que no se dio cuenta. El sargento volvió a su coche. La «roca» me miró un momento, preguntándose, quizá, de dónde había salido. Entonces cayó en la cuenta de que debía haber llegado con Hajjar y que me esperaban en la maldita habitación del motel.

—Entra —dijo.

Su voz pareció la de un bloque de granito parlante.

Me encogí de hombros y fui tras él. Otros dos hombres se encontraban en la habitación, había otra «roca» en el rincón más alejado y Friedlander Bey, sentado a una mesa plegable, dispuesta entre la gran cama y el escritorio. Todos los muebles eran europeos.

«Papa» se levantó al verme llegar. Medía metro cincuenta y pico, pero pesaba casi doscientos kilos. Llevaba una sencilla camisa blanca de algodón, pantalones grises, tirantes y ninguna joya. Tenía algunos mechones de cabello gris justo detrás de su cabeza, y apacibles ojos pardos. Friedlander Bey no parecía el hombre más poderoso de la ciudad. Levantó la mano derecha hasta su rostro, apenas rozando su frente.

—*Paz* —dijo.

Toqué mi corazón y mis labios.

—La paz sea contigo.

No parecía muy contento de verme. Las formalidades me protegerían unos instantes y me darían tiempo para pensar. Necesitaba ingeniar un plan para sorprender a los dos «rocas» y escapar de esa habitación de motel. Me iba a resultar difícil.

«Papa» volvió a sentarse a la mesa.

—Que tus días sean prósperos —dijo, al tiempo que me indicaba una silla frente a él.

—Que tus días sean prósperos y dichosos —repliqué.

Tan pronto como tuviera ocasión, pediría un vaso de agua y me tomaría todos los paxium que llevaba encima. Me senté.

La mirada de sus ojos marrones buscó la mía y se quedó clavada en ella.

—¿Cómo estás de salud? —preguntó con voz de pocos amigos. —Alabado sea Alá —repuse, sintiendo crecer mi temor.

—Hacía mucho tiempo que no te veía —dijo Friedlander Bey —. Nos has dejado solos.

—Que Alá nunca permita que te sientas solo.

La segunda «roca» sirvió café. «Papa» cogió una taza y bebió de ella para demostrarme que no estaba envenenado. Luego me la ofreció.

—Que sea de tu agrado —dijo, entre un atisbo de hospitalidad en su voz.

Cogí la taza.

—Que siempre haya café en tu casa.

Tomamos café juntos. Se sentó y me miró un momento.

—Ha sido un honor —dijo por fin.

—Que Alá te guarde.

Habíamos acabado la breve ceremonia de los buenos modales. Ahora empezarían a suceder cosas. Lo primero que ocurrió fue que

saqué mi caja de píldoras, cogí todos los tranquilizantes que pude encontrar y los ingerí con un poco de café. Me tomé catorce paxium, cantidad que algunas personas consideran excesiva. Para mí no lo era. Conozco a mucha gente que me gana bebiendo — Yasmin, por ejemplo—, pero nadie supera mi capacidad para las píldoras y las cápsulas. Catorce paxium de 10 miligramos, si tenía suerte, sólo aliviarían un poco mi tensión nerviosa, ni siquiera me tranquilizarían de verdad. Entonces necesitaría algo con un poco más de marcha. Catorce paxium apenas eran el Mach 1.

Friedlander Bey alargó su taza de café al criado, que se la volvió a llenar. Bebió un poco, mientras me observaba por encima de la tacita. Después, la dejó con cuidado sobre la mesa.

—Puedes comprender que tenga mucha gente a mi servicio.

—Por supuesto que sí, oh caíd —dije.

—Hay mucha gente que depende de mí, no sólo para su subsistencia, sino para mucho más. Soy una fuente de seguridad en su difícil mundo. Saben que sus salarios y ciertos favores dependen de mí, mientras realicen su trabajo de modo satisfactorio.

—Sí, oh, caíd.

Me irritaba la sangre que subía a mi rostro y a mis brazos.

Asintió.

—Por eso me aflige saber que uno de mis amigos es recibido por Alá en el paraíso. Me preocupo por el bienestar de todos los que me representan en la ciudad, desde mis honrados tenientes hasta el más pobre e insignificante mendigo que me ayuda como puede.

—Tú eres el amparo de la gente contra la calamidad, oh, caíd.

Levantó la mano, cansado de mis interrupciones.

—La muerte es un hecho, hijo mío. A todos nos alcanza, nadie escapa de ella. El cántaro no puede estar siempre lleno. Debemos aprender a aceptar nuestra muerte, es más, debemos procurarnos el gozo y la vida eterna en el paraíso. Sin embargo, la muerte prematura resulta algo monstruoso. Es un hecho completamente distinto, una afrenta a Alá que debemos reparar. No se puede devolver la vida a los muertos, pero es posible vengar un asesinato. ¿Me comprendes?

—Sí, oh, caíd.

Friedlander Bey no había tardado mucho en enterarse de la muerte prematura de Courvoisier Sonny. Nassir debió llamarle antes que a la policía, incluso.

—Permite que te haga una pregunta: ¿Cómo se puede vengar un asesinato?

Hubo un silencio largo y glacial. Sólo existía una respuesta, pero me costó un rato elaborarla en mi mente.

—Oh, caíd —dije por fin—, una muerte debe ser vengada con otra muerte. Aparece escrito en el Sendero Recto: «La venganza está

prescrita en caso de asesinato», y también: «Si alguien te ataca, atácale de la misma forma que te ha atacado». Y también dice: «Vida por vida, ojo por ojo, nariz por nariz, oreja por oreja, diente por diente y venganza de las heridas. Pero quien lo olvide en nombre de la caridad, deberá expiarlo». Soy inocente de este crimen, oh, caíd, y la venganza injusta es un crimen peor que el propio asesinato.

—Alá es el más grande —murmuró él. Me miró sorprendido—. He oído que eres un infiel, hijo mío, eso me causa dolor. Sin embargo, tienes cierto conocimiento del noble Corán.

Se puso en pie y se frotó la frente con la mano derecha. Fue a la gran cama y se tendió sobre la colcha. Me volví para mirarle, pero una enorme mano oscura me atenazó el hombro y me obligó a permanecer en la misma postura. Sólo podía mirar al otro lado de la mesa, a la silla vacía de Friedlander Bey. No podía verle, pero sí oírle hablar.

—Me han dicho que, de toda la gente del Budayén, tú eres quien tenía más razones para asesinar a ese hombre.

Repasé los últimos meses. No podía recordar la última vez que había saludado a Sonny. Permanecía alejado del Red Light. No tenía nada que ver con la clase de travestis, transexuales y mujeres que Sonny manejaba en la calle. Nuestro círculo de amistades no coincidía en absoluto, excepto Fuad al-Manhus, pero Fuad no era amigo mío, ni tampoco de Sonny, seguro. Sin embargo, el concepto de venganza árabe está tan desarrollado y es tan perseverante como el siciliano. Tal vez «Papa» se refiriera a un incidente sucedido hacía meses, o incluso años, que yo había olvidado por completo y que podía constituir la razón de haber matado.

—Yo no tenía ningún motivo —repuse, vacilante.

—No me gustan las evasivas, hijo. Con frecuencia debo hacer estas difíciles preguntas y siempre se empieza a responder con evasivas. Y se sigue con ellas hasta que uno de mis criados convence al interesado. La etapa siguiente es una serie de respuestas que no resultan tan evasivas, pero que son claras mentiras. Una vez más, mi huésped debe ser persuadido de no gastar mi valioso tiempo de esa manera.

Su voz era cansada y grave. Traté de volverme hacia él, pero la enorme mano aferró mi hombro, esta vez más dolorosamente.

—Después de un rato —continuó «Papa»—, por fin llegamos a un punto en el que la verdad y la cooperación parecen el camino más razonable, aunque a veces me entristece comprobar el estado de mi huésped cuando hace ese descubrimiento. Por lo tanto, mi consejo es pasar rápido por las evasivas y las mentiras —mejor aún, no pasar por ellas—, y proseguir directamente con la verdad. Todos saldremos ganando.

La mano de la «roca» no soltó mi hombro. Sentía como si mis

huesos fueran convertidos con lentitud en polvo blanco dentro de mi piel. No emití sonido alguno.

—Debías cierta suma de dinero a ese hombre —afirmó Friedlander Bey —. Ya no se la debes porque está muerto. Yo me quedaré ese dinero, hijo mío, y haré lo que el Libro permite.

—¡Yo no debía dinero! —grité —. ¡Ni un maldito fíq! Una segunda mano empezó a estrujarme el otro hombro.

—El perro todavía mueve la cola, oh, señor —murmuró «roca parlante».

—No miento —repuse entre jadeos—. Si te digo que no le debía dinero a Sonny, es verdad. Toda la ciudad me tiene por alguien que no miente.

—Es cierto que nunca me has dado motivos para dudar de ti, hijo mío.

Quizá ha encontrado razones para adquirir ese hábito, oh, señor —murmuró la «roca parlante».

¿Sonny? —dijo Friedlander Bey, volviendo a la mesa—. A nadie le importa Sonny. No es amigo mío, ni de nadie, puedo asegurarlo. Si está muerto, el aire del Budayén será más agradable de respirar. No, hijo mío, te he pedido que vinieras para hablarte del asesinato de mi amigo. Abdulay Abu-Zayd.

Abdulay —dije. El dolor era fortísimo. Empezaba a ver puntitos rojos. Mi voz sonó ronca y apenas audible—. Ni siquiera sabía que Abdulay estuviera muerto.

«Papa» se frotó la frente otra vez.

—Últimamente ha habido muchas muertes entre mis amigos. Más muertes de lo normal.

—Sí —dije.

—Demuéstrame que no has matado a Abdulay. Nadie más tenía motivo para desearle tan mala fortuna.

—¿Qué razones crees que tengo yo?

—La deuda que he mencionado. Abdulay no era muy querido, es cierto, quizá haya despertado antipatías, incluso odios. Pero todo el mundo sabía que estaba bajo mi protección, y que cualquier mal que se le hiciese a él, se me hacía a mí. Su asesino morirá, igual que él.

Traté de levantar la mano, pero no pude.

—¿Cómo ha muerto? —pregunté.

«Papa» me miró a través de sus párpados entornados.

—Tú eres quien debe decirme cómo ha muerto.

—Yo…

Las manos de piedra soltaron mis hombros, eso sólo aumentó mi dolor. Entonces sentí que sus dedos me atenazaban la garganta.

—Contesta, rápido —dijo «Papa», amable —, o muy pronto ya no podrás hacerlo.

—Un disparo —grité con voz ronca—. Una vez. Una bala pequeña. «Papa» hizo un gesto ligero y rápido con una mano. Los dedos de piedra soltaron mi garganta.

—No, no le dispararon. Sin embargo, dos personas han sido asesinadas con un arma tan antigua estas últimas noches. Es interesante que estés al tanto de este asunto. Una de ellas se encontraba bajo mi protección.

Se detuvo con una expresión pensativa en el rostro. Sus manos, toscas y temblorosas, jugueteaban con la taza de café vacía.

El dolor desaparecía rápidamente, aunque mis hombros estarían resentidos algunos días.

—Si no le dispararon — dije—, ¿cómo murió?

Su mirada se clavó en mi rostro.

—Aún no estoy seguro de que no seas su asesino.

—Has dicho que sólo yo tenía motivos, que estaba en deuda con él. Esa deuda fue pagada hace varios días. No le debía nada.

Los ojos de «Papa» se abrieron.

—¿Tienes alguna prueba?

Me levanté un poco de la silla, para sacar el recibo que todavía conservaba en el bolsillo del pantalón. Las manos de piedra volvieron a mis hombros al instante, pero «Papa» hizo que se retiraran.

—Hassan estaba allí —añadí—, él te lo dirá.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el papel, lo abrí y se lo pasé por encima de la mesa. Friedlander Bey lo miró; luego, lo estudió más de cerca. Miró a mis espaldas, por encima de mi hombro, e hizo un ligero movimiento con la cabeza. Me volví; la «roca» había regresado a su puesto, junto a la puerta.

—Oh, caíd, ¿puedo preguntarte quién te ha hablado de esta deuda? ¿Quién te ha sugerido que yo era el asesino de Abdulay? Debe de tratarse de alguien que no sabe que yo había cancelado mi deuda por completo.

El anciano asintió despacio. Abrió la boca, como si fuera a decírmelo, pero lo pensó mejor.

—No preguntes más —dijo.

Aspiré una bocanada de aire y lo solté. Todavía no me encontraba fuera de la habitación a salvo. Debía recordarlo. El paxium no me hacía sentir nada. Esos tranquilizantes habían sido una maldita pérdida de dinero.

Friedlander Bey miró sus manos que jugueteaban con la taza de café. Hizo una seña a la segunda «roca», que la rellenó del negro líquido. El criado me miró y yo asentí. Me sirvió otra taza.

—¿Dónde estabas sobre las diez de esta noche? —me preguntó«Papa».

—En el Café Solace, jugando a cartas.

—Ah. ¿A qué hora empezaste a jugar a cartas?

—Alrededor de las ocho y media.

—¿Y estuviste en el café hasta la medianoche?

Pensé en las últimas horas.

—Serían las doce y media cuando salimos del Café Solace y fuimos al Red Light. Yo diría que Sonny fue apuñalado entre la una y la una y media.

—El viejo Ibrihim, del Solace, ¿no refutará tu historia?

—No, no lo hará.

«Papa» se volvió e hizo un gesto a la «roca parlante» detrás de él. La «roca» utilizó el teléfono de la habitación. Poco tiempo después, se acercó a la mesa y murmuró algo al oído de «Papa». Éste suspiró.

—Me alegra mucho por ti, hijo mío, que puedas responder de esas horas. Abdulay murió entre las diez y las once. Creo que no has matado a mi amigo.

—Alabado sea Alá, el Protector —dije en voz baja.

—Así que te diré cómo murió Abdulay. Su cuerpo fue hallado por mi subordinado, Hassan el chiíta. Abdulay Abu-Zayd fue asesinado de la manera más sucia, hijo mío. Me cuesta describirla, no vaya a ser que algún espíritu del mal capte la idea y me prepare el mismo destino.

Recité la supersticiosa fórmula de Yasmin, lo cual complació al anciano.

—Que Alá te guarde, hijo mío —dijo—. Encontraron a Abdulay en el callejón, detrás de la tienda de Hassan, degollado y ensangrentado. Sin embargo, había poca sangre en el callejón; le mataron en otro lugar y le trasladaron a donde fue encontrado por Hassan. Tenía horribles marcas de quemaduras en el pecho, brazos, piernas, rostro… , incluso en sus órganos de procreación. Cuando la policía examinó el cuerpo, Hassan supo que el perro inmundo que asesinó a Abdulay había usado antes el cuerpo de mi amigo como el de una mujer, en la boca y en el lugar prohibido de los sodomitas. Hassan estaba muy alterado, tuvieron que administrarle sedantes.

El propio «Papa» parecía en extremo nervioso cuando me lo contaba, como si nunca hubiera visto u oído algo tan terrible. Estaba acostumbrado a la muerte, él había ordenado algunas y otros habían muerto por su asociación con él. Sin embargo, el caso de Abdulay le afectaba tremendamente. No era el asesinato en sí, sino el absoluto y pasmoso desprecio por los más elementales códigos de conducta. Las manos de Friedlander Bey temblaban más que antes.

—Tamiko fue asesinada de la misma manera —dije.

«Papa» me miró, incapaz de hablar durante unos segundos.

— ¿Cómo tienes esa información? —preguntó.

Noté que volvía a acariciar la idea de que yo fuera el responsable

de esos asesinatos. Yo conocía hechos y detalles que, de otra forma, no podría saber.

—Yo descubrí el cuerpo de Tami — dije —, e informé al teniente Okking de ello.

«Papa» asintió y bajó la vista.

—No puedo expresar el odio que me invade —dijo—, y eso me causa dolor. Trato de controlar estos sentimientos, de vivir cómodamente como un hombre rico, si es la voluntad de Alá, y de dar gracias por mi riqueza y honrar a Alá para no albergar ni ira ni celos. Pero mi mano es obligada siempre, nunca falta quien ponga a prueba mi debilidad. Debo responder con firmeza o perdería todo lo que he conseguido con mi trabajo. Sólo deseo paz, y mi recompensa es el resentimiento. ¡Me vengaré de ese abominable carnicero, hijo mío! ¡Ese verdugo loco, que desafía la sagrada obra de Alá, debe morir! ¡Por la sagrada barba del profeta, me vengaré!

Esperé un momento, hasta que se calmó un poco.

—Oh, caíd —dije—, dos personas han muerto por una bala y dos más han sido torturadas y violadas del mismo modo. Creo que habrá más muertes. He estado buscando a una amiga que ha desaparecido. Vivía con Tamiko y, asustada, me envió un mensaje. Temo por su vida.

«Papa» se enojó conmigo.

—No tengo tiempo para tus problemas —murmuró.

Todavía estaba preocupado por la afrenta de la muerte de Abdulay. En muchos aspectos, desde el punto de vista del anciano, era más aterrador aún que lo que el mismo asesino le había hecho a Tamiko.

—Estaba dispuesto a creer que tú eras el responsable, hijo mío. Si no hubieras demostrado tu inocencia, hubieras padecido una muerte lenta y terrible en esta habitación. Agradezco a Alá que no haya ocurrido tal injusticia. Tú eras la persona más indicada en quien descargar mi ira, pero ahora debo encontrar a otro. Sólo es cuestión de tiempo el que descubramos su identidad. —Apretó sus labios en una cruel e insensible sonrisa—. Dices que estabas jugando a cartas en el Café Solace. Los que estaban contigo tendrán la misma coartada, ¿quiénes son esos hombres?

Di el nombre de mis amigos, contento de proporcionar una explicación de su paradero, así no tendrían que enfrentarse a una inquisición como la mía.

—¿Quieres más café? —preguntó Friedlander Bey con expresión de fatiga.

—Que Alá nos guíe, ya tengo bastante.

—Que los tiempos te sean propicios —dijo él, lanzando un fuerte suspiro—. Ve en paz.

—Con tu permiso —dije poniéndome en pie.

—Que te levantes con salud por la mañana.

Pensé en Abdulay.

—*Inshallah* —repuse.

Me di la vuelta y la «roca parlante» ya había abierto la puerta. Sentí un gran alivio interior al salir de la habitación. Afuera, bajo un cielo despejado y negro tachonado de brillantes estrellas, se hallaba el sargento Hajjar, apoyado contra su coche patrulla. Me sorprendió. Creí que había regresado a la ciudad hacía rato.

—Veo que lo has hecho muy bien —me dijo—. Ve por el otro lado.

—¿Me siento delante? —pregunté.

—Si.

Subimos al coche, nunca me había sentado delante en un coche de policía. Si mis amigos pudieran verme…

—¿Quieres un cigarrillo? —dijo Hajjar, mientras sacaba un paquete de tabaco francés.

—No, no fumo.

Puso el motor en marcha y salimos haciendo un perfecto círculo. Nos encaminamos hacia el centro de la ciudad, con las luces destellando y la sirena rugiendo.

—¿Quieres comprar algunas soneínas? —me preguntó —. Sé que las tomas.

Me habría gustado comprar más, pero me parecía extraño comprárselas a un policía. El tráfico de drogas estaba tolerado en el Budayén, del mismo modo que el resto de nuestras inofensivas debilidades. Algunos policías no hacían cumplir todas las leyes; podías comprar droga a muchos oficiales. Simplemente no confiaba en Hajjar.

—¿Por qué, de repente, te muestras tan amable conmigo? —le pregunté.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—No esperaba que salieras de ese motel con vida —dijo—. Cuando cruzaste esa puerta tenías el visto bueno de «Papa» Bey estampado en la frente. Lo que está bien para «Papa» está bien para mí. ¿Lo ligas?

Entonces lo comprendí. Yo creía que Hajjar trabajaba para el teniente Okking y la policía, pero lo hacía para Friedlander Bey.

—¿Puedes llevarme a Frenchy? —dije.

—¿A Frenchy? Tu chica trabaja allí, ¿no?—Eres un pesado.

Se volvió y me sonrió de nuevo. —A seis kiam cada una. las soneínas.

—¿Seis? —pregunté —. Es ridículo. Las puedo conseguir por dos y medio.

—¿Estás loco? En ningún lugar de la ciudad puedes sacarlas por

menos de cuatro.

—Está bien —dije—. Te daré tres kiam por cada una. Hajjar levantó los ojos.

—No fastidies —dijo con disgusto—. Que Alá me conceda vivir lo suficiente sin ti.

—¿Cuál es tu precio más bajo? Quiero decir el «más bajo».

—Ofrece lo que creas correcto. —Tres kiam —dije otra vez.

—Por ser tú —dijo Hajjar, serio—, te las dejaré a cinco y medio. —Tres y medio. Si no quieres mi dinero, encontraré quien lo quiera. —Que Alá me sostenga. Espero que tu proveedor esté bien.

—¡Qué demonios, Hajjar! De acuerdo, cuatro. —¿Qué?, ¿te crees que voy a hacerte un regalo?

—No son ningún regalo a este precio. Cuatro y medio. ¿Te parece bien?

—Está bien. Encontraré el consuelo en Dios. No me ganaré nada, pero dame el dinero y cerremos el trato.

Así es como los árabes de la ciudad regatean, en un zoco por un jarrón de bronce, o en el asiento delantero de un coche de policía.

Le di cien kiam y él me entregó veintitrés soneínas. Me recordó tres veces en el camino hacia Frenchy que me había dado una gratis, como regalo. Cuando llegamos al Budayén, no aminoró la marcha. Pasó ante la puerta entre aullidos de la sirena y se lanzó calle arriba, con la amable predicción de que la gente se apartaría de su camino, y casi todos lo hicieron. Cuando llegamos al club de Frenchy, y empezaba a salir del coche, me dijo en un tono de voz ofensivo:

—Hey, ¿no vas a invitarme a una copa?

De pie en la calle, cerré la portezuela de golpe y me incliné sobre la ventanilla.

—No puedo hacerlo, aunque quisiera. Si mis amigos me vieran bebiendo con un policía… , bueno, piensa lo que le pasaría a mi reputación. Los negocios son los negocios, Hajjar.

Sonrió.

—Y la acción es la acción. Lo sé, lo oigo todo el rato. Ya nos veremos.

Fustigó su coche patrulla otra vez, y bramó «Calle» abajo.

Ya me encontraba en el bar de Frenchy cuando recordé que mi ropa y mi cuerpo estaban llenos de sangre. Demasiado tarde. Yasmin ya me había visto. Refunfuñé. Necesitaba algo que me ayudara a soportar la escena que se avecinaba. Por fortuna, tenía todas esas soneínas.

9

El timbre del teléfono me despertó. Esta vez fue más fácil encontrarlo. Ya no tenía puestos los téjanos, donde solía llevarlo, ni la camisa de la noche anterior. Yasmin había decidido que era más cómodo tirarlos que intentar quitarles las manchas. Además, dijo que no quería pensar en la sangre de Sonny cada vez que recorriera mi muslo con sus uñas. Tenía otras camisas, los téjanos eran otra cuestión. Mi primer asunto del jueves sería buscar unos nuevos.

Así lo había planeado, pero aquella llamada telefónica lo alteró.

—¿Sí? —dije.

—¡Hola! ¡Bienvenido! ¿Cómo estás?—Alabado sea Alá —dije—, ¿quién es?

—Te pido perdón, oh, inteligentísimo, creí que reconocerías mi voz. Soy Hassan.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir.

—Hola, Hassan. Friedlander Bey me contó anoche lo que le pasó a Abdulay. Me consuela que tú estés bien.

—Que Alá te bendiga, querido. De hecho, te llamo para transmitirte una invitación de Friedlander Bey. Desea que vayas a su casa a comer con él. Te enviará un coche con chófer.

Ésa no era mi forma favorita de empezar el día.

—Creí haberle persuadido anoche de que yo era inocente.

Hassan se rió.

—No tienes por qué preocuparte. Es una simple invitación amistosa. A Friedlander Bey le gustaría reparar la tensión nerviosa que te hizo pasar. También hay una o dos cosas que le gustaría preguntarte. Podría haber mucho dinero para ti, Marîd, hijo mío.

No me interesaba el dinero de «Papa», pero no podía rechazar su invitación, eso no se hacía en su ciudad.

—¿Cuándo llegará el coche? —pregunté.

—Muy pronto. Despéjate y escucha con atención cualquier sugerencia que Friedlander Bey te haga. Si eres listo, le sacarás provecho. —Gracias, Hassan. —No se merecen —dijo, y colgó.

Me recosté en la almohada y pensé. Años atrás, me había prometido a mí mismo que jamás aceptaría dinero de «Papa», aunque fuera un pago legítimo por un servicio prestado, pues hacerlo te incluía en la extensa categoría de sus «amigos y representantes». Yo era un agente independiente y tenía que ir con mucho cuidado esa tarde si quería conservar mi estado.

Yasmin todavía dormía y no iba a molestarla, Frenchy no abría hasta la puesta de sol. Fui al lavabo, me lavé la cara y los dientes. Tendría que ir a casa de «Papa» vestido con el traje local. No le di

importancia. «Papa» lo interpretaría como un cumplido. Eso me recordó que debía llevarle algún regalito, se trataba de una entrevista completamente distinta a la de la noche anterior. Terminé mi breve aseo y me vestí, cambié la *kefiyya* por el gorro de punto de mi lugar de origen. Metí el dinero, el teléfono y las llaves en mi bolsa, eché un vistazo al apartamento con un vago presentimiento y salí. Debí dejar una nota a Yasmin explicándole adonde iba, pero pensé que si no regresaba jamás, la nota no iba a servirme de nada.

Una lluvia acompañaba al sol de la cálida tarde. Fui a una tienda cercana, compré una cesta de frutas variadas y regresé a la puerta del edificio de mi apartamento. Disfruté del olor fresco y limpio de la lluvia sobre la acera. Vi una gran limusina negra que me esperaba con el motor en marcha. Un chófer uniformado se hallaba en el portal de mi edificio, resguardándose de la fina lluvia. Me saludó al acercarme y me abrió la portezuela trasera del costoso automóvil. Entré dirigiendo una silenciosa oración a Alá y oí el golpe de la puerta al ser cerrada. Poco después el coche se puso en movimiento hacia la gran casa de Friedlander Bey.

Un guardia uniformado custodiaba la puerta del alto muro, cubierto por la hiedra, que el coche cruzó. El camino, pavimentado de grava, serpenteaba grácil por entre un paisaje dispuesto con sumo cuidado. Una profusión de vivaces flores tropicales brotaban por todas partes y, tras ellas, las altas palmeras y los bananeros. El efecto era más natural y alegre que los artificiales arreglos que rodeaban la casa de Lutz Seipolt. La conducción era lenta, los neumáticos del coche arrancaban chasquidos de la grava. Intramuros todo permanecía silencioso y tranquilo, como si «Papa» hubiera conseguido aislarse del ruido y del clamor de la ciudad, y también de los visitantes indeseados. Era un edificio de sólo dos plantas, pero se alzaba sobre un solar carísimo de una buena finca, en el centro de la ciudad. Tenía varias torres —llenas de vigilantes sin duda—, y la casa de Friedlander Bey tenía su propio minarete. Me preguntaba si «Papa» tenía su propio muecín para llamarle a sus devociones.

El conductor se detuvo ante la amplia escalera de mármol de la entrada principal. No sólo me abrió la portezuela trasera del coche, sino que me acompañó hasta el final de la escalera. Fue él quien llamó a la bruñida puerta de caoba de la casa. Un mayordomo, u otro criado, nos abrió y el chófer dijo:

—El invitado del señor.

El chófer regresó al coche y el mayordomo me hizo una reverencia. Me encontraba en la casa de Friedlander Bey. La magnífica puerta se cerró despacio detrás de mí y el aire fresco y seco acarició mi rostro sudado. La casa tenía un sutil olor a incienso.

—Por aquí, por favor —me indicó el mayordomo—. El señor se

encuentra orando en este momento. Puede esperar en la antecámara.

Le di las gracias al mayordomo, que me deseó de corazón que Alá me concediese toda clase de bondades. Luego desapareció, y me dejó solo en la pequeña habitación. Paseé por ella con indiferencia mientras admiraba los preciosos objetos que «Papa» había adquirido durante su larga y dramática vida. Por fin, se abrió una puerta y una de las «rocas» me hizo una seña. Vi a «Papa» doblando su alfombra de oración y guardándola en un armario. En su despacho había un *mihrab,* una cavidad semicircular que se encuentra en toda mezquita e indica la dirección a La Meca.

Friedlander Bey se volvió hacia mí, y en su rollizo y lúgubre rostro brilló una auténtica sonrisa de bienvenida. Se acercó a saludarme. Proseguimos con todas las formalidades. Le ofrecí mi regalo y estuvo encantado.

—Las frutas parecen suculentas y tentadoras —dijo, al tiempo que colocaba la cesta en la mesita baja—. Las probaré después de la puesta de sol, hijo mío. Ha sido muy amable por tu parte acordarte de mí. Ahora, ¿quieres ponerte cómodo? Hemos de hablar y, cuando sea el momento apropiado, te ruego que me acompañes en mi comida.

Me indicó un antiguo diván lacado que tenía aspecto de valer una pequeña fortuna. Él descansó en su compañero, mirándome a través de varios metros de exquisita alfombra, azul celeste y dorada. Esperé a que iniciara la conversación.

Acarició su mejilla y me miró, como si no lo hubiera hecho bastante la noche anterior.

—Por tu tez, veo que eres un magrebí —dijo—, ¿tunecino tal vez? —No. oh, caíd. Nací en Argelia.

—Seguramente uno de tus padres era de procedencia berebere.

Eso me molestó un poco. Tenía viejas e históricas razones para irritarme, pero son antiguas y aburridas, y carecen de importancia. Evité la polémica árabe-berebere al responder:

—Soy musulmán, oh, caíd, y mi padre era francés.

—Un proverbio dice que si preguntas a una muía su linaje, sólo te dirá que uno de sus padres era un caballo.

Lo tomé como una leve reprobación; la referencia a muías y pollinos es más significativa si se considera, como los árabes, que el asno, igual que el perro, son los animales más sucios. «Papa» debió notar que sólo me había irritado más, porque se rió de modo conciliador y movió una mano.

—Perdóname, hijo mío. Me parecía que tienes un fuerte acento del dialecto del Magreb. Por supuesto, el árabe de la ciudad es una mezcla de magrebí, egipcio, levantino y persa. Dudo que alguien hable árabe puro, si es que ese alguien existe, excepto en el Recto Sendero. No pretendía ofenderte. Y debo hacer extensiva la disculpa a mi trato

de anoche. Espero que comprendas mis motivos.

Asentí serio, mas no respondí.

Friedlander Bey prosiguió:

—Es necesario que volvamos al desagradable tema que discutimos brevemente en el motel. Estos asesinatos deben cesar. No hay otra alternativa. Por el momento, tres de las cuatro víctimas estaban relacionadas conmigo. No puedo entender estos crímenes sino como un ataque personal, directo o indirecto.

—¿Tres de las cuatro? —pregunté —. Desde luego, Abdulay Abu-Zayd era uno de tus hombres. Pero ¿el ruso? ¿Y las dos «Viudas Negras»? Ningún tipo se atrevería a forzar a las «hermanas». Tamiko y Devi eran famosas por su feroz independencia.

«Papa» hizo un leve gesto de disgusto.

—No tengo nada que ver con las «Viudas Negras» en lo relativo a su prostitución. Mis intereses están en un plano más elevado, aunque muchos de mis asociados saquen provecho en proporcionar toda clase de vicios. Las «hermanas» estaban autorizadas a quedarse cada kiam que ganaban y que les aprovecharan. No, ellas realizaban otros servicios para mí, servicios de naturaleza reservada, peligrosa y necesaria.

Yo estaba asombrado.

—¿Tami y Devi eran… tus asesinas?

—Sí —reconoció Friedlander Bey—. Y Selima sigue haciendo esas tareas cuando no queda otra solución. Tamiko y Devi estaban bien pagadas, gozaban de toda mi confianza y mi fe, y siempre obtenían excelentes resultados. Sus muertes me han causado mucha aflicción. No es tarea fácil reemplazar a artistas como ellas, sobre todo a unas con las que disfrutaba de tan satisfactoria relación laboral.

Lo pensé un instante. No era difícil de aceptar, aunque la información me había tomado por sorpresa. Incluso respondía a ciertas preguntas que me planteaba de vez en cuando sobre la franca osadía de las «Viudas Negras». Trabajaban como agentes secretos de Friedlander Bey y tenían protección, o se suponía que la tenían. Sin embargo, dos de ellas habían muerto.

—Resultaría más sencillo comprender esta situación, oh, caíd — dije pensando en voz alta—, si Tami y Demi hubieran sido asesinadas de la misma manera. Pero a Devi le dispararon con una vieja pistola y Tami fue torturada y degollada.

Eso es lo que yo creo, hijo mío. Por favor, continúa. Quizá puedas iluminar este misterio.

Me encogí de hombros.

—Bien, el hecho de que las víctimas no hayan sido asesinadas de la misma forma puede ser dejado aparte.

—Encontraré a los dos asesinos —murmuró el anciano con calma.

Era una afirmación categórica, no un voto sentimental, ni un alarde.

—Se me ocurre, oh, caíd, que el asesino de la pistola mata por alguna razón política. Le vi cuando disparaba al ruso, un pequeño funcionario de la legación del reino bielorruso-ucraniano. Llevaba un módulo de personalidad de *James Bond.* El arma era el mismo tipo de pistola que empleaba ese personaje de ficción. Creo que un asesino común, que mata por despecho o en un arranque de cólera o en el transcurso de un robo, se conecta otro módulo o no se conecta ninguno. El módulo de *James Bond* aportaría perspicacia y destreza a la tarea de un asesinato rápido y limpio. Sólo sería de valor para un asesino desapasionado, cuyos actos formaran parte de un esquema más complejo.

Friedlander frunció el ceño.

—No me convence, hijo mío. No existe la más mínima relación entre tu diplomático y mi Devi. La idea del asesino se te ha ocurrido sólo porque el ruso desempeñaba un cargo político. Devi no tenía ni idea de asuntos internacionales. Ella no era obstáculo ni ayuda para ningún partido o movimiento. El tema de *James Bond* merece una investigación más a fondo, pero los móviles que sugieres carecen de sentido.

—¿Tienes alguna idea sobre los asesinatos, oh, caíd?

—Aún no, pero acabo de empezar a recopilar datos. Por eso quería comentar la situación contigo. No debes pensar que mi interés es debido a simples motivos de venganza. Por supuesto que sí, pero también de mayor alcance. Para decirlo en pocas palabras, debo proteger mis inversiones. Tengo que demostrar a mis asociados y amigos que no permito semejantes amenazas a su seguridad. De otro modo, perdería el apoyo de la gente que constituye la base y la estructura de mi poder. Si los consideramos a nivel individual, estos cuatro asesinatos son repulsivos; pero no acontecimientos inauditos, porque en la ciudad tienen lugar asesinatos cada día. Pero juntos, los cuatro crímenes son un desafío inmediato a mi existencia. ¿Me comprendes, hijo mío?

Lo estaba dejando muy claro.

—Sí, oh, caíd —dije.

Esperaba oír las sugerencias de las que Hassan me había hablado.

Hubo una larga pausa durante la cual Friedlander Bey me miró pensativo.

—Tú eres muy distinto a la mayoría de mis amigos del Budayén —dijo, por fin—. Casi todos tienen alguna modificación en su cuerpo.

—Si tienen dinero para ello, creo que pueden hacerse las modificaciones que deseen. En cuanto a mí, oh, caíd, mi cuerpo siempre ha funcionado muy bien tal como es. La única cirugía que ha

sufrido ha sido por razones terapéuticas. Me complace la forma que Alá me dio.

Él asintió.

—¿Y tu mente? —preguntó.

—A veces funciona muy despacio; pero, en general, me hace buen servicio. Nunca he deseado llenar mi cerebro de cables, si es a lo que te refieres.

—Sin embargo, tomas prodigiosas cantidades de drogas. Lo hiciste anoche en mi presencia.

Yo no tenía nada que objetar al respecto.

—Eres un hombre orgulloso, hijo mío. He leído un informe de ti que menciona ese orgullo. Te excitan los retos de ingenio, voluntad y valor físico con personas que tienen la ventaja de las personalidades modulares y otros potenciales de *software*. Es una diversión peligrosa, pero pareces haber salido ileso de ella.

Retazos de dolorosos recuerdos cruzaron por mi mente.

—He salido malparado, oh, caíd, bastantes veces.

Se rió.

—Pero ni siquiera eso te incita a modificarte. Tu orgullo te presenta —como dicen los cristianos en algunos contextos— como un ser en el mundo pero no de este mundo.

—Sin tentarme sus tesoros ni tocarme sus males, ése soy yo.

Mi tono irónico no le pasó desapercibido.

—Me gustaría que me ayudaras, Marîd Audran —dijo.

Ahí estaba, lo tomas o lo dejas.

Lo dijo de manera que me ponía en una situación muy incómoda. Podía decir: «Sí, te ayudaré» y entonces me comprometería precisamente del modo que juré no hacerlo nunca, o podría decir: «No, no te ayudaré» y ofendería a la persona más influyente de mi mundo. Tomé aliento un par de veces antes de escoger mi respuesta.

—Oh, caíd —dije por fin—, tus dificultades son las dificultades de todo el Budayén; de hecho, de toda la ciudad. Cualquiera que se preocupe por su seguridad y su dicha te ayudaría. Yo lo haré en todo lo que esté en mi mano, pero dudo de que pueda resultar de alguna utilidad contra los hombres que han asesinado a tus amigos.

«Papa» se acarició la mejilla y sonrió.

—Entiendo que no deseas convertirte en uno de mis «asociados». Así será. Te garantizo, hijo mío, que si me ayudas en este asunto, no serás marcado como uno de los «hombres de “Papa”». Encuentras placer en tu libertad e independencia, y yo no se las arrebataría a alguien que me hace un gran favor.

Me pregunté si aquellas palabras significarían que sí privaría de la libertad a alguien que se negara a ayudarle. Para «Papa» hubiera sido un juego de niños robarme la libertad, podía hacerlo sólo con

meterme para siempre bajo la tierna hierba del cementerio, al final de la «Calle».

Baraka: palabra árabe muy difícil de traducir. Puede significar magia o carisma o el favor especial de Dios. Los lugares pueden tenerla: se visitan y se tocan lugares sagrados con la esperanza de que transmitan un poco de *baraka.* La gente puede tener *baraka,* los derviches, en concreto, creen que algunos afortunados han sido bendecidos en especial por Alá y por ello gozan de singular respeto dentro de la comunidad.

Friedlander Bey tenía más *baraka* que todos los altares de piedra del Magreb. Yo no podía decir si era *baraka* lo que le convertía en lo que era, o si había adquirido *baraka* igual que había conseguido su posición y su influencia. Fuera cual fuese la explicación, resultaba muy difícil escucharle y negarse a sus peticiones.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunté.

Yo sentía un enorme vacío interior, como si se tratara de una gran rendición.

—Quiero que seas el instrumento de mi venganza, hijo mío.

Me sentí impresionado. Yo sabía que no era la persona adecuada para llevar a cabo la tarea que él me encomendaba. Había intentado decírselo, pero no hacía más que desdeñar mis objeciones como si fueran una cuestión de falsa modestia. Noté la boca y la garganta secas.

—He dicho que te ayudaría, pero esperas demasiado de mí. Tienes gente más capacitada a tu servicio.

—Hombres más fuertes —me corrigió «Papa»—. Los dos criados que viste anoche son más fuertes que tú, pero carecen de inteligencia. Hassan el chiíta posee cierta astucia, sin embargo, no es un hombre peligroso. He tenido en cuenta a cada uno de mis amigos, mi querido hijo, y he llegado a la siguiente conclusión: ninguno de ellos reúne la combinación esencial de cualidades que busco. Lo más importante es que confío en ti. No puedo decir lo mismo de muchos de mis asociados, es triste admitirlo. Confío en ti porque no te preocupa ascender ante mi consideración. No tratas de congraciarte conmigo para tus propios fines. No eres un comerciante parásito, de los cuales no obtengo más que mi parte. El importante trabajo que debemos hacer requiere a alguien de quien yo no tenga ninguna duda, ésa es una de la razones por las que nuestra cita de anoche resultó tan difícil para ti. Fue una prueba de tu valor interno. Desde el principio yo sabía que eras el hombre que buscaba.

—Me honras, oh, caíd, pero me temo que no comparto tu seguridad.

Levantó la mano derecha, visiblemente temblorosa.

—No he acabado de hablar, hijo mío. Existen más razones por las

que debes hacer lo que te pido, razones que te benefician a ti, no a mí. Anoche intentaste hablarme de tu amiga Nikki, y no te lo permití. De nuevo te pido perdón. Me pareció muy correcto que te preocupases por su seguridad. Estoy seguro de que su desaparición fue obra de uno de estos asesinos. Quizá ya esté muerta, Alá no lo quiera. No puedo asegurarlo. Pero si existe alguna esperanza de encontrarla con vida, está en tus manos. Con mis recursos, juntos, encontraremos a los asesinos. Juntos, podemos tratarles como la Sabia Mención de Dios ordena. Si podemos, evitaremos la muerte de Nikki… y quién sabe cuántas otras más. ¿No son respetables estos fines? ¿Todavía lo dudas?

Todo eso resultaba halagador al máximo, supongo, aunque me hubiera encantado que «Papa» eligiera a cualquier otro. Saied habría hecho un buen trabajo, sobre todo con su moddy de bravucón conectado. Pero yo nada podía hacer al respecto, excepto asentir.

—Lo llevaré a cabo lo mejor que pueda, oh, caíd —repuse con reticencia—, pero mantengo mis dudas.

—Eso está bien —dijo Friedlander Bey—. Tus dudas te harán vivir mucho tiempo.

En realidad, yo hubiera deseado que no pronunciase esas últimas palabras, me sonaron como si no pudiera sobrevivir; hiciera lo que hiciese, mis dudas me rondarían para verme sufrir.

—Será la voluntad de Alá.

—Que la bendición de Alá esté contigo. Ahora, discutiremos tu pago.

Eso me sorprendió.

—No había pensado en ningún pago.

«Papa» hizo como si no me hubiese oído.

—Uno debe comer —repuso simplemente—. Te pagaré cien kiam diarios hasta que este asunto esté concluido.

Desde luego, hasta que acabemos con los dos asesinos hijos de puta, o uno de ellos termine conmigo.

—No he pedido tal salario.

Cien al día. Bueno, «Papa» había dicho que uno debe comer. Me pregunté que creía él que yo solía comer.

Me ignoró de nuevo. Hizo un gesto a la «roca parlante», que se aproximó y le entregó un sobre.

—Aquí hay setecientos kiam —me dijo «Papa» —, tu pago por la primera semana.

Devolvió el sobre a la «roca», que me lo dio.

Si aceptaba el sobre, sería el símbolo de mi completa aceptación de la autoridad de Friedlander Bey. No habría regreso, ni abandono, ni fin hasta el final. Miré el blanco sobre en la mano tostada. La mía se alzó; se retiró; se alzó de nuevo y aceptó el dinero.

—Gracias —dije.

Friedlander Bey parecía satisfecho.

—Espero que sean de tu agrado.

Ya estaba liada de lo lindo. Iba a ganarme cada uno de los jodidos fíq.

—Oh, caíd, ¿cuáles son tus instrucciones?

—Primero, hijo mío, debes ir al teniente Okking y ponerte a su disposición. Le informaré de que, en este asunto, cooperaremos por completo con el Departamento de Policía. Hay situaciones que mis asociados manejan con más eficacia que la policía. Estoy seguro de que el teniente Okking lo reconocerá. Creo que una alianza temporal de mi organización con la suya servirá mejor a las necesidades de la comunidad. Él te dará toda la información de que dispone sobre los asesinatos, una probable descripción de quién degolló a Abdulay Abu-Zayd y a Tamiko; y cualquier otra cosa que haya conseguido hasta ahora. A cambio, tú le asegurarás que mantendremos informada a la policía de todo lo que descubramos.

—El teniente Okking es un buen hombre —dije—, pero sólo coopera cuando le da la gana o cuando es para su propio provecho.

«Papa» me dirigió una breve sonrisa.

—Cooperará contigo ahora, me aseguraré de ello. Pronto comprenderá que es por su propio interés.

El anciano haría lo que decía; si alguien podía persuadir a Okking de que me ayudara, ese alguien era Friedlander Bey.

—¿Y después, oh, caíd?

Levantó la cabeza y volvió a sonreír. Por alguna razón ignorada sentí frío, como si un viento helado se abriera camino en el interior de la fortaleza de «Papa».

—Hijo mío, ¿concibes un tiempo o imaginas una circunstancia, en la que desearas las modificaciones que tanto tiempo has rechazado?

El viento gélido sopló con más fuerza.

—No, oh, caíd, no puedo concebir tiempo alguno ni imaginar tal situación, pero eso no significa que no pueda ocurrir. Quizá algún día, en el futuro, necesite elegir alguna modificación.

Asintió.

—Mañana será viernes, y yo observo el *sabbath*. Necesitarás tiempo para pensar y elaborar un plan. El lunes es bastante pronto.

—¿Bastante pronto? ¿Bastante pronto para qué?

—Para reunirte con mis cirujanos privados —dijo simplemente.

—No —susurré.

De repente, Friedlander Bey dejó de ser el afable patriarca. En un instante, se convirtió en la persona que exigía fidelidad a sus hombres y que sus órdenes no fueran cuestionadas.

—Has aceptado mi dinero, hijo mío —dijo con firmeza—. Harás lo que yo diga. No esperes tener éxito sobre tus enemigos hasta que tu

mente sea perfeccionada. Sabemos que al menos uno de los dos ha aumentado su cerebro de manera electrónica. Debes hacer lo mismo, pero en mayor grado. Mis cirujanos te darán ventajas sobre los asesinos.

Las dos manos de granito aparecieron en mis hombros, sujetándome fuerte a mi asiento. Ahora, en verdad, no había escapatoria.

—¿Qué tipo de ventajas? —pregunté con aprensión.

Empezaba a sentir ese sudor frío que acompaña al miedo. Había evitado llenar de cables mi cerebro, más por intenso pánico que por principios. La idea me producía terror, unida a una irracional y paralizante fobia.

—Los cirujanos te lo explicarán.

—Oh, caíd —dije con voz trémula—, yo no lo deseo.

—Acontecimientos que escapan a tus deseos lo han provocado —respondió—. Cambiarás tu mente el lunes.

«No —pensé —, no seré yo. Friedlander Bey y sus cirujanos serán quienes cambien mi mente».

10

—El teniente Okking no se encuentra en su oficina en este momento —dijo un oficial uniformado—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Volverá pronto? —pregunté.

El reloj que estaba sobre el escritorio de la oficina señalaba casi las diez. Me pregunté hasta qué hora trabajaría Okking esa noche. No tenía ninguna gana de hablar con el sargento Hajjar; a pesar de su relación con «Papa», yo no confiaba en él.

—El teniente ha dicho que no tardaría. Ha ido abajo a buscar algo.

Eso me hizo sentir mejor.

—¿Le parece bien que le espere en su despacho? Somos viejos amigos.

El policía me miró con aire dubitativo.

—¿Puede enseñarme alguna identificación? —me preguntó.

Le di el pasaporte argelino, caducado, pero era lo único que tenía con mi fotografía. Introdujo mi nombre en su ordenador y, un momento más tarde, todo mi historial empezó a llenar la pantalla. Debió decidir que era un ciudadano honrado porque me devolvió el pasaporte y me miró al rostro durante unos segundos.

—Usted y el teniente Okking pasan muchos ratos juntos —afirmó.

—Es una larga historia.

—Tardará diez minutos. Puede esperarle allí.

Di las gracias al policía y entré en el despacho de Okking. Era cierto, yo había pasado muchas horas en aquel lugar. El teniente y yo formábamos una curiosa alianza, si se tenía en cuenta que trabajábamos en lados opuestos de la ley. Me senté en la silla que estaba frente al escritorio de Okking y esperé. Pasaron diez minutos y empecé a ponerme nervioso. Miré los papeles apilados en grandes montones, e intenté leerlos al revés y de lado. Su bandeja de salidas estaba medio llena de sobres, pero había casi más trabajo apilado en la de entradas. Okking se ganaba cualquiera que fuese su flaco sueldo del departamento. Había un gran sobre de papel manila dirigido a un pequeño comerciante de armas de la Federación Nueva Inglaterra de Estados de América; un sobre pulcramente dirigido a una empresa llamada Universal Exports, en una dirección próxima a los muelles, me pregunté si sería una de las compañías con las que Hassan, o tal vez Seipolt, comerciaba, y un paquete excesivamente lleno dirigido a un fabricante de artículos de oficina del Protectorado de Brabante.

Había revisado casi toda la oficina de Okking cuando éste apareció al cabo de una hora.

—Espero no haberte hecho esperar —se excusó con aire distraído

—. ¿Qué demonios quieres?

—Yo también me alegro de verte, teniente. Acabo de tener una entrevista con Friedlander Bey.

Eso captó su atención.

—Oh. así que ahora haces recados para negros con delirios de grandeza. Lo olvidaba, ¿es un paso adelante o hacia atrás para ti, Audran? Supongo que el viejo encantador de serpientes te habrá dado un mensaje.

Asentí.

—Es sobre esos asesinatos.

Okking se sentó detrás de su mesa escritorio y me miró con inocencia.

—¿Qué asesinatos? —preguntó.

—Los dos con la vieja pistola y las dos degollinas. Seguro que te acuerdas. ¿O has estado demasiado ocupado recogiendo peatones imprudentes otra vez?

Me dirigió una mirada terrible y se pasó un dedo por la oscurecida mandíbula; necesitaba un afeitado urgente.

—Lo recuerdo —respondió con rudeza.

—¿Por qué piensa Bey que le concierne?

—Tres de las cuatro víctimas realizaban trabajos esporádicos para él, en los días en que pisaban con más vigor. Quiere asegurarse de que ningún otro empleado recibe el mismo trato. «Papa» tiene mucha conciencia cívica. No creo que te hayas percatado de ello.

Okking resopló.

—Sí, tienes razón. Siempre pienso en aquellos dos transexuales que trabajaban para él. Parecía como si hicieran contrabando de melones bajo sus suéteres.

—«Papa» cree que esos asesinatos están dirigidos contra él. Okking se encogió de hombros.

—Si lo están, los asesinos son pésimos tiradores. Ni siquiera han herido a «Papa».

—Él no lo entiende de ese modo. Las mujeres que trabajan para él son sus ojos, los hombres son sus dedos. Él mismo lo dijo a su manera cordial y maravillosa.

—¿Entonces Abdulay qué era? ¿Su culo?

Sabía que Okking y yo podíamos seguir así toda la noche. Le expliqué brevemente la insólita propuesta que Friedlander Bey me había planteado. Como esperaba, el teniente Okking tenía tan poca fe como yo.

—Ya sabes, Audran —dijo con sequedad—, que los grupos oficiales de refuerzo de la ley se preocupan mucho por su imagen pública. Ya estamos bastante desgastados ante los medios de comunicación, como para desmayarnos en los momentos importantes

y besar el culo de alguien como Friedlander Bey, porque nadie cree que pueda hacer ni una maldita cosa sobre esos asesinatos sin él.

Intenté contemporizar para que todo fuera mejor entre nosotros.

—No, no, no se trata de eso. Me estás mal interpretando, a mí y a los motivos de «Papa». Nadie dice que no puedas cazar a esos asesinos sin ayuda. Estos tipos no son más listos ni más peligrosos que los pobres y estúpidos desgraciados que encierras cada día. Friedlander Bey te lo sugiere porque sus propios intereses están implicados directamente; el trabajo en equipo ahorraría tiempo, esfuerzo y también vidas a todos. ¿No valdría la pena, teniente, si evitamos que uno solo de tus policías uniformados detenga una bala con el cuerpo?

—¿O que una de las putas de Bey se ligue a un cuchillo de carnicero? Sí, escucha, ya he recibido una llamada de «Papa», tal vez mientras venías hacia aquí. Ya he oído toda esta cantinela y estoy de acuerdo hasta cierto punto. Hasta cierto punto, Audran. No me gusta que ni tú ni él hagáis política de policía diciéndome cómo he de llevar mi investigación o interfiriendo de algún modo. ¿Lo entiendes?

Asentí. Conocía tanto al teniente Okking como a Friedlander Bey y lo que Okking dijera carecía de importancia. «Papa» lograría su propósito de cualquier modo.

—Así que estamos de acuerdo en eso —dijo el teniente—. Todo este asunto resulta raro, como si las ratas y los ratones fueran a la iglesia a rezar por la recuperación del gato. Cuando termine, cuando tengamos a estos dos asesinos, no esperes ninguna otra luna de miel. Luego seguirán las armas, las porras y el mismo viejo hostigamiento por las dos partes.

Me encogí de hombros.

—Los negocios son los negocios —dije.

—Estoy harto de oír esa frase. Ahora, fuera de mi vista.

Salí y bajé en el ascensor hasta la planta baja. Era una noche agradable y fresca, y una hinchada luna aparecía y desaparecía entre centelleantes nubes de metal. Caminé de regreso al Budayén, meditando. Tres días más tarde, tendría el cerebro lleno de cables. Había evitado pensar en esa cuestión desde que abandoné la casa de Friedlander Bey, ahora disponía de todo el tiempo del mundo para recapacitar sobre ello. No estaba nervioso, ni prevenido, sólo aterrorizado. Sentía que, de algún modo, Marîd Audran dejaría de existir y alguien nuevo despertaría de esa operación, y que yo nunca sería capaz de notar la diferencia. Jamás dejaría de molestarme, como una cáscara de palomita de maíz alojada entre mis dientes para siempre. Todos los demás notarían el cambio excepto yo, porque estaría dentro de él.

Me dirigí directamente al club de Frenchy. Cuando llegué, Yasmin se estaba trabajando a un tipo joven y delgado que llevaba unos

pantalones bombacho blancos atados a los tobillos y un abrigo de sport gris con quince años. Era probable que comprase todo su vestuario por un kiam y medio en la trastienda de un ropavejero. Olía a rancio, como el edredón de la abuela que se ha dejado demasiado tiempo en el desván.

La chica del escenario era una transexual llamada Blanca. Frenchy seguía la política de no contratar travestidos. Las chicas y los travestidos que se habían operado del todo se llevaban bien con él; pero las que permanecían indecisas, sin elegir uno u otro estado, le hacían sentir como si pudieran quedarse en medio de alguna otra importante transacción, y no quería sentirse responsable. Cuando entrabas en el club de Frenchy sabías que no ibas a encontrar a nadie con una polla más grande que la tuya, a no ser la del mismo Frenchy o la de otro cliente, y al saber esta horrible verdad no podías maldecir a nadie más que a ti mismo.

Blanca bailaba semiinconsciente, del modo peculiar en que lo hacían todas las bailarinas de un extremo al otro de la «Calle». Se movían al ritmo de la música, aburridas y cansadas, en espera de escapar del calor de los abrasadores focos. No dejaban de mirarse en los pringosos espejos que tenían a su espalda, o se volvían y contemplaban sus reflejos en la sala, más allá de los clientes. Sus ojos permanecían siempre fijos en algún espacio vacío a medio metro por encima de las cabezas de los clientes. La expresión de Blanca era un tímido intento por parecer agradable — «atractiva» o «seductora» no eran adjetivos que perteneciesen a su vocabulario profesional—; pero parecía como si tuviera mucha droga aislante-nerviosa en su mandíbula inferior y no hubiera decidido todavía si le gustaba. Mientras Blanca estaba en escena, se vendía a sí misma, se promocionaba como producto totalmente distinto a su propia imagen; ella misma, tal y como sería cuando bajase del escenario. Sus movimientos —tediosos en su mayor parte, imitaciones indolentes de movimientos sexuales— estaban pensados para encandilar a sus observadores; pero el baile tendría poco efecto si no fuera por los clientes que habían bebido mucho o que estaban encaprichados de esa chica en concreto. Había visto el baile de Blanca docenas, quizá cientos de veces, siempre al compás de la misma música, los mismos giros, los mismos pasos, los mismos golpes, los mismos gestos en los mismos instantes de la canción.

Blanca terminó su último número y se ganó un débil aplauso, la mayor parte procedente del tío que la invitaba a beber y que, según creo, estaba enamorado de ella. Cuesta un poco establecer una relación en un lugar como el de Frenchy, o en cualquier otro bar de la «Calle». Parece una paradoja, porque las chicas se apresuran a echarle el guante a cualquier hombre solo que entre en el local. Aunque la

conversación era bastante limitada:

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Juan Javier.

—Oh, qué bonito. ¿De dónde eres?

—De Nuevo Texas.

—Oh, qué interesante. ¿Cuánto hace que estás en la ciudad?

—Un par de días.

—¿Me invitas a una copa?

Eso era todo, no había más. Ni el mejor agente secreto internacional podría transmitir más información en tan breve lapso de tiempo. Todo eso ocultaba una atmósfera latente de depresión, como si las chicas estuvieran encerradas en ese trabajo, aunque la ilusión de absoluta libertad flotaba, casi visible, en el aire. «Cuando quieras irte, cariño, no tienes más que salir por esa puerta. » El camino que aguardaba tras esa puerta conducía sólo a dos sitios: otro bar igual al de Frenchy o el peldaño inferior de la escalera hacia el callejón sin retorno de la vida. «Hola, guapo, ¿buscas compañía?» Ya sabéis lo que quiero decir. Los ingresos son cada vez más bajos cuanto más vieja se hace la chica y pronto tienes gente como Maribel, que se lía a los tíos por el precio de un vaso de vino blanco.

Después de Blanca, una mujer auténtica, llamada Indihar, subió al escenario. Ése debía ser su verdadero nombre. Se movía igual que Blanca, contoneaba las caderas y los hombros, y casi no movía los pies. Al bailar, Indihar vocalizaba las palabras de las canciones en silencio, sin percatarse en absoluto de que lo hacía. Se lo pregunté a unas cuantas chicas, todas vocalizan las letras, pero ninguna se da cuenta de ello. Todas eran conscientes cuando se lo mencioné, pero, en cuanto subían al escenario, volvían a cantar para sí, como siempre. Creo que, así, el tiempo les pasa más rápido, les da algo que hacer además de mirar a los clientes. Las chicas se contonean, mueven los labios, hacen gestos banales con las manos, y balancean sus caderas porque la costumbre les hace balancearlas. Puede que eso resultara excitante a los hombres que nunca habían visto estas cosas, Frenchy debía cobrarles recargo en sus bebidas. Yo bebía gratis porque Yasmin trabajaba allí y porque entretenía a Frenchy. Si hubiera tenido que pagar, habría buscado algo mejor para pasar el rato. Cualquier cosa habría resultado más interesante, sentarme solo en la oscuridad, en una habitación en silencio, por ejemplo.

Esperé a que Indihar acabara su número y entonces Yasmin salió del vestuario. Me dirigió una amplia sonrisa que me hizo sentir especial. Dos o tres hombres dispersos por el bar aplaudieron, esa noche lo estaba haciendo bien, ganando dinero. Indihar sacó un corpiño de gasa y pasó entre los clientes en busca de propinas. Le solté un kiam y me dio un beso. Indihar es una buena chica. Juega limpio y

no se mete con nadie. Por mí, Blanca podía irse al diablo, pero Indihar y yo podríamos llegar a ser buenos amigos.

Frenchy llamó mi atención y me señaló con un gesto el final de la barra. Era un hombre grande, del tamaño de dos macarras marselleses, con una barba larga, espesa y negra que hacía que la mía pareciese la pelusa de la oreja de un gato. Me observó con sus negros ojos.

—¿Qué has estado haciendo, novio? —me preguntó. —Esta noche nada, Frenchy —le dije.

—Tu chica se lo está montando muy bien ella sola.

—Eso es bueno, porque he perdido hasta el último fíq por un agujero de mi bolsillo.

Frenchy me miró de reojo y se fijó en mi *galabiyya*.

—Esta prenda no tiene bolsillos, *mon noraf*.

—Fue hace unos días, Frenchy —dije, solemne —. Desde entonces, vivimos de amor.

Yasmin tenía conectado algún moddy de velocidad orbital y su baile era digno de verse. Todos los clientes olvidaron sus bebidas en las mesas, y las otras chicas las manos en sus regazos, y todos contemplaron a Yasmin.

Frenchy sonrió, sabía que yo nunca estaba tan arruinado como pretendía.

—El negocio va mal —dijo escupiendo en una pequeña taza de cristal.

A Frenchy el negocio siempre le va mal. Nadie habla jamás de prosperidad en la «Calle», da mala suerte.

—Oye, tengo que decirle algo importante a Yasmin cuando termine su número.

Frenchy sacudió la cabeza.

—Se trabaja a ese pavo de allí, el del fez. Espera a que le deje seco, entonces podrás hablar con ella todo lo que quieras. Si te esperas a que el pavo se vaya, haré que alguien ocupe su turno en escena.

—Alabado sea Alá —dije—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Me sonrió.

—Pide dos. Piensa que una es para mí y otra para ti. Bébete las dos. Ya no puedo soportar el género.

Se tocó el vientre e hizo una mueca amarga, luego se levantó y paseó por el local: saludaba a los clientes y les susurraba algunas palabras al oído de las chicas. Pedí dos bebidas a Dalia, la pequeña, cara redonda y animada chica de la barra del club de Frenchy. Conocía a Dalia desde hacía años. Dalia, Frenchy y Chiriga componían un trío prometedor de la «Calle» cuando ésta era sólo un camino de cabras que atravesaba el Budayén de uno a otro extremo. Antes de que el resto de la ciudad decidiera, con razón, amurallarnos e instalar el cementerio.

Cuando Yasmin acabó de bailar, le dedicaron un largo y fuerte aplauso. Su bote de propinas se llenó con rapidez y luego se apresuró a volver con el pavo enamorado, antes de que otra puta se lo robara. Yasmin me dio un fugaz y afectivo pellizco en el culo al pasar junto a mí.

La observé durante hora y media reírse y hablar y abrazar a aquel bastardo bizco, hijo de una perra amarilla. Su dinero se agotó y tanto él como Yasmin parecieron entristecerse. Su asunto había tenido un final prematuro. Se despidieron con cariño, casi con pasión, y prometieron que nunca olvidarían esa tarde feliz. Cada vez que veía a uno de esos malditos capullos magreando a Yasmin —o a cualquiera de las otras chicas—, me acordaba de los hombres anónimos que manoseaban a mi madre. De eso hacía mucho tiempo, pero mi memoria funciona demasiado bien para ciertas cosas. Miré a Yasmin y me dije que aquello era sólo un trabajo; pero no podía evitar el amargo sentimiento de asco que surgía de mis entrañas y me daban ganas de empezar a romper cosas. Vino corriendo junto a mí, empapada en sudor.

—¡Creí que ese hijo de puta no iba a soltarme nunca! —suspiró. —Es tu encantadora presencia —dije con amargura—. Es tu turbadora conversación. Es la fuerte cerveza de Frenchy.

—Sí —repuso Yasmin, molesta por mi fastidio—, tienes razón. — He de hablar contigo.

Yasmin me miró y respiró a fondo. Enjugó su rostro con una servilleta limpia de la barra. Supongo que debí parecerle extrañamente sombrío. De cualquier modo, le relaté los acontecimientos de la tarde: mi segunda cita con Friedlander Bey, nuestras —es decir, sus— conclusiones y cómo había fracasado mi intento de impresionar al teniente Okking. Cuando acabé, hubo un turbador silencio a mi alrededor.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Frenchy.

No había notado su regreso. No me había dado cuenta de que había estado escuchando furtivamente, pero era su local y nadie conocía sus recodos mejor que él.

—¿Vas a modificarte el cerebro? —me preguntó Yasmin sin aliento. La idea le pareció muy emocionante. Excitante, ya sabéis a lo que me refiero.

—Estás loco si lo permites —dijo Dalia. Ésta era lo más genuinamente conservador que se podía encontrar en la «Calle»—. Mira lo que hace a la gente.

—¿Qué hace a la gente? —gritó Yasmin, enfadada, mientras tocaba su moddy.

—Oh, lo siento —dio Dalia, y se fue a limpiar una imaginaria cerveza derramada, en el extremo más alejado de la barra.

—Piensa en todas las cosas que podríamos hacer juntos —dijo Yasmin, soñadora.

—Quizá así no soy lo bastante bueno para ti —repliqué, algo herido.

Su semblante se entristeció.

—Marîd, no se trata de eso. Sólo que…

—Es tu problema —dijo Frenchy—, y a mí no me incumbe. Me voy a la trastienda a contar el dinero de esta noche. No me ocupará mucho tiempo.

Desapareció tras una raída cortina dorada que servía de frágil barrera al vestuario y a su oficina.

—Es irreversible —dije—, una vez hecho, hecho está. No se puede retroceder.

—¿Alguna vez me has oído decir que quería arrancarme los cables?—me preguntó Yasmin.

—No —admití.

Era la irrevocabilidad lo que me irritaba.

—No me he arrepentido ni por un instante, y tampoco conozco a nadie que le haya ocurrido.

Me humedecí los labios.

—Tú no entiendes…

No pude terminar mi argumentación. Ni expresar qué era lo que ella no entendía.

—Sólo estás asustado —dijo.

—Sí —respondí.

Ése era un buen principio.

—«Medio Hajj» tiene el cerebro preparado, y no es ni la mitad de hombre que tú.

—Y todo lo que ha conseguido es mancharlo todo con la sangre de Sonny. No se necesitan moddies para comportarse como un loco, puedo hacerlo yo solo.

De repente, una mirada soñadora y fantasiosa brilló en sus ojos. Sabía que se le había ocurrido algo fascinante, y que eso significaba malas noticias para mí.

—Oh, Alá y la Virgen María en la habitación de un hotel —dijo bajito. Creo que era la blasfemia favorita de su padre—. Es tal como dijo el hexagrama.

—El hexagrama.

Yo había olvidado ese asunto del / *Ching* al instante de que Yasmin acabara de explicármelo.

—¿Recuerdas lo que dijo de que no tuvieras miedo de atravesar las grandes aguas?

—Sí. ¿Qué grandes aguas?

—Las grandes aguas representan algún cambio importante en tu

vida. Modificar tu cerebro, por ejemplo.

—Ah. Y dijo que encontraría al gran hombre. Ya lo he encontrado, dos veces.

—Dijo que debías esperar tres días antes de empezar y tres días antes de completarlo.

Conté rápido: viernes, sábado, domingo. El lunes me iban a hacer eso, después de tres días.

—¡Oh, demonios! —murmuré.

—Y dijo que nadie te creería, que te mantuvieras firme en la adversidad y que no sirvieras ni a reyes ni a príncipes, sino a fines más elevados. Eso es, Marîd.

Me besó y me sentí enfermo. Ahora no había forma de escapar a la cirugía, a no ser que huyera y empezara una nueva vida en algún otro país, espantando a las cabras y las ovejas a mi alrededor y comiendo unos cuantos higos cada dos días para subsistir, como los demás *fellahin*.

—Soy un héroe, Yasmin —dije—,, y, a veces, los héroes tenemos asuntos secretos que atender. He de irme.

La besé tres o cuatro veces, pellizqué su pezón derecho para que me diera suerte y me levanté. Mientras salía de Frenchy, di una palmada al culo de Indihar, que se volvió hacia mí y me sonrió. Me despedí de Dalia. Y simulé que Blanca ni siquiera existía.

Caminé por la «Calle» hasta el Silver Palm, sólo para ver qué hacía la gente y qué ocurriría. Mahmud y Jacques estaban sentados a una mesa, tomaban café y mojaban *hummus* en él con pan de pita. «Medio Hajj» no estaba allí, tal vez se encontrara excitándose con gigantescos picapedreros heterosexuales, por gusto. Me senté con mis amigos.

—Que tú… y etcétera, etcétera —dijo Mahmud.

Nunca se preocupaba por las formalidades.

—Tú también —dije.

—He oído que vas a modificarte el cerebro —dijo Jacques—. Una decisión crucial. Un asunto importante. Estoy seguro de que has considerado los pros y los contras.

Yo estaba atónito.

—Las noticias vuelan.

Mahmud levantó las cejas.

—Para eso son noticias —dijo, entre bocado y bocado de pan con *hummus*.

—Deja que te invite a un café —me ofreció Jacques.

—Alabado sea Alá —repuse—, pero necesito algo más fuerte.

—Es mejor así —dijo Jacques a Mahmud—. Marîd tiene más dinero que nosotros dos juntos. Ahora está en la nómina de «Papa».

No me gustó nada que se divulgase tal rumor. Fui al bar y pedí mi

ginebra, bingara y lima. Desde detrás de la barra, Heidi me ofreció una sonrisa forzada, sin hablarme. Era guapa, cielos; una de las mujeres auténticas más hermosas que he visto en mi vida. Siempre llevaba la ropa adecuada como les gustaría a algunos travestidos y transexuales, con sus cuerpos comprados. Heidi tenía unos hermosos ojos azules y un fino y pálido flequillo. No sé por qué, los flequillos de las mujeres jóvenes me ponen siempre nervioso. Creo que es la «camarerofilia». Si me hiciera un profundo examen, encontraría rasgos de todas las cualidades reprobables conocidas por el hombre. Siempre había deseado conocer bien a Heidi, pero yo pensaba que no era su tipo. Quizá pudiera conseguir ser su tipo en moddy, y cuando tuviera mi cerebro preparado…

Mientras esperaba a que mezclase mi bebida, una voz hizo otro pedido a unos siete metros, más allá de un grupo de hombres y mujeres coreanos que, sin duda, pronto se darían cuenta de que no se hallaban en el lugar adecuado de la ciudad.

—Un martini con vodka, seco. Wolfschmidt de antes de la guerra, si tiene, agitado y sin revolver. Con una tira de cáscara de limón.

Bueno, ahora, dije para mí. Esperé a que Heidi volviera con mi bebida. Pagué y agité el licor y el hielo en perfectos círculos, en sentido contrario a las agujas del reloj. Heidi me entregó el cambio, recibió un kiam que le di de propina e inició una conversación educada. La interrumpí con bastante rudeza. Estaba más interesado en el martini con vodka.

Cogí mi vaso y me alejé de la barra lo bastante como para ver bien a *James Bond.* Era tal como lo recordaba del breve encuentro en el club de Chiri y de las novelas de lan Fleming: cabello negro con raya a un lado, un rizo que caía en un revoltoso trazo sobre el ojo derecho y una cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha. Tenía las cejas juntas y negras, y una nariz larga y recta. Su labio superior era corto y su boca, aunque relajada, daba cierta sensación de crueldad. Tenía aspecto de despiadado. Había pagado un buen fajo de billetes a una pandilla de cirujanos para que le diesen ese aspecto. Miró hacia mí y me sonrió. Me pregunté si recordaría nuestra cita anterior. Mientras me observaba, arrugó la comisura de sus ojos azul grisáceos. Tuve la indudable impresión de que, en realidad, yo era el observado. Llevaba una sencilla camiseta de algodón, pantalones tropicales, sin duda británicos, y sandalias de cuero negro acordes al clima. Pagó su martini y se me acercó con una mano extendida.

—Me alegro de volver a verte, viejo —dijo.

Estreché su mano.

—No creo haber tenido el honor de conocerle, caballero —dije en árabe.

Bond me respondió en un francés perfecto.

—Otro bar, en otras circunstancias. No tuvo mayores consecuencias. Todo salió bien al final.

Habría salido bien para él. Por el momento, el ruso muerto no tenía ninguna opinión.

—Que Alá me perdone, mis amigos me esperan —dije.

Bond esbozó su famosa media sonrisa. Y me contestó con un dicho árabe, en perfecto árabe del lugar:

—Lo que ha muerto, ha pasado —dijo, encogiéndose de hombros.

No estaba seguro de si *Bond* intentaba decir que lo pasado, pasado estaba, o que sería buena política para mí olvidar las muertes recientes. Asentí, desconcertado por la fluidez de su idioma. Entonces recordé que llevaba un moddy de *James Bond.* probablemente con un daddy de árabe conectado. Llevé mi bebida a la mesa donde Mahmud y Jacques estaban sentados, y escogí una silla desde la que pudiera vigilar la barra y la única entrada al bar. Mientras me sentaba, *Bond* había acabado su martini y salía a la empedrada «Calle». Sentí una cobarde ráfaga de indecisión: ¿qué se suponía que debía yo hacer? ¿Tenía esperanzas de cazarle ahora, antes de que modificaran mi cerebro? Me encontraba desarmado. ¿Qué bien podía hacer atacando a *Bond* prematuramente? Aunque Friedlander Bey, con toda seguridad lo consideraría una oportunidad desperdiciada, que quizá significase la muerte de alguien, alguien querido…

Decidí seguirle. Dejé mi bebida sin probar sobre la mesa y no ofrecí ninguna explicación a mis amigos. Me levanté de la silla y salí por la puerta del Silver Palm, a tiempo para ver a *Bond* girar a la izquierda, hacia una calle adyacente. Le seguí con sigilo. Pero no con el suficiente cuidado, porque cuando me detuve en la esquina y observé a mi alrededor con precaución, *James Bond* había desaparecido. No existía ninguna otra paralela a la «Calle» por la que pudiese haber girado. Debía haber entrado en alguno de los edificios bajos, encalados y de tejado plano de la manzana. Al menos era alguna información. Ya había dado la vuelta para volver al Silver Palm, cuando sentí un fuerte dolor detrás de la oreja izquierda. Caí de rodillas y una fornida y bronceada mano me cogió del ligero tejido de mi *galabiyya* y me arrastró hacia mis pasos. Murmuré algunas maldiciones y levanté el puño. El canto de su mano me golpeó en el hombro y mi brazo se desplomó, aturdido e inutilizado.

James Bond se rió con tranquilidad.

—Siempre que veis a un europeo bien vestido en uno de vuestros mugrientos y pintorescos bares, creéis que podéis ir tras él y privarle de su cartera. Bien, amigo mío, a veces, uno se equivoca de europeo.

Me abofeteó aunque no muy fuerte, me arrojó contra la pared y me miró como si le debiera una explicación o una disculpa. Decidí que tenía razón.

—Mil perdones, *effendi* —murmuré.

En algún lugar de mi mente nació la idea de que ese *James Bond* tenía mucho mejor aspecto que hacía un par de semanas, cuando permitió que le echara del club de Chiri. Esa noche, su maldito mechón negro no estaba fuera de lugar. Ni siquiera respiraba con dificultad. Todo tenía una explicación lógica. Dejé que «Papa» o Jacques o el / *Ching* lo averiguaran, me dolía mucho la cabeza y los oídos me repiqueteaban.

—No te molestes con toda esa palabrería de *effendi* —dijo con severidad—. Eso es una adulación turca y tengo algunas quejas contra los turcos. Aunque no eres turco, lo desmiente tu aspecto.

Su boca, algo cruel, hizo un gesto malicioso. Entonces, se largó, como si yo no constituyera una amenaza para su seguridad o su cartera. A fuer de sincero, ésa era la pura verdad. Acababa de tener mi segundo encuentro con el hombre que se llamaba *James Bond* a sí mismo. Por el momento, ganábamos un punto cada uno de un posible tanteo de dos. No había prisa alguna por jugar el partido de desempate. Parecía haber aprendido mucho desde nuestro último encuentro o, por alguna razón especial, me permitió que le echase con tanta facilidad del club de Chiri. Aquí estaba en clara desventaja.

Mientras caminaba despacio y dolorido hacia el Silver Palm, tomé una decisión importante: le diría a «Papa» que no le ayudaría. No sólo porque temía que me preparasen el cerebro, mierda, sino porque ni con él modificado de aquí al cumpleaños del Profeta, podría competir con esos asesinos. Ni siquiera era capaz de seguir a *James Bond* una maldita manzana en mi propio barrio sin que me dieran una patada en el culo. No tenía la más mínima duda de que *Bond* podía haberme tratado con más rudeza, si hubiera querido. Pensó que era un ladrón, un vulgar ratero árabe y me trató como se suele tratar a los vulgares ladrones árabes. Debió ser su lance del día.

No, nada me persuadiría de lo contrario. No necesitaba tres días para pensarlo. «Papa» y su maravilloso plan podían irse al infierno.

Volví al Sil ver Palm y acabé mi bebida de dos grandes tragos. Entre las protestas de Mahmud y de Jacques, dije que había tenido que marcharme. Besé a Heidi en la mejilla y le susurré una proposición licenciosa al oído, la misma proposición que siempre le susurraba, y me respondió con el mismo molesto rechazo. Pensativo, regresé al club de Frenchy para explicarle a Yasmin que no sería un héroe, que no serviría a grandes fines, ni a reyes, ni a príncipes y el resto de esa estupidez. Yasmin no estaría de acuerdo conmigo y era probable que no jadeara con ella en . una semana, pero eso era mejor que dejar que me degollaran y esparcieran mis cenizas sobre la planta de tratamiento de residuos.

Tendría que dar un montón de explicaciones a todo el mundo, y

también un montón de disculpas. Todos, desde Selima, Chiri, el sargento Hajjar y el propio Friedlander Bey, pedirían mis huevos, pero había tomado una decisión. Yo era yo, y no me presionarían a aceptar un destino terrible, aunque moralmente justo y bueno para la comunidad como ellos pretendían. La copa del Silver Palm, las dos del local de Frenchy, un par de trifets, cuatro soneínas y ocho paxium estaban de acuerdo conmigo. Antes de regresar al club de Frenchy, la noche era cálida e inofensiva y estaba totalmente de mi parte, y todos los que me instaban a llenar mi cerebro de cables se hallaban sometidos en un profundo y oscuro agujero en el que yo planeaba no mirar nunca. Por mí, podían joder a otro tonto. Yo dirigía mi propia vida.

11

El viernes fue un día de descanso y recuperación. Últimamente, mi cuerpo había sido maltratado y golpeado por un montón de gente, algunos eran amigos y conocidos, a otros había estado a punto de cazarles en un callejón oscuro hacía poco. Una de las mejores cosas del Budayén es la profusión de callejones oscuros. Creo que han sido planeados ex profeso. En algún lugar de alguna sagrada escritura dice: «Y serán obligados a construir oscuros callejones donde los insolentes y los pecadores se abrirán la cabeza por turnos, y, de igual modo, sus gruesos labios serán partidos, e incluso esto será agradable a los ojos del cielo». No podría citaros con exactitud la procedencia de este versículo. Lo debí soñar el viernes, por la mañana temprano.

Las «Viudas Negras» habían sido las primeras en zurrarme, varios criados de Lutz Seipolt, Friedlander Bey y el teniente Okking me habían hecho sufrir, igual que sus pulcros y sonrientes amos, y la noche anterior había sido benignamente castigado por ese *James Bond* lunático. Mi caja de píldoras estaba vacía, nada, excepto el polvo de color pastel en el fondo que podía recoger con los dedos, en espera de un miligramo de ayuda. Los opiáceos fueron los primeros en acabarse, la provisión de soneína que había comprado a Chiriga y luego al sargento Hajjar se había agotado en rápida progresión, al ritmo que las punzadas y los espasmos de dolor de mi cuerpo aumentaban. Cuando las soneínas se terminaron probé con los paxium, las pequeñas píldoras de lavanda que algunos consideran el último regalo del universo de la química orgánica, la «Respuesta a todas las pequeñas preocupaciones de la vida», aunque estoy llegando a la conclusión de que no valen su peso en moco de chacal. De cualquier forma, las tomé y las bañé en unos tragos del Jack Daniels que Yasmin trajo de su trabajo a casa. Muy bien, quedaban los asfixiantes triángulos azules. En realidad, no sé qué demonios hacen contra el dolor, pero estaba dispuesto a ofrecerme voluntario para la investigación. La ciencia avanza. Me tomé los tres trifets y el efecto fue fascinante, desde el punto de vista farmacológico. En media hora, empecé a sentir un enorme interés por mi ritmo cardíaco. Me tomé el pulso: algo así como cuatrocientas veintidós pulsaciones por minuto, pero me distraje con los lagartos fantasmas que reptaban por los extremos de mi visión periférica. Estoy casi convencido de que, en realidad, mi corazón no bombeaba tan rápido.

Las drogas son tus amigas, trátalas con respeto. No arrojarías a tus amigos a la basura. No tirarías a tus amigos por el retrete. Si tratas de esa forma a tus amigos y a tus drogas, no mereces a ninguno de los dos. Dámelos a mí. Las drogas son maravillosas. No escucharé a nadie

que intente convencerme de que las deje. En todo caso, abandonaría la comida y la bebida; de hecho, a veces lo hago.

El efecto de todas esas píldoras era que mi mente delirase. En realidad, ninguna señal de vida era reconfortante. La vida estaba adquiriendo un tono sombrío, agrio, punzante de verdad y horrible, que no me gustaba nada.

Para colmo, recordé que Saied «Medio Hajj» me había dado un par de cápsulas de RPM. Es la misma mierda que Bill, el taxista, hace discurrir por sus venas todo el tiempo, a costa de su alma inmortal. Tenía que acordarme de no viajar con Bill nunca más. Jesús, ese material asusta de verdad y lo peor era que había pagado dinero contante y sonante por el privilegio de ponerme así de asqueroso. En ocasiones, las cosas que hago me molestan, y tomo la resolución de enmendarme. Lo prometí cuando bajé del RPM, si es que lo había hecho alguna vez…

El viernes era *sabbath,* un día de descanso excepto para todos aquellos del Budayén que reanudaban el trabajo en cuanto el sol se ponía. Observamos el mes sagrado del Ramadán, pero los policías de la ciudad y los buenos de la mezquita nos dejan un poco libres los viernes. Se sienten felices por cooperar en lo que pueden. Yasmin se fue a trabajar y yo me quedé en la cama leyendo a Simenon; creo que lo había leído a los veinte años y luego un par de veces más. Es difícil explicar lo que pasa con Simenon. Escribe el mismo libro una docena de veces; pero tiene tantos libros distintos, escritos una docena de veces, que debes leerlos todos y luego clasificarlos por una especie de orden racional en función de una base lógica, temática, que siempre se me escapa. Los empiezo por el final (si está impreso en árabe) o por el principio (si está en francés) o por la mitad (si tengo prisa o estoy demasiado lleno de mis amigas, las drogas).

Simenon. ¿Por qué hablaba yo de Simenon? Iba a conducirme a un punto crucial y revelador. Simenon sugiere a lan Fleming, los dos son escritores, los dos hacen *thrillers,* cada uno a su modo, los dos están muertos y ninguno sabía cómo hacer un buen martini: el «agitado pero no revuelto» de Fleming, ¡por la inefable teta izquierda de mi santa y puta madre! lan Fleming conduce lisa y llanamente hasta *James Bond.* El hombre del moddy de *James Bond* no volvió a dejar ninguna otra huella de cero cero siete en la ciudad, ni la colilla de un Morlands Special con los anillos dorados, ni una rodaja de cáscara de limón, ni un agujero de bala de Beretta. Sí, con Bogatyrev y Devi había utilizado la Beretta, la pistola que *Bond* prefería en las primeras novelas de Fleming, hasta que algún lector avispado le indicó que era un «arma de mujer», sin poder decisivo. Así que Fleming hizo que *Bond* se pasara a la Walter PPK, una automática pequeña, pero fiable. Si nuestro *James Bond* hubiera empleado la Walter, habría

hecho un boquete peor en el rostro de Devi; la Beretta le hizo un agujero bastante pulcro y pequeño, como la argolla de una lata de cerveza. El sopapo que me dio fue lo último que alguien vio u oyó de *James Bond* en la ciudad. Me parece que no soportaba el aburrimiento.

Existe otra razón de primer orden para daros a conocer medicinas y correctivos. El aburrimiento puede resultar tedioso; pero no cuando te tomas el pulso a más de cuatrocientas pulsaciones por minuto. Por la vida de mi barba y las sagradas pelotas del Apóstol de Dios, que las bendiciones de Alá y la paz estén con él; en realidad, ¡sólo quería dormir! Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, un efecto estroboscópico en blanco y negro empezaba a destellar, y ante mí flotaban cosas púrpura y verde, cosas gigantescas. Grité, mas no me dejaban solo. No comprendía que Bill pudiera conducir su taxi a través de ellas.

Así transcurrió el viernes, en un breve resumen. Yasmin regresó a casa con el Jack Daniels, maté el resto de mis provisiones de drogas, pasó el mediodía y, cuando me desperté, Yasmin se había ido. Era sábado ya. Tenía dos días más para disfrutar de mi cerebro.

A primeras horas de la tarde del sábado, noté que mi dinero se había evaporado. Deberían quedarme aún algunos kiam. Había gastado un poco, desde luego, y seguramente me había fundido algo más que no había contado. Sin embargo, tenía la sensación de que debían quedarme más de los noventa kiam que encontré en mi bolsa. Los noventa kiam no me iban a dar para mucho. Unos téjanos nuevos me costarían cuarenta ornas.

Empezaba a sospechar que Yasmin se dedicaba a ordeñar mis finanzas. Es algo que odio en las mujeres, incluso en aquellas cuyos rasgos genéticos celulares dicen que son hombres todavía. Jo-Mama asegura: «Precisamente, porque la gata tiene a los gatitos en el horno no les hace galletas». Busca un chico guapo, córtale sus *couilles* y cómprale un balcón de silicona que pueda alojar cómodamente a una familia de tres, y estará vaciando tu cartera antes de que te des cuenta. Se toman todas tus pastillas y tus cápsulas, se gastan tu dinero, te putean sobre la maldita sábana y la manta, se miran toda la noche, arrebatadas, en el espejo del cuarto de baño, hacen inocentes comentarios sobre las pavas imponentes que pasan en dirección contraria, quieren que las tomes después de una hora de haberte agotado follándolas en las alfombras, y luego se ponen hechas unas fieras porque miras por la ventana con una ligera expresión de fastidio en el rostro. ¿Qué tiene eso de malo, cuando una diosa casi perfecta deambula por tu apartamento, y decora el suelo con su ropa interior sucia? Debes tomar algo para elevarte la moral, pero la preciosa puta lo ha consumido todo ya, ¿recuerdas?

Sólo quedaba un día y medio de cerebro de Marîd Audran tal y

“J” gonorreico por no seguir con el plan de «Papa». En un minuto, todo estaba dispuesto: el lunes por la mañana iba a reunirme con los cirujanos de Friedlander Bey y electrificar mis pensamientos. Al minuto siguiente, sería un asqueroso bastardo que no se preocuparía por lo que a sus amigos les sucediera. Ella no se acordaba de si iban a modificarme el cerebro o no. No podía retroceder lo suficiente como para recordar el último argumento. (Yo sí: no iban a modificármelo, y punto.) Ni el viernes ni el sábado salí de la cama en todo el día. Miré las sombras alargarse y empequeñecerse y volver a agrandarse. Oí al muecín llamar a los fieles a la oración, y después, a mí me pareció unos minutos más tarde, volvió a llamarles. Dejé de prestar atención a Yasmin y a sus malos humores en algún momento del sábado por la tarde, antes de que se preparase para ir a trabajar.

Andaba de un lado a otro de la habitación, mientras me llamaba todo tipo de originales insultos; algunos no los había oído nunca, a pesar de mis años de vagabundeo. Eso sólo me hizo querer a esa pequeña puta aún más. No salí de la cama hasta que Yasmin se fue a Frenchy. Mi cuerpo pasaba de las sacudidas y los escalofríos a los accesos de fiebre, estaba tan mal que tuve que tranquilizarme en la ducha. Después, me eché en la cama y me puse a temblar y a sudar. Empapé las sábanas y la funda del colchón y me cogí a la sábana con los nudillos blancos. Los lagartos fantasma reptaban ahora por mi rostro y mis brazos, aunque con menos frecuencia. Me sentí lo bastante seguro como para volver a ir al baño, algo que pensaba hacía rato. No tenía hambre, pero sí un poquito de sed. Me bebí un par de vasos de agua y me volví a meter en la cama, tiritando. Me hubiera gustado que Yasmin regresara a casa.

Pese a los enfermizos efectos de la sobredosis de droga y mi creciente temor, borré el lunes por la mañana de mi mente. La noche del sábado la pasé con más sudores fríos y fiebre remitente, y contemplé insomne el techo, incluso después de que Yasmin volviera, borracha, a dormir. El domingo, justo antes de la salida del sol, mientras se arreglaba para ir a trabajar, salí de la cama y me puse, desnudo, detrás de ella. Se pintaba los ojos, ponía expresiones divertidas y se maquillaba los párpados con cosméticos de algún almacén de puta rica de fuera del Budayén. Ella no empleaba cosméticos baratos de los bazares como todo el mundo, como si alguien en Frenchy pudiera examinarla bien en esa oscuridad. Era el mismo maquillaje que vendían en los tenderetes del zoco, pero Yasmin pagaba elevados precios por él en la ciudad. Quería estar arrebatadora en escena, cuando ni siquiera un estúpido loco le miraría los ojos. Buscaba un efecto combinado de azul y verde bajo sus anchas y repasadas cejas. Luego se dedicó a espolvorear elegantes y resplandecientes destellos dorados. Los destellos era lo más difícil. Los

hizo uno a uno.

—Vete pronto a la cama —dijo.

Eso me disgustó. —Tu cerebro, ¿te acuerdas?

—Mi cerebro, lo recuerdo —dije—. No va a ningún sitio raro. No he trazado ningún plan para él.

—¡Van a modificarte tu inútil cerebro!

Se volvió hacia mí como un gavilán en el nido hacia un halcón. —No, la última vez que pensé sobre ello, decidí que no.

Agarró su pequeño bolso de noche azul.

—Bien, hijo de puta, de horrible madre *kaffir* —gritó—, ¡que te jodas, tú y el caballo que montas!

Al salir de mi apartamento hizo más ruido del que creí que fuera posible hacer, y eso fue antes de que cerrara la puerta. Todo quedó en silencio después del portazo, lo que me hubiera permitido pensar. Pero fui incapaz de hacerlo. Caminé por la habitación, quité una o dos cosas, cambié a puntapiés mi ropa de derecha a izquierda y al revés, y me tumbé en la cama. Había estado tanto tiempo acostado que no era agradable volver a ella; pero no había mucho más que hacer. Miré la oscuridad de la habitación extenderse y alcanzarme. Tampoco eso era ya excitante. El dolor había desaparecido, la histeria provocada por la sobredosis, también; mi dinero se había evaporado, y Yasmin no estaba conmigo. Reinaba la paz y la alegría. Odié cada maldito segundo.

En ese silencioso centro de reposo y despreocupación, libre del frenesí que me había rodeado esos días, me sorprendí a mí mismo con un retazo de verdadera intuición. Me felicité por caer en la cuenta de que el hombre del moddy de *James Bond* empuñaba una Beretta en lugar de una Walter. Pensar en él me condujo a otra idea, y juntos provocaron una o dos ideas más, y todo iluminó un detalle inexplicable que, por lo menos, llevaba un par de días cociéndose en mi memoria. Repasé mi última visita al teniente Okking. Recordé que no parecía estar nada interesado en mis teorías o en las proposiciones de Friedlander Bey. Eso no era tan raro. Okking se resistía a las intromisiones de nadie. Le molestaban aunque fueran intromisiones positivas, en forma de auténtica ayuda. No era en Okking en quien se centraban mis pensamientos, sino en algo de su despacho.

Uno de los sobres estaba dirigido a Universal Export. Recordaba haberme preguntado sin mucha atención si Seipolt trabajaba en esa compañía o si Hassan el chifla había recibido unos curiosos embalajes de ella. El nombre de la compañía era tan común que probablemente habría cientos de Universal Export por todo el mundo. Quizá Okking enviaba una orden de pedido por correo de algún mueble de mimbre de jardín para ponerlo junto a la barbacoa de su patio.

El carácter común de Universal Export era la razón por la que M. ,

el jefe de la sección especial cero cero de *James Bond,* lo empleara como falsa cobertura y nombre en clave en los libros de Tan Fleming. El olvidadizo nombre nunca habría acudido a mi memoria sin esa relación con las aventuras de *James Bond.* Quizá Universal Export era una referencia encubierta al hombre que llevaba el moddy de *James Bond.* ¡Cómo me hubiera gustado recordar la dirección de aquel sobre!

Me senté, confuso. Si la explicación de *Bond* era cierta, ¿qué pintaba aquel sobre en la casilla de salidas del teniente Okking? Me dije que estaba poniéndome tan nervioso como un saltamontes en una sartén. Buscaba miel donde era probable que no hubiera abejas. Volví a notar el estómago revuelto. Me sentía arrastrado sin quererlo a una confusión de senderos tortuosos y mortales.

Era el momento de actuar. Había pasado el viernes, el sábado y la mayor parte del domingo paralizado entre las gastadas y asquerosas sábanas. Era el momento de empezar a moverse, salir del apartamento y abandonar ese morbo y ese miedo asiduos. Tenía noventa kiam. Podía comprarme algunos butacuálidos y tener un sueño decente.

Saqué la *galabiyya,* que empezaba a estar un poco sucia, las sandalias y mi *libdeh,* el gorro ajustado. Camino de la puerta agarré mi bolsa y bajé la escalera de prisa. De repente quería conseguir algunos butacuálidos. Me refiero a que los necesitaba de verdad. Había pasado tres días horribles, sudando demasiado, expulsando cualquier porquería de mi cuerpo y, de repente, se me ocurría comprar más. Anoté en mi imaginación que debía frenar un poco el consumo de drogas, arrugué la imaginaria nota y la tiré a una papelera también imaginaria.

Parecía que los butacuálidos escaseaban. Chiriga no tenía ninguno pero me dio una copa de tende gratis mientras me contaba la cantidad de problemas que tenía con la chica nueva y que todavía guardaba el moddy de Dulce Pilar para mí. Recordé el anuncio holoporno fuera de la tienda de la vieja Laila.

—Chiri —dije —, estoy pasando una gripe o algo parecido, pero te prometo que iremos a cenar alguna noche de la semana que viene. Entonces *inshallah.* probaremos tu moddy.

Ni siquiera sonrió. Me miró como si observara un pez herido que se agita en el agua.

—Marîd, querido —repuso con tristeza—, ahora en serio, hazme caso, tienes que acabar con esas píldoras. Te estás haciendo mierda.

Tenía razón, pero no gusta oír esos consejos de nadie. Asentí, tragué el resto del tende y salí del club sin decir adiós.

Me reuní con Jacques, Mahmud y Saied en el Big Als Old Chicago. Me dijeron que estaban arruinados, tanto en lo financiero como en lo medicinal.

—Me alegro de volver a veros —dije.

—Marîd —comenzó Jacques—, quizá no sea de mi…

—No lo es —le interrumpí.

Pasé por el Silver Palm. Tampoco allí había acción. Fui a la tienda de Hassan, pero él no estaba en la trastienda, y su pollo americano me miró con ojos voluptuosos. Entré en el Red Light —empezaba a desesperar—, y Fátima me dijo que el amigo de una de sus chicas blancas tenía una maleta llena de mercancía variada, pero que no llegaría hasta quizá las cinco de la mañana. Le dije que si no se presentaba nada mejor hasta entonces, volvería. Fátima no me invitó a una copa.

Por último, en el refugio helénico de Jo-Mama, tuve un poco más de suerte. Compré seis butacuálidos a la segunda chica de la barra de Jo-Mama, Rocky, otra mujer corpulenta de cabello negro, corto e hirsuto. Rocky se pasó un poco en el precio, aunque, en ese momento, no me importó. Me ofreció, para tragármelas, una cerveza a cuenta de la casa pero le dije que me iba a mi habitación y a meterme en la cama.

—Sí, tienes razón —dijo Jo-Mama—, tienes que acostarte temprano para levantarte por la mañana, haragán, y que te abran el cráneo.

Cerré los ojos un instante y suspiré.

—¿Dónde has oído eso? —pregunté.

Jo-Mama dibujó una algo ofendida, aunque inocente por completo, expresión en su rostro.

—Todo el mundo lo sabe, Marîd. ¿Verdad, Rocky? Eso es lo que nadie creía. Quiero decir, que te modificaras el cerebro. Seguro que lo próximo que oímos es que Hassan se dedica a regalar alfombras o rifles o artesanía a los primeros veinte que llamen a su puerta.

—Tomaré esa cerveza —acepté, muy cansado.

Rocky me puso una. Por un momento, nadie supo si ésa era la cerveza gratis o si ya la había tomado y se trataba de otra que debería pagar.

—Ésta es a mi cuenta —dijo Jo-Mama.

—Gracias, Mama. No van a modificarme el cerebro. —Tomé un largo trago de cerveza—. No me importa lo que digan, no me importa quién lo diga. Soy yo, Marîd, el que habla: no van a modificarme el cerebro. *¿Comprende?*— Jo-Mama se encogió de hombros como si no me creyese; después de todo, ¿qué era mi palabra contra la de la «Calle»?

—Voy a contarte lo que sucedió anoche aquí —comentó ella, a punto de iniciar una de sus inacabables y divertidas historias.

Casi quería oírla porque tenía que ponerme al día de las noticias, pero fui rescatado.

—¡Estás aquí! —gritó Yasmin, que irrumpió en el bar y me dio un

violento golpe con el bolso.

Agaché la cabeza, pero me golpeó en el costado.

—¡Qué demonios…! — empecé a decir.

—Hacedlo en la calle —ordenó Jo-Mama de forma automática.

Parecía tan sorprendida como yo.

Yasmin no estaba de humor para escucharnos a ninguno de los dos. Me agarró por la muñeca, su mano era tan fuerte como la mía y mi muñeca estaba cogida.

—Ven conmigo, soplapollas.

—Yasmin, cierra tu jodida boca y déjame en paz.

Jo-Mama sacó su taburete, eso podía ser un aviso, pero Yasmin no le prestó atención. Todavía tenía mi muñeca agarrada y sus dedos me apretaban más fuerte. Tiró de mi brazo.

—Vas a venir conmigo —dijo con tono ominoso—, porque tengo algo bonito que mostrarte, maldito gato de vientre amarillo.

Me sentí furioso de verdad. Nunca había estado tan furioso con Yasmin, y todavía no sabía de qué me hablaba.

—Dale una bofetada —me dijo Rocky desde detrás de la barra.

En los holoespectáculos eso siempre da resultado con las heroínas excitables y los oficiales jóvenes presas del pánico. No lo había pensado, pero quizá tranquilizase a Yasmin. Era probable que así dejara de darme el coñazo, y luego se podía ir a donde le diera la gana. Levanté el brazo que todavía tenía apresado, lo giré un poco hacia afuera, me liberé de su presión y le agarré la muñeca. Entonces, le retorcí el brazo hacia atrás y lo apreté contra su espalda en una llave. Gritó de dolor. Apreté más, y volvió a gritar.

—Esto es por insultarme de ese modo —dije con un gruñido bajo cerca de su oído—. Puedes hacerlo en casa siempre que quieras, pero no delante de mis amigos.

—¿Quieres que te haga daño? —dijo con rabia.

—Inténtalo.

—Más tarde. Todavía tengo algo que enseñarte.

Le solté el brazo y se lo frotó un instante. Recogió su bolso y abrió la puerta del club de Jo-Mama de un puntapié. Hice un gesto a Rocky. Jo-Mama me dirigió una divertida sonrisita, porque eso le proporcionaría una historia mejor que la que no había llegado a contarme. Al menos, Jo-Mama iba a sacar algo.

Seguí a Yasmin al exterior. Se volvió hacia mí; antes de que pudiera decir una palabra, le puse la mano derecha alrededor de la garganta y la empujé contra un viejo muro de ladrillos. No me importaba si le hacía daño.

—No vuelvas a hacerme eso nunca —dije con una voz peligrosamente serena—. ¿Me entiendes?

Y sólo por puro placer sádico sacudí su cabeza con violencia

contra los ladrillos.

—¡Que te jodan, maricón!

—De acuerdo, pero cuando creas que eres lo bastante hombre, mutilado y castrado hijo de puta —dije.

Entonces Yasmin rompió a llorar y sentí que algo se derrumbaba en mi interior. Me di cuenta de que había hecho lo peor que podía hacer, y que no había forma de remediarlo. Podía arrastrarme de rodillas todo el camino a La Meca pidiendo perdón y Alá me perdonaría, pero Yasmin, no. Hubiera dado todo lo que poseía, todo lo que pudiera robar por que los últimos minutos no hubieran transcurrido, pero había ocurrido y, para los dos, olvidarlos sería muy difícil.

—Marîd —susurró entre sollozos.

La abracé. No había una maldita palabra en el mundo que pudiera pronunciarse. Permanecimos abrazados, muy juntos, mientras Yasmin lloraba. Yo hubiese querido hacerlo también pero me sentí incapaz. Así estuvimos durante cinco, diez o quince minutos. La poca gente que pasaba por la acera simuló que no nos veía. Jo-Mama asomó la cabeza por la puerta y la volvió a meter. Un momento después, Rocky nos miró como si casualmente estuviera contando la multitud inexistente en esa calle oscura. Yo no pensaba en nada, no sentía nada. Abrazaba a Yasmin y ella me abrazaba a mí.

—Te quiero —murmuré por fin.

Cuando encuentras la ocasión apropiada, es siempre la mejor y la única frase que puedes decir.

Me cogió de la mano y nos encaminamos despacio hacia el final del Budayén. Pensé que dábamos un paseo; pero, al cabo de unos pocos minutos, me di cuenta de que Yasmin me conducía a alguna parte. La desagradable sensación de que no deseaba mirar lo que iba a mostrarme creció en mí.

Vi un cuerpo metido en una gran bolsa de basura, alguien había hurgado en el montón de bolsas. La bolsa donde se encontraba Nikki estaba abierta y ella yacía tendida sobre los húmedos y sucios adoquines de un angosto callejón sin salida.

—Creí que estaba muerta por tu culpa —lloriqueó Yasmin—. Porque no te has esforzado demasiado para tratar de encontrarla.

Cogí la mano de Yasmin y estuvimos un rato de pie. Contemplamos el cadáver de Nikki sin pronunciar palabra durante un rato. Yo sabía que aquélla era la forma en que tenía que ver a Nikki. Creo que lo supe desde el principio, cuando Tamiko fue asesinada y Nikki me hizo esa corta y desesperada llamada telefónica.

Solté la mano de Yasmin y me arrodillé junto al cadáver. Estaba lleno de sangre, metido en la bolsa de basura negra, sobre los adoquines cubiertos de musgo del pavimento.

—Yasmin, cariño —dije mirando su desolado semblante —, no mires más. ¿Por qué no llamas a Okking y luego te vas a casa? Yo iré en seguida.

Yasmin hizo un gesto vago y sin significado.

—Telefonearé a Okking —susurró con voz inexpresiva—; pero he de volver al trabajo.

—Esta noche, Frenchy puede joderse —dije—. Quiero que vayas a casa. Escucha, cielo, te necesito.

—Está bien.

Y sonrió un poco a través de las lágrimas.

Después de todo, nuestra relación no estaba rota. Con un poco de cuidado podía volverse tan buena como al principio, incluso mejor aún. Era un alivio sentirse esperanzado de nuevo.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté.

—Blanca la encontró —dijo Yasmin—. La puerta trasera de su casa está cerca, y ella pasa por aquí para ir al trabajo.

Señaló a lo lejos del callejón, donde había una puerta desvencijada y pintada de gris en la desnuda pared de ladrillo.

Asentí y miré a Yasmin caminar despacio en dirección a la «Calle». Me volví hacia el cuerpo destrozado. Había sido el degollador, podía ver los morados en las muñecas y el cuello de Nikki, las señales de las quemaduras y un montón de pequeños cortes y heridas. El asesino había invertido más tiempo y pericia en terminar con Nikki del que había dedicado a Tami o a Abdulay. Estaba seguro de que el forense encontraría también rastros de violación.

Habían metido la ropa y el bolso de Nikki en la bolsa con ella. Miré sus ropas, mas no encontré nada. Busqué el bolso, pero tuve que levantar la cabeza de Nikki. Había sido golpeada con salvaje crueldad hasta que su cráneo, cabello, sangre y sesos formaron una masa repulsiva. Le habían cortado el cuello de un modo tan brutal que casi estaba decapitada. En mi vida había visto tan blasfema, profanadora y perversa crueldad. Limpié los desperdicios esparcidos de una zona y dejé con cuidado el cadáver de Nikki sobre los adoquines rotos. Me alejé unos pasos, me arrodillé y vomité. Vomité y tuve náuseas hasta que los músculos del estómago me dolieron. Cuando el mareo pasó, me obligué a volver y buscar en su bolso. Hallé dos objetos curiosos y notables: una reproducción en bronce de un antiguo escarabajo egipcio que había visto en casa de Seipolt y un rudimentario moddy que parecía hecho en casa. Me guardé ambos objetos. Después elegí la bolsa de basura menos hedionda y me puse todo lo cómodo que pude. Dirigí una oración a Alá por el alma de Nikki. Luego, esperé.

—Bueno —dije tranquilamente mirando el sórdido y sucio lugar donde habían dejado a Nikki —. Me gustaría levantarme por la mañana y tener el cerebro modificado.

Maktoob, está bien, estaba escrito.

12

Los musulmanes suelen ser muy supersticiosos por naturaleza. Nuestros compañeros de viaje a través de la desconcertante creación de Alá incluyen todo tipo de *djinn,* demonios, monstruos, y ángeles buenos y malos. Existen legiones de hechiceros dotados de peligrosos poderes, siendo el mal de ojo el más frecuente. Esto no hace a la cultura musulmana más irracional que otras, todo grupo étnico tiene su propio conjunto de cosas hostiles y ocultas que acechan para abalanzarse sobre el desprevenido ser humano. En el mundo del espíritu es normal que haya más enemigos que protectores, aunque se supone que existen incontables ejércitos de ángeles y demás. Quizá todos estén de campo y playa desde la expulsión de Satán del Paraíso, no lo sé.

De cualquier modo, una de las prácticas supersticiosas asociadas a algunos musulmanes, en particular a las tribus nómadas y a los bárbaros *fellahin* del Magreb —la familia de mi madre, por ejemplo— es llamar a un recién nacido por el nombre de una calamidad o una cualidad horrible para evitar que cualquier espíritu o brujo envidioso pueda fijarse demasiado en él. Me dijeron que eso lo hace en todo el mundo gente que nunca ha oído hablar del Profeta, la paz sea con su nombre. Me llamaron Marîd, que significa «enfermedad», y me dieron ese nombre con la esperanza de que no sufriera muchas enfermedades en el transcurso de mi vida. El hechizo parece haber surtido cierto efecto positivo. Me extirparon un apéndice inflamado hace algunos años, pero ésa es una operación corriente y rutinaria, y ha sido el único problema médico serio que he tenido. Creo que quizá sea debido al avance de los tratamientos en esta era de prodigios, pero ¿quién sabe? Alabado sea Alá y todas esas cosas.

De modo que no tengo mucha experiencia en hospitales. Unas voces me despertaron y tardé algún rato en saber dónde me encontraba y otro rato en recordar por qué demonios estaba allí. Abrí los ojos. No podía ver nada, excepto una borrosa oscuridad. Parpadeé una y otra vez. mas era como si alguien hubiera intentado pegarme los ojos con arena y miel. Traté de levantar la mano para restregarme los ojos, pero mi brazo estaba demasiado débil, no podía cruzar la insignificante distancia que separa el pecho del rostro. Parpadeé un poco más y entorné los ojos.

Por fin, pude distinguir a dos enfermeros, de pie, a los pies de mi cama. Uno era joven, con barba negra y voz diáfana. Sostenía un cuadro clínico y daba instrucciones al otro.

—El señor Audran no te dará demasiados problemas —dijo.

El otro enfermero era bastante más viejo, con cabello gris y voz

ronca. Asintió.

—¿Medicamentos? —preguntó. El joven enarcó las cejas.

—Es extraordinario. Puede tomar lo que quiera, con la aprobación de los médicos. Y creo que la obtendrá con sólo pedirla. Cualquier cosa y con la frecuencia que quiera.

El hombre del cabello gris soltó un bufido de indignación.

—¿Qué es lo que hizo, ganar un concurso? ¿Unas vacaciones con todas las drogas pagadas en el hospital de su elección?

—Baja la voz, Alí. No se mueve, pero quizá pueda oírte. No sé quién es; el hospital lo ha tratado como a un dignatario extranjero o algo parecido. El dinero que se ha gastado en suprimirle el menor signo de incomodidad podría aliviar el dolor de una docena de pobres que sufren en los pabellones de la caridad.

Como es natural, eso me hizo sentir como un cerdo asqueroso. Me refiero a que también tengo sentimientos. Yo no había pedido ese tratamiento —al menos no recuerdo haberlo hecho —, y decidí ponerle fin tan pronto como pudiera. Bien, si no fin, quizá reducirlo un poco. No quería que me tratasen como a un caíd feudal.

El joven siguió consultando el cuadro clínico.

—El señor Audran ingresó para que le practicaran una selecta operación intracraneal. Un complicado injerto de circuitos, muy experimental, creo. Por eso ha estado en cama tanto tiempo. Podrían darse efectos secundarios imprevistos.

Eso me puso un poco nervioso. ¿Qué efectos secundarios? Nadie me lo había dicho antes.

—Echaré un vistazo a su cuadro esta noche —dijo el hombre de cabello gris.

—Duerme la mayor parte del tiempo, no te molestará demasiado. Alá misericordioso, entre la burbuja de etorpina y las inyecciones debería dormir durante los próximos diez o quince años.

Por supuesto, estaba subestimando mi maravilloso y eficiente hígado y mi sistema enzimático. Todo el mundo cree que exagero.

Abandonaban la habitación. El más viejo abrió la puerta y se fue. Intenté hablar, no me salió nada. Sólo un susurro quebrado. Tragué un poco de saliva y murmuré:

—Enfermero.

El hombre de la barba negra dejó mi cuadro sobre la consola, al lado de mi cama, y se dirigió hacia mí con su rostro inexpresivo.

—En seguida estoy con usted, señor Audran —dijo con frialdad.

Luego salió y cerró la puerta.

La habitación era limpia y sencilla, casi sin decoración, pero cómoda. Mucho más cómoda que la sala de la caridad donde me trataron después de la apendicitis. Una época desagradable. Lo único atractivo fue que me salvaron la vida, gracias a Alá, y mi iniciación a

la soneína, una vez más sea Alá alabado. Las salas de la caridad no son filantrópicas por completo; me refiero a que *el fellahin* que no puede pagarse doctores privados recibe atención médica gratis, pero el principal interés del hospital es proporcionar a los estudiantes internos, residentes y enfermeros amplia gama de casos poco comunes con los que practicar. Todo el que te examina, te hace cualquier prueba o cualquier operación menor, a la cabecera de tu cama, sólo está familiarizado de lejos con su trabajo. Eran formales y sinceros, pero sin experiencia; podían convertir una simple extracción de sangre en una desagradable experiencia y un procedimiento más doloroso en una tortura infernal. Eso no ocurría en aquella habitación privada. Estaba cómodo, tranquilo y libre de dolor, rodeado de paz, descanso y cuidados competentes. Friedlander Bey me lo proporcionaba, pero yo debería corresponderle. Él se encargaría de que lo hiciera.

Supongo que debí dormirme un rato, porque cuando la puerta se abrió, me desperté sobresaltado. Esperaba ver al enfermero, mas era un joven con una bata de quirófano verde. Tenía la tez oscura y quemada por el sol, vivos ojos marrones y un bigote negro de los más espesos y grandes que he visto en mi vida. Le imaginé tratando de metérselo bajo la mascarilla quirúrgica y eso me hizo sonreír. Mi médico era turco. A mí me costaba entender su árabe y a él comprenderme.

—¿Cómo se encuentra hoy? —dijo sin mirarme.

Me echó un vistazo a través de las notas del enfermero y luego se dirigió al terminal de información que había junto a mi cama. Tocó unas cuantas teclas y las funciones en la pantalla del terminal cambiaron. No hacía ningún ruido, tampoco los médicos suelen chasquear o alentar el zumbido. Contempló el incesante desfile de números y retorció los extremos de su bigote. Por fin me miró.

—¿Cómo se encuentra?—Bien —dije de modo evasivo.

Cuando trato con médicos, imagino siempre que buscan una información determinada, pero no van al grano y te preguntan lo que necesitan saber porque temen que distorsiones la verdad y les digas lo que tú crees que desean oír; así que se andan con rodeos como si de esa forma no intentases averiguar qué quieren saber y distorsionases la verdad de todos modos.

—¿Algún dolor?

—Un poco —dije.

Era mentira. Estaba rizando el rizo. Nunca digas a un médico que no sufres, porque le inducirá a bajarte la dosis de calmante.

—¿Duerme?

—Sí.

—¿Ha comido algo?

Lo pensé un instante. Tenía un hambre desatorada, pese a que el

gotero vertía una solución de glucosa directamente por una vena del dorso de mi mano.

—No —respondí.

—Empezaremos con algunos líquidos por la mañana. ¿Se ha levantado de la cama?

—No.

—Bien. Se quedará aquí otro par de días. ¿Mareos? ¿Manos o pies entumecidos? ¿Náuseas? ¿Sensaciones extrañas, luces, oye voces, se le duerme algún miembro, o algo parecido?

—¿Miembros dormidos?

—No.

Aunque hubiera sido así, no se lo habría dicho.

—Va reaccionando bien, señor Audran. Todo según lo previsto.

—Gracias a Alá. ¿Cuánto hace que estoy aquí? El doctor me miró y luego miró mi cuadro. —Poco más de dos semanas —dijo.

¿Cuándo me operaron?

—Hace quince días. Antes estuvo dos días de preparación en el hospital.

—Oh, oh.

Quedaba menos de una semana de Ramadán. Me preguntaba qué habría sucedido en la ciudad durante mi ausencia. Esperaba que algunos de mis amigos y asociados siguieran vivos. Si alguien había resultado herido —es decir, muerto—, «Papa» tendría que cargar con la responsabilidad. Eso era casi como echarle la culpa a Dios, e igual de práctico. No conseguirías abogado para demandar a ninguno de los dos.

—Dígame, señor Audran, ¿qué es lo último que recuerda?

Resultaba difícil de contestar. Lo pensé un rato, era como zambullirse en un oscuro y tormentoso frente de nubes; no había nada, excepto un turbio y pasado presentimiento. Tenía vagas sensaciones de voces serias, el recuerdo de manos que me movían en la cama y sobresaltos de dolor. Recuerdo que alguien dijo: «No tiren de ahí», pero yo no sabía quién había hablado ni qué significaba. Seguí investigando en mi mente y me percaté de que no recordaba haber entrado a la operación, ni salido de mi apartamento para ir al hospital. Lo último que recordaba con claridad era…

Nikki.

—Mi amiga —dije, con la boca repentinamente seca y un nudo en la garganta.

—¿La que fue asesinada? —preguntó el médico.

—Si.

—Eso fue hace casi tres semanas. ¿No recuerda nada posterior a eso?

—No. Nada.

—Entonces, ¿no recuerda haberme visto antes? ¿Nuestras conversaciones?

El oscuro frente de nubes surgía para empañarlo todo, pensé que era un buen momento para hacerlo. Odiaba esos vacíos en mi consciencia. Eran un fastidio, incluso esos pequeños vacíos de doce horas. Un pedazo de tres semanas perdido de mi pastel mental era más molesto de lo que deseaba afrontar. Ni siquiera tenía la energía para mostrar un pánico decente.

—Lo siento —dije—. No me acuerdo.

El doctor asintió.

—Soy el doctor Yeniknani, ayudante de su cirujano, el doctor Lisán. Durante los últimos días ha ido recobrando la memoria de forma paulatina. Pero si ha olvidado el contenido de nuestras charlas, es muy importante que discutamos esa información de nuevo.

Sólo deseaba volver a dormirme. Me restregué los ojos con mano fatigada.

—Si me lo explica todo otra vez, es probable que lo olvide y tenga que repetírmelo todo mañana o pasado.

El doctor Yeniknani se encogió de hombros.

—Es posible, pero usted no tiene otra cosa que hacer y a mí me pagan tan bien que estoy más que deseoso de cumplir con mi deber.

Me ofreció una amplia sonrisa para hacerme saber que bromeaba. Esos tipos duros tienen que hacerlo así o, de otro modo, nunca lo adivinarías. El médico parecía empuñar un rifle en alguna emboscada en la montaña, en lugar de manejar cuadros clínicos y depresores de lengua, pero eso era sólo mi mente trivial dedicada a construir estereotipos. Me divertía. El médico volvió a mostrarme sus grandes y torcidos dientes amarillos.

—Además, siento un enorme amor por la humanidad — dijo—. Es la voluntad de Alá que empiece a poner fin al sufrimiento humano manteniendo con usted esta insípida charla cada día, hasta que por fin la recuerde. Estamos aquí para hacer estas cosas, comprenderlas es cosa de Alá.

Volvió a encogerse de hombros. Era muy expresivo, para ser turco.

Alabé el nombre de Dios y esperé a que el doctor Yeniknani reiniciase su atento y gentil trato.

—¿Se ha visto? —me preguntó.

—No, todavía no.

Nunca tengo prisa por ver mi cuerpo después de haber sido agraviado de modo serio. Las heridas no me producen una especial fascinación, sobre todo si son mías. Cuando me extirparon el apéndice, fui incapaz de mirarme más abajo del ombligo durante un mes. Ahora, con el cerebro recién modificado y la cabeza rasurada, no quería

ponerme delante de un espejo, eso me haría pensar en lo que me habían hecho, por qué, y adonde me conduciría. Si era prudente y listo, podría pasarme en esa cama de hospital, plácidamente sedado, meses, años incluso. No parecía un destino tan terrible. Era preferible ser un vegetal atontado que un cadáver listo. Me preguntaba cuánto tiempo podría fingirme enfermo antes de volver a ser arrojado a la dura «Calle». No tenía prisa, eso seguro.

El doctor Yeniknani asintió, ausente.

—Su… patrón… —dijo, eligiendo juiciosamente la palabra—, su patrón especificó que le hicieran la reticulación intracraneal más completa posible. Por eso, el propio doctor Lisán en persona realizó la operación. El doctor Lisán es el mejor neurocirujano de la ciudad, y uno de los más respetados del mundo. Mucho de lo que le ha sido hecho a usted, lo ha inventado él, o mejorado, y, en su caso, el doctor Lisán ha ensayado uno o dos procedimientos nuevos que podríamos llamar… experimentales.

Eso no me halagó en absoluto. No me importaba lo buen cirujano que el doctor Lisán fuera. Soy partidario del «Más vale prevenir que curar». Podría ser igual de feliz con un cerebro que careciera de uno o dos ingenios «experimentales», pero que no corriera el riesgo de volverse tarumba si se concentraba demasiado. Pero ¡qué demonios! Le dediqué una torva y temeraria sonrisa, y me di cuenta de que colocar peligrosos cables en ignotos recodos de mi cerebro para ver qué sucedía no era mucho peor que recorrer la ciudad en el asiento trasero del taxi de Bill. Quizá tuviera algún tipo de pulsión de muerte o alguna clase de estupidez simple.

El médico levantó la tapadera de la mesa-bandeja, que había junto a mi cama, y descubrió un espejo debajo. Entonces, movió la mesa para que pudiera verme en él. Estaba horrible. Parecía un muerto que se hubiera perdido camino del infierno y se encontrara en ninguna parte; no vivo, desde luego, pero tampoco decentemente muerto. Mi barba aparecía arreglada con toda pulcritud, me había afeitado cada día o alguien lo había hecho por mí; sin embargo, tenía la tez pálida, de un color poco saludable, como papel de periódico viejo, y profundas ojeras. Me miré al espejo un buen rato antes de darme cuenta de que estaba casi calvo, sólo una fina pelusilla cubría mi cuero cabelludo, como musgo pegado a una roca insensible. La conexión injertada no era visible, oculta tras capas protectoras de vendajes. Intenté tocarme la coronilla con la mano, pero no pude hacerlo. Sentía un extraño y desagradable hormigueo en las tripas, y desistí. Mi mano se desplomó y miré al médico.

—Cuando le quitemos el vendaje —dijo—, notará que tiene dos conexiones, una anterior y otra posterior.

—¿Dos? —nunca había oído que nadie tuviera dos conexiones.

—Sí. El doctor Lisán le ha aumentado al doble el injerto corímbico convencional.

Esa enorme capacidad en mi cerebro era como ponerle un cohete a una carreta de bueyes; nunca volaría. Cerré los ojos, me sentía algo más que asustado. Empecé a murmurar Al-Fatiha, la primera azora del noble Corán, una consoladora oración que siempre me sale en ocasiones como ésa. Es el equivalente islámico del Padrenuestro cristiano. Luego abrí los ojos y contemplé mi imagen. Todavía estaba asustado, pero al menos había dado a conocer mi incertidumbre al cielo y, en adelante, aceptaría todo como la voluntad de Alá.

—¿Eso significa que puedo conectarme dos moddies distintos a la vez y ser dos personas al mismo tiempo?

El doctor Yeniknani frunció el ceño.

—No. señor Audran. La segunda conexión sólo aceptará potenciadores de *software,* no un módulo de personalidad completo. No intente probar dos módulos a la vez. Acabaría con los dos hemisferios cerebrales carbonizados y la parte posterior de su cerebro serviría sólo de pisapapeles. Le hemos proporcionado un aumento, como… —Casi comete una indiscreción y menciona un nombre— su patrón ordenó. Un terapeuta le enseñará el uso correcto de sus injertos corímbicos. El modo como usted los emplee cuando salga del hospital es asunto suyo. Recuerde que ahora trata directamente con su sistema nervioso central. No se trata de tomarse unas cuantas pastillas y amodorrarse un rato hasta recobrar la sobriedad. Si comete alguna imprudencia con sus injertos, podría tener efectos irreversibles. Aterradores efectos irreversibles.

Está bien, me lo había vendido. Haría lo que «Papa» y todos los demás quisieran, mi cerebro estaba modificado. El bueno del doctor Yeniknani me había asustado y me dije a mí mismo allí, en la cama del hospital, que yo nunca había prometido usar tal cosa. Saldría del hospital en cuanto pudiera, iría a casa, olvidaría los injertos y resolvería mis asuntos como de costumbre. Me conectaría el moddy el día que hiciese frío en Jiddah. Tendría las conexiones de adorno. En la amplificación subcraneal de Marîd Audran, amigo, las pilas no iban incluidas e intentaría que así fuera. Excitar de vez en cuando mis pequeñas células grises con química no las incapacitaba para siempre, pero no iba a chamuscarlas en una freidora eléctrica. Sólo pude llegar hasta allí, luego, mi perversidad innata se impuso.

—Así que —dijo el doctor Yeniknani con más ánimo—, al margen de esa advertencia obligatoria, supongo que deseará oír lo que las mejoras de su mente y su cuerpo son capaces de hacer por usted.

—Puede apostar lo que quiera —dije sin entusiasmo.

—¿Qué sabe sobre las actividades del cerebro y el sistema nervioso?

Me eché a re ir.

—Tanto como cualquier buscavidas del Budayén que apenas puede leer y escribir su nombre. Sé que el cerebro está en la cabeza y he oído que no es una buena idea dejar que un criminal te lo esparza sobre la acera. Aparte de eso, desconozco todo lo demás.

En realidad, no sabía tan poco como le había dicho, mas siempre guardo algo de reserva. Ser un poco más rápido, más fuerte y más listo de lo que la gente cree es una buena política.

—Bien, el injerto corímbico posterior es del todo convencional. Eso le permite conectarse un módulo de personalidad. Usted sabe que la profesión médica no tiene una opinión unánime sobre estos módulos. Algunos de nuestros colegas piensan que los posibles abusos superan los beneficios. Estos beneficios, en realidad, son mínimos al principio. Los módulos se fabrican, sobre bases limitadas, como ayudas terapéuticas a pacientes con graves perturbaciones neurológicas. Sin embargo, los módulos han sido adquiridos por los medios populares, y se emplean para propósitos muy diferentes a los que, en un principio, sus inventores pretendían. Ahora, es demasiado tarde ya para hacer algo al respecto y aquellos que lo consideran una afrenta y prohibirían el uso de los módulos, apenas encuentran audiencia para sus ideas. De modo que tendrá acceso a una amplia gama de módulos de personalidad de venta al público, módulos extremadamente serviciales que pueden ahorrar gran cantidad de trabajos duros que la mayoría de la gente considera ofensivos.

De inmediato pensé en el módulo de Dulce Pilar.

—Puede ir a una tienda y convertirse en Saladino. un verdadero héroe, el gran sultán que expulsó a los cruzados, o convertirse en el mítico sultán Shahryar y divertirse con la hermosa narradora y las *Mil y una noches.* Su injerto posterior está capacitado para aceptar hasta seis potenciadores de *software.*

—Ése es el tipo de injerto que tienen mis amigos —dije —. ¿Cuáles son las ventajas experimentales que ha mencionado? ¿Qué peligro existe en conectarlas?

El doctor sonrió brevemente.

—Es difícil decirlo, señor Audran. después de todo, son experimentales. Se han probado en muchos animales y en unos pocos voluntarios humanos. Los resultados han sido satisfactorios, pero no unánimes. Dependerá mucho de usted, si a Alá le place. Permítame empezar por explicarle a qué controles me refiero. Los módulos de personalidad alteran su consciencia y le hacen creer temporalmente que usted es otro. Los potenciadores alimentan su memoria a corto plazo y le proporcionan un conocimiento instantáneo sobre cualquier tema, que se desvanece en cuanto el chip es retirado. Los potenciadores que puede emplear con el injerto anterior afectan a

algunas otras estructuras diencefálicas más complejas. —Sacó un rotulador negro y esbozó un tosco mapa del cerebro—. Primero, hemos insertado un cable de plata muy delgado con revestimiento de plástico en su tálamo. El cable tiene menos de una centésima de milímetro de diámetro y es de manipulación muy delicada. Ese cable conectará su sistema reticular a un único potenciador que nosotros le entregaremos, eso le permitirá amortiguar la red neuronal que cataloga los detalles sensoriales. Por ejemplo, si es vital que se concentre, puede elegir bloquear o alterar las señales visuales, audibles, táctiles o de otro tipo.

Enarqué las cejas.

—Ya veo que puede ser útil —dije.

El doctor Yeniknani sonrió.

—Es sólo la décima parte de lo que le hemos hecho, hay otros cables en otras áreas. Cerca del tálamo, en el centro de su cerebro, está el hipotálamo. Es un órgano pequeño, pero con variadas y vitales funciones. Será capaz de controlar, aumentar o anular muchas de ellas. Por ejemplo, si lo desea, puede ignorar el hambre; con sólo emplear el potenciador adecuado no sentirá nada de hambre por mucho tiempo que ayune. Ejercerá el mismo control sobre la sed y la sensación de dolor. Podrá regular a conciencia su temperatura corporal, su presión sanguínea y su estado de excitación sexual. Y lo que es más útil quizá, será capaz de suprimir la fatiga.

Me senté y lo miré con los ojos muy abiertos, como si hubiera abierto un tesoro fabuloso o una verdadera lámpara de Aladino para mí. Pero el doctor Yeniknani no era un *djinn* esclavizado. Lo que me ofrecía no era magia, aunque para mí como si lo fuese. No sabía si creerle del todo, pero tendía a creer en los fieros turcos en posiciones de autoridad. Como mínimo, les hago caso, así que le dejé seguir.

—Le será más fácil aprender nuevas habilidades e información. Contará con potenciadores electrónicos para introducirlas en su memoria a corto plazo, pero si quiere transferirlas permanentemente a su memoria a largo plazo, su hipocampo y otras áreas asociadas están preparadas para ello. Si lo necesita, puede alterar sus relojes circadianos y lunares. Será capaz de dormir cuando lo desee y despertarse automáticamente según los chips que emplee. El circuito de su pituitaria le dará control directo sobre sus otros endocrinos, tales como la tiroides y las glándulas de adrenalina. Su terapeuta entrará en más detalles sobre cómo podrá sacarle partido a estas funciones. Como ve, podrá dedicar toda su atención a su trabajo, sin necesidad de interrumpirlo tan a menudo para las necesidades corporales habituales. Ahora bien, no se puede estar indefinidamente sin dormir o beber agua o vaciar la vejiga, pero si lo desea puede evitar los molestos signos de aviso insistentes y crecientes.

—Mi patrón no quiere que me distraiga —dije secamente.

El doctor Yeniknani suspiró.

—No, no quiere.

—¿Hay algo más?

Se mordisqueó el labio un instante.

—Sí, pero su terapeuta se lo explicará y le dará las instrucciones y los folletos. Puedo asegurarle que usted será capaz de controlar el sistema límbico que influye en sus emociones. Eso es uno de los nuevos logros del doctor Lisán.

¿Podré elegir mis sentimientos como escojo la ropa que me voy a poner?

Hasta cierto punto, sí. También al operar en estas áreas del cerebro, somos capaces de afectar a más de una función en un emplazamiento. Por ejemplo, como avance positivo, su sistema será capaz de quemar el alcohol de modo más eficiente y más rápido que lo normal, treinta gramos por hora. Si lo desea.

Me dirigió una breve mirada de complicidad, porque un buen musulmán no bebe alcohol. Debió darse cuenta de que yo no era el más devoto de la ciudad. Sin embargo, era una cuestión delicada entre dos relativos extraños.

— A mi patrón le gustará eso, estoy seguro. Bien. No puedo esperar. Seré una fuerza del bien entre los malvados y los corruptos.

— *Inshallah* —dijo el doctor—. Como Alá desee.

— Alabado sea Alá —añadí, con humildad ante su sincera fe. — Todavía hay algo más. Deseo darle un consejo personal, algo de mi propia filosofía. Lo primero, como debe saber, es que el cerebro —el hipotálamo, para ser exactos— tiene un centro de placer que puede ser estimulado por medios electrónicos. Lancé un hondo suspiro.

— Sí, he oído hablar de ello. Se supone que el efecto es absolutamente aplastante.

— Los animales y las personas que tienen conductores en esa área y permiten estimular el centro del placer, suelen olvidar todo lo demás: la comida, el agua, cualquier otra necesidad o impulso. Podrían seguir excitando su centro del placer hasta el extremo de morir. —Sus ojos se abrieron —. El centro del placer de usted no ha sido modificado. Su patrón cree que habría sido una gran tentación para usted y que tiene algo más que hacer que pasar el resto de su vida en un sueño celestial.

— No sabía si alegrarme con esas noticias o no. No quería malograrme por el resultado de un orgasmo mental interminable, pero si la opción era ésa o ir tras dos asesinos locos y salvajes, creo que, en un momento de debilidad, preferiría el exquisito placer que no se extinguiera o palideciera. Podría acostumbrarme un poco, pero estoy seguro que me colgaría.

— Cerca del centro de placer —dijo el doctor Yeniknani— existe un área que produce un comportamiento agresivo, rabioso y feroz. También es un centro de castigo. Cuando se estimula, el individuo experimenta un tormento comparable al éxtasis del centro de placer. Esta área ha sido modificada. Su patrocinador cree que eso puede ser útil para él en su empresa y le proporcionará un medio de influir en usted.

— Lo dijo en un tono de clara desaprobación. A mí, tampoco me enloquecieron las noticias.

— Si usted prefiere usarlo para su propio provecho, puede convertirse en una rabiosa e imparable criatura de destrucción.

— Se detuvo; era evidente que no aprobaba el modo en que Friedlander Bey había explotado el arte de la neurocirugía.

— Mi… patrón ha pensado en todo —dije, con ironía.

— Sí. supongo que sí. Y usted también debe procurar imitarle en eso.

— Entonces, el médico hizo algo desacostumbrado. Se acercó y puso la mano sobre mi hombro. Era un cambio repentino en la atmósfera formal de nuestra conversación.

— Señor Audran —dijo con solemnidad, al tiempo que me miraba a los ojos con fijeza —, tengo mejor concepto de la razón por la que ha sufrido todas estas operaciones.

— Oh, oh —exclamé, curioso, en espera de oír lo que tenía que decirme.

—En el nombre del Profeta, que la paz y las bendiciones estén con su nombre, no debe temer a la muerte.

Eso me sorprendió.

—Bien —dije —, yo no pienso demasiado en ella. De todos modos, los injertos no son tan peligrosos, ¿no es cierto? Admito que temía que frieran mi ingenio si algo salía mal, pero no pensaba que pudieran matarme.

—No, no me ha entendido. Cuando salga de este hospital, cuando se encuentre en la circunstancia por la que ha sufrido esta ampliación, no tenga miedo. El gran *shair* inglés, Wilyam *al-Shaykh Sebir,* en la segunda parte de su espléndida obra *Enrique V* dice: «Debemos una muerte a Dios… , y dejemos que ocurra como deba ocurrir, quien muera este año no lo hará el próximo». Ya ve que la muerte nos llega a todos. Es inevitable. La muerte es deseable como paso al paraíso, alabado sea Alá. Así que cumpla con su deber, señor Audran, y que un impropio temor a la muerte no le obstaculice en su búsqueda de la justicia.

Maravilloso mi médico; era una especie de místico sufí o algo por el estilo. Le miré, incapaz de encontrar una maldita cosa que responder. Me apretó el brazo y se puso en pie.

Con su permiso —se excusó. Hice un gesto vago.

Que sus días sean prósperos —dije. —La paz sea con usted.

—Y con usted —respondí.

Luego, el doctor Yeniknani salió de la habitación. Jo-Mama habría disfrutado con esta historia. Yo tenía ganas de oír cómo la contaría. Poco después de que el médico hubiera salido, el enfermero joven volvió para ponerme una inyección.

—Oh —dije, en un intento de explicarle que antes no le pedía un pinchazo, sino que deseaba hacerle unas cuantas preguntas.

—Dese la vuelta —ordenó el tipo con brusquedad—. ¿Qué lado? Me moví un poco en la cama, tenía resentidos los dos glúteos, ambos me dolían por igual.

—¿Puede pincharme en otro sitio? ¿En el brazo?

—No puedo pincharle en el brazo. Pero puedo hacerlo en el muslo.

Tiró de la sábana, frotó la parte anterior de mi muslo, más o menos en el centro y me clavó la aguja. Volvió a pasarme rápido la gasa, tapó la jeringuilla y se fue sin decir una palabra. Yo no era uno de sus pacientes favoritos, saltaba a la vista.

Quise decirle algo, hacerle saber que yo no era el desenfrenado, depravado y asqueroso que él creía. Pero antes de poder pronunciar una palabra, antes de que él llegase a la puerta de la habitación, mi cabeza empezó a dar vueltas y me sumergí en el cálido y familiar abrazo del aturdimiento. Mi último pensamiento, antes de perder la consciencia, fue que nunca en mi vida me lo había pasado tan bien.

13

No esperaba recibir muchas visitas mientras estuviera en el hospital. Les dije a todos que apreciaba su interés, pero que no era nada y que me dejaran en paz hasta que me sintiera mejor. La verdadera razón, más o menos velada, era que, de cualquier forma, nadie planeaba visitarme. Me dije: «Bueno». En realidad, no deseaba que la gente acudiera a verme porque podía imaginar los efectos posteriores a una importante operación en el cerebro. Las visitas, sentadas a los pies de la cama, diciendo que tienes un aspecto estupendo y que pronto te encontrarás mucho mejor, que todos te echan de menos y, si no puedes dormirte antes, te explican con todo detalle sus viejas operaciones… No necesitaba nada de eso. Quería que me dejaran en paz para disfrutar de las últimas, rezagadas, fugaces moléculas de etorpina introducidas en una burbuja en mi cerebro. Estaba dispuesto a representar al estoico y valiente sufridor unos minutos al día, pero no tuve que hacerlo. Mis amigos eran tan buenos como su promesa, no tuve ni una sola maldita visita hasta el último día, justo antes de que me dieran de alta. En todo ese tiempo, nadie vino a verme, ni siquiera me telefonearon, mandaron una postal o una miserable planta. Creedme, lo tengo todo apuntado en el libro de mis memorias.

Veía cada día al doctor Yeniknani, quien, al menos una vez durante su visita, afirmaba que había cosas más temibles que la muerte. Seguía insistiendo. Era el médico más morboso que he conocido. Sus tentativas por calmar mi temeroso espíritu surtían el efecto contrario. Debió probar con sus recursos profesionales: las píldoras. Éstas, me refiero a las que me daban en el hospital, elaboradas por verdaderas empresas farmacéuticas, son muy fiables y hacen que me olvide de la muerte y del sufrimiento, no hay nada mejor que ellas.

— Así que, al cabo de pocos días, tuve una clara idea de lo vital que era mi bienestar para la tranquilidad del Budayén. Podía estar muerto y enterrado en alguna mezquita nueva de La Meca o en alguna pirámide de Egipto junto con mi honor y nadie se hubiera enterado. ¡Algunos amigos… ! Me planteaba la siguiente cuestión: ¿Por qué acariciaba la idea de jugarme el cuello por su bienestar? Me lo preguntaba una y otra vez y siempre la respuesta era: Porque ¿a quién más tenía? *Triste, non.* Cuanto más observo cómo actúa la gente, más feliz me siento de no haberles hecho caso nunca.

— Llegó el fin del Ramadán y, con él, la fiesta que señala la clausura del mes sagrado. Sentí encontrarme todavía en el hospital, porque la fiesta, Id el-Fitr, es una de mis épocas favoritas del año.

Siempre celebro el fin del ayuno con montañas de *ataíf,* pastelitos bañados en jarabe, rociados con agua de azahar, cubiertos con espesa crema y espolvoreados con almendra molida. En cambio, ese año de despedida tomé varios pinchazos de soneína, mientras alguna autoridad religiosa de la ciudad declaraba haber visto la luna nueva, el nuevo mes había comenzado y la vida volvía a la normalidad.

— Me fui a dormir. A la mañana siguiente me desperté temprano, cuando la enfermera de la sangre venía a por su libación diaria. La vida de los demás podía haber vuelto a la normalidad pero la mía seguía inclinada hacia una dirección que yo ni siquiera podía imaginar. Me hallaba dispuesto para la acción y ahora me necesitaban en el campo de batalla. Desplegad las banderas, hijos míos, regresaré como un lobo al redil. No he venido a traer la paz, sino la espada.

— Me sirvieron el desayuno y se lo llevaron. Me di un pequeño baño. Pedí una inyección de soneína. Me gusta, después de acabar las duras tareas de la mañana, mientras quedan un par de horas para comer. Una pequeña siesta, luego, una bandeja de comida: buenas uvas pasas, *hamild,* brochetas de *kofta* con arroz perfumado con cebolla, coriandro y pimienta. Orar es mejor que dormir, y la comida es mejor que las drogas… , a veces. Después de comer, otro pinchazo y una segunda siesta. Alí, el enfermero más viejo y censurador, me despertó, tocándome el hombro.

—Señor Audran —murmuró.

— Oh, no, creía que querían más sangre. Intenté volver a dormir.

— Tiene una visita, señor Audran.

— ¿Una visita?

— Seguro que había sido algún error. Después de todo, yo estaba muerto, yacía para descansar en la cumbre de alguna montaña. Todo lo que tenía que hacer era esperar a los saqueadores de tumbas. ¿Era posible que ya estuvieran aquí? Todavía no estoy tieso. Los muy bastardos no me dejaban ni enfriarme en la tumba. Apostaría a que con Ramsés II fueron más respetuosos, con Haroun al-Raschid, con el príncipe Saalih ibn Abdul-Wahid ibn Saud. Con todos menos conmigo. Me incorporé hasta sentarme.

— —Oh, inteligentísimo, tienes buen aspecto.

— En la rolliza cara de Hassan descansaba su despreciable sonrisa de negocios, la hipócrita mirada que hasta al turista más estúpido le parecería demasiado falsa.

— Si Alá quiere —dije atontado.

— Sí, alabado sea Alá. Muy pronto estarás recuperado por completo. *Inshallah.*

No me molesté en responder. Me alegraba que no se hubiera sentado a los pies de mi cama.

—Debes saber, hijo mío, que todo el Budayén está desolado sin tu

presencia, que ilumina nuestras fatigadas vidas.

Ya lo sé —repuse—. Me he dado cuenta por la avalancha de postales y cartas. Por la multitud de amigos que invaden los pasillos del hospital día y noche, ansiosos por verme u oír una palabra de mi boca. Por todas vuestras pequeñas atenciones que han hecho mi estancia aquí más soportable. Nunca podré agradecéroslo bastante.

—No se debe dar las gracias…

—… por un deber. Losé, Hassan. ¿Algo más?

Parecía un poco incómodo. La posibilidad de que estuviera burlándome de él debió cruzar por su mente, aunque, en general, él no preveía ese tipo de cosas. Sonrió de nuevo.

—Estoy contento de que te encuentres con nosotros esta noche. Estaba perplejo.

—¿Esta noche?

Volvió la gorda palma de su mano.

—¿No es así? Serás dado de alta esta tarde. Friedlander Bey me envía con un mensaje: debes visitarle tan pronto como te encuentres bien. ¿Te parece bien mañana? No quiere que precipites tu recuperación.

—Ni siquiera sabía que me iban a dar de alta y se supone que debo ver a Friedlander Bey mañana; pero él no quiere que me precipite. Supongo que tu coche me espera para llevarme a casa.

Ahora Hassan parecía triste. No le gustó nada mi sugerencia.

—Oh. querido, desearía que así fuera, pero es imposible. Deberás disponerlo de otro modo. Tengo otros asuntos…

—Ve tranquilo —dije con calma.

Recosté la cabeza en la almohada y traté de conciliar el sueño, mas no pude.

—*Allah yisallimak* —murmuró Hassan, y se fue.

Toda la paz de los últimos días desapareció con una rapidez preocupante. Un intenso sentimiento de desprecio por mí mismo me invadió. Recordé una vez, algunos años antes, cuando me ligué a una chica que a veces trabajaba en el Red Light y a veces en el Big Als Old Chicago. Había llamado su atención por ser alegre, disoluto y, supongo, despreciable. Al final conseguí que saliera conmigo, la llevé a cenar, no me acuerdo del lugar, y luego a mi apartamento. Cinco minutos después de que cerrase la puerta de la entrada, estábamos en la cama, follamos diez o tal vez quince minutos, y eso fue todo. Estaba acostado y la miraba. Tenía mal los dientes y huesos puntiagudos, y olía como si llevase aceite de sésamo en un aerosol. «Dios mío —pensé —. ¿Quién es esta chica? Y ¿cómo voy a librarme de ella ahora?» Después del sexo, todos los animales sienten tristeza; en realidad, después de cualquier tipo de placer. No estamos hechos para éste, sino para la agonía y para ver las cosas con demasiada claridad, lo que a

veces suele producir una terrible agonía. Me desprecié a mí mismo entonces y me despreciaba ahora.

El doctor Yeniknani golpeó mi puerta con suavidad y entró. Miró un instante las anotaciones diarias del enfermero.

—¿Me voy a casa? —pregunté. Dirigió sus vivos ojos negros hacia mí.

—Hmmm. Oh, sí. Su orden de alta ya está firmada. Ha de avisar a alguien que venga a buscarle. Política del hospital. Puede irse cuando quiera.

—Gracias a Dios.

Y lo sentía así. Eso me sorprendió.

—Alabado sea Alá —dijo el médico. Miró la caja de plástico de los daddies, junto a mi cama —. ¿Los ha probado todos?

—Si.

No era cierto. Había probado unos cuantos, bajo la supervisión del terapeuta. Los potenciadores de información me resultaron decepcionantes. No sé qué esperaba. Cuando me conecté uno de esos daddies, su información se instaló en mi mente como si la supiera de toda la vida. Era igual que quedarse levantado toda la noche empollando para un examen, sin perder el sueño y sin la posibilidad de olvidar nada. Cuando me quité el chip, todo se esfumó de mi memoria. No era gran cosa. Quería probar algunos de los daddies que Laila tenía en su tienda. Los daddies me serían muy útiles de vez en cuando.

Los moddies eran los que me asustaban. Los módulos de personalidad completa. Los que metían tu cerebro en alguna cajita de hojalata y alguien a quien tú no conocías se apropiaba de tu mente y tu cuerpo. Todavía me producían un miedo espantoso.

—Bien —dijo el doctor Yeniknani.

No me deseó suerte, porque todo estaba en manos de Alá. Quién sabía cuál iba a ser el desenlace, así que la suerte difícilmente encajaba allí. Poco a poco, yo había aprendido que mi médico era un aprendiz de santo, un derviche turco.

—Dios llevará su empresa a buen término —profetizó.

«Muy bien dicho», pensé. Me había llegado a gustar mucho.

—*Inshallah* —dije.

Nos dimos la mano y se marchó. Fui hacia el armario, saqué mi ropa de calle y la arrojé sobre la cama: una camisa, las botas, los calcetines, la ropa interior y unos téjanos nuevos que no recordaba haber comprado. Me vestí con prontitud y di el código de Yasmin al teléfono. Sonó y sonó. Le di el mío, por si ella se encontraba en mi apartamento. Tampoco obtuve respuesta. Quizá estaba trabajando, aunque todavía no eran las dos. Llamé al Frenchy pero nadie la había visto aún. No me molesté en dejarle un mensaje. En vez de eso, llamé

a un taxi.

Política del hospital o no, nadie me puso pegas por irme sin acompañante. Me bajaron en una silla de ruedas hasta la entrada y me metí en el taxi, con una bolsa de artículos de aseo en una mano y mi ristra de daddies en la otra. Fui a mi apartamento sintiendo un desconcertante vacío, sin emociones.

Abrí la puerta y entré. Creí que estaría hecho una porquería. Yasmin probablemente había estado algunas veces mientras me encontraba en el hospital, y nunca fue muy buena recogiendo sus cosas. Esperaba ver pequeños montículos de sus ropas por todo el suelo, monumentos de platos sucios en el fregadero, alimentos a medio comer, latas abiertas y jarras vacías por toda la cocina y la mesa, pero la habitación estaba tan limpia como la última vez que la vi, más incluso. Nunca hago trabajos tan pesados como barrer, limpiar el polvo y los cristales. Eso me hizo sospechar que algún hábil ratero propenso a la pulcritud había entrado en mi casa. Vi tres abultados sobres en el suelo, junto a la cama. Me agaché a recogerlos. Iban a mi nombre, escrito a máquina; dentro de cada uno había setecientos kiam. en billetes de diez, setenta billetes nuevos sujetos con una banda elástica. Tres sobres, dos mil cien kiam, mi salario por las tres semanas pasadas en el hospital. No creía que fueran a pagármelas. Lo habría hecho gratis, la soneína en lo mejor de la etorpina había sido muy placentera.

Me eché en la cama y puse el dinero en el lado que Yasmin dormía a veces. Sentía un curioso vacío, como si esperase a que algo se produjera y me llenase y me dijera qué hacer luego. Esperé, pero nadie me dio la orden. Miré el reloj, casi las cuatro. Decidí no sacar el material pesado. Podía olvidarlo.

Volví a levantarme, me metí un fajo de cien kiam en el bolsillo, cogí las llaves y bajé la escalera. Empezaba a sentir una especie de reacción emocional. Presté atención, estaba nervioso, incómodo, luchaba contra mi tendencia a subir los trece peldaños de la escalera y probar a meter la cabeza en un nudo todavía desconocido. Caminé «Calle» abajo hasta la puerta Este del Budayén y busqué a Bill. No le vi. Tomé otro taxi.

—Lléveme a casa de Friedlander Bey —dije.

El conductor se dio la vuelta y me miró.

—No —repuso tajante.

Salí y busqué a otro taxista que no le importara ir allí. Primero me aseguré de ponernos de acuerdo en la tarifa.

Una vez estuvimos allí, le pagué y bajé del taxi. No quería que nadie supiera de mi llegada. «Papa» no me esperaba hasta el día siguiente. Sin embargo, su criado me abrió la brillante puerta de caoba antes de que ascendiera toda la blanca escalera de mármol.

— Señor Audran —murmuró.

—Me sorprende que se acuerde.

Se encogió de hombros; no podría asegurar si sonrió o no, y dijo:

—La paz sea con usted.

Se volvió.

—Y con usted —dije a sus espaldas, y le seguí.

Me condujo a la oficina de «Papa», a la misma sala de espera que ya había visto. Entré, me senté, me volví a levantar, intranquilo, y empecé a serenarme. No sabía a qué había ido. Después de «Hola, ¿cómo está?», me deprimiría ver que no tenía nada más que decirle a «Papa». Pero Friedlander Bey era un buen anfitrión cuando convenía a sus propósitos, y no permitiría que un huésped se sintiera incómodo.

Al instante, la puerta intermedia se abrió y uno de los gigantes de granito me hizo un gesto. Pasé tras él y volví a estar ante la presencia de «Papa». Parecía muy cansado, como si hubiera despachado urgentes asuntos financieros, políticos, religiosos, judiciales y militares sin descanso durante varias horas. Su camisa blanca estaba húmeda de sudor, su fino cabello, ajado, y sus ojos, cansados y enrojecidos. La mano le temblaba mientras hacía un gesto a la «roca parlante».

—Café —dijo en una peculiar voz ronca y débil. Se volvió hacia mí—. Ven, hijo mío, siéntate. Debes decirme si estás bien. A Alá le ha complacido que la cirugía del doctor Lisán fuera un éxito. Tengo varios informes suyos. Se mostraba muy satisfecho de los resultados. En ese aspecto, también yo estoy satisfecho, pero, por supuesto, que la prueba definitiva del valor de esos injertos será cómo los utilices.

Asentí, eso fue todo.

Llegó la «roca» con el café, lo que me concedió unos minutos para aplacar mis nervios mientras lo tomábamos y charlábamos. Me di cuenta de que «Papa» me observaba muy de cerca, con sus pardos ojos juntos y un semblante de leve enfado. Cerré los ojos, exasperado; llevaba mis ropas de calle habituales. Los téjanos y las botas estaban bien para el club de Chiri o para salir con Mahmud, Jacques y Saied. pero «Papa» prefería verme con *galabiyya* y *keffiya.* Demasiado tarde, me dije, había caído en el pozo y tendría que salir y ganar terreno para volver a congraciarme con él.

Moví mi taza poco después de que me la llenaran por segunda vez, para indicar que ya tenía bastante. Las cortesías del café se acabaron y «Papa» murmuró algo a la «roca». El hombre abandonó la habitación. Creo que era la primera vez que me quedaba solo con «Papa». Esperé.

El anciano apretaba los labios mientras pensaba.

—Estoy contento de que te sometieras a la operación, según mis deseos.

—Oh, caíd —dije —, es…

Mi hizo callar con un gesto decidido.

—Sin embargo, la operación no resuelve nuestros problemas. Es triste. Estoy informado de que te muestras reacio a explorar todos los beneficios de mis regalos. Quizá pienses que puedes cumplir nuestro acuerdo llevando los injertos, pero sin usarlos. Si lo crees así, te engañas a ti mismo. Nuestro problema común no puede ser resuelto hasta que estés de acuerdo en utilizar el arma que te he dado, y en emplearla al límite. No me he sometido a ese aumento yo mismo porque mi religión me lo prohibe, por eso podrías alegar que no soy la persona más apropiada para aconsejarte en esta cuestión. Sin embargo, creo conocer un amigo con la elección adecuada; El tío estaba leyendo mi mente, pero ése era su trabajo. Lo más raro era que cuanto más bajo caía, más fácil me parecía hablar con Friedlander Bey. Ni siquiera estaba aterrorizado cuando me oí a mí mismo declinar su oferta.

—Oh, caíd —dije—, si no estamos de acuerdo ni en la identidad de nuestro enemigo, ¿de qué manera elegiremos una personalidad adecuada como instrumento de nuestra venganza?

Hubo un breve silencio durante el cual oía un latido de mi corazón y luego otro. Las cejas de «Papa» se elevaron y volvieron a su lugar.

—Una vez más, hijo mío, me demuestras que no me he equivocado al elegirte. Eres el indicado. ¿Cómo te propones empezar?

—Oh, caíd, empezaría por estrechar más nuestra alianza con el teniente Okking y obtener toda la información de que disponen en los archivos de la policía. Sé ciertas cosas sobre algunas de las víctimas que estoy seguro que él desconoce. No veo motivos para darle esa información ahora, pero más tarde la necesitará. Interrogaremos a nuestros amigos comunes. Creo que encontraré más pistas. Un cuidadoso examen científico de todos los datos asequibles sería el primer paso.

Friedlander Bey asintió, pensativo.

—Okking dispone de información que tú no tienes. Tú posees información que él no tiene. Alguien debe reunir toda esa información, y yo preferiría que esa persona fueras tú y no el bueno del teniente. Sí, me parece una buena sugerencia.

—Quienes te ven, viven, oh, caíd.

—Que Alá te permita ir y regresar sano y salvo.

No vi motivos para decirle que, en verdad, planeaba inspeccionar a Lutz Seipolt con toda minuciosidad. Lo que yo sabía sobre Nikki y su muerte hacía este asunto más siniestro de lo que «Papa» o el teniente Okking estaban dispuestos a admitir. Todavía tenía el moddy encontrado por mí en el bolso de Nikki. Nunca se lo había mencionado a nadie. Necesitaba averiguar lo que tenía grabado.

Tampoco había mencionado el anillo ni el escarabajo.

Tardé unos minutos en tranquilizarme fuera de la villa de Friedlander Bey, y luego no encontré taxi. Terminé por ir a pie. mas no me importó porque todo el tiempo estuve discutiendo conmigo mismo:

«Conciencia 1 (temerosa de «Papa»): Bueno, ¿por qué no hacer lo que quiere? Limítate a recoger la información y déjale que sugiera el próximo paso. De otro modo, estás pidiendo que te partan la cara, o que te maten. » «Conciencia 2 (temerosa de la muerte y el desastre): Porque cada paso conduce directamente hacia dos (no uno, sino dos) asesinos psicopáticos a quienes les importa un pito si vivo o muero. De hecho, uno u otro hará bastante más que meterme una bala entre los ojos o cortarme el cuello. Ése es el porqué.»

Un argumento por encima de la red y la otra se lo refutaba. Era un partido demasiado igualado, la competición podría durar eternamente. Después de un rato, me aburrí y dejé de observar. Tenía todo el equipo para convertirme en el Cid o en Jomeini o en cualquier otro, ¿por qué dudaba todavía? Nadie a mi alrededor tenía mis escrúpulos. Tampoco pensaba en mí como en un cobarde. ¿Qué sacaría con conectarme el primer moddy?

Tendría la repuesta esa misma noche. Oí la llamada a la oración del crepúsculo mientras atravesaba la puerta y me dirigía hacia la «Calle». Fuera del Budayén, el muecín parecía más etéreo; al otro lado de la puerta, la voz del mismo hombre adquiría, de algún modo, un tono de reproche. ¿O era mi imaginación? Paseé hasta el club de Chiriga y me senté ante la barra. Ella no estaba. Pero sí se encontraba allí Jámila, que había trajabado para Chiri hacía unas semanas y se largó cuando dispararon al ruso. La gente va y viene del Budayén, trabajan en un club y les echan o se van por cualquier estupidez, trabajan en otro lugar, con el tiempo, recorren el circuito y terminan donde han empezado. Jámila era una de esas personas que podían hacer el circuito más rápido que la mayoría. Tenía suerte de encontrar un trabajo de siete días consecutivos.

—¿Dónde está Chiri? —pregunté. —Vendrá a las nueve. ¿Quieres beber algo?—Bingara y ginebra, hielo y un poco de lima. Jámila asintió y se dio la vuelta para mezclarlo.

—Ah —dijo—, tienes una llamada. Dejaron un mensaje. Espera que lo busque.

Fue una sorpresa. No podía imaginar quién habría dejado un mensaje para mí, ni cómo sabían que iba a estar allí esa noche.

Jámila volvió con mi copa y una servilleta de cóctel con dos palabras garabateadas. Le pagué y se fue sin decir palabra. El mensaje decía: «Llama a Okking». Un principio muy propio de mi nueva vida de superhombre: urgente asunto policial. No hay descanso para los

miserables, empezaba a convertirse en mi lema. Descolgué el teléfono, murmuré el código de Okking y esperé a que contestara.

—¿Sí? —dijo por fin. —Marîd Audran.

—Maravilloso. Te llamé al hospital, pero me dijeron que te habían dado de alta. Llamé a tu casa y no obtuve respuesta. Llamé al jefe de tu chica, mas no estaba allí. Llamé a tu escondite habitual, el Café Solace, y no te habían visto. Así que probé en otros lugares y dejé mensajes. Quiero que estés aquí dentro de media hora.

—De acuerdo. ¿Dónde te encuentras?

Me dio un número de habitación y la dirección de un hotel en el conglomerado Flemish, en la zona más rica de la ciudad. Nunca había estado en el hotel ni a menos de diez manzanas de él. No era mi parte de la ciudad.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un homicidio. Ha salido tu nombre.

—¡Ah! ¿Alguien que conozco?

—Sí. Es curioso, tan pronto como ingresaste en el hospital, esos raros crímenes cesaron. Nada anormal en casi tres semanas. Y el mismo día que sales, vuelve el reino del terror.

—Está bien, teniente, me has cogido y confesaré. Si yo hubiera sido listo, habría dispuesto un asesinato o dos mientras me encontraba en el hospital para no levantar sospechas.

—Eres un chico listo, Audran. Eso empeora tu situación en todos los sentidos.

—Lo siento. No me lo vas a decir nunca: ¿quién es la víctima?

—Ven rápido —dijo, y colgó.

Bebí mi copa de un trago, dejé a Jámila medio kiam de propina y salí al cálido aire de la noche. Bill todavía no estaba en su lugar habitual, el amplio Boulevard el-Jameel fuera del Budayén. Otro taxista estuvo de acuerdo con la tarifa que le ofrecí y atravesamos la ciudad hacia el hotel. Fui directo a la habitación. Un oficial de policía me detuvo detrás de la barrera formada por la cinta amarilla en la que se leía: «Escena del crimen». Le dije que el teniente Okking me esperaba. Me preguntó mi nombre y me dejó pasar.

La habitación parecía el interior de un matadero. Había sangre por todas partes, charcos, trazos en las paredes, salpicaduras en la cama, sobre las sillas y el escritorio, por toda la alfombra. Un asesino no gastaría tanto tiempo y energía asegurándose de que su víctima estaba lo bastante muerta, rociando toda esa sangre, empapando a conciencia la habitación. Había matado a la víctima puñalada tras puñalada, como en un sacrificio humano ritual. Resultaba inhumano, grotesco y demente. Ése no era el estilo de *James Bond,* ni el del torturador sin nombre. Se trataba de un tercer maníaco o de uno de los dos primeros con un moddy nuevo. En cualquier caso, nuestras

escasas pruebas quedaban desfasadas con eso. ¡Lo que nos faltaba!

La policía acababa de meter el cadáver en una bolsa sobre una camilla y lo sacaba por la puerta. Me encontré al teniente.

—¿A quién demonios le ha tocado esta noche? —pregunté.

Me miró con atención, como si pudiera apreciar mi culpabilidad o mi inocencia por mi reacción.

—Selima —dijo.

Mis hombros se desplomaron. De repente, sentí un inmenso cansancio.

—Que Alá tenga misericordia —murmuré —. ¿Para qué me has llamado? ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

—Tú investigas todo esto para Friedlander Bey. Además, quiero que mires en el baño.

—¿Porqué?

—Ya lo verás. Prepárate, es un poco asqueroso.

Eso me predisponía aún menos a entrar en el baño. Pero entré. Debía hacerlo, no había elección. Lo primero que vi fue un corazón humano, arrancado del pecho de Selima, sobre el lavabo del cuarto de baño. Eso me dio náuseas. El lavabo estaba lleno de su sangre oscura. Luego vi sangre por todo el espejo de encima del lavabo. En él habían pintado trazos desiguales, dibujos geométricos y símbolos ininteligibles. La parte más preocupante eran las palabras escritas con sangre en escritura que goteaba: «Audran, tú eres el próximo».

Sentí una sensación opresiva, irreal. ¿Qué sabía ese carnicero loco de mí? ¿Qué relación tenía yo con el monstruoso crimen de Selima y las otras «Viudas Negras»? Lo único que pensé fue que hasta ese momento mi móvil había sido una especie de deseo galante de proteger a mis amigos, que podían ser futuras víctimas de esos locos asesinos desconocidos. No tenía un interés personal, excepto un posible deseo de venganza por el asesinato de Nikki y las demás. Ahora, en cambio, mi nombre escrito con sangre coagulada sobre ese espejo lo convertía en algo personal. Mi propia vida se hallaba en juego.

Si algo en el mundo podía inducirme a dar el paso definitivo y conectarme mi primer moddy, era aquello. Sabía perfectamente que a partir de entonces, necesitaría toda la ayuda que pudiera obtener. Revelador interés por uno mismo, diría yo. y maldije a los viles asesinos que lo habían hecho necesario.

14

Lo primero que hice a la mañana siguiente, fue llamar a Laila a la tienda de moddies de la calle Cuatro. La vieja estaba tan horrible como siempre, pero su aspecto había sufrido un ligero cambio. Llevaba su sucio cabello gris recogido bajo una peluca rubia llena de rizos; más que una peluca parecía algo que tu tía abuela ha metido en la tostadora para ocultarlo de la vista. Laila no había podido mejorar sus ojos amarillentos ni su arrugada piel negra, pero seguro que lo había intentado. Llevaba tantos polvos claros en su rostro, que parecía recién salida de un ascensor de harina. Encima de eso, se había pintado rayas de color cereza intenso sobre todas las superficies disponibles. Creo que su sombra de ojos, el maquillaje de sus mejillas y el lápiz de labios procedían del mismo contenedor. Llevaba unas brillantes gafas de sol de plástico colgadas del cuello con un horrible cordón, unas gafas de gato que había elegido con cuidado. No se había molestado en ponerse dientes postizos, pero había trocado su asqueroso vestido negro por una túnica rasgada, indecentemente ceñida y escotada, de un color amarillo chillón. Parecía como si intentase alentar a su cabeza y a sus hombros a librarse del buche del periquito más grande del mundo. Llevaba zapatillas baratas de borra azul.

—Laila — dije. —Marîd.

Sus ojos aparecían desenfocados. Eso significaba que presentaba su propia e inimitable personalidad. Si hubiera tenido un moddy conectado, su mirada estaría enfocada y el *software* hubiera agudizado sus reflejos. Me hubiese resultado más fácil tratar con ella si llevara otra personalidad, pero dejémoslo correr.

—Tengo el cerebro preparado.

—Eso he oído.

Soltó una sonrisa tonta que me disgustó un poco.

—Necesito que me ayudes a escoger un moddy.

—¿Para qué lo quieres?

Me mordí el labio inferior. ¿Hasta dónde iba a contarle? Por un lado, ella podía repetir todo lo que yo le dijera a cualquiera que entrase en su tienda: ella me contaba todo lo que otros le decían. Por el otro, nadie le prestaría atención.

—Necesito hacer un pequeño trabajo. Me han modificado el cerebro porque mi trabajo puede ser peligroso. Necesito algo que aumente mi talento de detective, y también evite que salga herido. ¿Qué te parece?

Murmuró un rato para ella misma, mientras daba vueltas pasillo arriba, pasillo abajo, y revolvía sus cajones. Yo no entendía lo que

decía, así que esperé. Por fin, se volvió hacia mí y se sorprendió de que todavía estuviese allí. Quizá había olvidado mi petición.

—¿Te parece bien un personaje de ficción? —dijo. —Si el personaje es lo bastante inteligente —respondí.

Se encogió de hombros y habló más entre dientes, con sus dedos engarfiados abrió un moddy envuelto en plástico y me lo ofreció.

—Toma —dijo.

Dudé. Volví *a* pensar que me recordaba a la bruja de *Blancanieves.* Miré el moddy como si fuera la manzana envenenada.

—¿Quiénes?

—*Nero Wolfe* —dijo—. Un brillante detective. Un genio para resolver asesinatos. No quería salir de su casa. Alguien le hacía el trabajo de calle y era el que recibía los golpes.

—Perfecto.

Creo que recordaba al personaje, aunque nunca había leído ninguno de sus libros.

—Tendrás que encontrar a alguien que haga las preguntas —dijo, ofreciéndome un segundo moddy.

—Saied las hará. Sólo con decirle que podrá partir todas las caras que quiera, aprovechará la oportunidad. ¿Cuánto por los dos?

Movió los labios un buen rato mientras sumaba las dos cantidades.

—Setenta y tres —gimoteó—. Sin impuestos.

Conté ochenta kiam y recogí el cambio y los dos moddies. Me miró.

—¿Quieres comprar mis judías de la suerte? No quería ni oír hablar de ellas.

Todavía había algo que me preocupaba y que quizá pudiera ser la clave para identificar a quien había asesinado, torturado y degollado a Nikki; algo que debía mantenerse en secreto. Era el moddy clandestino de Nikki. Tal vez lo llevaba cuando fue asesinada, o su asesino. Por lo que yo sabía, nadie lo llevaba puesto. Pero, entonces, ¿por qué me provocaba aquel sentimiento enfermo y desesperado cada vez que lo veía? ¿Era sólo el recuerdo del cuerpo de Nikki esa noche, metido en bolsas de basura, arrojado al callejón? Respiré hondo. «Vamos —me dije—, eres un maldito y buen aprendiz de héroe. Tienes a todo el *software* listo para cuchichear y recrearse en tu cerebro. » Tensé los músculos.

Mi mente racional intentó decirme treinta o cuarenta veces que el moddy no significaba algo más que el lápiz de labios o el pañuelo arrugado que había encontrado en el bolso de Nikki. A Okking no le habría gustado saber que ocultaba eso y los otros objetos a la policía, pero estaba llegando a un punto en que Okking no me preocupaba. Empezaba a cansarme de todo el asunto, pero la corriente me

arrastraba. Incluso había perdido la voluntad para salir pitando y salvarme.

Laila estaba manoseando un moddy. Lo sacó y se lo conectó. Le gustaba recibir a las visitas con sus fantasmas y espectros.

—¡Marîd! —gimió esta vez con la voz chillona de Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó.*

—Laila, tengo un moddy ilegal y quisiera saber qué hay en él. —Sí, Marîd, no te preocupes. Dame ese pequeño…

—¡Laila! —grité—. ¡No tengo tiempo para esa maldita bella del sur! Ni para quitarte tu propio moddy y obligarte a prestarme atención.

La idea de quitarse su moddy era demasiado horrible como para considerarla. Me miró, tratando de distinguirme entre la multitud. Yo era alguien entre Ashley, Rhett y la puerta.

—¿Por qué, Marîd? ¿Qué te ocurre? ¡Pareces tener fiebre!

Volví la cabeza y juré. Por amor de Alá, de verdad deseaba abofetearla.

—Tengo este moddy —dije, sin mover los dientes ni una fracción de milímetro—. Tengo que saber qué hay en él.

—¡Tonterías, Marîd! ¿Qué es tan importante? —me cogió el moddyy lo examinó—. Está dividido en tres bandas, cariño.

—¿Cómo puedes decirme lo que tiene grabado?

Sonrió.

—Es la cosa más fácil del mundo.

Con una mano se desconectó el moddy de Scarlett O'Hara y lo dejó con descuido a su lado, chocó con una tira de daddies y fue a parar a un rincón. Laila nunca volvería a encontrar su moddy de Scarlett. Con la otra mano centró mi moddy sospechoso y se lo conectó. Su relajado rostro se tensó un poco. Luego, cayó al suelo.

—¿Laila?

Se desfiguraba en grotescas posturas, sacaba la lengua, con los ojos abiertos, la mirada fija en el vacío. Hizo un ruido grave y sollozó, como si hubiera sido golpeada y maltratada durante horas y no le quedasen fuerzas para gritar. Su respiración era pesada y profunda, oía como raspaba su garganta. Sus manos eran un manojo de varas secas que arañaban inútilmente su cabeza, en un desesperado intento por desconectarse el moddy, pero no podía controlar sus músculos. Lloraba en lo profundo de su garganta, y se tambaleaba en el suelo hacia atrás y hacia adelante. Quería ayudarla, pero no sabía qué hacer. Si me acercaba más, podía despedazarme.

Había dejado de ser humana y comprobarlo era terriblemente fácil. Al que hubiera diseñado ese moddy le gustaban los animales, le agradaba hacer cosas a los animales. Laila se comportaba como una criatura grande, no un gato casero o un pequeño perro, sino un animal

de la jungla enjaulado, atormentado y furioso. Pude oír su chirrido; vi cómo mordía las patas de los muebles y dirigía sus inexistentes colmillos hacia mí. Cuando me detuve cerca de ella, se me abalanzó con más rapidez de lo que yo creí posible. Traté de cogerle el moddy y salí con tres grandes y sangrientos cortes en el brazo. Sus ojos me miraron. Se agazapó, con las rodillas hacia adelante.

Laila saltó, abalanzó su delgado cuerpo negro sobre mí. Aulló y me echó las manos al cuello. Me asustaba su aspecto, el cambio que se había operado en la anciana. No era Laila la que me atacaba, era el viejo cuerpo de bruja poseído por la corruptora influencia del moddy. En cualquier momento, hubiera podido deshacerme de Laila con una mano, pero entonces me encontraba en peligro de muerte. La fiera que había en Laila no se contentaría con arrinconarme o herirme. Quería matarme.

Mientras volaba hacia mí, la esquivé con tanta habilidad como pude, moviendo los brazos de la misma forma que el torero engaña al ojo del toro. Se estrelló contra una caja de daddies usados, quedó de espaldas y agitó las piernas hacia arriba como para destriparme. Le golpeé en la sien con el puño. Hubo un ruido sordo, de huesos rotos, y se desplomó sobre la caja. Me agaché, le desconecté el moddy ilegal y lo metí con el resto de mi *software*. Laila no estaba inconsciente del todo, aunque sí aturdida. Tenía los ojos desenfocados y deliraba. Cuando estuviera mejor, se sentiría muy desgraciada. Busqué rápido algo en su tienda para llenar su injerto vacío. Abrí un paquete nuevo de moddies, creo que era una unidad didáctica, porque llevaba tres daddies. Algo sobre el modo de ofrecer cenas a los burócratas de Anatolia. Estaba seguro de que Laila lo encontraría fascinante.

Descolgué el teléfono y llamé al hospital donde me habían hecho la ampliación. Pedí por el doctor Yeniknani; cuando respondió, le expliqué lo sucedido. Me dijo que en cinco minutos saldría una ambulancia hacia la tienda de Laila. Quería que le diera el moddy a uno de los auxiliares. Le dije que todo lo que averiguase del moddy era confidencial, que no informara de ello a la policía ni a Friedlander Bey. Hubo un largo silencio, pero, al fin, el doctor Yeniknani accedió. Me conocía y confiaba más en mí que en Okking y «Papa» juntos.

La ambulancia llegó en veinte minutos. Vi como los dos auxiliares colocaban a Laila con cuidado sobre una camilla y la metían en la ambulancia. Confié el moddy a uno de ellos y le recordé que no se lo entregara a nadie que no fuese el doctor Yeniknani. Asintió apresuradamente y se sentó al volante. Vi la ambulancia alejarse, salir del Budayén hacia lo que la ciencia médica pudiera o no hacer por Laila. Me guardé mis dos adquisiciones y cerré la puerta de la tienda de la vieja. Luego salí de aquel infierno. Una vez en la acera, comencé a temblar.

Me jodía saber lo que había averiguado. Primero: suponiendo que el moddy ilegal perteneciese al degollador, ¿lo llevaba él o se lo ponía a sus víctimas? ¿Sabría un lobo gris o un tigre siberiano quemar a una persona indefensa con un cigarrillo? No, tenía más sentido imaginar el moddy conectado a una víctima enfurecida, puesta a buen recaudo. Eso en cuanto a las quemaduras de las muñecas, pero Tami, Abdulay y Nikki tenían el cráneo destrozado. ¿Qué hizo el asesino si la víctima no era un moddy? Tal vez comerse un caramelo y enfadarse toda la tarde.

Lo que tenía muy claro era que andaba en busca de un pervertido que necesitaba un animal salvaje y carnívoro enjaulado para que sus jugos brotasen. La idea de abandonarlo todo cruzó por mi mente; la repetida idea de dejarlo, a pesar de las blandas amenazas de Friedlander Bey. Esta vez llegué a imaginarme junto a la agrietada carretera, en espera del viejo autobús eléctrico con la muchedumbre de pasajeros encima. Se me revolvía el estómago y sólo tenía mucho espacio para moverme.

Era demasiado pronto para encontrar a «Medio-Hajj» y hablarle de convertirse en mi cómplice. Quizá a las tres o las cuatro estuviera en el Café Solace, junto con Mahmud y Jacques; hacía semanas que no les veía. Ni a Saied, desde la noche que mandó a Courvoisier Sonny a la Gran Ruta Circular del paraíso, o a algún otro lugar. Regresé a casa. Pensé sacar el moddy de N*ero Wolfe,* mirarlo y darle vueltas en mis manos un par de docenas de veces y quizá quitarle el envoltorio y averiguar si tendría que tragarme unas cuantas pastillas o una botella de tende para tener el valor de conectarme el maldito chip.

Cuando entré en mi apartamento, Yasmin se encontraba allí. Me sorprendió. Aunque ella estaba preocupada y dolida.

—Saliste ayer del hospital y ni siquiera me llamaste —gritó.

Se dejó caer en un rincón de la cama y me miró con enfado.

—Yasmin…

—Muy bien, dijiste que no querías que te visitara en el hospital y así lo hice. Pero pensé que nos veríamos en cuanto volvieses a casa.

—Quise hacerlo, pero…

—Entonces, ¿por qué no me llamaste? Apostaría a que estuviste aquí con otra.

—Anoche fui a ver a «Papa». Hassan me dijo que debía presentarme ante él.

Me dirigió una mirada de duda.

—¿Y estuviste allí toda la noche?

—No —admití.

—¿Pues a quién más viste? Respiré profundamente.

—Vi a Selima.

El mal humor de Yasmin se transformó en una repentina mueca

de desprecio.

—Ah, ¿es eso lo que te mola ahora? ¿Cómo está? ¿Tan bien como su propaganda?

—Selima está en la lista, Yasmin. Con las «hermanas».

Me miró perpleja.

—Dime por qué no me sorprende. Le advertimos que tuviera cuidado.

—No basta con tener cuidado. No, a no ser que vivas en una cueva a cien leguas de tu vecino más cercano. Y ése no era el estilo de Selima.

—No.

Se hizo un breve silencio. Creo que Yasmin pensaba que ése tampoco era su estilo, que le estaba sugiriendo que eso mismo podía pasarle a ella. Bien, espero que lo pensase así porque era cierto. Siempre era cierto.

No le hablé del sangriento mensaje que el asesino de Selima me dejó en el baño de la suite del hotel. Alguien pensaba en Marîd Audran como en un tipo fácil, así que era el momento de que Marîd Audran se tomase las cosas a pecho. Además, decírselo no mejoraría el humor de Yasmin, ni el mío.

—Hay un moddy que quiero probar —dije. Levantó una ceja.

—¿Alguien que yo conozca?

—No, no lo creo. Es un detective sacado de unos viejos libros. Creo que puede ayudarme a poner fin a estos crímenes.

—Oh, oh. ¿Lo ha sugerido «Papa»?

—No. «Papa» no sabe lo que voy a hacer en realidad. Le dije que iría a la zaga de la policía y observaría las pistas a través de un cristal de aumento. Me creyó.

—A mí me parece una pérdida de tiempo.

—Y es una pérdida de tiempo, pero a «Papa» le gustan las cosas ordenadas. Él trabaja de modo firme, eficiente, más pesado y lento.

—A pesar de eso, lo hace.

—Sí. admito que lo consigue. Pero no quiero que me mire por encima del hombro, y coarte cada paso que yo dé. Voy a hacer este trabajo por él, sin embargo, lo haré a mi manera.

—No sólo haces el trabajo por él, Marîd. También por nosotros. Por todos nosotros. Y además, ¿recuerdas el 7 *Ching*? Decía que nadie te creería. Es ahora cuando debes obrar según lo que pienses que es correcto, y al final vencerás.

—Sí —repliqué con una sonrisa sombría—. Sólo espero que mi fama no sea póstuma.

—«No codicies aquello con lo que Alá ha distinguido a algunos de vosotros. De los hombres, la fortuna que han ganado; de las mujeres, la fortuna que han ganado. No os tengáis envidia, sino pedid la

bondad de Alá. ¡Fijaos! ¡Alá es el conocedor de todas las cosas!»

—Muy bien, Yasmin, cítamelo. De repente, eres religiosa.

—Tú eres el que se preocupa por encontrar la devoción. Yo siempre he creído, aunque no lo practique.

—El ayuno sin la oración es como un pastor sin rebaño, Yasmin. Y tú ni siquiera ayunas.

—Sí, pero…

—Pero nada.

—Vuelves a cambiar de tema. Estaba en lo cierto, así que cambié de evasivas. —Ser o no ser, cariño, ésa es la cuestión. —Lancé el moddy al aire y lo recogí—. Qué es más noble…

—¿Vas a conectarte esa maldita cosa?

Respiré afondo.

— En el nombre de Dios —murmuré, y me lo conecté.

La primera sensación escalofriante fue la de ser engullido de repente por una fantástica masa de carne. Nero Wolfe *pesaba un séptimo de tonelada, ciento cuarenta y cinco kilos, o más. Todos los sentidos de Audran creyeron que había ganado sesenta kilos en un instante. Cayó al suelo, aturdido, necesitado de aire. A Audran le habían advertido que pasaría un período de tiempo de adaptación a cada moddy que emplease; grabado de un cerebro vivo o programado para parecerse a un personaje de ficción, estaría pensado para el cuerpo ideal, no parecido al de Audran en muchos aspectos. Los músculos y nervios de Audran necesitaban un poco de tiempo para aprender a compensar.* Nero Wolfe *era mucho más gordo que Audran y también más alto. Cuando este último conectara el moddy, caminaría como Neto* Wolfe; *entendería las cosas con la facultad y la capacidad mental de* Wolfe; *acomodaría su imaginaria corpulencia a las sillas, con el cuidado y la delicadeza de* Wolfe. *A Audran le impresionó más de lo que esperaba.*

Después de un momento, Wolfe *oyó la voz de una mujer joven. Parecía preocupada. Audran seguía tendido en el suelo e intentaba respirar, además de, simplemente, tenerse en pie.*

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven.

Los ojos de Wolfe *se convirtieron en unas pequeñas hendiduras en las rollizas bolsas que los rodeaban. La miró.*

—Perfectamente, señorita Nablusi —respondió.

Se sentó despacio y ella se le acercó para ayudarle a incorporarse. Con la mano, él le indicó que no, aunque se apoyó un poco en ella para ponerse en pie.

Los recuerdos de Wolfe, *ingeniosamente contenidos en el moddy, se mezclaron con los pensamientos, sensaciones, sentimientos y recuerdos ocultos de Audran.* Wolfe *dominaba varios idiomas: inglés, francés, español, italiano, latín, serbocroata y otros. No había espacio para recoger*

tantos daddies de lenguaje en un único moddy. Audran se preguntó cómo se dice en francés al-kalb *y lo sabía:* le chien. *Claro que Audran ya hablaba un perfecto francés. Se preguntó* al-kalb *en inglés y en croata, pero se le escapaban: los tenía en la punta de la lengua, un hormigueo mental, uno de esos frustrantes lapsus de memoria. Audran y* Wolfe *no podían recordar quiénes hablaban croata o dónde vivían. Audran no conocía ese lenguaje hasta entonces. Todo eso le hizo sospechar la profundidad de su ilusión. Esperaba que no ocurriera en algún momento crucial cuando Audran dependiera de* Wolfe *para sacarle de una situación de vida o muerte.*

—Fin —silbó Wolfe.

Ah, pero Nero Wolfe *pocas veces se encontraba metido en situaciones comprometidas. Dejaba que Archie Goodwin corriera con la mayor parte de los riesgos.* Wolfe *descubriría a los asesinos del Budayén sentado tras su viejo despacho familiar —imaginariamente, por supuesto—, y razonaría la identidad de los asesinos. Entonces, la paz y la prosperidad descenderían una vez más sobre la ciudad y en todo el Islam resonaría el nombre de Marîd Audran.*

Wolfe *miró a la señorita Nablusi. Solía mostrar cierto rechazo por las mujeres, rechazo que, a veces, lindaba con la hostilidad más descarada. ¿Qué sentiría ante un transexual? Después de un momento de reflexión, el detective pareció sentir la misma desconfianza que demostraba por el crecimiento orgánico, nada artificialmente añadido, femenino en general. Casi siempre, se mostraba flexible y objetivo al evaluar a las personas; de otro modo, no habría podido ser un detective tan brillante.* Wolfe *no hubiese tenido dificultad en interrogar a la gente del Budayén, o comprender sus extravagantes actitudes y motivaciones.*

Mientras su cuerpo se sentía cada vez más cómodo en el moddy, la personalidad de Marîd Audran se retiraba a la pasividad, limitándose a hacer sugerencias, mientras Wolfe *adquiría más control. Estaba claro que llevar un moddy podía conducir a gastar un montón de dinero. Igual que el asesino que llevaba el moddy de* James Bond *había reformado su apariencia física y su vestuario para adaptarse a su asumida personalidad, también Audran y* Wolfe, *de repente, querían invertir en camisas y pijamas amarillos, contratar a uno de los mejores* chefs *del mundo y coleccionar cientos de raras y exóticas orquídeas. Todo eso tendría que esperar.*

—Fin —refunfuñó Wolfe *de nuevo.*

Alargaron el brazo y se desconectaron el moddy.

De nuevo me sentí aturdido y desorientado y me encontré en mi propia habitación mirando mi mano, y el moddy que sostenía, con expresión estúpida. Volvía a encontrarme en mi propio cuerpo y en mi propia mente.

—¿Cómo ha estado? —preguntó Yasmin. La miré.

—Satisfactorio —respondí, y empleé la expresión más vehemente de *Wolfe*—. Lo hice —admití—. Tengo la sensación de que *Wolfe* será capaz de dilucidar los hechos y encontrarles sentido. Si es que lo tienen.

—Me alegra, Marîd. Y recuerda, si éste no es lo bastante bueno, hay mil moddies distintos que puedes probar.

Dejé el moddy en el suelo, junto a la cama, y me eché. Quizá debí aumentar mi cerebro hace mucho tiempo. Empecé a sospechar que yo había perdido una apuesta, que estaba equivocado y que los demás tenían razón. Bien, ya era mayorcito y podía admitir mis errores. No en voz alta, por supuesto, y nunca a nadie como Yasmin, que jamás me permitiría olvidarlo. Pero en lo más profundo de mi ser, yo lo sabía y mi temor me había impedido modificar antes mi cerebro; sentía que podía superar cualquier moddy con mi buen sentido innato y un hemisferio cerebral atados a la espalda. Descolgué el teléfono y llamé a «Medio Hajj» a su casa. Todavía no había ido a comer y me prometió pasarse por mi apartamento en unos minutos. Le dije que tenía un pequeño regalo para él.

Yasmin yacía junto a mí mientras esperábamos que Saied llegase. Puso su brazo alrededor de mi pecho y descansó su cabeza en mi hombro.

—Marîd —murmuró con ternura—, me siento muy orgullosa de ti.

—Yasmin —dije despacio—, ¿sabes que, en realidad, estoy asustado de mis habilidades?

—Lo sé, cielo; también yo. Pero ¿y si no te hubieras metido en todo esto? ¿Qué pasa con Nikki y los demás? ¿Y si matan a más personas, personas a las que tú hubieras podido salvar? ¿Cómo te sentirías?

—Haremos un trato, Yasmin: seguiré adelante, haré lo que pueda y correré todos los riesgos que no pueda evitar. Pero deja de repetirme todo el tiempo que hago lo correcto y que estás tan orgullosa de que quizá me maten dentro de media hora. Dar ánimo en los asientos de los reservados es bueno para tu moral, pero a mí no me sirve lo más mínimo; al cabo de un rato resulta pesado, y eso no hará que las balas y los cuchillos reboten en mi piel. ¿De acuerdo?

Estaba herida, pero quise decir, exactamente, las palabras pronunciadas. Debía cortar con todo eso de: «¡Ve a por ellos y atrápalos, chico!». Sentía haberme mostrado tan duro con Yasmin. Para disimular, me levanté y fui al lavabo. Cerré la puerta y me llené un vaso con agua. En mi apartamento, el agua está caliente siempre, ya sea verano o invierno, y raras veces tengo hielo en el congelador. Pasado un rato puedes beber el agua tibia con partículas flotantes suspendidas en ella. Yo no. Todavía estoy en ello. Me gustan los vasos

de agua que no tengan un aspecto amedrentador.

Cogí la caja de píldoras de mis téjanos y saqué un puñado de soneínas. Eran las primeras que me tomaba desde mi salida del hospital. Como algunas clases de adictos, yo celebraba mi abstinencia rompiéndola. Me puse las soneínas en la boca y tomé un trago de agua templada. Pensé que eso me daría marcha. Un par de soneínas y unos cuantos trifets son mejor que un estadio lleno de gente con buenos deseos y sus sábanas de banderas. Cerré la caja de píldoras despacio. ¿Quizá intentaba que Yasmin no lo oyera? ¿Por qué? Después, tiré de la cadena. Entonces regresé a la habitación.

Me hallaba a medio camino cuando Saied llamó a la puerta.

—*Bismillah* —dije, y la abrí.

—Sí, tienes razón —repuso «Medio Hajj».

Entró en la habitación y se dejó caer en un extremo del colchón.

—¿Qué es lo que tienes para mí?

—Ahora está ampliado, Saied —le informó Yasmin.

«Medio Hajj» se volvió hacia ella, despacio, y le ofreció una desenfrenada mirada de las suyas. Otra vez se hallaba en el lado duro de su mente. El lugar de una mujer está en ciertas zonas de la casa, que se la vea pero que no se la oiga, quizá ni que se la vea si sabía qué convenía.

«Medio Hajj» me miró y asintió.

—A mí me modificaron cuando tenía trece años —dijo.

Yo no iba a empuñar las armas contra él por nada. Me recordé a mí mismo que le estaba pidiendo que me ayudara y que para él sería muy peligroso. Le ofrecí el moddy de Archie Goodwin, que cogió fácilmente con una mano.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Un detective de unos libros antiguos. Trabaja para el mejor detective del mundo. El jefe es grande y gordo, y nunca sale de su casa, así que Goodwin le hace el trabajo de calle. Goodwin es joven, guapo e inteligente.

—Oh, oh. Y supongo que este moddy es un regalo de fin del Ramadán. Un poco tarde, ¿no?

—No.

—Aceptas el dinero de «Papa» y la operación en el cerebro y vas detrás de quien se dedica a despachar a nuestros amigos y vecinos. Ahora quieres que me conecte a este fuerte y seguro Goodwin, y cabalgue contigo en pos de la aventura.

—Necesito a alguien, Saied. Tú eres la primera persona en la que he pensado.

Eso pareció halagarle, aunque todavía distaba bastante del entusiasmo.

—No es mi línea.

—Conéctatelo, y la será.

Lo miró por los dos lados y se dio cuenta de que estaba bien. Se quitó la *keffiya,* que se la colocaba como una especie de turbante, se desconectó el moddy que llevaba, y se enchufó el de Archie Goodwin.

Le acompañé al lavabo. Vi como su mirada se desenfocaba y luego sufría una sutil transformación. Parecía más relajado, más inteligente. Me dedicó una irónica y divertida sonrisa, me estaba tanteando y también a los nuevos contenidos de su mente. Paseó su mirada por toda la habitación, como si más tarde tuviera que hacer una detallada descripción de todo. Esperó, me observó medio insolente medio devoto. Sabía que no me veía a mí, estaba viendo a *Nero Wolfe.*

Las actitudes y la personalidad de Goodwin atrajeron a Saied. Le encantó la oportunidad de dirigirme los sardónicos comentarios de Goodwin. Le gustó la idea de ser devastadoramente seductor con ese moddy. Incluso sería capaz de superar su propia aversión a las mujeres.

—Tenemos que discutir el salario —dijo.

—Por supuesto. Ya sabes que Friedlander Bey sufraga mis gastos.

Sonrió. Pudo ver habitaciones costosas, cenas íntimas y baile en el Flamingo sobrevolando su rectificada mente.

De repente, la sonrisa cedió. Estaba repasando los recuerdos artificiales de Goodwin.

—He tenido que repartir puñetazos más de una vez, trabajando para ti —dijo pensativo.

Moví rápido el dedo hacia él, al modo de *Wolfe.*

—Eso forma parte de tu trabajo. Archie, y eres consciente de ello. Suponía que ésa era la parte que más te gustaba.

La sonrisa volvió a su rostro.

—Y tú disfrutas suponiendo sobre mí y mis ideas. Bien, adelante, ése es el único ejercicio que haces. Debes tener razón. De cualquier modo, hace mucho que no tenemos un caso en el que trabajar.

Quizá debí conectarme mi moddy del detective; contemplar la imitación de «Medio Hajj» sin él resultaba casi molesto. Le devolví un gruñido de *Wolfe,* porque eso era lo que él esperaba, y me detuve.

—Entonces, ¿me ayudarás? —le pregunté. —Un minuto.

Saied se desconectó el moddy y se puso el suyo. A él le costaba menos pasar de un moddy, a su cerebro desnudo y a un segundo moddy. Claro que, como él decía, llevaba así desde los trece años. Yo sólo lo había hecho una vez, hacía unos minutos. Me dio un amargo repaso, de arriba abajo y de abajo arriba. Cuando empezó a hablar, supe en seguida que no llevaba el moddy adecuado. Sin el moddy de Goodwin que le hiciera parecer todo divertido, romántico y excitantemente arriesgado, «Medio Hajj» no iba a hacerlo. Se acercó a

mí y me habló con las mandíbulas apretadas y tensas.

—Mira, siento de verdad que Nikki fuera asesinada. Me molesta que alguien haya exterminado a las «Viudas Negras», aunque nunca fuéramos amigos. No es bueno para nadie. En cuanto a Abdulay, encontró lo que andaba buscando y, si me preguntas, lo tenía más que merecido. Así, por Nikki, llegamos a una contienda de odio entre tú y algún cerebro rabioso. Me parece maravilloso que tengas de tu lado a todo el Budayén y a «Papa». Sin embargo, no sé cómo tienes el maldito valor de pedirme que te proteja de todo lo malo que pueda ocurrirte. —Y al hablar, me golpeó en el pecho con un dedo que era como una vara de hierro—. Tú recibirás la recompensa, de acuerdo, aunque crees que puedes endosarme los agujeros de bala y las heridas de navaja. Bien, Saied ve lo que te propones. Saied no es tan loco como tú crees. —Resopló, casi asombrado de mi audacia—. Aunque salgas de todo esto con vida, magrebí, aunque todo el mundo te considere una especie de héroe, tendremos que resolver este asunto entre nosotros.

Me miró con expresión feroz y rostro encendido, mientras los músculos de su mandíbula intentaban serenarse lo bastante como para que su rabia se canalizase de modo coherente. Al final, desistió. Durante unos segundos pensé que iba a pegarme. No me moví lo más mínimo. Esperé. Levantó su puño, titubeó, agarró el moddy de Archie Goodwin con su otra mano, lo tiró al suelo, lo siguió unos centímetros mientras se deslizaba por la habitación, levantó un pie y lo dejó caer, aplastando el moddy bajo el pesado tacón de madera de su bota de cuero. El armazón del moddy saltó en pedazos y trozos de vivos colores del circuito interno volaron en todas direcciones. «Medio Hajj» contempló un momento el moddy destrozado, sus ojos parpadeaban estúpidamente. Luego, levantó la mirada despacio hacia mí.

—¿Sabes lo que bebe ese tipo? —gritó—. Bebe leche, ¡maldita sea!

Muy ofendido, Saied se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —preguntó Yasmin con voz tímida. Él la miró.

—A buscar el mayor bistec de la ciudad y devolverlo a donde pertenece. A pasar un buen rato en honor de lo cerca que he estado de que tu novio me condujese a la muerte.

Abrió la puerta de la calle y salió pisando fuerte, dando un portazo.

Me reí. Había sido una gran actuación, justo el alivio que yo necesitaba. No contaba con que Saied estuviera asustado, pero los dos asesinos no hacían de éste un asunto trivial; estaba seguro de que a «Medio Hajj» se le pasaría el enfado muy pronto. Si, pese a lo que parecía, yo terminaba siendo un héroe, él se encontraría entre la minoría poco popular, pasando por un malévolo envidioso. Estaba

convencido de que Saied nunca estaría en un grupo impopular si podía hacer algo por evitarlo. Sólo tenía que seguir viviendo lo bastante para que «Medio Hajj» volviese a ser mi amigo.

Creo que mi buen humor coincidió con la subida de las soneínas. Me dije a mí mismo: «¿Ves cómo te han ayudado a mantener el control? ¿Qué bien nos habría hecho liarme a puñetazos con Saied?».

—¿Ahora, qué? —preguntó Yasmin.

Me hubiera gustado que no me lo preguntara.

—Buscaré otro moddy, como me has sugerido. Mientras tanto, reuniré toda la información como «Papa» quiere, trataré de ordenarla y ver si se puede seguir un modelo o una línea de investigación definidos.

—Te estabas portando como un cobarde, ¿no, Marîd?, cuando evitabas los injertos cerebrales.

—Sí. estaba asustado. Tú lo sabes. Pero no se trataba de cobardía. Era como si estuviera retrasando lo inevitable. En estos últimos tiempos, me he sentido como Hamlet. Aunque admites que el hecho de tener miedo es algo inevitable, no estás seguro de que vayas a hacer lo correcto. Quizá Hamlet pudo haber resuelto las cosas de otra manera, con un poco menos de sangre, sin forzar la mano de su tío. Quizá aumentar mi cerebro sólo parezca lo correcto. Quizá estoy olvidando algo obvio.

—Si te engañas a ti mismo de ese modo, más gente morirá. Puede que incluso tú. No olvides que si medio Budayén sabe que vas tras el rastro de los asesinos, ellos también.

Eso no se me había ocurrido. Ni siquiera las soneínas pudieron animarme ante ese notición.

Una hora más tarde, estaba en la oficina del teniente Okking. Como era habitual, no demostró mucho entusiasmo al verme.

—Audran —dijo—, ¿has encontrado otro cadáver para mí? Si el mundo está en orden, te arrastrarás hasta aquí, mortalmente herido, desesperado por conseguir mi perdón antes de palmarla.

—Lo siento, teniente —dije. —Bueno, puedo soñarlo, ¿no?

Ya salam, siempre tan condenadamente gracioso.

—Se supone que debo trabajar más de acuerdo contigo, y se supone que tú has de cooperar voluntariamente conmigo. «Papa» cree que es mejor si aunamos nuestra información.

Parecía como si acabara de oler algo en descomposición. Murmuró unas palabras ininteligibles entre dientes.

—No me gusta que meta su manaza, Audran, y se lo puedes decir de mi parte. Va a hacerme más difícil cerrar este caso. Friedlander Bey corre peligro al inmiscuirte en los asuntos de la policía.

—Él no lo ve así.

Okking asintió con displicencia.

—Está bien, ¿qué quieres que te cuente? Me senté y traté de parecer indiferente.

—Todo lo que sepas sobre Lutz Seipolt y el ruso que mataron en el club de Chiri.

Okking estaba sorprendido. Le costó un momento recuperar la compostura.

—Audran, ¿qué posible relación puede existir entre ambos?

Ya habíamos pasado por eso. Sabía que sólo rehuía la respuesta.

—Debe haber varios motivos o algún conflicto mayor que no alcanzo a comprender y que se desarrolla en el Budayén.

—No necesariamente. El ruso no formaba parte del Budayén. Era un político sin importancia que puso una vez el pie en tu territorio porque le pediste que se reuniera contigo allí.

—Cambias de conversación muy bien, Okking. Responde a mi pregunta: ¿de dónde es Seipolt y qué es lo que hace?

—Llegó a la ciudad hace tres o cuatro años, procedente de algún lugar del Cuarto Reich, de Frankfurt, creo. Se estableció como agente de importación-exportación, ya sabes lo vaga que es esta descripción. Su negocio principal es la alimentación y las especias, café, algo de algodón y tejidos, alfombras orientales, piezas viejas de cobre y bronce, joyería barata, cristal Muski de El Cairo y otras cosillas. Es importante en la comunidad europea, parece sacarle provecho y nunca ha presentado ningún signo de estar implicado en ninguna operación ilícita de comercio internacional a gran escala. Eso es todo lo que sé.

—¿Imaginas por qué me apuntó con una pistola cuando le hice algunas preguntas sobre Nikki?

Okking se encogió de hombros.

—Tal vez le guste la intimidad. Mira, por tu aspecto, no pareces el tipo más inocente del mundo, Audran. Quizá pensó que ibas a sacarle un arma y escaparte con su colección de esculturas antiguas, escarabajos y ratones momificados.

—Entonces, ¿has estado en su casa? Okking sacudió la cabeza.

—Tengo informes —dijo—. Soy un influyente oficial de policía, ¿recuerdas?

—Está bien, lo olvidaré. El ángulo Nikki-Seipolt es un callejón sin salida. ¿Y sobre el ruso, Bogatyrev?

—Era un ratón que trabajaba para los bielorrusos. Primero se pierde su hijo y luego tiene la mala suerte de parar esa bala de *James Bond*. Todavía guarda menos relación que Seipolt con los otros crímenes.

Sonreí.

—Gracias, teniente. Friedlander Bey quiere que me asegure de que no ocultas ninguna prueba. De verdad que no deseo interrumpir tu investigación. Dime qué debo hacer ahora.

Hizo una mueca.

—Te sugeriría que salieras en una misión en busca de hechos a Tierra del Fuego o a Nueva Zelanda o a cualquier lugar fuera de mi vista, pero te reirías y no me tomarías en serio. Así que interroga a cualquiera que pueda tener un motivo contra Abdulay o entérate de si alguien en particular quería matar a las «Viudas Negras». Investiga si alguna de las «hermanas» fue vista con un desconocido o un sospechoso poco antes de que las mataran.

—Está bien —dije, poniéndome en pie.

Acababa de recibir la primera lección sobre medios evasivos, pero quería que Okking creyera que me había derrotado. Era posible que tuviera algunas pistas que no quisiera compartir conmigo, pese a lo que «Papa» había dicho. Eso explicaría su deliberada mentira. Fuera cual fuese la razón, yo planeaba volver pronto, cuando Okking no estuviera, y utilizar los registros del ordenador para profundizar un poco más en los datos de Seipolt y Bogatyrev.

Al llegar a casa, Yasmin señaló la mesa.

—Alguien ha dejado una nota para ti.

—¿Ah, sí?

—La deslizaron por debajo de la puerta y llamaron. Fui a abrir y no vi a nadie. Bajé la escalera, pero tampoco había nadie en la acera.

Sentí un escalofrío. Abrí el sobre. Contenía un corto mensaje impreso en papel de ordenador. Decía:

AUDRAN:
¡TÚ ERES EL SIGUIENTE!
JAMES BOND SE HA IDO.
AHORA SOY OTRA PERSONA, ¿ADIVINAS QUIÉN?
PIENSA EN SELIMA Y LO SABRÁS.
NO QUIERO HACERTE NINGÚN FAVOR, PORQUE ¡PRONTO ESTARÁS MUERTO!

—¿Qué dice? —preguntó Yasmin.

—Oh, nada —respondí.

Sentí un pequeño temblor en mi mano. Me alejé de Yasmin, arrugué el papel y me lo metí en el bolsillo.

15

Desde la noche en que Bogatyrev fue asesinado en el local de Chinga, yo había sentido todas las emociones fuertes que una persona puede sentir. Asco, terror y júbilo. Había conocido el amor y el odio, la esperanza y la desesperación. En ocasiones había sido tímido y audaz en otras. Sin embargo, nada me llenó tanto como la furia que surgía ahora en mí. El forcejeo preliminar había acabado, las ideas como honor, justicia y deber se supeditaban a la todopoderosa necesidad de seguir vivo, de evitar ser asesinado. El tiempo de la duda había pasado. Me amenazaban, a mí, personalmente. Ese mensaje anónimo captó mi atención. Mi rabia estaba dirigida directamente contra Okking. Me había ocultado información, quizá encubría algo y, con ello, ponía mi vida en peligro. Si quiso poner en peligro a Abdulay o a Tami, bien, creo que era asunto de la policía. Pero si me ponía en peligro a mí, era asunto mío. Cuando fuera a su oficina, Okking se enteraría, de malas maneras.

Caminé a grandes y furiosas zancadas «Calle» arriba y, mientras, pensaba y ensayaba lo que iba a decirle al teniente. No me costaría mucho. Okking se sorprendería al verme de nuevo, a la hora de salir de su oficina. Planeaba irrumpir en ella, dar un portazo tan fuerte que los cristales temblasen, meterle la amenaza de muerte en las narices y pedirle una relación completa de pruebas. Si no, le arrastraría a una de las salas de interrogatorios y le haría rebotar contra sus propias paredes. Apostaba a que el sargento Hajjar me prestaría toda la ayuda que yo necesitara.

Mientras me encaminaba hacia la puerta del extremo Este del Budayén, vacilé entre paso y paso. Una idea afloró en mi mente. Esa mañana había sentido el mismo hormigueo, como de asunto sin zanjar, cuando hablé con Okking. Lo sentí después de ver el cadáver de Selima. Siempre dejo que mi subconsciente trabaje en esos hormigueos y, más tarde o más temprano, los desvela. Tenía la respuesta, como un timbre eléctrico sonando en mi cabeza.

Pregunta: ¿Qué falta en este cuadro?

Respuesta: Observémoslo de cerca. Primero, en las últimas semanas tenemos varios crímenes sin resolver en el vecindario. ¿Cuántos? Bogatyrev, Tami, De vi, Abdulay, Nikki, Selima. Ahora, ¿qué hace la policía cuando se enfrenta a un hueso duro de roer en una investigación homicida? El trabajo de la policía es reiterativo, aburrido y metódico: acuden a todos los testigos una y otra vez, y les hacen repetir sus declaraciones por si han descuidado alguna pista vital. Los policías repiten las mismas preguntas, cinco, diez, veinte y cien veces. Te arrastran a la comisaría o te despiertan a mitad de la

noche. Más preguntas, las mismas tediosas respuestas.

Con una pizarra que muestra seis asesinatos sin resolver relacionados en apariencia, ¿por qué la policía no ha importunado más, haciendo pesquisas y averiguaciones? No tenía que volver a repasar mi versión y dudo que Yasmin o alguien necesitara hacerlo.

Deberían despedir a Okking y al resto del departamento. Por mi honor y por mis ojos, ¿por qué no lo hacen? Seis muertos por el momento, y yo estaba seguro de que la cuenta aumentaría. Me habían prometido personalmente al menos un cadáver más, el mío.

Al llegar a la comisaría de policía, entré en el despacho del sargento sin decir una palabra. No pensaba en los modales ni en el protocolo, sino en la sangre. Quizá era la expresión de mi rostro o el aura negra como la medianoche que me rodeaba, lo cierto es que nadie me detuvo. Subí la escalera y atravesé el laberinto de pasillos hasta llegar ante Hajjar, sentado fuera del pequeño cuartel general de Okking. También Hajjar debió percatarse de mi expresión, porque sacudió el pulgar por encima de su hombro. No iba a cruzarse en mi camino, ni tampoco a correr riesgos con su jefe. Hajjar no era inteligente, aunque sí astuto. Dejaría que Okking y yo nos sacudiéramos pero no estaría cerca. No recuerdo si le dije algo a Hajjar o no. Lo siguiente que recuerdo es que me apoyaba en el escritorio de Okking y le tenía agarrado de la camisa en mi puño tenso. Los dos gritamos.

—¿Qué demonios significa esto? —dije a voces, moviendo el papel de ordenador frente a sus ojos.

Eso es todo lo que puedo recordar antes de ser volteado, derribado e inmovilizado contra el suelo por dos policías, mientras otros tres me apuntaban con sus pistolas de agujas. Mi corazón estaba acelerado todavía, no podía ir más rápido sin explotar. Quería darle una patada en el rostro, pero mi movilidad estaba controlada.

—Soltadle —ordenó Okking.

También él respiraba agitado.

—Teniente —objetó uno de los hombres—, si…

—Soltadle.

Le obedecieron. Me puse en pie y miré a los hombres uniformados guardar sus armas y abandonar el despacho. Hubo un revuelo general. Okking esperó a que el último de ellos cruzase el umbral y cerró despacio la puerta, se pasó la mano por el cabello y volvió a su escritorio. Empleó mucho tiempo y esfuerzo en intentar calmarse. Supongo que no quería hablar hasta haberse controlado. Por último, se sentó en su silla giratoria y me miró.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Sin burla, sin sarcasmo, sin amenazas veladas ni artimañas de policía. El tiempo del temor y la incertidumbre había acabado para

mí, también el del desdén y la condescendencia para Okking.

Dejé la nota sobre su cuaderno y esperé a que la leyera. Me senté en una silla de plástico, dura y angulosa, frente al escritorio de Okking y esperé. Le vi acabar de leer. Cerró los ojos y se los frotó, fatigado.

—Jesús —murmuró.

—Quienquiera que fuese ese *James Bond,* ha cambiado de moddy. Dice que yo sabría cuál si lo pensaba. No se me ocurre nada.

Okking miró la pared que había a mi espalda, mientras recordaba la escena del asesinato de Selima. Primero, sus ojos se abrieron un poco; luego, su boca. Entonces gruñó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—¿Qué?

—¿Qué te parece Xarghis Moghadhíl Khan?

Yo había oído ese nombre antes, pero no estaba muy seguro de qué Khan se trataba. Sabía que no iba a gustarme.

—Háblame de él.

—Fue hace unos quince años. Ese psicópata se proclamó a sí mismo el nuevo profeta de Dios en Assam o Sikkim o uno de esos lugares del este. Dijo que un fulgurante ángel azul le hacía revelaciones y proclamas divinas. Lo más terrible fue que Khan salía y se follaba a cualquier mujer blanca que encontraba y asesinaba a cualquiera que se cruzara en su camino. Alardeaba de haber matado a doscientos o trescientos hombres, mujeres y niños antes de ser detenido. También antes de ser ejecutado asesinó a cuatro más en la cárcel. Le gustaba sacarle los órganos a sus víctimas y sacrificarlas a su ángel azul metálico. Diferentes órganos, según el día de la semana o las fases de la luna o alguna maldita razón.

Hubo un silencio nervioso durante unos segundos.

—Será mucho peor como Khan que como *Bond* —dije. Okking asintió, tétrico.

—Al lado de Xarghis Moghadhil Khan toda la pandilla de asesinos del Budayén parecerían dibujos animados del gato y el ratón.

Cerré los ojos, me sentía indefenso.

—Tenemos que averiguar si sólo se trata de un asesino lunático o trabaja para alguien.

El teniente volvió a mirar por encima de mí, a la pared mientras se le ocurría otra idea. Su mano derecha jugaba nerviosa con la figura de una barata sirena de bronce que tenía sobre su escritorio. Por fin me miró.

—Puedo ayudarte en eso —dijo con calma.

—Estaba seguro de que sabías más de lo que me contabas. Sabes para quién trabaja este *James Bond-Khan.* Sabías que yo tenía razón en que los crímenes eran ejecuciones, ¿no es así?

—No tenemos tiempo para pataletas ni medallas. Eso vendrá más

tarde.

—Será mejor que me cuentes toda la historia. Si Friedlander Bey se entera de que has ocultado esta información, perderás tu empleo antes de que te dé tiempo a pedirle perdón.

—Yo no estaría tan seguro, Audran —dijo Okking—, pero no deseo comprobarlo.

—Pues dímelo, ¿para quién trabajaba *James Bond?* El policía parecía reacio. Cuando me miró, había angustia en su semblante.

—Trabajaba para mí, Audran.

La pura verdad es que no esperaba oír eso. No supe cómo reaccionar.

—*Wallâhnl-aztm* —murmuré. Dejé que Okking lo explicara.

—Has tropezado con algo más importante que una serie de asesinatos —dijo—, pero no tienes ni idea de cuánto más importante. Creo que lo intuías. Está bien. Yo recibía dinero de un gobierno europeo para localizar a alguien que se ocultaba en la ciudad. Esa persona era el candidato para gobernar un país. Una facción política de su lugar de origen deseaba asesinarle. El gobierno para el que trabajo quería que le encontrara y le devolviera sano y salvo. No necesitas saber todos los detalles de la intriga, pero ésa es la idea básica. Contraté a *James Bond* para que encontrara al tío y también para impedir que el otro partido intentara asesinarle.

Me costó unos segundos asimilar todo eso. Era demasiado grande para digerirlo de golpe.

—*Bond* mató a Bogatyrev y a Devi, y, después de convertirse en Xarghis Khan, a Selima —resumí—. De modo que yo estaba sobre la pista correcta desde el principio: Bogatyrev fue asesinado a propósito. No se trató de un desgraciado accidente como tú, «Papa» y todo el mundo insistíais. Y por eso no has excavado más hondo en estos crímenes. Sabes exactamente quién les mató a todos.

—Creía que lo sabía, Audran. —Okking parecía cansado y un poco enfermo—. No tengo la menor idea de quién trabaja por el otro lado. Tengo bastantes pistas, las señales y marcas de las manos en los cuerpos torturados, una descripción bastante buena de la talla y el peso del asesino, un montón de pequeños detalles forenses como éstos. Pero no sé quién es, y eso me asusta.

—¿Te asusta? Vaya mierda de ánimos tienes. Todo el Budayén está metido en sus escondrijos desde hace semanas porque se preguntan quién será la próxima víctima de esos dos psicópatas, y tú estás asustado. ¿De qué demonios estás asustado, Okking?

—El otro bando ha vencido, el príncipe ha sido asesinado, pero los crímenes no cesan. No sé por qué. El asesinato debería haber zanjado la cuestión. Los asesinos están eliminando a cualquiera que pueda identificarles.

Me mordí el labio y pensé.

— Necesito retroceder un poco —dije —. Bogatyrev trabajaba para la legación de uno de los reinos rusos. ¿Cómo liga eso con Devi y Selima?

— Te he dicho que no quiero darte todos los detalles. Es algo sucio, Audran. ¿No estás satisfecho con lo que te he contado?

— Volví a enfurecerme.

— Okking, tu jodido hombre viene a por mí. Tengo el maldito derecho a saber toda la historia. ¿Por qué no puedes decir a tu asesino que deje de trabajar?

— Porque ha desaparecido. Después de que el príncipe fuera asesinado por el otro partido, *James Bond* desapareció del mapa. No sé dónde está ni cómo ponerme en contacto con él. Ahora trabaja por su cuenta.

— O alguien le ha dado nuevas instrucciones.

— No pude evitar un escalofrío cuando el primer nombre que cruzó por mi mente no fue el de Seipolt —la elección lógica—, sino el de Friedlander Bey. Me había engañado a mí mismo sobre los motivos de «Papa»: el temor por su vida y un loable interés por proteger a los demás ciudadanos. No, «Papa» nunca había sido tan honrado. Pero ¿de qué manera podía estar detrás de esos terribles acontecimientos? Era una posibilidad que ya no podía desdeñar.

— Okking estaba perdido en sus propios pensamientos, con un destello de temor en sus ojos, mientras jugueteaba con su pequeña sirena.

—Bogatyrev no era un pequeño empleado de la legación rusa. Era el gran duque Vasili Petrovich Bogatyrev, el hermano menor del rey Vyacheslav de Bielorrusia y Ucrania. Su sobrino, el príncipe de la corona, se convirtió en un gran estorbo en la corte y hubo de ser enviado fuera. Los partidos neofascistas de Alemania querían encontrar al príncipe y devolverle a Bielorrusia, con la idea de utilizarle para destronar a su padre y sustituir la monarquía por un protectorado controlado por los alemanes. Partidarios del comunismo soviético les apoyaban, querían destruir la monarquía, pero planeaban reemplazarla por su propio gobierno.

— Una alianza temporal de la extrema derecha con la extrema izquierda — dije.

— Okking sonrió lánguidamente.

— Ya ocurrió antes.

— Y tú trabajas para los alemanes. —Exacto.

— ¿Por mediación de Seipolt? Okking asintió. No me gustaba nada.

— Bogatyrev quería que encontrases al príncipe —prosiguió —. Cuando lo hicieras, el hombre del duque, sea quien fuere, le mataría.

— Yo estaba asombrado.

— ¿Bogatyrev preparó el asesinato de su propio sobrino? ¿Del hijo de su hermano?

Sí, para preservar la monarquía en casa. Decidieron que era una pena, pero necesaria. Te dije que se trataba de algo sucio. Cuando indagas en los asuntos internacionales al más alto nivel, casi siempre hay algo sucio.

—¿Por qué me necesitaba Bogatyrev para encontrar a su sobrino? Okking se encogió de hombros.

—En los últimos tres años de exilio del príncipe, éste se las arregló para disfrazarse y esconderse muy bien. Antes o después, se dio cuenta de que su vida corría peligro.

—El hijo de Bogatyrev no murió en un accidente de tráfico. Me mentiste, todavía vivía y me dijiste que habíais cerrado el caso. Pero has dicho que, a pesar de todo, los bielorrusos le mataron.

—Era ese transexual amigo tuyo. Nikki. Nikki era, en realidad, el príncipe de la corona Nikolai Konstantin.

—¿Nikki? —exclamé con voz apagada.

Estaba desconcertado por las verdades que había solicitado escuchar y por el peso del remordimiento. Recordaba la voz aterrorizada de Nikki durante esa breve, interrumpida llamada telefónica. ¿Podría haberle salvado? ¿Por qué no había confiado más en mí? ¿Por qué no me dijo la verdad, lo que sospechaba?

—Luego Devi y las otras dos «hermanas» fueron asesinadas…

—Sólo porque estaban muy cerca de ella. Daba igual si en realidad sabían o no algo peligroso. El asesino alemán, ahora Khan, y el ruso no corren ningún riesgo. Por eso estás en la lista. Por eso… esto.

El teniente abrió un cajón, sacó algo y me lo lanzó por encima de su escritorio.

Era otra nota en papel de ordenador, igual que la mía, sólo que dirigida a Okking.

—No voy a salir de la comisaría hasta que todo haya acabado —aseguró—. Voy a quedarme aquí con ciento cincuenta policías amigos guardándome las espaldas.

—Espero que ninguno de ellos sea el hombre del cuchillo de Bogatyrev —dije.

Okking se sobresaltó. La idea ya se le había ocurrido.

Me hubiera gustado saber lo larga que era la lista, cuántos nombres seguían al mío y al de Okking. Pensar que el de Yasmin podía ser uno de ellos resultó un duro golpe. Sabía tanto como Selima, más, porque yo le había contado lo que sabía y lo que imaginaba. Y Chiriga, ¿estaba su nombre en ella? ¿Y Jacques. y Saied y Mahmud? ¿Cuántos más conocidos? Me sentí abatido al pensar en Nikki, que

había pasado de príncipe a princesa muerta; al pensar en lo que me esperaba. Miré a Okking y comprobé su abatimiento. Mucho mayor que el mío. Su carrera en la ciudad había acabado, ahora que admitía ser un agente extranjero.

—No tengo nada más que contarte —dijo.

—Si sabes algo, o si necesito ponerme en contacto contigo…

—Estaré aquí —repuso con voz apagada—. *Inshallah.*

Me levanté y salí de la oficina. Fue como escapar de la cárcel.

Fuera de la comisaría, descolgué mi teléfono y hablé mientras caminaba. Llamé al hospital y pregunté por el doctor Yeniknani. —Hola, señor Audran —dijo su voz grave.

—Quería interesarme por la anciana, Laila.

—Para serle franco, todavía es pronto para hablar. Puede recuperarse con el paso del tiempo, pero no parece probable. Es anciana y está débil. Le he dado un sedante y la tengo bajo constante observación. Temo que entre en coma irreversible. Aunque eso no suceda, hay una probabilidad muy elevada de que jamás recobre sus facultades inteligentes. Nunca será capaz de valerse por sí misma o de realizar las tareas más simples.

Solté un bufido. Me sentía culpable.

—Son los designios de Alá —dije con torpeza.

—Alabado sea Alá.

—Pediré a Friedlander Bey que corra con los gastos médicos. Lo ocurrido es el resultado de mis investigaciones.

—Lo comprendo —dijo el doctor Yeniknani—. No hay necesidad de hablar con su patrocinador. La mujer está siendo atendida como un caso de caridad.

—En nombre de Friedlander Bey y en el mío propio, no hay palabras para agradecérselo.

—Es un deber sagrado —dijo con sencillez—. Nuestros técnicos han determinado lo que el módulo tiene registrado. ¿Quiere saberlo?

—Sí, por supuesto —dije.

—Hay tres bandas. La primera contiene, como sabe, las reacciones de un enorme, poderoso, pero hambriento, maltratado y cruelmente azuzado felino, parece ser un tigre de Bengala. La segunda banda tiene la huella cerebral de un niño pequeño. La última es la más repulsiva de todas. Contiene la consciencia apresada y fugaz de una mujer asesinada recientemente.

Sabía que buscaba a un monstruo, pero en mi vida había oído nada más depravado.

Estaba completamente asqueado. Ese lunático no tenía ninguna restricción moral.

—Un consejo, señor Audran. Nunca emplee un módulo barato manufacturado. Están rudamente registrados, con mucho «ruido»

perjudicial. Carecen de las garantías de los módulos industriales. El uso frecuente de módulos ilegales ocasiona daños en el sistema nervioso central y, a través de él, a todo el cuerpo.

—Me pregunto dónde acabará.

—Muy sencillo de predecir, el asesino tendrá hecho un duplicado del módulo.

—A no ser que Okking o yo o algún otro le encuentre primero. —Tenga cuidado, señor Audran. Como usted ha dicho, es un monstruo.

Di las gracias al doctor Yeniknani y volví a poner el teléfono en mi cinturón. No podía dejar de pensar en la desgraciada y miserable vida que le esperaba a Laila. También pensé en mi enemigo sin nombre, que utilizaba a una comisión de monárquicos bielorrusos como licencia para hacer realidad su deseo reprimido de cometer atrocidades. Las noticias del hospital cambiaron mis planes por completo. Ahora sabía lo que debía hacer y tenía algunas ideas para llevarlo a cabo.

Por la calle me encontré a Fuad, el tonto de remate.

—*Marhaba* —dijo.

Mientras me miraba, se hacía sombra con una mano sobre sus débiles ojos.

—¿Cómo te va, Fuad? —pregunté.

No me sentía de humor para pasar el rato hablando con él. Necesitaba hacer algunos preparativos.

—Hassan quiere verte. Es algo relacionado con Friedlander Bey. Me dijo que tú lo entenderías.

—Gracias, Fuad.

—¿Lo entiendes? ¿Sabes lo que quiere decir?

Me miró, hambriento de chismes.

Suspiré.

—Sí, muy bien. Vete a paseo.

Traté de deshacerme de él.

—Hassan dijo que era muy importante. ¿De qué va todo esto? Puedes contármelo, Marîd, sé guardar un secreto.

No respondí. Dudaba de que Fuad pudiera guardar algo, y menos un secreto. Le di una palmada en el hombro como a un amigo y él me la devolvió en la espalda. Me detuve en la tienda de Hassan antes de ir a casa. El muchacho americano estaba sentado en su taburete en la calle vacía. Me ofreció una deprimente y sugestiva sonrisa. Ahora estaba seguro, a ese chico le gustaba. No dije ni una palabra, sino que me metí en la trastienda y busqué a Hassan. Hacía lo de siempre: comprobaba facturas y listaba sus cajas y embalajes. Me vio y sonrió. En apariencia, él y yo manteníamos buenas relaciones. Era tan difícil seguirle la pista a los humores de Hassan que había desistido de intentarlo. Dejó su cuaderno, me puso una mano en el hombro y me

besó en la mejilla al estilo árabe.

—Bienvenido, querido hijo.

—Fuad me ha dicho que tenías algo que decirme de parte de «Papa».

Hassan se puso serio.

—Sólo se trata de lo que le dije a Fuad. Le dije eso de mi parte. Estoy preocupado, oh, magrebí. Más que preocupado, estoy aterrorizado. Hace cuatro noches que no duermo bien y cuando logro conciliar el sueño, tengo las más horribles pesadillas. Creo que nada podía ser peor que encontrar a Abdulay… Cuando le encontré… —su voz temblaba—. Abdulay no era bueno, ambos lo sabemos, pero llevábamos muchos años de socios. Sabes que le empleé como Friedlander Bey me emplea a mí. Ahora Friedlander Bey me ha advertido que…

La voz de Hassan se quebró y fue incapaz de decir nada durante un momento. Temí ver a ese cerdo gordo romperse en pedazos delante de mí. La idea de cogerle la mano y decirle: «Tranquilo, tranquilo», me resultaba repugnante por completo. Sin embargo, se repuso y continuó:

—Friedlander me ha advertido de que otros amigos míos podrían estar en peligro, eso te incluye a ti, oh, inteligentísimo, y también a mí. Estoy seguro que hace semanas que comprendiste los riesgos, pero yo no soy un hombre valiente. Friedlander Bey no me eligió para realizar tu tarea porque sabe que no tengo valor, ni recursos internos, ni honor. Debo ser duro conmigo porque ahora comprendo la verdad. No tengo honor. Sólo pienso en mí mismo, en el peligro que me acecha, en la posibilidad de sufrir el mismo fin que…

En ese punto, Hassan se derrumbó. Se echó a llorar. Esperé con paciencia a que el chaparrón pasara; poco a poco, las nubes se apartaron, pero ni siquiera entonces el sol brilló.

—Estoy tomando precauciones, Hassan. Todos debemos tomarlas. Los que han sido asesinados han muerto por necios o demasiado confiados, que es lo mismo.

—Yo no confío en nadie —dijo Hassan.

Lo sé. Eso quizá te salve la vida, si es que algo puede hacerlo.

Cómo estar seguro —dijo dubitativo.

No sabía qué quería, ¿una promesa escrita de que yo le garantizaría su escabrosa y miserable vida?

—Estarás bien, Hassan. Pero si estás tan asustado, ¿por qué no pides asilo a «Papa» hasta que agarren a los asesinos?

—Entonces, ¿crees que hay más de uno? —Losé.

—Eso hace todo dos veces peor.

Se golpeó el pecho con el puño varias veces, apelando a la justicia de Alá: ¿qué había hecho Hassan para merecer eso?

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó el rollizo mercader. —Todavía no lo sé.

Hassan estaba distraído, pensativo.

Entonces, que Alá te proteja.

La paz sea contigo. Hassan.

—Y contigo. Toma este regalo de parte de Friedlander Bey.

El «regalo» era otro grueso sobre con dinero fresco dentro.

Atravesé la cortina colgada y la tienda vacía sin mirar a Abdul-Hassan. Decidí ir a ver a Chiri, para advertirle y darle algunos consejos. También quería esconderme allí media hora y olvidar que me jugaba la vida.

Chiriga me saludó con su entusiasmo característico.

—*Habari gañil* —gritó.

Era el equivalente en suahili de «¿Qué hay de nuevo?». Abrió mucho los ojos al ver mis injertos.

—Lo había oído, pero esperaba verte para creerlo. ¿Dos?

—Dos —admití.

Se encogió de hombros.

—Posibilidades —murmuró.

Me pregunté qué estaría pensando. Chiri iba siempre un par de pasos por delante de mí cuando se trataba de imaginar modos de pervertir y corromper las buenas intenciones de las instituciones legales.

—¿Qué tal lo has pasado? —pregunté.

—Bien, creo. Poco dinero, no ha ocurrido nada, el mismo viejo, maldito y aburrido trabajo.

Me mostró sus afilados dientes para demostrarme que aunque el club no hiciera dinero, y las chicas y los transexuales tampoco, Chiri sí lo hacía. Y no estaba preocupada.

—Bien —dije—, vamos a tener que trabajar para mantenerlo todo en orden.

Frunció el ceño.

—Debido al, uh… —movió la mano en un pequeño círculo.

Yo también hice un pequeño círculo con la mano.

—Sí, debido al «uh». Nadie quiere creer que estos asesinatos no han terminado y que casi todos los que conozco son posibles víctimas.

—Sí, tienes *razón,* Marîd —dijo Chiri en voz baja—. ¿Qué demonios crees que debo hacer?

Allí me tenía. Tan pronto como llegamos a un acuerdo, quiso que le explicase la lógica empleada por los asesinos. Diablos, había pasado un montón de tiempo corriendo de aquí para allá buscándola. Cualquiera podía resultar muerto, en cualquier momento, por cualquier motivo. Ahora, cuando Chiriga me pedía un consejo práctico, todo lo que podía decirle era: «Ten cuidado». Parecía como si

tuvieras dos opciones: hacer lo habitual, pero con los ojos más abiertos, o irte a vivir a otro continente para estar a salvo. Lo último en el supuesto de que no escogieras el continente equivocado y te metieras en la boca del lobo o que te siguiera adonde fueses.

De modo que me encogí de hombros y le pregunté qué le parecía una ginebra con bingara al caer la tarde. Se sirvió una bebida larga y a mí un doble a cargo de la casa, nos sentamos y nos miramos el uno en los infelices ojos del otro durante un rato. Sin bromear, sin flirtear, sin mencionar el moddy de Dulce Pilar. Ni siquiera eché un vistazo a sus nuevas chicas. Chiri y yo estábamos demasiado cerca como para que alguien pudiera irrumpir y decir hola. Cuando acabé con mi bebida, di un trago de su tende; empezaba a saber mejor. La primera vez que lo probé fue como morder el costado de un animal muerto bajo un tronco una semana atrás. Me levanté para marcharme, pero entonces una ternura repentina, que no fui lo bastante rápido de reprimir, me impulsó a acariciar la mejilla escarificada de Chiri y darle un golpecito en la mano. Me dirigió una mirada que casi devolvía la fuerza. Salí de allí antes de que decidiéramos huir juntos al Kurdistán libre o a cualquier otro sitio.

En mi apartamento, Yasmin se estaba esforzando por llegar tarde al trabajo. Esa mañana se había levantado pronto para verter su sufrimiento sobre mí, de modo que para llegar tarde al club de Frenchy tenía que volver a dormirse y empezar de nuevo. Me ofreció una soñolienta sonrisa desde la cama.

—Hola —dijo con una débil vocecilla.

Creo que ella y «Medio Hajj» eran las únicas personas de la ciudad que no estaban absolutamente aterrorizadas. Saied tenía su moddy para estimular el coraje, pero Yasmin sólo me tenía a mí. Estaba absolutamente convencida de que yo iba a protegerla. Eso la hacía incluso más torpe que Saied.

—Yasmin, mira, tengo un millón de cosas que hacer y vas a tener que estar en tu casa unos días, ¿de acuerdo?

Parecía herida otra vez.

—¿No me quieres a tu lado? —dijo, queriendo significar: «¿Hay otra ahora?».

—No te quiero a mi lado porque soy un gran blanco luminoso. Este apartamento va a volverse peligroso para cualquiera que se encuentre en él. No quiero que te halles en la línea de fuego, ¿lo comprendes?

Eso le gustó más, significaba que todavía me preocupaba por ella, la muy puta. Tienes que estar diciéndoselo cada diez minutos o creen que vas a escabullir el bulto.

—Está bien, Marîd. ¿Quieres que te devuelva tus llaves?

Lo pensé un segundo.

—Sí. Así sabré dónde están. Conozco a alguien que te las robaría para entrar en mi casa.

Las sacó del bolso, me las lanzó y las recogí en el aire. Hizo el ademán de ir-a-trabajar y le dije veinte o treinta veces que la quería, que sería extremadamente cuidadoso y astuto, y que la llamaría un par de veces al día como comprobación. Me besó, miró furtivamente la hora, lanzó un sonoro suspiro y se apresuró hacia la puerta. Hoy tendría que pagar cincuenta de los grandes a Frenchy.

En cuanto Yasmin se fue, empecé a reunir todo lo que tenía y pronto me di cuenta de lo poco que era. No quería que ninguno de los asesinos me cazara en mi propia casa, de modo que necesitaba un lugar para estar hasta que volviera a sentirme a salvo. Por la misma razón, en la calle quería parecer diferente. Todavía tenía un montón de dinero de «Papa» en mi cuenta corriente y el dinero en efectivo que Hassan me había dado me permitiría moverme con un poco de libertad y seguridad. Nunca tardo mucho en hacer las maletas. Metí algunas cosas en una bolsa de nylon con cremallera, envolví la caja de daddies especiales en una camiseta y la puse encima de todo, cerré la bolsa y salí del apartamento. Cuando pisé la acera, me pregunté si a Alá le placería dejarme regresar a ese lugar. Sabía que me preocupaba sin motivo, como cuando sigues tocándote un diente dolorido. Jesús, qué fastidio era estar desesperado por seguir vivo.

Dejé el Budayén y atravesé la gran avenida hasta un conjunto de tiendas bastante caras; parecían más *boutiques* que el zoco que yo esperaba. Los turistas encontraban los recuerdos que buscaban, a pesar de que la mayor parte de abalorios estaban hechos en otros países, a muchos kilómetros de distancia. Probablemente no exista artesanía local en toda la ciudad, así que los turistas curioseaban felices entre loros de paja de alegres colores de México y abanicos de plástico de Kowloon. A los turistas no les importaba; así, nadie quedaba decepcionado. Todos éramos muy civilizados aquí, al borde del desierto.

Fui a un almacén de ropa de caballero donde vendían trajes europeos. Normalmente, no tengo dinero ni para comprarme un par de calcetines, pero «Papa» me estaba costeando una nueva imagen. Era tan diferente que ni siquiera sabía lo que necesitaba comprar. Me puse en manos del empleado, que parecía interesado de verdad en ayudar a los clientes. Le hice saber que era serio; a veces, *osfellahin* entran en estas tiendas sólo para dejar su sudor sobre los trajes Oxford. Le dije que quería vestirme de los pies a la cabeza, lo que quería gastarme y que reuniese el vestuario. Yo no sabía combinar camisas y corbatas: ni siquiera sabía cómo hacer el nudo de la corbata, así que me llevé un folleto impreso con los diferentes nudos; en verdad, necesitaba la ayuda del empleado. Imaginé que se llevaba una

comisión, así que le dejé que se excediese en un par de cientos de kiam. Hacía más que simular amabilidad, como la mayoría de dependientes. Ni siquiera evitaba tocarme y yo entonces estaba de lo más zarrapastroso que se puede estar. En el Budayén, eso incluye una amplia gama de estados andrajosos.

Pagué la ropa, le di las gracias al empleado y me llevé los paquetes dos manzanas más allá, al hotel Palazzo di Marco Aurelio. Formaba parte de una gran cadena internacional de capital suizo: todos eran iguales y ninguno tenía la elegancia que hacía al original tan encantador. No me importó. No buscaba elegancia ni encanto, buscaba un lugar para dormir en donde nadie me dejase frito por la noche. Tampoco sentí curiosidad para preguntar por qué un hotel, en esta plaza fuerte del Islam, llevaba el nombre de algún hijo de puta romano.

El tipo del despacho no mostró la actitud del vendedor de la tienda de ropa. En seguida supe que el encargado de las habitaciones era un esnob, que le pagaban por serlo, que el hotel le había llevado a elevar su esnobismo natural a cumbres etéreas. Nada de lo que yo pudiera decir rompería su enojo, era más tieso que un palo. Sin embargo, podía hacer algo y lo hice. Saqué todo el dinero que llevaba encima y lo desparramé sobre el mostrador de mármol rosado. Le dije que necesitaba una buena habitación individual para una semana o dos y le pagué en efectivo por adelantado.

Su expresión no cambió —seguía odiando mis tripas—, pero llamó a un ayudante y le dio instrucciones para que me encontrara una habitación. No le costó mucho. Subí los paquetes en el ascensor y los puse sobre la cama de la habitación. Creo que era una habitación agradable, con una buena vista de la parte trasera de unos edificios en el distrito comercial. Tenía mi propio aparato holo y bañera en lugar de una simple ducha. Vacié la bolsa sobre la cama y me puse›el traje árabe. Era el momento de hacerle otra visita a Herr Lutz Seipolt. Ésta vez, llevé unos cuantos daddies conmigo. Seipolt era un hombre astuto y su chico, Reinhardt, me causaría problemas. Me conecté un daddy de alemán y me llevé algunos de los controles mente-corporales. De ahora en adelante, sólo iba a ser algo borroso para la gente normal. No planeaba merodear por ningún sitio lo suficiente como para que alguien hiciera puntería conmigo. Marîd Audran, el supermán de las arenas.

Bill estaba sentado en su viejo y cascado taxi, y me senté a su lado en el asiento delantero. No se dio cuenta. Esperaba órdenes desde dentro como era lo normal. Le llamé por su nombre y le sacudí el hombro durante casi un minuto antes de que se volviera y me mirara.

—¿Sí? —dijo.

—Bill, ¿me llevas a casa de Lutz Seipolt?

— ¿Te conozco?

—Aja. Fuimos allí hace unas semanas.

—Para ti es fácil decirlo. Seipolt, ¿eh? ¿El alemán que le van las rubias con piernas? Puedo decirte ahora mismo que tú no eres, en absoluto, su tipo.

Seipolt me había dicho que ya no le iba nadie. Dios mío, Seipolt me había mentido. Yo estaba impresionado. Me senté y miré pasar la ciudad desde el coche mientras Bill la atravesaba. Siempre hace el viaje un poco más difícil de lo que es. Claro que esquivaba cosas en la carretera que la mayoría de la gente ni siquiera puede ver y lo hacía muy bien. No creo que chafase ni un solo demonio en todo el trayecto hasta la casa de Seipolt.

Salí del taxi y caminé despacio hasta la puerta de madera maciza de la casa de Seipolt. Llamé a la puerta y al timbre, y esperé… , nadie acudió. Rodeé la casa esperando encontrar al viejo encargado *fellah* que había visto la primera vez que estuve allí. La hierba crecía frondosa y las flores palpitaban en el curso de su temporada botánica. Oí el canto de los pájaros en lo alto de un árbol, sonido bastante raro en la ciudad, pero nada que indicara la presencia de personas en la finca. Quizá Seipolt había ido a la playa. Tal vez estaba comprando cigüeñas de bronce a la *medínah*. Quizá Seipolt y Reinhardt, ojos azules, se habían tomado la tarde libre para deambular por los cálidos lugares de la ciudad, e ir a cenar y a bailar bajo la luz de la luna y de las estrellas.

Alrededor de la gran casa, hacia la derecha, entre dos altos palmitos, se hallaba una puerta lateral en la pared encalada. Pensé que Seipolt no la había utilizado nunca; debía servir para entrar los víveres y sacar la basura. En esa parte de la casa crecían los áloes y la yuca y florecían los cactus, distintos de los de la parte frontal de la villa, con sus brotes de selva tropical. Empuñé el pomo y cedió. Alguien había ido a la ciudad a por el periódico. Entré y miré: hacia abajo, un tramo de la escalera sumido en la árida oscuridad; hacia arriba, un tramo más corto se adentraba en la despensa. Subí, atravesé la despensa, una fulgurante y bien equipada cocina, y un cuidado comedor. No vi ni oí a nadie. Hice un poco de ruido para hacer saber a Seipolt y a Reinhardt que estaba allí. No quería que me disparasen, pensando que era un espía o algo por el estilo.

Del comedor crucé por un recibidor y bajé por el pasillo donde estaba la colección de artefactos antiguos de Seipolt. Ahora me encontraba en terreno conocido. El despacho de Seipolt se hallaba precisamente… encima… de mí. La puerta permanecía cerrada, así que me situé frente a ella y llamé fuerte. Esperé y volví a llamar. Nada. Abrí la puerta y entré en la oficina de Seipolt. Estaba a oscuras con las cortinas corridas sobre las ventanas. La atmósfera olía a

cargada y rancia, como si el aire acondicionado no funcionara y la habitación llevase cerrada bastante tiempo. Me pregunté si me atrevería a registrar el material del escritorio de Seipolt. Me acerqué y hojeé rápidamente algunos de los informes que se hallaban encima de una pila de papeles.

Seipolt yacía en una especie de glorieta, entre el ventanal de detrás de su escritorio y dos cómodas situadas contra la pared derecha. Llevaba un traje oscuro, oscurecido aún más por la sangre. Cuando miré sobre el escritorio por primera vez. pensé que era un tapete gris extendido sobre la alfombra marrón clara, pero entonces vi que se trataba de un trozo de su camisa azul pálido y una mano. Me acerqué unos pasos, sin mucho interés por comprobar lo cortado a pedacitos que estaba. Tenía el pecho abierto desde la garganta hasta la ingle y un par de masas sanguinolentas estaban desparramadas sobre la alfombra. Uno de sus órganos internos estaba metido en su otra mano tiesa.

Era obra de Xarghis Moghadhil Khan. Es decir, el *James Bond* que había trabajado para Seipolt. hasta hacía muy poco. Otro testigo y otra pista eliminados.

Encontré a Reinhardt en el piso de arriba, en su habitación, en el mismo estado. El pobre viejo árabe había sido asesinado en el césped, detrás de la casa, mientras trabajaba entre las hermosas flores que alimentaba desafiando a la naturaleza y al clima. Asesinados y luego desmembrados. Khan había pasado de una víctima a otra, asesinándolas de prisa y sin hacer ruido. Se movió más en silencio que un fantasma. Antes de volver a la casa, me enchufé unos cuantos daddies que suprimían el miedo, el dolor, la angustia, el hambre y la sed. El daddy de alemán todavía estaba en su sitio, pero me pareció que no iba a serme de mucha utilidad esa noche.

Me dirigí al despacho de Seipolt. Quería volver y buscar en su escritorio. Pero, antes de llegar a la habitación, alguien me dijo:

—¿Lutz?

Me giré para verle. Era una rubia con piernas.

¿Lutz? —preguntó —. *Bist du noch bereifi Ich heisse Marîd Audran, Fraulein. Wissen Sie wo Lutz ist?*

En ese momento, mi cerebro se había tragado todo el potenciador de alemán. No era como si simplemente tradujese al alemán el árabe, sino como si estuviera hablando un idioma que conocía desde mi más tierna infancia.

—¿No está aquí abajo? —preguntó ella.

—No, y tampoco puedo encontrar a Reinhardt.

—Deben haber ido a la ciudad. Dijeron algo así después de comer.

—Apuesto a que han ido a mi hotel. Teníamos un compromiso para cenar y entendí que debía encontrarme con él aquí. Alquilé un

coche para venir. ¡Qué maldita estupidez! Creo que llamaré al hotel, dejaré un mensaje para Lutz y llamaré a otro taxi. ¿Quiere venir?

Se mordisqueó la uña del pulgar.

—No sé si debo —dijo.

—¿Ha visto ya la ciudad?

Frunció el ceño.

—No he visto otra cosa que esta casa desde que he llegado —respondió malhumorada.

Asentí con la cabeza.

—Así es él, demasiado duro. Siempre dice que se lo va a tomar con calma y a disfrutar, pero se muestra severo consigo y con todos los que le rodean. No quiero decir nada contra él —después de todo, es uno de mis más viejos asociados y de mis más queridos amigos—, pero creo que es malo para él comportarse de esa forma. ¿Tengo razón?

—Eso es lo que yo le digo —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué no volvemos al hotel? Puede que nos encontremos allí, los cuatro, nosotros le relajaremos un poco esta noche. Cena y espectáculo como mis invitados, insisto.

Sonrió.

—Déjeme…

—Debemos apresurarnos —dije—. Si no regresamos rápido, Lutz volverá aquí. Es un hombre impaciente. Entonces tendremos que hacer otro viaje… por un camino horroroso, ya sabe. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

—Pero si vamos a ir a cenar…

Debí haberlo pensado.

—Creo que ese vestido le sienta de maravilla, querida, pero si lo prefiere, le suplico que me permita complacerla con cualquier otra prenda que usted desee y cualquier accesorio que considere necesario. Lutz me ha ofrecido muchos regalos a lo largo de los años. Sería un gran placer responder a su generosidad de este modo. Podemos ir de compras antes de cenar. Conozco algunas tiendas inglesas, francesas e italianas muy exclusivas. Estoy seguro de que le encantarán. Podrá elegir su traje para la noche mientras Lutz y yo nos ocupamos de nuestros asuntos. Todo será maravilloso.

La cogí por el brazo y la saqué por la puerta principal. Caminamos por el camino de grava hasta el taxi de Bill. Abrí una de las portezuelas traseras y la ayudé a entrar, di la vuelta por detrás del taxi y penetré por el otro lado.

—Bill —dije en árabe —, regresamos a la ciudad. Al hotel Palazzo di Marco Aurelio.

Bill me miró con tristeza.

—Marco Aurelio también está muerto, ya sabes —dijo mientras

ponía el taxi en marcha.

Sentí un escalofrío al preguntarme qué quería decir con ese «también».

Me dirigí a la hermosa mujer que estaba a mi lado.

—No se preocupe por el taxista —dije en alemán—. Como todos los americanos, está loco. Es la voluntad de Alá.

—No ha telefoneado al hotel —dijo, sonriéndome con dulzura.

Le gustaba la idea de un vestido nuevo y joyas sólo porque salíamos a cenar. Yo era un árabe loco con demasiado dinero. A ella le gustaban los árabes locos, lo sabía.

—No, no lo he hecho. Llamaré tan pronto lleguemos.

Ella arrugó la nariz, pensativa.

— Pero si llegamos…

—No lo entiende —dije—. El recepcionista es capaz de hacer estos recados a los huéspedes corrientes, pero cuando los huéspedes son, como le diría… especiales, como Herr Seipolt o yo mismo, se debe hablar directamente con el encargado.

Sus ojos se abrieron.

—Ah —dijo.

Miré hacia atrás, hacia el refrescante jardín regado que el dinero de Seipolt había impuesto en el mismo extremo de las amenazadoras dunas. En un par de semanas, ese lugar parecería tan seco y muerto como el centro del Empty Quarter. Me volví hacia mi compañera y sonreí con serenidad. Charlamos todo el viaje de regreso a la ciudad.

16

Al llegar al hotel dejé a la rubia en una cómoda silla del vestíbulo. Se llamaba Trudi a secas, me dijo con despreocupación, simplemente. Trudi. Era una amiga íntima de Lutz Seipolt. Llevaba más de una semana en su casa. Les había presentado un amigo común. Esa Trudi era una chica bonita y espectacular, y no podía pedir un hombre más dulce que Seipolt; a pesar de todos esos crímenes e intrigas, él enloquecía a la gente.

Fui a hacer la llamada telefónica, pero no quería hablar con nadie del hotel, sino con Okking. Me dijo que cuidara de Trudi hasta que él pudiera mover su culo gordo. Me desconecté los daddies que llevaba, y volví a ponerme el de alemán; sin él, no hubiera podido decirle a Trudi ni una sola palabra. Entonces aprendí el «Hecho de Importancia Vital 154» sobre los potenciadores especiales que «Papa» me había dado.

En este mundo todo tiene un precio.

¿Veis?, lo sabía. Lo aprendí hace mucho tiempo, en las rodillas de mi madre. Es algo que olvidas y necesitas aprender de nuevo a cada poco rato. Nadie hace nada por nada.

Todo el tiempo que estuve en casa de Seipolt. los daddies controlaban mis hormonas. Cuando volví a la casa para investigar en el escritorio de Seipolt, hubiera debido sentirme indefenso y mareado, al saber que los cuerpos mutilados no llevaban mucho tiempo muertos, al saber que el bastardo de Khan podía estar todavía merodeando por allí. Cuando Trudi gritó: «¿Lutz?», debía haberme provocado un ataque de nervios.

Al desconectarme los daddies supe que no había evitado esas terribles sensaciones, sino que las había relegado. De repente, mi cerebro y mis nervios se liaron en una angustiosa maraña, como una madeja de hilo. No podía desenredar las distintas corrientes emocionales: por un lado, puro y sorprendente horror contenido por los daddies durante unas horas; por otro, furia repentina, dirigida contra Khan por la satánica manera que había elegido de salir del anonimato y hacerme testigo de los resultados de sus infames actos; por otro, dolor físico y cansancio máximo, mientras la fatiga envenenaba mis músculos y me dejaba casi desvalido (el daddy había dicho a mi cerebro y a mi parte carnal que ignorase el agravio y la fatiga y ahora los estaba sufriendo a ambos). Me di cuenta de la terrible sed que tenía y de que empezaba a sentir un poco de hambre. Mi vejiga, a la que el daddy había ordenado no comunicarse con ninguna otra parte de mi cuerpo, se encontraba a punto de estallar. Se estaba vertiendo ACTH en mi cuerpo, y eso hacía que me preocupara

aún más. Mis suprarrenales bombeaban epinefrina, y hacían que mi corazón latiera con más rapidez todavía, preparándome para luchar o volar, sin importar que la amenaza hubiera desaparecido hacía rato. Experimentaba la reacción que normalmente hubiera atravesado hace unas tres o cuatro horas, condensada en un sólido y desgarrador flujo de emociones y privaciones.

Volví a conectarme los daddies tan rápido como pude, y el mundo dejó de tambalearse. En un minuto volví a sentirme en calma. Mi respiración se tornó normal, mi corazón se tranquilizó, la sed, el hambre, el odio, el cansancio y la sensación de tener la vejiga llena se esfumaron. Me sentí agradecido, pero supe que sólo lo estaba retrasando; cuando se produjera, sería el fin de todo y, a su lado, la peor resaca de droga que he conocido, parecería un beso fugaz en la oscuridad. Las resacas, *ils sont un motherfucker, n'est-ce pas, monsieur?*

Me veía obligado a estar de acuerdo.

Mientras regresaba al vestíbulo con Trudi, alguien me llamó. Estaba contento de haberme conectado otra vez los daddies. No me gusta que griten mi nombre en lugares públicos, en especial cuando voy disfrazado.

— ¿*Monsieur* Audran?

Me di la vuelta y dirigí una gélida mirada a uno de los empleados del hotel.

—Si —dije.

—Han dejado un mensaje para usted en su casillero.

Notaba que tenía problemas con mi *galabiyya* y mi *keffiya.* Tenía la impresión de que sólo había europeos en aquel bonito y limpio hotel.

Era moderadamente imposible que alguien hubiera dejado un mensaje para mí por dos razones: la primera, que nadie sabía que me encontraba allí; y la segunda, que me había registrado bajo nombre falso. Quería ver qué necio error había cometido y luego arrojárselo al rostro de los camisas tiesas del hotel. Cogí el mensaje.

Papel de computadora, ¿no?

AUDRAN:

TE HE VISTO EN CASA DE SEIPOLT, PERO NO ERA EL MOMENTO ADECUADO.

LO SIENTO.

TE QUIERO TODO PARA MÍ, SOLO Y TRANQUILO.

NO DESEO QUE NADIE PIENSE QUE SÓLO ERES PARTE DE UN FORTUITO GRUPO DE VÍCTIMAS.

CUANDO ENCUENTREN TU CUERPO, QUIERO ASEGURARME DE QUE SE ENTEREN QUE RECIBISTE UNA

ATENCIÓN INDIVIDUAL.

KHAN

Con injertos o no, las rodillas me fallaban. Doblé la nota y la metí en mi bolsa.

—¿Se encuentra bien, *monsieur!* —preguntó el empleado.

—La altura — dije—. Siempre me cuesta un poco acostumbrarme.

—Pero si aquí no hay ninguna —dijo perplejo.

—Eso es lo que quiero decir.

Regresé j unto a Trudi.

Me sonrió como si la vida hubiera perdido su valor mientras yo estaba fuera. Me pregunté qué pensaba. Todo «solo y tranquilo». Me sobresalté.

—Siento haber permanecido tanto tiempo fuera —murmuré.

Le hice una pequeña reverencia y me senté a su lado.

—He estado bien —dijo. Se pasó un buen rato cruzando y descruzando sus piernas. De allí a Osaka, todo el mundo debió mirar cómo lo hacía—. ¿Ha hablado con Lutz?

—Sí. Estuvo aquí, pero tenía un asunto urgente que resolver. Algo oficial con el teniente Okking.

—¿Teniente?

—Es el encargado de controlar que no suceda nada malo en el Budayén. ¿Ha oído hablar de esa parte de la ciudad?

Asintió.

—Pero ¿por qué querría el teniente Okking hablar con Lutz? Él no tiene nada que ver con el Budayén, ¿verdad?

Sonreí.

—Perdóneme, querida, pero parece un poco ingenua. Nuestro amigo es un hombre muy ocupado, siempre con mucho trabajo. Dudo que suceda algo en la ciudad que Lutz Seipolt no sepa.

—Me lo imagino.

Todo mentira. Seipolt era un ejecutivo medio, en el mejor de los casos. Estaba claro que no se trataba de Friedlander Bey.

—Ha enviado un coche para nosotros, para que nos encontremos tal y como habíamos planeado. Luego decidiremos qué hacer el resto de la noche.

Su rostro volvió a iluminarse. No se perdería su nuevo vestido y su noche gratis en la ciudad.

—¿Quiere beber algo mientras esperamos? —pregunté.

Así es como pasamos el tiempo hasta que un par de policías de paisano de placa dorada se arrastraron con cansancio por la gruesa alfombra azul hacia nosotros. Me levanté, hice las presentaciones y dejamos a los buenos amigos del vestíbulo del hotel. Continuamos

nuestra agradable conversación en el trayecto hacia las inmediaciones de. la comisaría. Subimos la escalera pero el sargento Hajjar me detuvo. Los dos hombres de paisano escoltaron a Trudi a ver a Okking.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hajjar de malos modos.

Estaba comportándose como todo un policía. Sólo para demostrarme que podía hacerlo.

—¿Qué crees que ha sucedido? Xarghis Khan, que buscaba a Seipolt y a tu jefe, ha dado un paso más. Muy concienzudo es ese chico. Si yo fuera Okking, estaría más nervioso que una mierda. Quiero decir que el teniente es todavía un paso sin dar.

—Él lo sabe. Nunca le había visto tan impresionado. Le hice un regalo de treinta o cuarenta paxium. Se tomó un buen puñado para comer —dijo Hajjar sonriendo.

Uno de los policías uniformados salió de la oficina de Okking.

—Audran —dijo, e inclinó la cabeza ante mí.

Era parte del equipo, todos me respetaban.

—Un minuto —me volví hacia Hajjar—. Escucha, quiero echarle un vistazo a lo que saquéis del escritorio y los archivos de Seipolt.

—Me lo imagino —dijo Hajjar—. El teniente se halla demasiado atareado para ocuparse de eso. Me ha ordenado que me encargue de todo. Me aseguraré de que lo veas antes.

—Muy bien. Es importante. Al menos, eso espero.

Entré en el recinto acristalado de Okking justo cuando los dos policías de paisano acompañaban a Trudi fuera. Me sonrió y me dijo:

—*Marhaba.*

Entonces me di cuenta de que ella hablaba árabe también.

—Siéntate, Audran —dijo Okking, con voz ronca.

Me senté.

—¿Adonde la llevas?

—Vamos a interrogarla en profundidad. Vamos a escudriñar su cerebro a conciencia. Luego, dejaremos que se vaya a su casa, dondequiera que esté.

Eso me pareció buen trabajo de policía. Me pregunté si Trudi estaría en condiciones de irse cuando la hubieran escudriñado. Emplean hipnosis, drogas y estimulación eléctrica del cerebro, lo cual es un poco tortuoso. Eso es lo que tengo entendido.

—Khan se está acercando —dijo Okking—, pero el otro no ha asomado desde lo de Nikki.

—No sé lo que eso significa. Dime, teniente, ¿Trudi no es Khan? Quiero decir, ¿podía haber sido *James Bond* alguna vez?

Me miró como si yo estuviera loco.

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca he visto a *Bond* en persona, hacíamos los tratos por teléfono, por correo. Tú eres la única persona vivaque lo ha visto cara a cara; por eso no puedo deshacerme de esa

molesta sospecha, Audran. Hay algo raro en ti.

¿En mí? Me pareció una desfachatez, sobre todo proviniendo de un agente extranjero que se embolsaba cheques de los nacionalsocialistas. Me molestaba oír que Okking no sería capaz de reconocer a Khan en una rueda de presos, si tuviéramos suerte. No sabía si me mentía, aunque era probable que dijera la verdad. Sabía que se hallaba al principio de la lista, si no el primero, para ser ejecutado. Hablaba en serio cuando me dijo lo de no abandonar la habitación: había instalado un catre en su oficina y sobre la mesa de su despacho se veía una bandeja con alimentos sin acabar.

—Lo único que sabemos seguro es que ambos usan sus moddies no sólo para matar, sino para sembrar el terror. Tu tipo lo está haciendo muy bien —dije. Okking me dirigió una mirada terrible, pero ¡qué demonios!, era la verdad—. Tu tipo ha cambiado de *Bond* a Khan. El otro sigue siendo el mismo, por lo que yo sé. Espero que el matador de rusos se haya ido a casa. Me gustaría estar seguro, a ciencia cierta, de que ya no tenemos que preocuparnos más por él.

—Sí —dijo Okking.

—¿Le sacaste algo útil a Trudi antes de mandarla abajo? Okking se encogió de hombros y cogió un bocadillo de la bandeja. —Sólo la información habitual. Su nombre y todo eso. —Me gustaría saber cómo se ha enrollado con Seipolt. Okking levantó las cejas.

—Fácil, Audran. Seipolt era el mejor postor de esta semana. Solté un exasperado suspiro.

—Me lo imaginaba, teniente. Me dijo que alguien le había presentado a Seipolt. —Mahmud.

—¿Mahmud? ¿Mi amigo Mahmud? ¿El que solía ser una tía en el club de Jo-Mama antes de cambiarse de sexo?

—Ése.

—¿Qué saca Mahmud de esto?

—Mientras estuviste en el hospital, Mahmud se convirtió en promotor. Tomó el puesto que la muerte de Abdulay dejó vacante.

Mahmud. En un par de zancadas, había pasado de ser una dulce cosita que trabajaba en los clubs griegos, a una pequeña artista de la cama, a un importante promotor de la trata de blancas. Pensé: «¿En dónde, si no es en el Budayén, podía suceder algo así?». Igualdad de oportunidades para todos.

—Tengo que hablar con Mahmud —murmuré.

—Le he avisado. Estará aquí en seguida, en cuanto mis muchachos le encuentren.

—Hazme saber lo que te dice. Okking esbozó una mueca de sonrisa.

—Por supuesto, amigo. ¿No te lo he prometido? ¿No se lo he prometido a «Papa»? ¿Qué más puedo hacer por ti?

Me levanté y me incliné sobre su escritorio.

—Mira, Okking, tú estás acostumbrado a ver trozos de cuerpos esparcidos por las bonitas salas de estar de la gente, pero no te puedes ir sin recogerlos. —Le enseñé mi último mensaje de Khan—. Quiero saber si me puedes dar un arma o algo.

—¿A mí qué cojones me importa? —respondió tranquilamente, casi hipnotizado por la nota de Khan.

Esperé. Me miró y atrajo mi atención. Abrió un cajón de su escritorio y sacó varias armas.

—¿Cuál quieres?

Había un par de pistolas de agujas, otro par de pistolas estáticas, una gran pistola automática de proyectiles. Escogí una pequeña pistola de agujas Smith Wesson y el cañón de la General Electric. Okking puso para mí una caja de cargadores de agujas sobre su cuaderno de notas, doce agujas en cada cargador, cien cargadores en la caja. Los cogí y me los guardé en el bolsillo.

—Gracias —dije.

—¿Te sientes protegido ahora? ¿Te proporcionan un sentimiento de invulnerabilidad?

—¿Te sientes tú invulnerable, Okking?

Su sorna se tambaleó y se quebró.

Al infierno —repuso.

Con la mano me indicó que me fuera. Salí de allí más agradecido que nunca.

Cuando abandonaba el edificio, el cielo se oscurecía por el este. Por toda la ciudad se oía la grabación de los gritos de los muecines desde los minaretes. Había tenido un día muy ocupado. Necesitaba una copa, pero todavía tenía cosas que hacer antes de descansar un poco. Caminé hasta el hotel, subí a mi habitación, me quité la ropa y tomé una ducha. Dejé que el agua caliente golpeara mi cuerpo durante un cuarto de hora. Di vueltas como un cordero en el asador. Me lavé el cabello y me enjaboné la cara durante dos o tres minutos. La barba tenía que desaparecer, era pesado, pero necesario. Yo obraba con astucia, mas el recordatorio de Khan en mi buzón dejaba claro que no con la suficiente. Primero, corté mi largo cabello marrón rojizo.

No me había visto el labio superior desde que era un adolescente, así que las cortas y ásperas pasadas de la navaja de afeitar suscitaron un ápice de arrepentimiento en mí. Pasaron rápido; al cabo de un rato, sentía verdadera curiosidad por ver cómo quedaba. En otros quince minutos, había eliminado mi barba por completo, repasando mi cuello y mi rostro hasta que la piel me escoció y la sangre brotó de los cortes rojos.

Cuando me di cuenta de lo que yo mismo me recordaba, no pude contemplar mi imagen por más tiempo. Me lavé con agua fría y me

sequé. Me imaginé haciendo morisquetas burlonas a Friedlander Bey y al resto de los sofisticados indeseables de la ciudad. Luego, tomando el camino de regreso a Argelia y pasando el resto de mi vida allí, viendo morir a las cabras.

Me cepillé el cabello y abrí los paquetes de la tienda de caballeros en el dormitorio. Me vestí despacio, mientras varios pensamientos rondaban por mi mente. Una idea eclipsaba a todas las demás: ocurriera lo que ocurriese, no iba a conectarme un módulo de personalidad otra vez.

Utilizaría cualquier daddy que me resultara útil, pero que sólo potenciaría mi propia personalidad. Ninguna máquina humana pensante, real o de ficción era buena para mí, ninguna se había enfrentado jamás a esta situación, ninguna había estado jamás en el Budayén. Necesitaba mis propios ingenios, no ésos construidos de cualquier manera.

Me sentí bien al hacer esa declaración. Era el compromiso que había buscado desde que «Papa» me dijo por primera vez si permitiría que me modificasen el cerebro. Sonreí. Me quité un peso —insignificante, quizá un cuarto de libra— de encima.

No sabría decir cuánto tiempo me llevó ponerme la corbata. Existían corbatas con prendedor, pero la tienda donde lo había comprado todo desaprobaba su existencia.

Me metí la camisa por dentro del pantalón, me abroché todo, me puse los zapatos y saqué la americana del traje. Me acerqué a mirarme en el espejo. Limpié alguna sangre seca de mi cuello y mi barbilla. Tenía buen aspecto, más veloz que la luz, con dinero en el bolsillo. Ya sabéis lo que quiero decir. El mismo de siempre, pero con ropas excelentes. Eso estaba bien porque mucha gente se fija sólo en la ropa. Lo más importante era que, por primera vez, creía que la pesadilla acabaría pronto. Había recorrido la mayor parte del trayecto de un oscuro túnel y sólo una o dos sombras ocultaban el nacimiento de la luz al final de éste.

Puse el teléfono en mi cinturón y quedaba oculto bajo la chaqueta. Como ocurrencia tardía, deslicé la pequeña pistola de agujas en mi bolsillo, apenas abultaba y pensé: «Más vale prevenir que curar». Mi maliciosa mente me decía: «Más vale prevenir que curar», aunque por la noche era demasiado tarde para escuchar a mi mente, lo había estado haciendo todo el día. Me disponía a bajar al bar del hotel un rato, eso era todo.

Aunque Xarghis Khan conocía mi aspecto, yo no sabía nada de él, excepto que seguramente no se parecería nada a *James Bond.* Recordé lo que Hassan me había dicho pocas horas antes: «No confíes en nadie».

Ese era el plan, pero ¿resultaba práctico? ¿Se podía pasar todo el

día sospechando de todo? ¿En cuánta gente confiaba sin ni siquiera pensar en ello, gente que, de haber querido, podrían haberme asesinado rápida y sencillamente? Yasmin, por ejemplo. A «Medio Hajj» incluso le había invitado a mi apartamento. Todo lo que necesitaba para ser el asesino era el moddy equivocado. Incluso Bill, mi taxista favorito, o Chiri, que poseía la más amplia colección de moddies del Budayén. Me volvería loco si pensaba todo eso.

¿Y si el propio Okking era el asesino cuya pista simulaba seguir? ¿O Hajjar?

¿O Friedlander Bey?

Estaba pensando como el comedor de judías magrebí que todos creían que era. Pasé de todo, salí de la habitación del hotel y bajé en ascensor hasta el bar poco iluminado del entresuelo. No había mucha gente. Para empezar, la ciudad tenía demasiados turistas y ése era un hotel caro y tranquilo. Miré en el bar y vi tres hombres sentados en taburetes, juntos, charlando tranquilamente. A mi derecha había cuatro grupos más, la mayoría de hombres, sentados a las mesas. La grabación de música europea o americana sonaba con poco volumen. El tema del bar parecía expresado en las macetas de helechos y las paredes de estuco pintadas de color pastel y anaranjado. Cuando el camarero dirigió su vista hacia mí, le pedí una ginebra y bingara. Lo preparó como a mí me gustaba, la lima debajo. Un punto para los cosmopolitas.

Me trajeron mi bebida y la pagué. Bebí mientras me preguntaba por qué pensaba que el sentarme allí me ayudaría a resolver mis problemas. Entonces, ella se me acercó, con una lenta cadencia inhumana al moverse, como si estuviera medio dormida o drogada. Algo que su sonrisa o su lenguaje no demostraba.

¿Te importa si me siento contigo?

Por supuesto que no.

Le sonreí, amable, mas mi pensamiento se hallaba ocupado en otras cuestiones.

Le dijo al camarero que quería un schnapps de menta. Tendría que pagar quince kiam por él. Esperé hasta que lo terminara, pagué y ella me lo agradeció con otra lánguida sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Ella arrugó la nariz.

—¿A qué te refieres?

—Después de todo el día contestando preguntas de los hombres del teniente.

—Ah, fueron tan amables como pudieron. No dije nada en unos segundos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Bueno… —Hizo un gesto impreciso—. Sabía que estabas aquí.

Esta tarde me trajiste aquí. Y tu nombre… —Nunca te dije mi nombre. —… lo oí a los policías.

—¿Y me has reconocido pese a que no tengo el mismo aspecto que cuando me encontraste? ¿A pesar de que nunca he usado estas ropas antes y me he afeitado la barba?

Me ofreció una de esas sonrisas que dicen que los hombres son unos locos.

—¿No te alegras de verme? —me preguntó, con aquel destello de sentimientos heridos que a Trudi le salían tan bien.

Volví con mi ginebra.

—Una de las razones por la que he bajado al bar era la posibilidad de encontrarte.

—Aquí me tienes.

—Eso siempre lo tengo presente —dije—. ¿Me disculpas un momento? Te llevo un par de bebidas de ventaja.

—Sí, no te preocupes. —Gracias.

Fui al lavabo de caballeros, me metí en uno y descolgué mi teléfono. Di el número de Okking. Una voz que no reconocí me dijo que estaba en su oficina, durmiendo, y que tenía órdenes de no despertarle si no se trataba de una emergencia. ¿Era una emergencia? Le dije que no lo creía, pero que le volvería a llamar si lo fuera. Pregunté por Hajjar. pero se encontraba fuera, en una investigación. Me dieron el número de Hajjar y le llamé.

Dejó sonar su teléfono un rato. Me pregunté si de verdad estaba investigando o tomando el aire.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—¿Hajjar? Pareces sin aliento. ¿Rebajando peso o algo parecido?

—¿Quién es? ¿Cómo me has…?

—Audran. Okking está durmiendo. Oye, ¿qué habéis averiguado de la rubia de Seipolt?

El teléfono permaneció silencioso durante unos segundos; luego, la voz de Hajjar regresó, un poco más amistosa:

—¿Trudi? La golpeamos, la escudriñamos tan a fondo como pudimos y revolvimos en su memoria. No sabía nada. Eso nos preocupó, así que la interrogamos por segunda vez. Nadie sabría tan poco como ella y continuaría con vida. Pero está limpia. Audran. He conocido palos que aguantan su vela mejor que ella, pero todo lo que sabe de Seipolt es su nombre de pila.

—Entonces, ¿por qué está viva, y Seipolt y los otros no?

El asesino no sabía que estaba allí. Xarghis Khan la habría jodido viva y luego la habría matado quizá. Según parece, nuestra Trudi se hallaba durmiendo la siesta en su. habitación después de comer. No recuerda si cerró con llave. Está viva porque sólo había estado allí tres días y no forma parte del personal de la casa.

¿Cómo reaccionó ante las noticias?

Le contamos los hechos y sacó fuera todo el espanto. Fue como silo leyese en los periódicos.

Alabado sea Alá. los policías sois encantadores. ¿Has puesto a alguien tras ella?

¿Ves a alguien? Eso me sorprendió.

¿Por qué estás tan seguro de que estoy con ella?

—¿Por qué si no me preguntarías por ella a estas horas de la noche? Está limpia, mamón, por lo que a nosotros respecta. En cuanto a todo lo demás, bueno, no le hemos hecho un análisis de sangre, así que a tu aire.

La comunicación se cortó.

Hice una mueca, colgué el teléfono en mi cinturón y regresé al bar. Pasé el resto de la ginebra con tónica buscando la sombra de Trudi, pero no vi ninguna posible candidata. Salimos a comer algo para darme la oportunidad de calmar mi mente. Al final de la cena, me aseguré de que nadie nos seguía ni a Trudi ni a mí. Volvimos al bar, tomamos algunas copas y empezamos a conocernos mejor. Ella decidió que nos conocíamos lo bastante bien justo antes de la medianoche.

—Hay un poco de ruido aquí, ¿no crees? —dijo.

Asentí, solemnemente. Sólo quedaban otras tres personas en la barra, incluyendo el tocho de madera que nos preparaba las bebidas. Había llegado el momento de que Trudi o yo empezáramos a decir estupideces y ella se me adelantó. Estuvo bien olvidar mi precaución y, de paso, darle una lección a Yasmin. Estaba un poco bebido, deprimido y solo… , Trudi era una muchacha dulce de verdad y muy atractiva, ¿qué más podía pedir?

Cuando subimos la escalera, Trudi me sonrió y me besó, despacio y profundamente, como si la mañana no fuera a llegar hasta después de comer. Luego me dijo que era su turno para usar el cuarto de baño. Esperé cerca de la puerta y llamé a recepción para asegurarme de que me despertasen a las siete de la mañana. Saqué la pequeña pistola de agujas, quité la colcha y escondí el arma con rapidez. Trudi salió del cuarto de baño con el vestido desabrochado. Me sonrió, con una sonrisa indolente y sagaz. Mientras se acercaba, mi único pensamiento se centraba en que ésa era la primera ve/ que dormía con una pistola bajo la almohada.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Oh, que no estás mal para ser una mujer de verdad.

—¿No te gustan las mujeres de verdad? —me susurró al oído. —Hace tiempo que no estoy con una.

—¿Te gustan más los juguetes? —murmuró, pero no había espacio para discusiones.

17

Cuando el teléfono sonó, yo soñaba que mi madre me gritaba. Daba tales chillidos que no podía reconocerla, aunque sabía que era ella. Empezamos a discutir sobre Yasmin; luego pasamos a hacerlo sobre vivir en la ciudad y sobre que nunca entendería nada porque en lo único que pensaba era en mí mismo. Mi papel se limitaba a decir: «¡No es cierto!», mientras el corazón se me caía en mi sueño.

Me desperté con brusquedad, legañoso y todavía cansado. Eché una ojeada al teléfono y luego lo cogí. Una voz dijo:

—Buenos días, las siete en punto.

Luego hubo un clic. Guardé el teléfono y me senté en la cama. Respiré hondo. Deseaba volver a dormirme, aunque eso supusiera tener pesadillas. No quería levantarme y pasar otro día como el anterior.

Trudi no estaba en la cama. Puse los pies en el suelo y caminé desnudo por la pequeña habitación del hotel. Tampoco se encontraba en el baño, pero me había escrito una nota y la había dejado en el escritorio.

Querido Marîd:

Gracias por todo. Eres un hombre dulce y encantador. Espero que volvamos a encontrarnos.

Ahora tengo que irme, así que supongo que no te importará si me cobro la tarifa habitual de tu cartera. Te quiero.

Trudi (Mi verdadero nombre es Gunter Erich von S.) (¿Has hecho como que no lo sabías, o sólo has tratado de ser amable?)

En cuestión de sexo, me he equivocado muy pocas veces en mi vida. En mis fantasías secretas, nunca importa el qué, sino el con quién. He visto y he oído de todo, al menos eso creo. Lo único fingido que nunca había oído —hasta aquella noche, claro— era a ese involuntario animal atrapado en la respiración de una mujer, la primera vez, antes incluso de que el hacer el amor tuviera tiempo para hacerse rítmico. Miré otra vez la nota de Trudi, mientras recordaba todas las veces que Jacques, Mahmud, Saied y yo nos sentábamos ante una mesa del Café Solace y veíamos pasar a la gente. «Ah, ¿ella? Es un cambio de sexo de mujer a hombre, travestido. » Podía descubrir a cualquiera. Era famoso por eso.

Juré que nunca le contaría nada a nadie. Me pregunté si el mundo se cansaría de sus bromas alguna vez; no, no lo creo. Las bromas se sucederán una tras otra, cada vez peor. En ese momento, estaba seguro de que si la edad y la experiencia no acababan con las bromas,

no había nada, excepto la muerte, que pudiera hacerlo.

Doblé mis nuevas ropas con cuidado y las metí en la bolsa. Me puse la túnica blanca y la *keffiya.* Ofrecía un aspecto nuevo, traje árabe pero sin barba. El hombre de las mil caras. Hoy quería que Hajjar cumpliese su promesa de dejarme utilizar los archivos del ordenador de la policía. Deseaba completar cierta información, por cuenta de la policía. Tenía que averiguar cuanto me fuera posible sobre la relación Okking/Bond/Khan.

En lugar de ir a pie, tomé un taxi hasta la comisaría. No es que me hubiera viciado del lujo que «Papa» me costeaba, simplemente, sentía la urgente presión de los acontecimientos. Devoraba el tiempo tan de prisa como él me devoraba a mí. Los daddies zumbaban en mi cabeza y no sentía ni cansancio muscular, ni hambre, ni sed. No estaba enfadado ni asustado. Alguien debió advertirme que no estar asustado era peligroso. Quizá hubiera debido estarlo, un poco.

Vi a Okking comer un desayuno tardío en su frágil fortaleza mientras esperaba que Hajjar volviera a su despacho. Al entrar, el sargento me dirigió una mirada distraída.

—No eres el único cerebro cocido por el que debo preocuparme, Audran —dijo con rudeza—. Tenemos otros treinta pelmazos dándonos información y detalles que extraen de sueños o de los posos del té.

—Entonces te alegrará saber que no tenga ni un maldito retazo de información para ti. He venido a que tú me la proporciones. Dijiste que podía ojear vuestros archivos.

—Oh, sí, claro, pero aquí no. Si Okking te viera, me machacaría el cráneo. Llamaré abajo. Puedes utilizar uno de los terminales de la segunda planta.

—No me importa dónde.

Hajjar llamó por teléfono, me escribió un pase a máquina y lo firmó. Le di las gracias y me dirigí al banco de datos. Una mujer joven con rasgos del sudeste de Asia me condujo hasta una pantalla libre, me enseñó cómo pasar de un menú a otro y me dijo que si tenía alguna duda, la propia máquina me la resolvería. No era ninguna experta en informática ni una bibliotecaria, tan sólo ordenaba la afluencia de tráfico en la gran sala.

Primero comprobé los archivos generales, que parecían los de un nuevo depósito de cadáveres. Al escribir un nombre, el ordenador me daba todos los hechos disponibles sobre esa persona. El primer nombre que entré fue el de Okking. El cursor se detuvo un segundo o dos, luego empezó a escribir en árabe, de derecha a izquierda. Averigüé el nombre de pila de Okking, el primer apellido, la edad, dónde había nacido, qué hacía antes de vivir en la ciudad… Todo eso aparecía en un formulario encima de una gruesa línea doble. Debajo

de esa línea estaba la información realmente interesante. Según en qué asiento se encontrase podía ser el historial médico del sujeto, el registro de arrestos, su historial, las implicaciones políticas. la(s) preferencia(s) sexual(es), o cualquier cosa que algún día pudiera ser pertinente.

En cuanto a Okking, debajo de esa doble línea no había nada. Nada en absoluto. *Al—Sifr,* cero.

Al principio, pensé que se trataba de algún problema del ordenador. Empecé de nuevo, regresé al menú principal, elegí el tipo de información que deseaba, tecleé el nombre de Okking y esperé.

Máshi. Nada.

Estaba seguro de que era obra de Okking. Había borrado sus huellas como Khan, su muchacho, hacía ahora. Si quería viajar a Europa, al país natal de Okking, me enteraría de algo más sobre él, pero sólo hasta el momento en que salió de allí para venir a la ciudad. A partir de entonces, no existía, oficialmente hablando.

Tecleé Universal Export, el nombre clave del grupo de espionaje de *James Bond.* Lo había visto en un sobre encima del escritorio de Okking. No había entradas.

Lo intenté con *James Bond* sin esperanza y no conseguí nada, igual que con Xarghis Khan. El verdadero Khan y el «verdadero» *Bond* nunca habían visitado la ciudad, así que ninguno de los dos tenían su archivo.

Pensé en otras personas a las que pudiera espiar —Yasmin, Friedlander Bey o incluso yo mismo—; pero decidí no satisfacer mi curiosidad hasta una ocasión menos urgente. Entré el nombre de Hajjar y me quedé atónito con lo que leí. Era dos años más joven que yo, jordano, con un arresto moderadamente largo antes de llegar a la ciudad. El perfil psicológico coincidía punto por punto con mi estimación de él. «No te atreviste a confiar en él porque podría correr con un camello a la espalda. » Era sospechoso de pasar drogas y dinero a los prisioneros. En cierta ocasión, fue investigado por la desaparición de una gran cantidad de propiedades confiscadas, pero no se sacó nada en claro. El archivo policial señalaba la posibilidad de que Hajjar se estuviera aprovechando de su posición en la policía y vendiera su influencia a ciudadanos particulares u organizaciones criminales. El informe sugería que no estaba libre de abusos de autoridad como extorsión, fraude organizado y conspiración entre otras transgresiones de la ley.

¿Hajjar? Vamos, ¿a quién se le habría ocurrido semejante idea? Que Alá nos guarde.

Sacudí la cabeza con tristeza. Cualquier Departamento de Policía del mundo es idéntico a otro en dos aspectos: tendencia a abrirte la cabeza a la menor provocación e incapacidad para ver la simple

verdad aunque esté ante ellos tendida con las piernas abiertas. La policía no refuerza las leyes, y no pone manos a la obra hasta que se transgreden. Resuelven crímenes con un penoso porcentaje de éxito. En el caso de ser honestos, los policías son una especie de equipo de secretarias que registran los nombres de las víctimas y las declaraciones de los testigos. Al cabo de bastante tiempo, pueden borrar impunemente su información de la copia del sistema de archivos para dejar sitio a otros.

Ah. sí, la policía ayuda a las viejas damas a cruzar la calle. Eso me han dicho.

Uno a uno, entré los nombres de todos los que estaban relacionados con Nikki, empezando por su tío, Bogatyrev. Las entradas del viejo ruso y de Nikki decían exactamente lo que Okking me había contado de ellos. Pensé que si Okking podía haberse autoeliminado del sistema, también podía alterar sus registros. No encontraría nada útil si no era de modo accidental o bajo la supervisión de Okking. Proseguí con escasas esperanzas de éxito.

No tenía ninguna. Por último cambié de opinión y leí las entradas de Yasmin, «Papa», Chiri, las «Viudas Negras», Seipolt y Abdulay. Los archivos me dijeron que Hassan era probablemente un hipócrita, porque no empleaba injertos cerebrales para su negocio por motivos religiosos pero era un conocido pederasta. Eso no me sonaba a nuevo. Lo único que debí sugerirle a Hassan algún día es que el muchacho americano, que ya tenía el cráneo preparado, sería más útil como herramienta de contabilidad que sentado en un taburete en la tienda vacía de Hassan.

La única persona en la que no hurgué fue en mí. No deseaba saber lo que pensaban de mí.

Después de investigar los archivos del historial de mis amigos, miré los registros de la compañía telefónica de las llamadas de la comisaría de policía. Tampoco allí encontré nada revelador. Okking no debió usar el teléfono de su oficina para llamar a *Bond.* Era como si me encontrase en el centro de un montón de carreteras radiales, todas ellas sin indicadores.

Salí de allí con material para pensar, pero sin nuevas pistas. Me gustó saber lo que decían los archivos de Hajjar y los otros, y la reticencia que mostraba hacia Okking —y, misteriosamente, no hacia Friedlander Bey— pues, aunque no fuera informativa, resultaba provocadora. Pensé en todo ello mientras deambulaba por el Budayén. En unos minutos me encontraba otra vez en mi apartamento.

¿Para qué había ido allí? Bien, no quería pasar otra noche en la habitación del hotel. Como mínimo, un asesino sabía que estaba allí. Necesitaba otro centro de operaciones en el que pudiera sentirme a salvo, un día o dos al menos. Mientras me acostumbraba cada vez más

a dejar que los daddies me ayudaran en mis planes, mis decisiones eran más rápidas y estaban menos influidas por las emociones. Ahora tenía los sentimientos bajo control, fríos y seguros. Quería enviarle un mensaje a «Papa» y después encontrar otro lugar para dormir de manera temporal.

Mi apartamento estaba tal y como yo lo había dejado. Desde luego, no había estado mucho tiempo fuera, aunque parecía que hiciera semanas; tenía el sentido del tiempo distorsionado. Arrojé la bolsa encima de la cama, me senté y murmuré el código de Hassan al teléfono. Sonó tres veces antes de que respondiera.

—*Marhaba* —dijo. Parecía cansado.

—Hola, Hassan, soy Audran. Necesito ver a Friedlander Bey, esperaba que me concertases una entrevista.

—Se alegrará de que demuestres interés por hacer las cosas de la manera adecuada, hijo mío. De hecho, querrá verte y enterarse de tus progresos. ¿Quieres una cita para esta tarde?

—Lo más pronto que puedas, Hassan.

—Me encargaré de ello, oh, inteligentísimo, y te llamaré después para explicarte cómo hemos quedado.

—Gracias. Antes de que cuelgues, quiero hacerte una pregunta. ¿Sabes si existe alguna relación entre «Papa» y Lutz Seipolt?

Hubo un largo silencio mientras Hassan configuraba su respuesta.

—No por mucho tiempo, hijo mío. Seipolt ha muerto, ¿no?

—Lo sé —dije con impaciencia.

—Seipolt estaba metido en el comercio de importación-exportación. Vendía baratijas, nada que pudiera interesar a «Papa».

—Entonces, por lo que tú sabes, ¿«Papa» jamás intentó sacar tajada del negocio de Seipolt?

—Hijo mío, los negocios de Seipolt apenas merecían ser mencionados. Era sólo un pequeño comerciante, como yo.

—Pero, al contrario que tú. creyó que necesitaba ingresos secundarios para vivir. Tú trabajas para Friedlander Bey y Seipolt para los alemanes.

—¡Por la vida de mis ojos! ¿Es eso cierto? ¿Seipolt un espía?— Habría apostado que ya lo sabías. No importa. ¿Alguna vez has tenido tratos con él?

—¿A qué te refieres?

La voz de Hassan se hizo más áspera.

—Negocios. Importación-exportación. Tenéis eso en común.

—Oh, bueno, le compraba artículos de vez en cuando, si me ofrecía productos europeos particularmente interesantes, pero no creo que él me haya comprado nada.

Eso no me llevaba a ninguna parte. A petición de Hassan, le di un rápido repaso a los acontecimientos desde mi descubrimiento del

cuerpo de Seipolt. Cuando terminé, él volvía a estar muy preocupado. Le hablé sobre Okking y los registros de la policía, falsificados.

—Por eso deseo ver a Friedlander Bey.

—¿Tienes alguna sospecha? —me preguntó Hassan.

—No, se trata de la información que ha desaparecido de los archivos, y del hecho de que Okking sea un agente extranjero. No puedo creer que tenga todos los recursos del departamento trabajando en estos asesinatos y todavía no me haya proporcionado ni una sola partícula de información que me resulte útil. Estoy seguro de que sabe mucho más de lo que me cuenta. «Papa» me prometió que presionaría a Okking para averiguar lo que sabe. Necesito oírlo todo.

—Por supuesto, hijo mío, no te preocupes por eso. Está hecho. *Inshallah.* Entonces, ¿no tienes idea de cuánto sabe «n realidad el teniente?

—Ése es el estilo del/7/c. O esconde algo o sabe menos que yo. Es un maestro dando rodeos.

—A Friedlander Bey no le puede ir con rodeos.

—Lo intentará.

—No le saldrá bien. ¿Necesitas más dinero, oh, inteligentísimo?

Mierda, todavía podía gastar más dinero.

—No, Hassan, tengo bastante por ahora. «Papa» se ha mostrado más que generoso.

—Si necesitas más dinero en efectivo para proseguir tu investigación, sólo tienes que ponerte en contacto conmigo. Estás haciendo un trabajo excelente, hijo mío.

—Al menos, no estoy muerto todavía.

—Tienes el ingenio de un poeta, querido. Ahora debo irme. Los negocios son los negocios, ya sabes.

—De acuerdo, Hassan. Vuelve a llamarme cuando hayas hablado con «Papa».

—Alabado sea Alá por tu bienestar.

—*Allahyisallimak* —dije.

Me levanté y colgué el auricular. Luego, busqué el otro objeto que había hallado en el bolso de Nikki: el escarabajo cogido de la colección de Seipolt. La reproducción de bronce relacionaba directamente a Nikki con Seipolt, como el anillo que había visto en la casa del alemán. Claro que ahora, con Seipolt entre los seres queridos que nos habían abandonado, esos objetos tenían dudoso valor. El doctor Yeniknani todavía tenía el moddy casero, eso podía ser una prueba importante. Pensé que había llegado el momento de preparar un informe de todo lo que sabía, para, en caso de necesitarlo, acudir con él a las autoridades. No a Okking, por supuesto, ni a Hajjar. No estaba seguro de a qué autoridades, pero sabía que debía haber algunas en alguna parte. Los tres objetos no bastaban para convencer

a nadie en un tribunal de justicia europeo, pero eran suficientes para la justicia islámica.

Encontré el escarabajo bajo el borde de mi colchón. Abrí la cremallera de mi bolsa y metí el recuerdo de turista de Seipolt bajo mis ropas. Lo empaqueté con cuidado, asegurándome de que todo lo que poseo se hallaba fuera del apartamento. Luego apilé un montón de desperdicios y basura, por aquí y por allí. No estaba como para perder el tiempo limpiando. Cuando terminé, no quedó nada en la habitación que indicase que yo había pasado por allí alguna vez. Sentí una aguda tristeza, había vivido en mi apartamento más que en ningún otro lugar en mi vida. Si algo podía ser llamado mi hogar, con razón, era ese pequeño apartamento. Ahora se trataba de una gran habitación vacía, con ventanas sucias y un colchón roto sobre el suelo. Salí, cerrando la puerta tras de mí.

Devolví las llaves a Qasim, el casero. Le sorprendió y le preocupó el que me fuera.

—Me ha gustado vivir en tu edificio — dije —, pero a Alá le place que me mude.

Me abrazó y pidió a Alá que nos guiase en la rectitud hasta el paraíso.

Fui al banco y empleé la tarjeta para retirar todo el dinero de mi cuenta y la cancelé. Metí los billetes en el sobre que Friedlander Bey me había mandado. Cuando encontrase un lugar, lo sacaría y lo contaría. Me sentía un poco molesto por no saberlo ahora.

Mi tercera parada fue el hotel Palazzo di Marco Aurelio. Estaba vestido con *galabiyya* y *keffiya,* pero con el cabello corto y sin barba. No creo que el recepcionista me reconociera.

—Pagué una semana por adelantado — dije—, pero asuntos de negocios me obligan a irme antes de lo planeado.

—Nos apena oír esto, señor —murmuró el tipo de la oficina—. Ha sido un placer tenerle con nosotros.

Asentí y dejé la tarjeta de mi habitación sobre el mostrador.

—Déjeme ver…

Introdujo el número de habitación en su terminal, comprobó que el hotel me debía un dinero e imprimió el comprobante.

—Han sido muy amables —dije.

Sonrió.

—El placer es nuestro —respondió.

Me entregó el comprobante y me señaló al cajero. Le di las gracias de nuevo. Minutos después, metí el dinero que me habían devuelto en la bolsa con el resto.

Con mi dinero, mis moddies y daddies, y mi ropa dentro de la bolsa, caminé hacia el suroeste, más allá del Budayén y más allá del distrito de las tiendas lujosas, junto al Boulevard el-Jameel. Fui a un

barrio de *fellahin,* de calles y callejones tortuosos, de casas pequeñas de techo plano, necesitadas de un buen encalado, con ventanas cubiertas por persianas o finas celosías de madera. Algunas estaban en mejor estado, con tentativas de jardín en la tierra yerma, a los pies de las paredes. Otras parecían abandonadas, con dentados postigos colgando al sol, como lenguas de perros. Me dirigí a una que parecía bien conservada y llamé a la puerta. Esperé unos minutos hasta que se abrió. Un hombre alto y corpulento, con una poblada barba negra, me miró. Sus ojos se achicaron, con sospecha, mientras en la comisura de su boca mascaba una astilla de madera. Esperó a que fuese yo quien hablara.

Sin ninguna confianza, empecé mi historia.

—Mis amigos me han abandonado en esta ciudad. Me han robado toda la mercancía y mi dinero. En el nombre de Alá y del apóstol de Dios, que las bendiciones y la paz sean con él, suplico vuestra hospitalidad por hoy y esta noche.

—Ya veo —dijo el hombre con voz hosca—. La casa está cerrada.

—No le daré motivo de ofensa. Podré…

—¿Por qué no trata de pedirlo donde la hospitalidad es más generosa? La gente me ha dicho que hay familias por los alrededores que tienen bastante para comer ellos y también para los perros y los extranjeros. Yo tengo suerte de poder ganar un poco de dinero para judías y pan para mi esposa y mis hijos.

Lo comprendí.

—Sé que no está usted para problemas. Cuando me robaron, mis compañeros no sabían que siempre guardo un poco de dinero extra en mi bolsa. Me arrebataron con avaricia todo lo que había a la vista, y me dejaron con bastante para vivir uno o dos días, hasta que pueda regresar y pedirles cuentas legalmente.

El hombre me contemplaba sólo en espera de que apareciera algo mágico.

Me descolgué la bolsa y la abrí. Permití que me viera hurgar bajo la ropa —mis camisas, mis pantalones, calcetines— hasta que di con los billetes y los saqué.

—Veinte kiam —dije con tristeza—, es todo lo que me han dejado.

La expresión de mi nuevo amigo sufrió una rápida selección de emociones. En ese vecindario, los billetes de veinte kiam hacen notar su presencia con ruido y estrépito. Quizá no estaba muy seguro de mí, pero yo sabía lo que pensaba.

—Si me diese el beneficio de su hospitalidad y protección para los próximos dos días — dije—. Le pagaré con todo este dinero que aquí ve.

Extendí los veinte billetes ante sus ojos asombrados.

El hombre hizo un ademán. Si hubiera tenido los bemoles grandes y bien plantados, me lo habría robado. No le gustaban los extraños; ¡mierda, a nadie le gustaban los extraños! No le gustaba la idea de invitar a uno a su casa durante un par de días. Pero veinte kiam equivalían a la paga de varios días. Cuando le miré con fijeza, sabía que ya no me estaba evaluando más; había gastado los veinte kiam de cien maneras diferentes. Todo lo que yo debía hacer era esperar.

—No somos ricos, señor.

—Entonces los veinte kiam les vendrán bien.

—Sí, claro, señor y deseo tenerlos, sin embargo me avergüenza que alguien tan excelente como usted sea testigo de la miseria de mi casa.

—He visto una miseria mayor de la que puedas imaginar, amigo mío, y he salido de ella como tú puedes hacerlo. No siempre he sido como aparento ante ti. Fue voluntad de Alá que me viera arrojado a los más profundos pozos de miseria, para que pudiera recuperar lo que me ha sido arrebatado. ¿Me ayudarás? Alá dará buena fortuna a todos los que sean generosos conmigo en mi camino.

Durante un buen rato, *el fellah* me miró, confuso. Yo sabía que al principio pensó que estaba un poco loco y lo mejor que podía hacer era alejarse de mí lo antes posible. Mi cháchara parecía el discurso de un príncipe secuestrado de los cuentos antiguos, de las historias que se cuentan en el corazón de la noche, entre susurros alrededor del fuego, después de una cena sencilla y antes de sumirse en los sueños. Pero a la luz del día, nada resultaba plausible. Nada excepto el dinero, ondeando en mi mano como las hojas de una palmera. Los ojos de mi amigo estaban fijos en los veinte kiam y dudo que pudiera describir mi rostro a alguien.

Por fin, fui admitido en la casa de mi anfitrión, Ishak Jarir. Mantuvo una disciplina estricta y no vi a ninguna mujer. En el segundo piso dormían los miembros de la familia y tenían unas alacenas para almacenar. Jarir abrió la sencilla puerta de madera de uno de ellos y me metió bruscamente allí.

—Aquí estarás a salvo —dijo susurrando—. Si tus pérfidos amigos vienen y preguntan por ti, nadie en esta casa te ha visto. Pero debes quedarte sólo hasta después de las oraciones de mañana.

—Doy gracias a Alá porque, en su sabiduría, me ha guiado hacia un hombre tan generoso como tú. Todavía tengo algo que hacer y si todo sucede como preveo, volveré con un billete doble del que tienes en la mano. El doble será tuyo.

Jarir no quiso oír más detalles.

—Que tu empresa sea próspera. Pero te lo advierto, si vuelves después de las últimas plegarias, no serás admitido.

—Será como dices, honorable.

Miré por encima del hombro al montón de harapos que serían mi hogar esa noche, sonreí con inocencia a Ishak Jarir y salí de la casa reprimiendo un escalofrío.

Regresé por la angosta y empedrada calle que pensaba me conduciría al Boulevard el-Jameel. Cuando la calle empezó a curvarse hacia la izquierda, supe que había cometido un error, aunque iba en la dirección correcta, así que la seguí. Pero al pasar la curva, no había nada, excepto las desnudas paredes de ladrillo de los edificios que se cerraban en un fétido callejón sin salida. Murmuré una maldición y volví sobre mis pasos.

Un hombre me cortaba el camino. Era delgado, con barba mal recortada y descuidada y una sonrisa bovina en el rostro. Llevaba una camisa amarilla de punto con el cuello abierto, un traje de calle marrón arrugado y desaliñado, *keffiya* blanca con un cordón rojo y zapatos deportivos marrones. Su necia expresión me recordaba a Fuad, el idiota del Budayén. Era evidente que me había seguido hasta la calle sin salida. No había oído que anduviese detrás de mí.

No me gusta que la gente me siga con sigilo. Abrí mi bolsa mientras le miraba. Él se detuvo, mientras cambiaba su peso de un pie a otro y sonreía. Saqué un par de daddies y cerré la cremallera de la bolsa. Empecé a caminar hacia él, pero me detuvo poniéndome una mano en el pecho. Bajé la vista a su mano y luego la alcé hacia su rostro.

—No me gusta que me toquen —dije.

Se retiró como si hubiera profanado lo más sagrado de lo sagrado.

—Mil perdones —murmuró.

—¿Me sigues por algún motivo?

—Creí que podía interesarte lo que tengo aquí.

Me señaló un maletín de imitación de piel que llevaba en una mano.

—¿Eres un vendedor?

—Vendo moddies, señor, y una amplia selección de útiles e interesantes potenciadores para los negocios. Me gustaría mostrártelos.

—No, gracias.

Levantó el entrecejo, ahora no tan bovino, como si le hubiera pedido que continuase.

—No tardaré ni un momento y seguramente encontrarás lo que andas buscando.

—No busco nada en particular.

—Seguro que sí, o no te habrías modificado el cerebro, ¿quieres?

Acepté. Se arrodilló y abrió su maletín de muestras. Estaba decidido a que no me vendiera nada. No hago negocios con ratas.

Estaba sacando moddies y daddies del maletín y los alineaba en

fila india ante él. Cuando terminó, me miró. Estaba orgulloso de su mercancía.

—¿Bien? —dijo.

Hubo un silencio premonitorio.

—¿Bien qué?

—¿Qué opina de ellos?

—¿Los moddies? No se parecen a ninguno de los que he visto. ¿Qué son?

Cogió el primero de la fila. Me lo lanzó y lo recogí. De un rápido vistazo comprobé que no tenía etiqueta, estaba hecho de un plástico más rudimentario que los moddies que había visto en la tienda de Laila y en los zocos. Ilegal.

—Éste ya lo conocías —dijo el hombre, dirigiéndome una mirada lastimera.

Eso hizo que le mirase con dureza.

Se quitó la *keffiya.* Un cabello castaño y ralo le colgaba y cubría sus orejas. Parecía como si no se lo hubiera lavado en un mes. Con una mano se quitó el moddy que llevaba. El tímido vendedor desapareció. Las mandíbulas del tipo se relajaron y sus ojos perdieron visión, pero con la rapidez de la práctica, se conectó otro de sus moddies de fabricación casera. De repente, sus ojos se achicaron y su boca mostró una dura y sádica mueca. Se transformó en otro hombre. No necesitaba disfraces materiales; el conjunto de todas sus posturas, maneras, expresiones y modo de hablar era más efectivo que cualquier combinación de pelucas y maquillaje.

Me encontraba en un apuro. Tenía a *James Bond* en mi mano y contemplaba los fríos ojos de Xarghis Moghadhíl Khan. Estaba contemplando la locura. Alargué el brazo y me conecté los dos daddies. Uno proporcionaba a mis músculos una fuerza no natural y desesperada, sin fatiga ni dolor hasta que mis tejidos se rompiesen. El otro cortaba todo sonido. Necesitaba concentrarme. Khan me miró con burla. Tenía una gran daga en la mano, con la empuñadura de plata e incrustaciones de piedras de colores y el cuerpo de oro.

—Siéntate —leí en sus labios—. En el suelo.

Yo no iba a sentarme, por supuesto. Mi mano se movió unos centímetros, en busca de la pistola de agujas bajo mi ropa. Se movió y se detuvo porque recordé que la pistola de agujas se hallaba bajo la almohada de mi habitación del hotel. En aquel momento, la camarera ya la habría encontrado. Y la pistola estaba tranquilamente en el fondo de mi bolsa de cremallera. Me alejé de Khan.

—Hace mucho tiempo que le persigo, señor Audran. Le vi en la comisaría de policía, en casa de Friedlander Bey, en la de Seipolt, en el hotel. Podía haberle matado esa noche cuando simulé que era un maldito ladrón, pero no deseaba ser interrumpido. Esperé el momento

adecuado. Ahora, señor Audran, ahora morirá.

Resultaba maravillosamente sencillo leer en sus labios. El mundo entero se había relajado y se movía a la mitad de la velocidad normal. Él y yo teníamos todo el tiempo que necesitábamos…

La boca de Khan se torció. Me gustaba esa parte. Me acorraló hacia atrás, dentro del callejón. Mis ojos permanecían fijos en su brillante cuchillo, con el que Khan no sólo intentaba matarme sino también mutilar mi cuerpo. Dijo que tapizaría las sucias piedras y los desperdicios con mis tripas como guirnaldas de fiesta. Algunas personas sienten terror ante la muerte, otros sienten más terror de la agonía que la precede. Para ser honesto, yo soy de estos últimos. Sabía que algún día tenía que morir, pero esperaba que fuera de una forma rápida y sin dolor, en la cama si tenía suerte. Ser torturado antes por Khan no era mi modo favorito de largarme de este mundo.

Los daddies me evitaban el pánico. Si me dejaba llevar por él, me convertirían en *souvlaki* en cinco minutos. Retrocedí más de prisa buscando algo en el callejón que me diera una oportunidad contra el maníaco y su daga. Corría contra reloj.

Los labios de Khan se separaban de sus dientes y me dirigía reveladores gritos sin palabras. Sostenía el cuchillo a la altura del hombro, acercándose hacia mí como lady Macbeth. Le dejé dar tres pasos y luego me moví hacia la izquierda y le embestí. Esperaba verme huir hacia atrás y cuando me abalancé sobre él, retrocedió. Mi mano izquierda buscó su muñeca derecha y mi brazo izquierdo contuvo su antebrazo, agarrando su mano con fuerza. Le retorcí la mano del cuchillo hacia atrás con mi mano derecha, contra el punto de apoyo de mi mano derecha. Normalmente eso basta para desarmar a un atacante, pero Khan era fuerte, más fuerte de lo que debería ser aquel demacrado cuerpo; la locura le concedía un poder adicional y también su moddy y sus daddies.

La mano libre de Khan me cogió por la garganta y me forzó la cabeza hacia tras. Tenía mi pierna derecha entre las suyas, y con ella separé sus pies. Ambos nos desplomamos y, mientras caíamos, cubrí su rostro con mi mano derecha. Le golpeé la parte de atrás de su cabeza contra el suelo con tanta fuerza como fui capaz. Mi rodilla cayó encima de su puño y su mano se abrió. Arrojé su cuchillo a lo lejos y empleé las dos manos para golpear la cabeza de Khan contra el asqueroso suelo. Khan estaba aturdido, pero no por mucho tiempo. Se deshizo de mi dominio y se lanzó contra mí, desgarrando mi carne a mordiscos. Forcejeamos tratando de sacar alguna ventaja, pero luchábamos tan apretados que no podía emplear los puños. Ni siquiera era capaz de librar mis manos. Mientras tanto, él me hería, me clavaba sus negras uñas, me hacía sangre con sus dientes, me golpeaba con sus rodillas.

Khan se reía y me empujó a un lado. Entonces, dio un salto y, antes de que yo pudiera escapar, se puso sobre mí. Me inmovilizó los brazos con una rodilla y una mano. Levantó el puño para golpearme en la garganta. Grité y traté de deshacerme de él, mas no podía moverme. Luché, y vi una fanática luz de victoria en sus ojos. Canturreó una plegaria inarticulada. Con un salvaje bramido, me golpeó en la sien con el puño. Casi perdí el conocimiento.

Khan corrió a buscar su cuchillo. Me obligué a sentarme y buscar, desesperado, en mi bolsa. Khan había encontrado el cuchillo y avanzaba hacia mí. Abrí la bolsa y lo arrojé todo al suelo. Justo cuando Khan estaba a tres pasos de mí, le herí con una gran explosión de mi arma. Dio un gorjeante grito y se desplomó junto a mí. Estaría fuera de combate durante varias horas.

Los daddies bloqueaban bastante mi dolor, pero no todo; el resto lo mantenían a distancia. Sin embargo, todavía no podía moverme y pasaron unos minutos antes de que fuera capaz de hacer algo útil. Vi como la piel de Khan se volvía azul cianótico mientras luchaba por coger aire en sus pulmones. Tuvo convulsiones y, de repente, se relajó por completo, a pocos centímetros de mí. Me senté y respiré hasta que conseguí sacudirme los efectos de la lucha. Luego, lo primero que hice fue quitarle el moddy de Khan de la cabeza. Llamé al teniente Okking para darle la buena nueva.

18

Encontré mi caja de píldoras en la bolsa y me tomé siete u ocho soneínas. Quería probar algo nuevo. Tenía el cuerpo destrozado después de la pelea con Khan, pero no se trataba del dolor sólo. Quería ver cómo el opiáceo afectaba a mis sensaciones aumentadas por puro interés científico. Mientras esperaba a Okking, conocí la verdad de modo empírico. El daddy que limpiaba el alcohol de mi sistema con tanta rapidez, hacía lo mismo con las soneínas. ¿Quién lo necesitaba? Me desconecté el moddy y me tomé otro puñado de soneínas.

Okking llegó boyante. Ésa es la única palabra que le describía. Nunca había visto a nadie tan satisfecho. Estaba atento y simpático conmigo, se interesó por mis heridas y mi dolor. Se mostró tan gentil que creí que la gente de las noticias holo estaría por allí, pero me equivoqué.

—Creo que ahora te debo una, Audran —dijo. Pensé que me debía bastante más que eso. —He hecho tu maldito trabajo por ti, Okking. Ni siquiera eso desinfló su júbilo.

—Es posible, es posible. Al menos, ahora dormiré un poco. No podía ni comer sin pensar en Selima, Seipolt y los demás.

Khan se despertó; sin un moddy en su enchufe, empezó a sollozar. Recordé lo mal que me había encontrado cuando me quité los daddies después de unos días. Quién sabe cuánto tiempo llevaba Khan —cualquiera que fuese su verdadero nombre— escondiéndose tras un moddy y luego otro. Quizá sin una falsa personalidad conectada no fuera capaz de afrontar los actos inhumanos que había cometido. Yacía en el pavimento, con las manos esposadas a la espalda y los tobillos encadenados, mascullando y amenazándonos con maldiciones. Okking le miró unos segundos.

—Lleváoslo de aquí —dijo a un par de oficiales uniformados.

No fueron demasiado gentiles con él, pero Khan no me caía simpático.

—¿Y ahora, qué? —pregunté a Okking. La alegría se le pasó un poco.

—Creo que ha llegado la hora de presentar mi dimisión.

—Cuando circule la noticia de que has aceptado dinero de un gobierno extranjero, no vas a ser muy popular. Has deteriorado tu credibilidad.

Asintió.

—El rumor se ha difundido ya, al menos en los círculos que cuentan. Me han dado la posibilidad de encontrar empleo fuera de la ciudad o pasar el resto de mi vida detrás de los barrotes de uno de

vuestros típicos y cochambrosos agujeros de mierda. No sé cómo pueden encerrar a la gente en esas prisiones, son como las de los Tiempos Oscuros.

—Tú has metido allí a buena parte de la población. Tendrás un gran comité de bienvenida esperándote.

Se estremeció.

—Creo que en cuanto reúna mis objetos personales, haré las maletas y me desvaneceré en la noche. Espero que me den una recomendación. Me refiero a que, agente extranjero o no, he hecho un buen trabajo por la ciudad. Nunca he comprometido mi integridad, excepto unas pocas veces.

—¿Cuánta gente puede, con honestidad, decir lo mismo? Tú eres de su misma especie, Okking.

Era la clase de tipo que saldría de eso y además lo convertiría en una recomendación a su favor. Encontraría trabajo en cualquier lugar.

—¿Te gusta verme en problemas, Audran?

De hecho, sí. Pero en lugar de responder, me volví hacia mi bolsa y volví a meter todo en ella. Había aprendido la lección, así que me guardé la pistola entre los pliegues de mi túnica. De la conversación de Okking deduje que el interrogatorio formal había acabado y podía irme.

—¿Vas a quedarte en la ciudad hasta que agarren al asesino de Nikki? —pregunté—. ¿Vas a hacer eso, como mínimo?

Volví el rostro hacia él. Estaba sorprendido.

—¿Nikki? ¿De qué me hablas? Tenemos al asesino, ahora mismo va camino al talego. Estás obsesionado, Audran. No tienes ninguna prueba de un segundo asesino. Deja de joder o pronto aprenderás lo rápido que los héroes pasan a ser ex héroes. Te pones demasiado pesado con eso.

¡Vaya forma de pensar de un poli! Atrapé a Khan y se lo entregué a Okking; y éste iba a decir a todo el mundo que Khan era el asesino de todos, desde Bogatyrev a Seipolt. Por supuesto, Khan había matado a Bogatyrev y a Seipolt, pero yo estaba seguro de que era inocente con respecto a los asesinatos de Nikki, Abdulay y Tami. ¿Tenía alguna prueba? No, nada tangible; sin embargo, si fuese de otro modo, todo carecía de sentido. Era un nido de ratas internacional. Un bando intentaba secuestrar a Nikki y llevarla con vida al país de su padre, y el otro quería matarle para prevenir el escándalo. Si Khan había asesinado a gente de los dos bandos, su acción tenía sentido sólo si no era más que un psicópata que se cargaba a la gente de forma insensata y sin plan preconcebido alguno. Eso no era cierto. Se trataba de un asesino cuyas víctimas habían sido liquidadas según el esquema de sus patrones, y para proteger su propio anonimato. El hombre que mutiló a Seipolt no era un loco, no era el verdadero Khan, sólo llevaba un

moddy de Khan.

Y ese hombre no tenía nada que ver con la muerte de Nikki.

Otro asesino andaba suelto por la ciudad, aunque a Okking le pareciera conveniente olvidarle.

Unos diez minutos después de que Okking con sus hombres y yo siguiéramos caminos distintos, el teléfono sonó. Era Hassan que me volvía a llamar para contarme lo que «Papa» había dicho.

—Yo también tengo algunas noticias, Hassan.

—Friedlander Bey te verá en seguida. Enviará un coche a buscarte dentro de quince minutos. Confío en que estás en casa.

—No, esperaré fuera del edificio. Tenía una compañía muy interesante, pero ahora todos se han marchado.

—Muy bien, hijo mío. Te merecías un agradable descanso con tus amigos.

Miré el cielo cubierto de nubes; pensé en mi enfrentamiento con Khan y me pregunté si me reiría de las palabras de Hassan.

—No he tenido mucha tranquilidad.

Le dije lo que había ocurrido desde la última vez que habíamos hablado hasta que se llevaron al asesino contratado por Okking.

Hassan tartamudeó, asombrado.

—Audran —dijo cuando recobró el control—, a Alá le place que estés a salvo, que el maníaco haya sido capturado y que la sabiduría de Friedlander Bey triunfe.

—Tienes razón —dije —. Dale todos los méritos a «Papa». Él me concedió el beneficio de su sabiduría. Ahora que lo pienso, no obtuve más ayuda de él que de Okking. Sí, me arrinconó e hizo que me abrieran la cabeza; después de eso, se limitó a sentarse y arrojó dinero a mi paso. «Papa» sabe todo lo que ocurre en el Budayén, Hassan. ¿Quieres decir que él y Okking han estado ociosos, absolutamente desconcertados? No me lo creo. Descubriré cuál era el papel de Okking en todo esto. Aunque preferiría saber qué hacía «Papa» entre bastidores.

— ¡Silencio, hijo de perro enfermo! —Hassan perdió sus modales congraciadores y dejó asomar su verdadero ser, algo que no hacía muy a menudo—. Tienes mucho que aprender todavía sobre mostrarte respetuoso con los mayores y mejores que tú.

Entonces, de repente, el viejo Hassan, el mendaz y casi bufonesco Hassan prosiguió:

—Aún te hallas bajo la tensión del conflicto. Perdóname por perder la paciencia contigo, soy yo quien debe ser más comprensivo. Todo sucede como Alá desea, ni más ni menos. Así que, hijo mío, el coche irá a buscarte pronto. Friedlander Bey estará satisfecho.

—¿No es momento para hacerle un pequeño regalo, Hassan?

Hassan se rió.

—Tus noticias serán suficiente regalo. Ve en paz, Audran.

No dije nada y corté la comunicación. Volví a echarme la bolsa al hombro y caminé hacia el edificio de mi antiguo apartamento. Me encontraría con «Papa» y luego me escondería en el armario de Ishak Jarir. El lado bueno después de lo ocurrido era que Khan estaba ahora fuera de escena. Y Khan fue el único de los dos asesinos que demostró deseos de eliminarme. Eso significaba que probablemente el otro me dejaría vivir. Al menos, en eso confiaba.

Mientras esperaba el automóvil de «Papa», pensé en mi lucha con Khan. Odiaba a aquel tipo de una manera terrible; todo lo que hice fue recordar el horror del cuerpo mutilado de Selima, y la repulsión que sentí cuando tropecé, por casualidad, con los cadáveres en la mansión de Seipolt. Primero, él había matado a Bogatyrev, el tío de Nikki, quien, a su vez, deseaba la muerte de ésta. Nikki era la clave; el resto de los homicidios formaban parte de una frenética cobertura que se suponía mantendría el escándalo ruso en secreto. Creo que había funcionado; bueno, en la ciudad lo sabía bastante gente, pero sin un príncipe de la corona vivo que obstaculizara a la monarquía, el escándalo no estallaría en la Rusia blanca. El rey Vyacheslav estaba a salvo en su trono, los realistas habían ganado. De hecho, con un poco de astucia y cuidado, podrían utilizar el asesinato de Nikki para fortalecer su dominio sobre el inestable país.

Nada de eso me preocupaba. Después de la pelea con Khan, le dejé vivir… un rato: tenía una cita con el verdugo en el tribunal de justicia de la mezquita Shimaal. Mientras tanto, aliviémosle de sus brutalidades en el temor de Alá.

La limusina llegó y me condujo hasta la finca de Friedlander Bey. El mayordomo me escoltó hasta la misma salita de espera que había visto dos veces antes. Esperé a que «Papa» terminara sus plegarias. Friedlander Bey no hacía de su devoción un espectáculo, lo que, en cierto sentido era de alabar. A veces, su fe me avergonzaba; en esas ocasiones, acudían a mi memoria las crueldades y crímenes de los que él era responsable. Me engañaba a mí mismo; Alá sabe que nadie es perfecto. Estoy seguro de que Friedlander Bey no se hacía ilusiones sobre sí mismo. Al menos, rogaba a Dios que le perdonase. En una ocasión, «Papa» me lo había explicado: tenía que velar por un gran número de parientes y asociados y, a veces, el único modo de protegerles consistía en mostrarse inflexible y duro con los extraños. Bajo ese prisma, era un gran gobernante y un padre severo, pero amante de su gente. Por otro lado, yo era un don nadie que llevaba a cabo bastantes acciones ilegales sin provecho y ni siquiera tenía el atenuante de suplicar el perdón de Alá.

Al fin uno de los dos enormes nombres que custodiaban a «Papa» me hizo una señal. Entré en el despacho. Friedlander Bey me esperaba

sentado en el antiguo diván lacado.

—Una vez más, es un gran honor —dijo, al tiempo que me indicaba que me sentara al otro lado de la mesa, en el otro diván.

—El honor de desearte buenas tardes es mío.

—¿Tomarás un bocado de pan conmigo?

—Eres muy generoso, oh, caíd.

No me mostraba cauteloso como en nuestros anteriores encuentros. Después de todo, había hecho lo imposible por él. Debía recordarme que el gran hombre estaba ahora en deuda conmigo.

Los criados sirvieron el primer plato, y Friedlander Bey encauzaba la conversación de un asunto trivial a otro. Probamos una pequeña muestra de varios platos diferentes, todos suculentos y olorosos. Decidí desconectarme el daddy para evitar el hambre y, cuando lo hice, me di cuenta de lo hambriento que estaba. Me hallaba dispuesto para hacer los honores al banquete de «Papa». Pero no para quitarme los otros daddies, todavía no.

Los criados sirvieron bandejas con cordero, pollo, ternera y pescado, acompañado todo ello con verduras delicadamente sazonadas y sabroso arroz. Terminamos con una selección de fruta fresca y quesos. Cuando todos los platos hubieron sido retirados, «Papa» y yo nos relajamos con café fuerte aromatizado con especias.

—Que tu mesa sea eterna, oh, caíd —dije—. Ha sido la mejor comida que he probado en mi vida.

Estuvo satisfecho.

—Doy gracias a Dios de que así haya sido. ¿Quieres más café?

—Sí, gracias, oh, caíd.

Los criados se retiraron y también las dos «rocas parlantes». El propio Friedlander Bey me sirvió café, un gesto de sincero respeto.

—Debes reconocer que mis planes para ti eran correctos —dijo con dulzura.

—Sí, oh, caíd. Y te estoy agradecido.

Hizo un displicente ademán.

—Somos nosotros, la ciudad y yo, quienes te estamos agradecidos, hijo mío. Ahora, hablemos del futuro.

—Perdóname, oh, caíd, pero no podemos pensar en el futuro con tranquilidad hasta que no estemos seguros del presente. Uno de los dos asesinos que nos amenazaban ha sido capturado, pero el otro anda suelto todavía. Ese malvado puede haber regresado a su hogar, es cierto; ha pasado algún tiempo desde que dio muerte a sus víctimas. Sin embargo, sería prudente considerar la posibilidad de que todavía se halle en la ciudad. Debemos ser precavidos para descubrir su identidad y sus escondites.

El anciano frunció el ceño.

—Oh, hijo mío, sólo tú crees en la existencia de ese otro asesino.

No veo la razón de que el hombre que era *James Bond* y Xarghis Khan, no pudo torturar también a Abdulay de modo tan indescriptible. Has mencionado todos los módulos de personalidad que tenía en su poder. ¿No pudo alguno de ellos convertirle en el demonio que también asesinó al príncipe de la corona, Nikolai Konstantin?

¿Qué debía yo hacer para convencerles?

—Oh, caíd —dije —, tu teoría supone que un hombre realiza sendos trabajos para la alianza fascista-comunista y para los bielorrusos leales. En ese caso, se hubiera neutralizado a sí mismo por turnos. Eso habría retrasado el desenlace, lo cual tal vez le beneficiara, aunque no comprendo cómo, y sería capaz de informar de resultados positivos a ambos bandos al mismo tiempo. Sin embargo, si todo eso es cierto, ¿cómo habrá podido resolver la situación? Al final sería recompensado por un bando y castigado por el otro. Es un despropósito el que un hombre pueda proteger a Nikki y, a la vez, trate de asesinarla. Además, el forense de la policía determinó que el hombre que asesinó a Tami, Abdulay y Nikki era más bajo y corpulento que Khan, con dedos anchos y gruesos.

El rostro de Friedlander Bey tembló con una débil sonrisa.

—Tu visión, respetado, es aguda aunque de perspectivas limitadas. Yo mismo, a veces, me encuentro alentando a los dos antagonistas de una riña. ¿Qué otra cosa puedo hacer cuando mis amigos se pelean?

—Con perdón, oh, caíd, hablamos de varios homicidios a sangre fría, no de riñas o disputas. Y ni los alemanes ni los rusos son tus queridos amigos. Sus contiendas internas no nos importan en la ciudad.

«Papa» sacudió la cabeza.

—Perspectiva limitada —repitió bajito—. Cuando las tierras infieles del mundo se separan, nosotros revelamos nuestra fortaleza. Cuando los grandes demonios, Estados Unidos y Unión Soviética, se desmembraron en diferentes Estados, fue un signo de Alá.

—¿Un signo? —pregunté, planteándome qué tenía todo eso que ver con Nikki, los cables de mi cráneo y la pobre y olvidada gente del Budayén.

Las cejas de Friedlander Bey se juntaron y, de repente, me pareció un nómada del desierto; se asemejaba a los orgullosos caudillos que le habían precedido empuñando la irresistible Espada del Profeta.

—*Jihad* —murmuró.

Jihad. Guerra santa.

Sentí un aguijón en mi piel y la sangre fluyendo hacia mis orejas. Ahora que las grandes naciones de antaño estaban indefensas en su pobreza y discordias, era el momento de que el Islam completara la conquista que había iniciado muchos siglos atrás. La expresión de

«Papa» se parecía mucho a la mirada que yo había visto en los ojos de Xarguis Khan.

—Es lo que a Alá le place —dije.

Friedlander Bey resolló y me dirigió una benevolente mirada de aprobación. Estaba siguiéndole la corriente. Era más peligroso de lo que yo había sospechado jamás. Ejercía un poder casi dictatorial sobre la ciudad, eso, junto con su avanzada edad y su ilusión, me hizo mostrarme cauteloso en su presencia.

—Me harás un gran favor si aceptas esto —dijo, al tiempo que dejaba un sobre en la mesa.

Supongo que alguien de su posición piensa que el dinero es el regalo perfecto de una persona que lo tiene todo. Nadie lo habría considerado ofensivo. Agarré el sobre.

—Me abrumas —murmuré —. No tengo palabras para expresarte mi agradecimiento.

—Yo soy el que está en deuda contigo, hijo mío. Has obrado bien, y siempre recompenso a quienes cumplen mis deseos.

No miré el sobre, aunque sabía que hubiera sido una falta de buenos modales.

—Eres el padre de la generosidad —dije.

Lo estábamos haciendo bien. Yo le gustaba mucho más ahora que en nuestro primer encuentro, mucho tiempo antes.

—Estoy cansado, hijo mío, debes perdonarme. Mi chófer te llevará a tu casa. Ven a visitarme pronto y hablaremos de tu futuro.

—Con ojos y cabeza, oh, señor de hombres. Estoy a tu disposición, —repliqué.

—No hay majestad ni poder sino en Alá el glorioso y el grande.

Parece una simple fórmula, pero se reserva para momentos de peligro o antes de alguna acción crucial. Busqué alguna pista en el hombre de cabello gris, mas él me ignoró. Me despedí y salí de su despacho. Todo el trayecto hacia el Budayén lo hice reflexionando.

Era lunes por la noche y el club de Frenchy estaría ya lleno. Había una mezcla de tipos de la marina naval y mercante, que venían a veinte kilómetros del puerto; había cinco o seis turistas que buscaban una clase de acción y estaban a punto de encontrar otra, y unas cuantas parejas de turistas en busca de historias vivas y pintorescas para llevarse a casa. También había un pequeño número de hombres de negocios de la ciudad que probablemente conocían el riesgo, pero, a pesar de eso, venían para tomar una copa y mirar cuerpos desnudos.

Yasmin estaba sentada entre dos marineros, que se reían y se hacían señas por encima de su cabeza; debían creer que habían encontrado lo que buscaban. Yasmin bebía su cóctel de champán y tenía siete vasos vacíos delante. Desde luego, ella sí había encontrado lo que buscaba. Frenchy cobraba ocho kiam por cóctel, que compartía

con la chica que los pedía. Yasmin ya había limpiado treinta y dos kiam a esos alegres vagabundos del mar y, por el aspecto que tenía, aún iba a arrancarles más, la noche era joven todavía. Y eso sin incluir las propinas. Era una joya digna de ser contemplada, podía separar a un tipo de su dinero más rápido que nadie, excepto quizá Chiriga.

Había varios asientos libres en la barra, uno cerca de la puerta y otros al fondo. No me gusta sentarme cerca de la puerta, pareces una especie de turista o algo así. Me dirigí al oscuro interior del club. Antes de que llegase al taburete, Indihar se me acercó.

—Estará más cómodo en un sillón, señor —dijo ella.

Sonreí. No me reconoció con mis ropas y sin mi barba. Sugirió el sillón porque si me sentaba en el taburete, no podría sentarse cerca de mí y trabajarme la cartera. Indihar era una persona bastante agradable, nunca había tenido ningún incidente con ella.

—Me sentaré en la barra — dije—. Quiero hablar con Frenchy.

Me hizo un gesto indiferente, se dio media vuelta y sorteó a la gente. Como un halcón de caza, había avistado tres mercaderes de rica apariencia sentados con una chica y un transexual. Siempre había espacio para una más. Indihar hincó sus garras.

Dalia, la chica de la barra de Frenchy, se acercó a mí, pasando la bayeta por el mostrador. Dio un par de pasadas a la mancha que había ante mí y dejó caer un posavasos de corcho.

—¿Cerveza? —preguntó.

—Ginebra y bingara con un chorrito de lima —pedí. Me miró parpadeando.

—¿Marîd?

—Mi nuevo aspecto —dije.

Soltó la bayeta en la barra y me miró. No dijo ni una palabra hasta que recuperó el aliento.

—¿Dalia? —dije.

Abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Frenchy —gritó—, ¡está aquí!

Yo no sabía lo que significaba aquello. La gente de mi alrededor se volvió para mirarme. Frenchy se levantó de su asiento cerca de la caja registradora y avanzó con estruendo hacia mí.

—Marîd — dijo—, he oído que has agarrado a ese tipo que se cargó a las «hermanas».

Me daba la impresión de que ahora era alguien importante.

—Oh, en realidad, él me agarró a mí. Lo estaba haciendo muy bien, hasta que decidí ponerme serio.

Frenchy sonrió.

—Eres el único que ha tenido huevos de ir tras él. Los mejores de la ciudad iban diez pasos por detrás de ti. Has salvado un montón de vidas, Marîd. A partir de ahora, beberás gratis aquí y en cualquier

lugar de la «Calle». Sin propinas, tampoco, daré la orden a las chicas.

Era el único gesto significativo que Frenchy podía hacer, y yo lo aprecié.

—Gracias, Frenchy —dije.

Aprendí muy rápido lo embarazoso que puede resultar ser un gran tipo.

Hablamos un rato. Intenté convencerle de que aún quedaba un segundo asesino en la ciudad, pero no quiso creerlo. Prefirió pensar que el peligro había pasado. Después de todo, yo no tenía pruebas de que el asesino continuara en la ciudad. Desde la muerte de Nikki no había empleado un cigarrillo para quemar a nadie.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó Frenchy.

Miré el escenario donde Blanca bailaba. Ella era quien había descubierto el cadáver de Nikki en el callejón.

—Tengo una pista y una idea de lo que le gusta hacer a sus víctimas.

Le hablé a Frenchy del moddy que Nikki llevaba en el bolso, y de los morados y las quemaduras de cigarrillo en los cuerpos.

Frenchy parecía pensativo.

—Sabes —dijo —. Recuerdo que alguna chica me habló de un tipo que se había ligado.

—¿Qué te contó? ¿Intentó quemarla o algo así? Frenchy sacudió la cabeza.

—No, eso no. Por lo que me dijo, cuando le quitó las ropas al tipo, estaba lleno de quemaduras y señales.

—¿Quién era, Frenchy? Necesito hablar con ella.

Retrocedió a mediados de la semana anterior, tratando de recordar.

—Ah — dijo al fin —, fue Maribel.

—¿Maribel? —pregunté con incredulidad.

Maribel era la vieja que ocupaba un taburete en el ángulo de la barra. Andaba entre los sesenta y los ochenta, había sido una bailarina medio siglo antes, cuando aún tenía un rostro y un cuerpo. Luego dejó de bailar y se concentró en los aspectos de la industria que proporcionaba beneficios líquidos más inmediatos. A medida que se hacía mayor, tuvo que bajar su margen de ganancias para poder competir con los nuevos modelos. Ahora llevaba una peluca de nylon rojo que tenía todo el aspecto y la prestancia del césped del distrito europeo. Nunca había tenido dinero para hacerse modificaciones físicas o mentales. Rodeada de los cuerpos más hermosos que se puedan comprar con dinero, su rostro la hacía parecer más vieja de lo que era. Maribel se encontraba en clara desventaja. Sin embargo, la superó por medio de astutas técnicas de *marketing* que hacían hincapié en la atención personalizada y en la satisfacción del cliente: por el

precio de un cóctel de champán, proporcionaría al hombre que estuviera a su lado el beneficio de su destreza manual y sus años de experiencia. En la misma barra, sentados y charlando como si estuvieran solos en la habitación de cualquier motel. Maribel suscribía el clásico proverbio árabe: «Las mejores atenciones se hacen de prisa». Claro que ella realizaba la mayor parte del trato, pero si no te fijabas de cerca —o el tipo no podía disimular la expresión de su rostro— no te enterabas de que semejante encuentro íntimo estaba teniendo lugar.

La mayoría de las chicas se hacían invitar a siete u ocho cócteles antes de empezar a negociar. El reloj de Maribel estaba estropeado, no tenía tiempo para eso. Si Yasmin parecía un Neiman-Marcus, y lo era, en mi opinión, Maribel era las rebajas del centro comercial del loco Abdul de las busconas.

Por eso me costaba creer la historia de Frenchy. Maribel no tenía la oportunidad de ver las cicatrices de su pavo. No, si estaba sentada en la esquina de la barra.

—Se llevó a ese tipo a su casa —dijo Frenchy, sonriente.

—¿Quién se iría a casa con Maribel? Era difícil de creer.

—Alguien que necesitara dinero.

—Hija de puta. ¿Paga a los hombres por joder con ella?

—El dinero circula como nada en este mundo.

Le di las gracias a Frenchy por la información y le dije que necesitaba hablar con Maribel. Se rió y volvió a su silla. Me trasladé al taburete que había junto a ella.

—Hola, Maribel —saludé.

Tuvo que mirarme un rato antes de reconocerme.

—Marîd —dijo feliz.

Entre la primera sílaba y la segunda, su mano se posó en mi regazo.

—¿Me invitas a un cóctel?

—De acuerdo.

Indiqué a Dalia que le sirviera un cóctel de champán a la vieja. Dalia me dirigió una turbia sonrisa y yo me limité a encogerme de hombros, indefenso. Las chicas y las transexuales del club de Frenchy siempre tienen una copa alta de acero para el agua con hielo junto a sus bebidas. Dicen que es porque no les gusta el sabor del licor y que para bajar todo ese alcohol necesitaba beber agua helada con él. Beben un poco de champán o de un licor fuerte y luego pasan al agua con hielo. Los pavos piensan en lo duro que debe resultar para esas pobres chicas tener que tragar cada noche veinte o treinta copas si no les gusta el alcohol. La verdad es que nunca se tragan la bebida, la escupen en la copa de metal. A cada rato, Dalia retira la copa y la vacía con el pretexto de refrescar e) agua helada. Maribel no necesitaba la copa para escupir. Le gustaba la bebida.

Debía admitirlo, la mano de Maribel era tan diestra como una silversmith. Creo que la práctica la había hecho perfecta. Estaba a punto de decirle que se detuviera, cuando me dije a mí mismo, ¡qué demonios! Era una instructiva experiencia.

—Maribel, Frenchy me ha contado que viste a alguien con marcas de quemaduras y morados por todo el cuerpo. ¿Recuerdas a quién?

—¿Le vi?

Alguien que fue a casa contigo.

¿Cuándo?

—No lo sé. Si pudiera encontrar a esa persona, me diría algo que salvaría algunas vidas.

—¿De verdad? ¿Obtendría yo algún tipo de recompensa?—Cien kiam, si lo recuerdas.

Eso la detuvo. No había visto cien kiam juntos desde sus días de gloria y eso pertenecía a otro siglo. Se sumió en sus desordenados recuerdos, e intentó dibujar un desesperado cuadro mental.

—Te lo diré, vi a alguien así, me acuerdo muy bien, pero por mi vida, no puedo recordar a quién. Aunque lo conseguiré. Lo de la recompensa…

—Sigue en pie. Cuando lo recuerdes, llámame o díselo a Frenchy.

—No tendré que repartir el dinero con él, ¿verdad?

—No —la tranquilicé.

Yasmin estaba en el escenario. Me vio sentado con Maribel, y el brazo de ésta moviéndose arriba y abajo. Yasmin me lanzó una mirada de enfado y dio media vuelta. Me reí.

—Gracias, pero ya está bien, Maribel.

— ¿Te vas, Marîd? —preguntó Dalia—. No ha tardado mucho.

—A dar una vuelta, Dalia —dije.

Salí del club de Frenchy preocupado porque mis amigos, Okking, Hassan y Friedlander Bey, se creían a salvo. Casi deseaba que hubiera ocurrido algo terrible, sólo para que se convencieran de que yo tenía razón, pero no quería sentirme culpable por ello.

En medio de su alivio y celebración, estaba más solo que antes.

19

— Eso no es lo que tú deseas.

Audran le miró. Wolfe *estaba sentado como una estatua satisfecha de sí misma, con los ojos medio cerrados, los labios un poco hacia afuera, metiéndolos y sacándolos. Movió la cabeza una fracción de milímetro y me miró.*

—Eso no es lo que tú deseas —repitió.

—Sí, lo deseo —gritó Audran—. Quiero que todo esto acabe.

—Sin embargo… —levantó un dedo y lo movió—, tienes la esperanza de que exista una solución fácil, alguna que no amenace peligro o, lo que es aún peor, tu modo de pensar, horrible. Si Nikki ha sido asesinada limpia y llanamente, debías haber capturado sin piedad a sus asesinos. De esa manera, la situación se ha hecho más repulsiva todavía y sólo deseas esconderte de ella. Mira dónde estás, acurrucado en la despensa de un pobre y humilde fellah.

Le miró con desaprobación.

Audran sintió su censura.

—¿Quieres decir que no lo he hecho bien? Tú eres el detective, no yo. Sólo soy Audran, el negro que se sienta en el bordillo con las tazas de plástico y el resto de la basura. Tú siempre dices que ningún radio conducirá a la hormiga al centro de la circunferencia.

Sus hombros se levantaron medio centímetro, y luego se dejaron caer. Estaba siendo compasivo.

—Sí, lo digo. Pero si la hormiga recorre los tres cuartos de la circunferencia antes de elegir un radio, puede perder algo más que tiempo.

Audran separó sus manos, indefenso.

—Me encuentro cerca del centro a mi torpe modo. Así que, ¿por qué no empleas tu excéntrico genio y me dices dónde puedo encontrar a ese otro asesino?

Wolfe *apoyó las manos en los brazos de su sillón y se levantó. Tenía una expresión severa y apenas se percataba de mi presencia mientras caminaba. Era el momento de dedicarse a sus orquídeas, que, junto con la comida, eran lo más importante del mundo para él.*

Cuando me quité el moddy y volví a ponerme los daddies especiales, me hallaba sentado en el suelo de la despensa de Jarir, con la cabeza entre las rodillas. De nuevo con los daddies, me sentía invencible, sin hambre, cansancio, sed, miedo ni furia. Apreté la mandíbula y me pasé la mano por el desgreñado cabello; había hecho cosas magníficas. Échate a un lado, amigo, esto es un trabajo para…

Para mí, creo.

Miré el reloj y vi que la noche empezaba. Muy bien; todos los

pequeños degolladores y sus víctimas habrían salido ya.

Deseaba demostrarle a ese gordo de N*ero Wolfe* que la gente real tiene también astucia. Quería vivir el resto de mis días sin sentirme siempre como si me hubiera rendido en los últimos segundos. Eso significaba atrapar al asesino de Nikki. Saqué el sobre del dinero y conté los billetes. Había más de cincuenta y siete mil kiam. Esperaba que fueran poco menos que cinco. Contemplé el dinero durante largo rato. Luego, lo dejé a un lado, saqué mi caja de píldoras y me tragué doce paxium sin agua. Salí de la pequeña habitación y de casa de Jarir sin decirle una palabra.

Las calles de esa zona de la ciudad estaban ya desiertas, aunque cuanto más me aproximaba al Budayén, más gente veía. Atravesé la puerta Este y fui «Calle» arriba. Tenía la boca seca a pesar de que se suponía que los daddies bloqueaban la conexión con mis glándulas endocrinas. Era bueno no estar asustado, porque me sentía muerto de miedo. Me crucé con «Medio Hajj», que me dijo unas palabras; me limité a asentir y me largué, como si se tratara de un perfecto extraño. Debía haber una convención o una excursión por la ciudad porque recuerdo pequeños grupos de extranjeros pasear por la «Calle», mirando los clubs y los cafés. No me importaba andar entre ellos. Me abrí paso a empujones.

Cuando llegué a la tienda de Hassan, encontré cerrada la puerta principal. Me detuve y la contemplé como un estúpido. No recordaba haberla visto así jamás. De haberme encontrado solo, hubiera informado a Okking; pero no estaba solo. Tenía a mis daddies, así que di una patada a la cerradura de la puerta, una, dos, tres y, por fin, se abrió.

Por supuesto, Abdul-Hassan, el chico americano de la «Calle», no se hallaba en su taburete, en la habitación vacía. Atravesé la tienda en dos o tres zancadas y descorrí la cortina. Tampoco encontré a nadie en la trastienda del almacén. Me interné en una zona oscura, entre los embalajes de madera apilados y salí por la puerta de hierro hasta el callejón. Había otra puerta de hierro en el edificio de enfrente; detrás de ella estaba la habitación en la que yo había pactado la corta libertad de Nikki. Me dirigí hacia allí y llamé con fuertes golpes. No obtuve respuesta. Volví a llamar. Por fin, una voz me dijo algo en inglés.

—Hassan —grité.

La débil voz repuso algo, se extinguió unos segundos y después gritó otra cosa. Me prometí a mí mismo que si salía de ésa le compraría un daddy de árabe a ese chico. Saqué el sobre del dinero y lo agité, mientras chillaba:

—¡Hassan! ¡ Hassan!

Después de unos segundos, la puerta se abrió de golpe. Saqué un

billete de mil kiam y lo puse en la mano del chico, mientras le enseñaba el resto del dinero y le decía:

—¡Hassan! ¡Hassan!

Él cerró de un portazo, y mis mil kiam desaparecieron.

Un instante después volvió a abrir, para lo cual yo estaba totalmente preparado. La agarré del filo y tiré con fuerza, arrebatando la puerta del dominio del chico. Gritó y se balanceó con ella, mas la soltó. Abrí y me doblé cuando el chico me propinó una patada tan fuerte como pudo. Lo tenía muy cerca para alcanzarle, aunque todavía podía dejarme malherido. Le agarré del puño de la camisa y le sacudí unas cuantas veces; luego, golpeé la parte posterior de su cabeza contra la pared y le dejé caer en el callejón lleno de desperdicios. Recuperé el aliento, los daddies hacían un buen trabajo, mi corazón latía como si estuviera mariposeando con Fazluria y no jugándome la vida. Sólo me detuve para agacharme y arrebatar al muchacho americano el billete de mil kiam que todavía conservaba. «Ten cuidado con los fíq», me decía siempre mi madre.

En la planta baja no encontré a nadie. Pensé en cerrar y bloquear la puerta de hierro a mis espaldas, para que el muchacho americano u otro fantasma no se colara sin que me enterase, pero creí que podría necesitar una salida en caso de apuro. Sin hacer ruido, caminé despacio y con cuidado hacia la escalera que había a mi derecha, contra la pared. Sin los daddies, yo habría sido otra persona, susurrando al oído de un extraño en algún idioma romántico. Saqué mi tira de daddies y los repasé. Mis dos injertos corímbicos no estaban al completo, todavía podía conectarme otros tres, pero ya llevaba casi todos los que pensaba necesitaría en un momento crítico. A decir verdad, todos menos uno, el daddy negro especial que afectaba directamente a mis células de castigo. Nunca pensé que utilizaría uno de ésos por mi propia voluntad, pero si debía enfrentarme a alguien como Xarghis Moghadhil Khan otra vez, con nada más que un cuchillo para la mantequilla, sería mejor combatirle como una fiera salvaje y furiosa que como un lloriqueante y racional ser humano. Cogí el daddy negro en mi mano derecha y subí la escalera.

En la habitación superior había dos personas.

Hassan sonreía vagamente, con una mirada algo distraída; se hallaba de pie en un rincón y se frotaba los ojos. Parecía adormilado.

—Audran, hijo mío —dijo.

—Hassan —le respondí.

—¿Te dejó pasar el chico?

—Le di mil kiam y no lo pensó dos veces. Luego, le quité los mil de las manos.

Hassan me dirigió una sonrisa.

—Le tengo cariño al chico, como ya sabes, pero es americano.

No estoy seguro de si eso significaba: «Es americano, por lo tanto un poco estúpido» o «Es americano, hay muchos más».

—No nos molestará —aseguré.

—Muy bien, excelente —dijo Hassan.

Sus ojos se volvieron rápidos hacia el teniente Okking, que yacía en el suelo con los brazos y las piernas extendidos, y las muñecas y los tobillos atados con cuerdas de nylon a anillas empotradas en la pared. Era obvio que Hassan ya había utilizado esa instalación antes. La espalda, las piernas, los brazos y la cabeza de Okking estaban llenos de quemaduras de cigarrillo y largos hilos de sangre manaban de sus cortes. Si él gritaba, no me enteré, porque los daddies hacían que todos mis sentidos se concentrasen en Hassan. Okking estaba vivo aún. De eso sí me di cuenta.

—Por fin cazaste al policía —exclamé—. ¿No te apena que su cerebro no esté modificado? Te gusta emplear tu moddy ilegal, ¿no?

Hassan enarcó una ceja.

—Es una pena —dijo—. Pero, por supuesto, creo que tu injerto bastará. Esperaba esto con gran placer. Te doy las gracias, hijo mío, por sugerir lo del policía. Creía que mi invitado era un estúpido por su modo tan necio de actuar. Tú insististe en que ocultaba información. Yo no podía correr el riesgo de que estuvieras en lo cierto.

Fruncí el ceño y miré el retorcido cuerpo de Okking. Me prometí que más tarde, cuando estuviera en mi propia mente, me pondría enfermo.

—Desde el primer momento, pensé que había dos asesinos con moddies —comenté, como si sólo estuviéramos discutiendo el precio de los butacuálidos—. He sido tan estúpido… , resultó ser un moddy y un chiflado pasado de moda. Intentaba vencer a un malhechor internacional de alta tecnología y resulta ser el viejo verde del vecindario. ¡Qué pérdida de tiempo, Hassan! Me avergüenza recibir dinero de «Papa» por esto.

Mientras le hablaba, me acercaba despacio a él, y miraba a Okking, sacudía mi cabeza y actuaba como un amable sargento de policía en una película, tratando de persuadir a un desesperado palurdo de no arrojarse desde un saliente. Os doy mi palabra, es mucho más difícil de lo que parece.

—Friedlander Bey te ha pagado los últimos kiam que has visto en tu vida.

Hassan parecía triste de verdad.

—Puede que sí, puede que no —repuse, mientras me desplazaba despacio. Mis ojos permanecían fijos en los gruesos y rollizos dedos de Hassan, que envolvían un barato cuchillo árabe curvo—. He estado tan ciego… Trabajas para los rusos.

—Por supuesto —dijo Hassan, exaltado.

—Y tú secuestraste a Nikki.

Me miró con expresión de sorpresa.

—No, hijo mío, Abdulay la secuestró, no yo.

—Pero él cumplía tus órdenes.

—Las de Bogatyrev.

—Abdulay la raptó de la villa de Seipolt.

Hassan se limitó a asentir.

—Así que todavía seguía con vida la primera vez que interrogué a Seipolt. Estaba en algún lugar de la casa. El la quería viva. Y cuando regresé a pedirle explicaciones, ya había muerto.

Hassan me miró, mientras acariciaba el filo del cuchillo.

—Tras la muerte de Bogatyrev, la mataste y te deshiciste de su cuerpo. Luego asesinaste a Abdulay y a Tami para protegerte a ti mismo. ¿Quién le obligó a escribir las notas?

—Seipolt, oh, inteligentísimo.

—Entonces, Okking es el último. El único que podía relacionarte con los asesinatos.

—Y, por supuesto, tú.

—Por supuesto —dije—. Eres un actor muy bueno, Hassan. Me has engañado. Si no hubiera encontrado tu moddy ilegal y algunas cosas que relacionaban a Nikki con Seipolt, no hubiera tenido ninguna pista. —Sus dientes relucían en un exaltado gruñido—. Tú y los asesinos alemanes hicisteis un excelente trabajo. Nunca sospeché de ti hasta que me di cuenta de que cualquier información importante pasaba por tus manos. De «Papa» a mí; de mí a «Papa». Estuvo ante mis narices todo el tiempo, lo único que tenía que hacer era verlo. Por fin, se me ocurrió; eras tú, tú y tus malditos gordos, cortos y anchos dedos.

Estaba tan sólo a unos treinta centímetros de Hassan, dispuesto a dar otro paso con precaución, cuando me disparó.

Tenía una pequeña pistola blanca y lanzó una hilera de agujas en el aire en un gran arco circular. Las dos últimas agujas del cargador me dieron en el costado, justo bajo mi brazo izquierdo. Apenas las sentí, casi como si se le hubieran clavado a otra persona. Sabía que dentro de unos momentos comenzarían a dolerme mucho, y una parte de mi mente, tras los daddies, se preguntaba si estarían impregnadas o sólo eran afilados pedazos de metal para herir mi cuerpo. Si estaban drogadas o envenenadas, en seguida lo sabría. Era un momento desesperado. Había olvidado por completo que llevaba un arma conmigo. No pensaba ni por lo más remoto en mantener un duelo con Hassan. Cogí el daddy negro y lo puse en su sitio, aunque estaba derrumbándome por las heridas.

Fue como… , fue como estar atado a una mesa y tener a un dentista perforando el paladar de mi boca. Fue como estar al borde de

un ataque epiléptico y no sufrirlo, deseando que se esfumase o tenerlo y acabar de una vez. Fue como si las luces más brillantes del mundo destellaran ante mis ojos, los sonidos más fuertes estallaran en mis oídos, demonios que lijaban mi carne, indescriptibles, abominables olores embotaban mi nariz, el más inmundo estiércol en mi garganta. Con gusto habría muerto sólo para que todo aquello cesara.

Yo quería matar.

Agarré a Hassan por las muñecas e hinqué los dientes en su garganta. Sentí su sangre caliente salpicándome el rostro. Recuerdo haber pensado en su maravilloso sabor. Hassan gritó de dolor. Me golpeó la cabeza, mas no podía liberarse del enloquecido animal que tenía sobre sí. Se tambaleó y cayó al suelo. Se vio perdido, puso otro cargador en su pistola y volvió a dispararme, y otra vez me abalancé sobre su garganta. Le arranqué la tráquea con los dientes y hundí mis tensos dedos en sus ojos. Sentí su sangre correr por mis brazos. Los gritos de Hassan eran horribles, dementes, pero casi fueron ahogados por los míos. El daddy negro me torturaba todavía, ardía en mi cabeza como ácido. Ni la locura, ni la enfurecida y salvaje ferocidad de mi ataque aliviaban mi tormento. Corté, desgarré y destripé el ensangrentado cuerpo de Hassan.

Mucho más tarde, me desperté, tranquilo, en el hospital. Habían transcurrido once días. Supe que había mutilado a Hassan hasta que ya no le quedaba vida y que, a pesar de eso, no me había detenido. Había vengado a Nikki y a todos los demás, pero logrado también que cada crimen de Hassan pareciera un inocente juego de niños. Había golpeado y destrozado el cuerpo de Hassan hasta que apenas era posible identificarle.

Después, había hecho lo mismo con Okking.

20

El doctor Yeniknani, el amable sufí turco, fue quien, por fin, me dio el alta. Había recibido mi ración de heridas de Hassan, aunque no las recuerdo, por lo que doy gracias a Alá. Las heridas de las agujas, lesiones y laceraciones constituyeron la parte fácil. El equipo médico se limitó a recomponerme y llenarme de vendajes. Esa vez, el ordenador se ocupaba de la medicación y no los desdeñosos enfermeros. El doctor programó una lista de drogas en la máquina, y la cantidad y la frecuencia con la que se me permitía recibirlas. Si había esperado el tiempo conveniente, el ordenador vertía soneína intravenosa por mi tubo alimenticio. Permanecí casi tres meses en el hospital y cuando salí, mi culo se sentía tan alegre y suave como el día en que nací. Tenía que comprarme uno de esos administradores de droga. Podría revolucionar la industria de narcóticos de la «Calle». Echan a unas cuantas personas del trabajo, pero ése ha sido siempre el precio de la libre empresa y el progreso.

Los golpes físicos que recibí, mientras intentaba reducir al viejo Hassan el chiíta a huesos para caldo, no fueron tan graves como para mantenerme en la cama tanto tiempo. En realidad, habrían podido curarme esas heridas en la sala de urgencias y habría salido a cenar y a bailar pocas horas después. El verdadero problema estaba dentro de mi cabeza. Había visto y hecho demasiadas cosas terribles, y el doctor Yeniknani y sus colegas consideraron la posibilidad de que si se limitaban a desconectar el daddy de castigo y el resto de los daddies, cuando todos los hechos y recuerdos golpearan mi pobre y desprotegido cerebro, terminaría tan loco como una araña con patines.

El chico americano me encontró —nos encontró, me refiero a mí, a Hassan y a Okking—, y llamó a la policía. Me llevaron al hospital y todos esos especialistas, en apariencia bien pagados y hábiles, no quisieron saber nada de mí. Nadie arriesgaba su reputación haciéndose cargo. «¿Le dejamos los potenciadores? ¿Se los quitamos? Si se los quitamos, puede quedar permanentemente loco. Si se los dejamos, pueden quemarle hasta el vientre. » Todo ese tiempo, el daddy negro estaba exprimiendo el centro de castigo de mi cerebro. Perdí el conocimiento una y otra vez, pero no soñé con la Dulce Pilar, podéis apostar por eso.

Primero, desconectaron mi chip de castigo, pero dejaron los otros para que me quedase en una especie de limbo insensible. Me devolvieron la plena consciencia muy despacio, analizándome a cada paso. Estoy orgulloso de poder decir que hoy me encuentro tan sano como siempre; guardo todos los daddies en su bolsa de plástico por si me pongo nostálgico.

Esa vez no tuve ninguna visita en el hospital. Quería que mis amigos tuvieran un buen recuerdo. Me dio la oportunidad de que la barba y el cabello volvieran a crecerme. Era un martes por la mañana cuando el doctor Yeniknani firmó mi alta.

—Le pido a Alá que no volvamos a verle por aquí —dijo.

Me encogí de hombros.

—A partir de ahora, voy a buscarme un pequeño negocio, tranquilo, vendiendo monedas falsas a los turistas. No quiero más problemas.

El doctor Yeniknani sonrió.

—Nadie quiere problemas, pero hay bastantes problemas en el mundo. No podemos escondernos de ellos. ¿Recuerda la azora más corta del noble Corán? Es una de las primeras reveladas por el Profeta, que las bendiciones y la paz sean con él. Dice: «Busco refugio en el Señor de la Humanidad, el Rey de la Humanidad, el Dios de la Humanidad, del taimado mal que susurra en los corazones de la Humanidad, de los *djinn* y de la Humanidad».

—Los *djinn,* la Humanidad, las armas y los cuchillos —dije.

El doctor Yeniknani sacudió la cabeza tranquilamente.

—Si buscas armas encontrarás armas. Si buscas a Alá encontrarás a Alá.

—Bueno —repuse con voz débil —, entonces tendré que empezar mi vida de nuevo cuando salga de aquí. Cambiaré de estilo y de forma de pensar, y olvidaré mis años de experiencia.

—Se burla de mí —dijo con tristeza—, pero quizá algún día escuche sus propias palabras. Rezo a Alá para que cuando ese día llegue todavía esté a tiempo de hacer lo que dice.

Entonces, firmó mis papeles y volví a ser libre, volví a ser yo, sin ningún lugar adonde ir.

Ya no tenía mi apartamento. Todo lo que poseía era una bolsa con un montón de dinero dentro. Llamé un taxi desde el hospital y nos dirigimos a casa de «Papa». Ésa era la segunda vez que aparecía sin estar citado, pero tenía la excusa de que no podía telefonear a Hassan para concertar una. El mayordomo me reconoció, incluso me obsequió con un instantáneo cambio de expresión. Era evidente que me había convertido en una celebridad. Los políticos y las estrellas del sexo pueden abrazarte y eso no significa nada, pero cuando los mayordomos del mundo se fijan en ti, te das cuenta de que algo de lo que crees de ti mismo es cierto.

Incluso pasaron de la sala de espera. Una de las «rocas parlantes» apareció ante mí, se dio media vuelta y empezó a andar. Le seguí. Entramos en el despacho de Friedlander Bey y avancé unos pasos hacia el escritorio de «Papa». Él se levantó, su anciano rostro se arrugó tanto al sonreír que temí se le quebrase en mil pedazos. Se apresuró

hacia mí, agarró mi rostro entre sus manos y me besó.

—¡Oh, hijo mío! —gritó.

Luego, volvió a besarme. No hallaba palabras para expresar su alegría.

Por mi parte, me sentía algo incómodo. No sabía si representaba al héroe cabeza de ladrillo o al chico que justo se hallaba en el lugar adecuado en el momento preciso. La verdad era que deseaba salir de allí lo antes posible con otro grueso sobre de dinero de recompensa y no volver a relacionarme nunca más con aquel viejo hijo de puta. Me lo ponía difícil. Seguía besándome.

Al final, resultó un poco ridículo, incluso para un potenciado árabe de la vieja ola como Friedlander Bey. Me soltó y se retiró tras el formidable bastión de su escritorio. Parecía que no íbamos a compartir una exquisita comida, ni té, ni a intercambiar historias sobre cuerpos mutilados mientras me contaba lo maravilloso que yo había estado. Sólo me miró durante un buen rato. Una de las «rocas parlantes» se acercó despacio por detrás de mí, hasta mi hombro derecho. Sentí un miedo reminiscente de mi primera entrevista con Friedlander Bey en el motel. Ahora, en ese escenario más suntuoso, era alguien que pasaba de ser el héroe conquistador a un vil pícaro a quien pillan con la mano en el bolsillo de otro y luego sobre la alfombra. No sabía cómo lo hacía «Papa», pero eso era parte de su magia. Todavía no sabía cuáles habían sido sus móviles.

—Lo has hecho bien, oh, excelente —dijo Friedlander Bey.

Su tono era atento y no del todo aprobador.

—Alá en su grandeza me dio buena fortuna y tú, tu prudencia —repliqué.

«Papa» asintió. Estaba acostumbrado a ser relacionado con Alá de ese modo.

—Toma, pues, el signo de mi gratitud.

Una de las «rocas» puso un sobre contra mis costillas; lo cogí.

—Gracias, oh, caíd.

—No me des las gracias a mí, sino a Alá en su magnificencia.

—Sí, tienes razón.

Me metí el sobre en el bolsillo. Me preguntaba si podría irme ya.

—Muchos de mis amigos han muerto —musitó «Papa»—, y muchos de mis valiosos asociados también. Sería bueno proceder de modo que esto no suceda jamás.

—Sí, oh, caíd.

—Necesito amigos fieles en cargos de autoridad, en quienes pueda delegar. Siento vergüenza al recordar la confianza depositada en Hassan.

—Era un chiíta, oh, caíd.

Friedlander Bey movió una mano.

—Sin embargo, es el momento de reparar las injurias a que hemos sido sometidos. Tu labor no ha terminado todavía, hijo mío. Debes ayudar a construir una nueva estructura de seguridad.

—Haré lo que pueda, oh, caíd.

No me gustaba el cariz que estaban adquiriendo las cosas, pero, una vez más, me hallaba indefenso.

—El teniente Okking está muerto y habrá ido a su paraíso. *Inshallah.* Su puesto será ocupado por el sargento Hajjar, un hombre a quien conozco bien y cuya palabra y obra no debo temer. Estoy planeando un nuevo y enérgico departamento: una relación entre mis amigos del Budayén y las autoridades.

Nunca en mi vida me había sentido tan pequeño y solo.

Friedlander Bey prosiguió:

—Te he escogido a ti para que administres una nueva fuerza de supervisión.

—¿Yo, oh, caíd? —dije con voz trémula—. No te referirás a mí.

Asintió.

—Que así sea.

Sentí una rabia repentina y avancé hacia su escritorio.

—¡Al infierno tú y tus planes! — grité—. Te sientas aquí y lo manipulas todo, ves morir a mis amigos, pagas a un tipo y a otro, y te importa una mierda lo que les ocurra con tal de que tu dinero se multiplique. No tengo ninguna duda de que tú estabas detrás de Okking y los alemanes, y Hassan y los rusos.

De repente me callé. No lo había pensado de prisa, sólo estaba sacando afuera mi ira; pero por la súbita tensión que observé alrededor de la boca de Friedlander Bey podía decir que había tocado una fibra extremadamente sensible.

—Fuiste tú, ¿no es cierto? —dije con suavidad—. No te importa una jodida mierda lo que le ocurra a nadie. Jugabas a los dos bandos. No para el centro, no había ningún centro. Sólo tú, tú, cadáver andante. No tienes ni un átomo de humano. No amas, no odias, nada te importa. Con todas tus reverencias y tus oraciones no hay nada en ti. He visto puñados de arena con más conciencia que tú.

Lo realmente extraño fue que ninguna de las dos «rocas parlantes» se acercara, me echara fuera o me rompiera la cara. «Papa» debió hacerles una seña para que dijera mi pequeña oración. Di otro paso hacia él y alzó las comisuras de sus labios en un penoso intento de sonrisa de viejo. Me detuve en seguida, como si hubiera topado con una invisible pared de cristal.

Baraka. El encanto carismático que rodea a los santos, a las tumbas, a las mezquitas y a los hombres sagrados. No podía hacer daño a Friedlander Bey, y yo lo sabía. Abrió un cajón del escritorio y sacó un dispositivo de plástico gris que se adaptaba perfectamente a la

palma de su mano.

—¿Sabes qué es esto, hijo mío? —me preguntó.

—No.

—Es una parte de ti.

Apretó un botón y la horrible pesadilla que me había convertido en un animal, que me había llevado a desgarrar y destrozar a Okking y a Hassan, inundó mi cráneo con toda su furia irrefrenable.

Me puse en posición fetal sobre la alfombra de «Papa».

—Esto han sido sólo quince segundos —me dijo con calma.

Le miré, sombrío.

—¿Es así como vas a obligarme a hacer lo que tú quieras? Me ofreció otra sonrisa.

—No, hijo mío.

Me lanzó el dispositivo de control en un perfecto arco y lo cogí. Le miré.

—Cógelo —dijo—. Lo que deseo es tu amante cooperación, no tu miedo.

Baraka.

Me guardé la unidad de control remoto en el bolsillo y esperé. «Papa» asintió.

—Que así sea —dijo otra vez.

Y de ese modo me convertí en policía. Las «rocas parlantes» se acercaron a mí. Para poder respirar, tuve que adelantarme a un metro de ellos. Me escoltaron fuera de la habitación hasta el salón y también fuera de la casa de Friedlander Bey. No tuve la oportunidad de decir nada más. Me encontré en la calle, bastante más rico. Era una especie de remedo de agente de refuerzo de la ley, con Hajjar como jefe inmediato. Ni en mis peores pesadillas medio locas e inducidas por las drogas había tramado algo tan horrible.

Como suele ocurrir con las noticias, ésta se divulgó con rapidez. Era probable que ya lo supieran antes que yo, mientras me recuperaba y hacía solitarios con la soneína. Cuando entré en el Silver Palm, Heidi no me sirvió. En el Solace, Jacques, Mahmud y Saied miraron el aire húmedo a medio metro de mi hombro y dijeron que había mucho ajo; ni siquiera hicieron caso de mi presencia. Me di cuenta de que Saied «Medio Hajj» había heredado la custodia del muchacho americano de Hassan. Deseé que fueran muy felices juntos. Por último, fui al club de Frenchy y Dalia colocó un posavasos ante mí. Parecía muy incómoda.

—¿Cómo estás, Marîd? —me preguntó.

—Bien. ¿Todavía me hablas?

—Claro, Marîd, hace tiempo que somos amigos.

Pero echó una larga y preocupada mirada al final de la barra.

Yo también miré. Frenchy se levantó de su taburete y se acercó pausadamente hacia mí.

—No quiero saber nada de ti, Audran —dijo con rudeza.

—Frenchy, cuando cacé a Khan me dijiste que aquí podría beber gratis el resto de mi vida.

—Eso fue antes de lo que le hiciste a Hassan y a Okking. Nunca les tuve mucho aprecio pero aquello…

Volvió la cabeza y escupió.

—Pero fue Hassan quien…

Me interrumpió. Se volvió a la chica de la barra.

—Dalia, si alguna vez sirves a este bastardo, estás despedida, ¿entiendes?

—Sí —dijo, mirándonos nerviosa a Frenchy y a mí.

El gran hombre se volvió hacia mí.

—Ahora lárgate —ordenó.

—¿Puedo hablar con Yasmin? —pregunté.

—Habla con ella y lárgate.

Frenchy me dio la espalda y se alejó, del modo en que te alejas de algo que no quieres ver, oler o tocar.

Yasmin estaba sentada en una butaca con un pavo. Me acerqué a ella, ignorando al tipo.

—Yasmin, y o no…

—Es mejor que te vayas, Marîd —dijo con voz gélida—. He oído lo que hiciste. He oído hablar de tu nuevo y asqueroso trabajo. Te has vendido a «Papa». Lo habría esperado de cualquiera, pero de ti, Marîd… ; al principio no podía creerlo. Sin embargo, lo hiciste, ¿no? ¿Todo lo que dicen?

—Fue el daddy, Yasmin, no sabes cómo me puso. Tú querías que me…

—Supongo que fue el daddy lo que hizo un policía de ti, ¿verdad?

—Yasmin…

Allí estaba yo, el hombre cuyo orgullo le bastaba, que no necesitaba nada, que no esperaba nada, que vagaba por los solitarios caminos del mundo imperturbable porque no había más sorpresas. ¿Cuánto tiempo lo había creído, pensando que, en realidad, me regía por eso, viéndome a mí mismo de ese modo? Y ahora suplicaba…

—Vete, Marîd, o llamaré a Frenchy. Estoy trabajando.

—¿Puedo llamarte más tarde?

—No, Marîd, no.

Así que me fui. Había estado solo antes, pero ésta era una experiencia nueva. Supongo que debía imaginármelo, pero eso me dolió más que todo el terror y el horror que había sufrido. A mis propios amigos, mis antiguos amigos, les resultaba más fácil tachar mi nombre y borrarme de sus vidas que enfrentarse a la verdad. No querían admitir el peligro que habían corrido; el peligro que algún día podrían volver a correr. Querían simular que el mundo era hermoso y

sano, y que trabajaban de acuerdo a unas reglas que alguien había escrito en alguna parte. No necesitaban saber qué reglas eran ésas, sólo necesitaban saber que existían, por si acaso. Yo era el recuerdo constante de que no había reglas, que la locura reinaba en el mundo y que su seguridad y sus vidas estaban siempre amenazadas. No querían pensar en ello, así que llegaron a una simple determinación: yo era el villano, yo era el chivo expiatorio, me llevé todo el honor y todo el castigo. Dejemos que Audran lo haga, que Audran pague por ello, jodido Audran.

De acuerdo, si así iba a ser. Entré con estruendo en el club de Chiri y eché a un joven negro de mi taburete habitual. Maribel se encontraba sentada en un taburete al final de la barra y se me acercó, borracha.

—Te he estado buscando, Marîd —dijo con voz gruesa.

—Ahora no, Maribel, no me encuentro de humor.

Chiriga paseó la mirada desde mí hasta el joven negro, que estaba a punto de pelearse conmigo.

—¿Ginebra y bingara? —me preguntó, con un alzamiento de cejas. Ésa fue toda la expresividad que mostró conmigo—, ¿o tende?

Maribel se sentó a mi lado.

—Tienes que escucharme, Marîd.

Miré a Chiri, era una decisión difícil. Me pasé a los gimlets de vodka.

—Recuerdo quién fue —dijo Maribel—. El tipo que me llevé a casa. El de las cicatrices, el que andabas buscando. Era Abdul-Hassan, el muchacho americano. Hassan debió hacerle esas señales. ¿Ves? Te aseguré que lo recordaría. Ahora estás en deuda conmigo.

Se sentía orgullosa de sí misma. Intentó sentarse erguida en el taburete.

Miré a Chiri, que me ofreció sólo el leve indicio de una sonrisa.

—¡Qué demonios! —exclamé.

—¡Qué demonios! —repitió ella.

El joven negro todavía estaba de pie allí. Nos dirigió una mirada de asombro y salió del club. Seguramente yo le había ahorrado una pequeña fortuna.

FIN

George Alec Effinger
Cuando falla la gravedad
Título original: *When Gravity Fails.*
Traducción de J. A. Bravo

Cubierta: Geest/Höerstad
Ilustración: Royo/Agencia Norma
© 1987 by George Alec Effinger
© 1989, Ediciones Martínez Roca, S. A. Colección Gran Super-Ficcion.
ISBN 84-270-1369-8
Depósito legal B. 32. 160-1989
Edición digital de Elfowar. Revisado por Umbriel. Octubre de 2002.